

MORGAN RICE

LIBRO III DE EL ANILLO DEL HECHICERO

UN
MANDATO
DE
REINAS

UN MANDATO DE REINAS

(LIBRO#13 DE EL ANILLO DEL HECHICERO)

MORGAN RICE

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de cuatro libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita www.morganricebooks.com para unirme a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones acerca de Morgan Rice

«EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico».

-Books and Movie Reviews, Roberto Mattos

«Una entretenida fantasía épica».

-Kirkus Reviews

«Los inicios de algo extraordinario están ahí».

-San Francisco Book Review

«Lleno de acción...La obra de Rice es sólida y el argumento es intrigante».

-Publishers Weekly

«Una animada fantasía...Es sólo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes».

--Midwest Book Review

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

- EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)
- EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)
- EL PESO DEL HONOR (Libro #3)
- UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)
- UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)
- LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

- LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)
- UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)
- UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)
- UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
- UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
- UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)
- UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)
- UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)
- UN REINO DE ACERO (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)
- UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)
- UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)
- UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)
- UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)
- EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

- ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)
- ARENA DOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

- TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)
- AMORES (Libro # 2)
- TRAICIONADA (Libro # 3)
- DESTINADA (Libro # 4)
- DESEADA (Libro # 5)
- COMPROMETIDA (Libro # 6)
- JURADA (Libro # 7)
- ENCONTRADA (Libro # 8)
- RESUCITADA (Libro # 9)
- ANSIADA (Libro # 10)

CONDENADA (Libro # 11)

Derechos Reservados © 2014 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos reservados Slava Gerj, Utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.



ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO UNO

La cabeza de Thorgrin iba dando golpes contra las piedras y el barro mientras caía por la ladera de la montaña en caída libre, unos cien metros mientras la montaña se derrumbaba. Su mundo daba vueltas sobre sí mismo y él intentaba pararlo, pero no podía. Por el rabillo del ojo veía cómo caían sus hermanos también, dando vueltas sobre sí mismos, todos ellos, al igual que Thor, agarrándose desesperadamente a raíces, a piedras, a lo que fuera, intentando ralentizar la caída.

Thor se dio cuenta, con cada momento que pasaba, que se estaba alejando cada vez más de la cima del volcán, de Guwayne. Pensaba en aquellos salvajes allá arriba, preparándose para sacrificar a su bebé y la furia le quemaba por dentro. Arañaba el barro, gritando, desesperado por volver allá arriba.

Pero por mucho que lo intentara, poca cosa podía hacer. Thor apenas podía ver o respirar, mucho menos resguardarse de los golpes, pues una montaña de lodo se avalanzó sobre él. Parecía que el peso del universo entero estaba sobre sus hombros.

Todo estaba sucediendo muy rápido, demasiado rápido para que Thor pudiera procesarlo y, al echar un vistazo hacia abajo, vio un campo de rocas puntiagudas. Sabía que tan pronto les golpearan, todos ellos morirían.

Thor cerró los ojos e intentó recordar su entrenamiento, las enseñanzas de Argon, las palabras de su madre, intentaba encontrar la calma dentro de la tormenta, llamar al poder del guerrero que había dentro de él. Mientras lo hacía, sentía cómo su vida pasaba rápidamente por delante de sus ojos. ¿Era esta, se preguntaba, su última prueba?

Por favor, Dios, rezaba Thor, si existes, sálvame. No permitas que muera de esta manera. Permíteme reunir mi poder. Permíteme salvar a mi hijo.

Mientras pensaba las palabras, Thor sentía que lo estaban probando, lo estaban obligando a recurrir a su fe, a reunir una fe más grande de la que nunca había tenido. Tal y como su madre le había advertido, ahora era un guerrero y se enfrentaba a una prueba de guerrero.

Cuando Thor cerró los ojos, el mundo empezó a ir más lento y, para su

asombro, empezó a sentir una calma, una sensación de paz, dentro de la tormenta. Empezó a notar un calor que crecía dentro de él, corriendo por sus venas, hacia sus manos. Se empezó a sentir más grande que su cuerpo.

Thor se sentía fuera de su cuerpo, mirando hacia abajo, se veía a sí mismo cayendo por la ladera de la montaña. Se dio cuenta en ese momento que él no era su cuerpo. Era alguna cosa más grande.

De repente Thor volvió a su cuerpo y, tan pronto lo hizo, levantó las manos por encima de su cabeza y observó cómo una brillante luz blanca emanaba de ellas. Mandó a la luz que creara una burbuja alrededor de él y de sus hermanos y, al hacerlo, de repente la avalancha de barro se detuvo en seco, una pared de lodo rebotó en el escudo para no volver ya hacia ellos.

Ellos continuaban resbalando, pero ahora a una velocidad mucho más lenta, facilitando que pudieran ir parando gradualmente hasta llegar a un pequeño altiplano cerca de la base de la montaña. Thor miró hacia abajo y vio que se había detenido en un agua poco profunda y, allí de pie, vio que le llegaba por las rodillas.

Thor miró alrededor sorprendido. Miró hacia arriba a la montaña y vio la pared de lodo congelado, colgando en el aire, como si estuviera preparada para volver a caer hacia abajo en cualquier momento, todavía bloqueada por su burbuja de luz. Lo admiraba todo, sorprendido de haber hecho todo aquello.

“¿Ha muerto alguien?” gritó O’Connor.

Thor vio a Reece, O’Connor, Conven, Matus, Elden e Indra, todos ellos magullados y debilitados, poniéndose de pie, pero todos milagrosamente vivos y ninguno con heridas importantes. Se frotaban la cara, cubierta de lodo negro, parecía que todos ellos habían andado a gatas a través de una mina. Thor podía ver lo agradecidos que estaban de estar vivos y podía ver en sus ojos que creían que él había salvado sus vidas.

Al acordarse, Thor se giró e inmediatamente miró hacia la cima de la montaña con una sola cosa en su mente: su hijo.

“¿Cómo vamos a subir de nuevo...” empezó a decir Matus.

Pero antes de que pudiera finalizar sus palabras, Thor sintió repentinamente que algo se enroscaba alrededor de sus tobillos. Miró hacia abajo, perplejo, y vio una criatura gruesa, viscosa y musculosa enroscándose alrededor de sus tobillos y hacia sus espinillas, una y otra vez. Vio horrorizado que era una criatura larga, parecida a una anguila, con dos pequeñas cabezas, siseando con sus largas lenguas mientras lo miraba y lo

envolvía con sus tentáculos. Su piel empezó a quemar las piernas de Thor.

Los reflejos de Thor reaccionaron, sacó su espada y daba cuchilladas, al igual que los demás, que también estaban siendo atacados a su alrededor. Thor procuraba dar cuchillazos con cuidado para no cortarse su propia pierna y, con un corte, la anguila se soltó y el horrible dolor desapareció. La anguila volvió deslizándose al agua, siseando.

O'Connor buscaba con sus manos su arco, les disparó y falló, mientras Elden temblaba al acercársele tres anguilas a la vez.

Thor se apresuró hacia adelante y le hizo un corte a la anguila que se dirigía a la pierna de O'Connor, mientras Indra dio un paso adelante y gritó a Elden: “¡No te muevas!”

Levantó su arco y disparó tres flechas rápidamente una detrás de otra, matando cada una de las anguilas con un disparo perfecto, tan solo rozando la piel de Elden.

Él la miró sobresaltado.

“¿Estás loca?” gritó. “¡Casi me dejas sin pierna!”

Indra le sonrió.

“Pero, no lo hice, ¿verdad?” respondió ella.

Thor oyó un chapoteo y miró a su alrededor al agua y vio docenas de anguilas más avanzando. Sabía que tenía que hacer algo para salir de allí rápidamente.

Thor se sentía agotado, exhausto por haber reunido su poder y sentía que le quedaba muy poco dentro; sabía que todavía no era lo suficientemente poderoso para reunir su poder continuamente. Aún así, sabía que tenía que recurrir a él una última vez, al precio que fuera. Si no lo hacía, sabía que nunca regresarían, morirían aquí, en esta charca de anguilas y su hijo no tendría ninguna oportunidad. Puede que le costara toda su fuerza, que lo dejara débil durante días, pero no le importaba. Pensaba en Guwayne, allá arriba, a la merced de aquellos salvajes y sabía que haría cualquier cosa.

Mientras otro grupo de anguilas empezaba a deslizarse hacia él, Thor cerró los ojos y levantó sus manos hacia el cielo.

“En el nombre del único Dios”, dijo Thor en voz alta, “os lo ordeno, cielos, abridlos! Os ordeno que nos enviéis nubes para elevarnos!”

Thor pronunció las palabras con una voz profunda y oscura, ya sin miedo de abrazar al Druida que era y sintió cómo vibraban en su pecho, en el aire.

Sintió un tremendo calor concentrándose en su pecho y, mientras pronunciaba las palabras, sentía la certeza de que acontecerían.

Se oyó un gran rugido y cuando Thor miró, vio que los cielos empezaban a cambiar, a transformarse en un lila oscuro, las nubes se arremolinaban y echaban espuma. Apareció un agujero redondo, una abertura en el cielo y, de repente, una luz escarlata salió disparada hacia abajo, seguida de una nube en forma de embudo, descendiendo hacia ellos.

En unos instantes, Thor y los demás se encontraron barridos por un tornado. Thor sentía la humedad de las suaves nubes arremolinándose a su alrededor, se sentía a sí mismo inmerso en la luz y, unos momentos más tarde, sintió que se alzaba, se levantaba hacia el aire, sintiéndose más ligero de lo que nunca se había sentido. Verdaderamente se sentía uno con el universo.

Thor sentía como subía más y más, a lo largo de la montaña hacia arriba, pasando por el lodo, pasando por su burbuja, directo hacia la cima de la montaña. En unos instantes, la nube los llevó hacia arriba del todo del volcán y los dejó con delicadeza. Después se disipó con la misma rapidez.

Thor estaba allí de pie con sus hermanos y todos lo miraban asombrados, como si fuera un dios.

Pero Thor no pensaba en ellos, se dio la vuelta y rápidamente inspeccionó el altiplano y solo tenía una cosa en mente: los tres salvajes que había delante suyo. Y la pequeña cunita que había en sus brazos, suspendida en el filo del volcán.

Thor soltó un grito de guerra mientras corría hacia adelante. El primer salvaje se giró para mirarlo, perplejo y, al hacerlo, Thor no vaciló, sino que corrió hacia delante y lo decapitó.

Los otros dos se giraron con una expresión de horror y, entonces, Thor apuñaló a uno en el corazón y después golpeó al otro con la empuñadura de su espada en la cara, tirándolo hacia atrás, gritando, por el borde del volcán.

Thor se dio la vuelta y rápidamente les arrebató la cuna antes de que pudieran tirarla. Miró hacia abajo, el corazón le latía con fuerza de agradecimiento por haberlo cogido a tiempo, preparado para coger a Guwayne y tenerlo en sus brazos.

Pero cuando Thor miró a la cuna, todo su mundo se derrumbó.

Estaba vacía.

El mundo se congeló para Thor mientras estaba allí, paralizado.

Miró hacia abajo al volcán y vio abajo, a lo lejos, las llamas subiendo hacia arriba. Y supo que su hijo estaba muerto.

“¡NO!” gritó Thor.

Thor cayó sobre sus rodillas, gritando a los cielos, soltando un tremendo grito que resonó en las montañas, el grito primal de un hombre que ha perdido todo por lo que vivía.

“¡GUWAYNE!”

CAPÍTULO DOS

Por encima de la solitaria isla en el centro del mar volaba un dragón solitario, un pequeño dragón, todavía no muy grande, su grito era estridente y penetrante, ya dejaba entrever el dragón que algún día sería. Volaba victoriosamente, sus pequeñas escamas vibraban, crecían a cada minuto, batía sus alas, sus garras sujetaban la cosa más preciosa que había tocado en su corta vida.

El dragón miró hacia abajo, sintiendo el calor entre sus garras y observó su preciada posesión. Oyó el llanto, notó el retorcimiento y se sintió tranquilo al ver que el bebé aún estaba en sus garras, intacto.

Guwayne, había gritado el hombre.

El dragón todavía oía los gritos retumbando en las montañas mientras volaba alto. Estaba muy feliz por haber salvado al bebé a tiempo, antes de que aquellos hombres pudieran clavarle sus dagas. Les había arrancado a *Guwayne* de las manos sin perder ni un segundo. Había hecho bien el trabajo que se le había ordenado.

El dragón volaba más y más alto por encima de la solitaria isla, hacia las nubes, ya fuera de la vista de todos aquellos humanos de allá abajo. Pasó por encima de la isla, por encima de los volcanes y las sierras montañosas, a través de la neblina, más y más lejos.

Pronto estaba volando por encima del océano, dejando atrás la pequeña isla. Delante de él se encontraba una vasta extensión de mar y cielo, sin nada que rompiera la monotonía por varios millones de kilómetros.

El dragón sabía exactamente a donde se dirigía. Tenía un sitio al que llevar a este niño, este niño al que ya quería más de lo que podía decir.

Un sitio muy especial.

CAPÍTULO TRES

Volusia se encontraba frente al cuerpo de Rómulo, mirando su cadáver con satisfacción, su sangre, todavía caliente, rezumaba por sus pies, por los dedos descubiertos por sus sandalias. Se deleitaba con esta sensación. No podía recordar cuántos hombres, incluso a su temprana edad, había matado, cogidos por sorpresa. Siempre la subestimaban y mostrar lo brutal que podía ser era uno de los mayores placeres de la vida.

Y ahora, haber matado al mismísimo Gran Rómulo –con sus *propias* manos, no a manos de alguno de sus hombres- el Gran Rómulo, hombre de leyenda, el guerrero que mató a Andrónico y se quedó el trono. El Supremo Gobernador del Imperio.

Volusia sonreía con un inmenso placer. Aquí estaba, el gobernador supremo, reducido a un charco de sangre a sus pies desnudos. Y todo con sus propias manos.

Volusia se sentía envalentonada. Sentía un fuego ardiendo por sus venas, un fuego para destruirlo todo. Sentía que su destino se abalanzaba sobre ella. Sentía que había llegado su momento. Sabía, con la misma claridad que había sabido que asesinaría a su propia madre, que un día gobernaría el Imperio.

“¡Ha matado a nuestro amo!” dijo una voz temblorosa. “¡Ha matado al Gran Rómulo!”

Volusia miró hacia arriba y vio la cara del comandante de Rómulo que estaba allí, mirándola fijamente con una mezcla de sobresalto, miedo y respeto.

“Ha matado”, dijo abatido, “al Hombre Que No Se Puede Matar”.

Volusia lo miró, con una mirada dura y fría, y vio detrás de él a los cientos de hombres de Rómulo, todos vestidos con las más finas armaduras, puestos en fila en el barco, todos observando, esperando a ver qué sería lo próximo que ella haría. Todos preparados para atacar.

El comandante de Rómulo estaba en el puerto con una docena de sus hombres, todos a la espera de sus órdenes. Volusia sabía que detrás suyo había miles de sus propios hombres. El barco de Rómulo, imponente como era,

estaba en desventaja numérica, sus hombres estaban rodeados aquí en este puerto. Estaban atrapados. Este era el territorio de Volusia y lo sabían. Sabían que cualquier ataque, cualquier escapada sería inútil.

“Este ataque no quedará sin respuesta”, continuó el comandante. “Rómulo tiene un millón de hombres leales a su mandato ahora mismo en el Anillo. Tiene un millón de hombres leales a su mandato en el sur, en la capital del Imperio. Cuando tengan noticias de lo que ha hecho, se movilizarán y marcharán sobre usted. Puede que haya matado al Gran Rómulo, pero no ha matado a sus hombres. Y sus miles de hombres, aunque hoy nos ganan en número aquí, no pueden hacer frente a sus millones de hombres. Buscarán venganza. Y la venganza será suya”.

“¿Ah, sí?” dijo Volusia, acercándose un paso más a él, sintiendo el filo en su mano, visualizando cómo le cortaba la garganta y sintiendo ya el deseo de hacerlo.

El comandante miró al filo que tenía en su mano, el filo que había matado a Rómulo y tragó saliva, como si pudiera leerle el pensamiento. Ella podía ver miedo verdadero en sus ojos.

“Déjenos marchar”, le dijo. “Envíe a mis hombres de vuelta. No le han hecho ningún daño. Denos un barco lleno de oro y comprará nuestro silencio. Llevaré a nuestros hombres a la capital y les diremos que usted es inocente. Que Rómulo intentó atacarla. La dejarán tranquila, usted tendrá paz aquí en el norte y ellos encontrarán un nuevo Comandante Supremo del Imperio”.

Volusia hizo una amplia sonrisa, divertida.

“¿Pero no tenéis ya delante de vuestros ojos a la nueva Comandante Suprema?” preguntó.

El comandante la miró peplejo y finalmente soltó una risa burlona y corta.

“¿Usted? Dijo él. “No es más que una chica con unos cuantos miles de hombres. Porque haya matado a un hombre, ¿realmente cree que puede aniquilar a los millones de hombres de Rómulo? Sería una suerte poder escapar con vida después de lo que ha hecho hoy. Le estoy ofreciendo un regalo. Acabemos con esta estúpida conversación, acéptelo con gratitud y mándenlos de vuelta, antes de que cambie de opinión”.

“¿Y qué sucede si no deseo enviarlos de vuelta?”

El comandante la miró a los ojos y tragó saliva.

“Puede matarnos aquí”, dijo él. “Eso lo decide usted. Pero si lo hace, lo único que conseguirá es su propia muerte y la de su pueblo. El ejército que vendrá los aniquilará”.

“Está hablando en serio, mi comandante”, le susurró una voz al oído.

Se dio la vuelta y vio a Soku, el comandante que tenía a su disposición, a su lado, un hombre de ojos verdes, mandíbula de guerrero y pelo rojo, corto y rizado.

“Mándelos hacia el sur”, dijo él. “Deles el oro. Ha matado a Rómulo. Ahora debe ofrecer una tregua. No nos queda otra elección”.

Volusia se giró hacia el hombre de Rómulo. Lo examinó, tomándose su tiempo, disfrutando del momento.

“Haré lo que me pides”, dijo ella, “y os enviaré a la capital”.

El comandante le sonrió satisfecho y se dispuso a marcharse cuando Volusia dio un paso adelante y añadió:

“Pero no para ocultar lo que he hecho”, dijo.

Él se detuvo y la miró confundido.

“Os mandaré a la capital para hacerles llegar un mensaje: que sepan que yo soy la nueva Comandante Suprema del Imperio. Que si todos ellos se arrodillan ante mí ahora, pueden salvar sus vidas”.

El comandante la miró horrorizado y , lentamente, asintió con la cabeza y sonrió.

“Está tan loca como se decía que lo estaba su madre”, dijo, a continuación se dio la vuelta y empezó a marchar hacia la larga rampa, hacia su barco. “Cargad el oro en los compartimentos inferiores”, gritó sin ni siquiera molestarse en girarse a mirarla.

Volusia se dirigió a su comandante encargado de los arcos, el cual estaba aguardando pacientemente sus órdenes, y le hizo un breve gesto con la cabeza.

El comandante inmediatamente se dio la vuelta y puso en acción a sus hombres y, a continuación, se oyó el sonido de diez mil flechas que se encendían, apuntaban y eran disparadas.

Llenaron el cielo, volviéndolo de color negro, dibujando un alto arco de llamas, mientras las flechas encendidas iban a parar al barco de Rómulo. Todo sucedió tan rápido que ninguno de sus hombres pudo reaccionar y pronto todo el barco estaba en llamas, los hombres gritaban, su comandante el que más,

mientras luchaban sin un sitio a dónde correr, intentando sofocar las llamas.

Pero no sirvió de nada. Volusia hizo de nuevo una señal con la cabeza y una descarga tras otra de flechas surcaron el aire, cubriendo el barco ardiente. Los hombres chillaban al ser acribillados, algunos tropezaban en cubierta, otros caían por la borda. Fue una matanza, sin supervivientes.

Volusia estaba allí de pie y sonreía con malicia, observando satisfecha cómo el barco poco a poco se iba quemando de abajo hasta el mástil. Pronto, no quedaba nada más que los restos ennegrecidos y ardientes de un barco.

Todo quedó en silencio cuando los hombres de Volusia se detuvieron, formados en fila, todos mirándola, aguardando con paciencia sus órdenes.

Volusia dio unos pasos adelante, desenvainó su espada y cortó la gruesa cuerda que sujetaba el barco al puerto. Esta se cortó, liberando al barco de la orilla y Volusia levantó una de sus botas chapadas de oro, lo colocó en la proa y empujó.

Volusia observaba como el barco se empezaba a mover, cogiendo las corrientes, las corrientes que ella sabía que lo llevarían al sur, justo al corazón de la capital. Todos verían el barco quemado, verían los cadáveres de Rómulo, verían las flechas de Volusia y sabrían que provenían de ella. Sabrían que la guerra había empezado.

Volusia se dirigió a Soku, que estaba detrás de ella boquiabierto, y le sonrió.

“Así”, dijo ella, “es cómo yo ofrezco paz”.

CAPÍTULO CUATRO

Gwendolyn se arrodilló en la proa de cubierta, agarrada a la barandilla, sus nudillos estaban blancos mientras ella reunía la fuerza suficiente para inclinarse y ver el horizonte. Todo su cuerpo temblaba, debilitado por el hambre y, mientras observaba, se sentía aturdida, mareada. Se puso de pie, reuniendo cómo pudo la fuerza necesaria y miró maravillada la vista que había delante de ella.

Gwendolyn miró con dificultad a través de la neblina y se preguntaba si aquello era real o solo un espejismo.

Allí, en el horizonte, se extendía una interminable orilla, en la mitad había un concurrido centro con un imponente puerto, dos enormes pilares de oro brillante enmarcando la ciudad que tenían detrás, alzándose al cielo. Los pilares y la ciudad se teñían de un verde amarillento mientras el sol se movía. Las nubes se movían rápidamente aquí, observó Gwen. No sabía si esto se debía a que el cielo era diferente en esta parte del mundo o al ir y venir de su conciencia.

En el puerto de la ciudad se encontraban un millar de orgullosos barcos, todos con los mástiles más altos que jamás había visto, todos chapados de oro. Era la ciudad más próspera que jamás había visto, construida justo en la orilla y extendiéndose al más allá, el océano iba a romper en su vasta metrópolis. Hacía que la Corte del Rey pareciera un pueblecito. Gwen no sabía cuántos edificios podía haber en un sitio. Se preguntaba qué tipo de gente vivía allí. Debe ser una gran nación, pensó. La nación del Imperio.

Gwen sintió un repentino agujero en el estómago al darse cuenta que las corrientes los estaban estirando hacia allí; pronto serían engullidos hacia aquel vasto puerto, rodeados por todos aquellos barcos y tomados prisioneros, si no los mataban. Gwen pensaba en lo cruel que había sido Andrónico, lo cruel que había sido Rómulo y sabía que era la manera de actuar del Imperio; quizás hubiera sido mejor, pensó ella, haber muerto en el mar.

Gwen oyó el ruido de pisadas en cubierta, miró y vio a Sandara, débil por el hambre pero teniéndose de pie, orgullosa, en la barandilla y sujetando una

gran reliquia de oro, en forma de los cuernos de un toro e inclinándola para que le diera el sol. Gwen observaba cómo la luz la alcanzaba, una y otra vez, y cómo se encendía proyectando una señal inusual hacia la lejana orilla. Sandara no la dirigía a la ciudad, sino bastante al norte, hacia lo que parecía ser un aislado bosquecillo en la costa.

Cuando los ojos de Gwen, muy pesados, empezaban a cerrarse, su conciencia yendo y viniendo, y ella empezó a sentir que se desplomaba en cubierta, por su mente pasaban imágenes rápidamente. Ya no estaba segura de qué era real y qué era su conciencia afectada por el hambre. Gwen veía canoas, docenas de ellas, saliendo del dosel que formaba la densa jungla y dirigiéndose, por el ondulado mar, hacia su barco. Los vislumbró mientras se acercaban y se sorprendió al ver que no era la raza del Imperio, no eran los enormes guerreros con cuernos y la piel roja, sino una raza bastante diferente. Vio orgullosos hombres y mujeres musculosos, con la piel color chocolate y los ojos amarillos y brillantes, de rostro inteligente y compasivo, todos remando para recibirla. Gwen vio que Sandara los miraba y los reconocía y entendió que se trataba del pueblo de Sandara.

Gwen oyó un descomunal ruido vacío en el barco y vio ganchos agarrándose a cubierta, cuerdas que se arrojaban, bloqueando el barco. Sintió cómo el barco cambiaba de dirección, miró hacia abajo y vio que la flota de kayaks estaba remolcando su barco, guiándolo hacia las corrientes en dirección contraria a la ciudad del Imperio. Gwen poco a poco entendió que el pueblo de Sandara estaba viniendo a ayudarles. Para guiar su barco hacia otro puerto, lejos del puerto del Imperio.

Gwen sintió que su barco giraba bruscamente hacia el norte, hacia el denso dosel, hacia un pequeño puerto escondido. Cerró los ojos, aliviada.

Pronto Gwen abrió los ojos y se encontró a sí misma de pie, recostada en la barandilla, observando cómo su barco era remolcado. Abrumada por el cansancio, Gwendolyn notaba que se estaba inclinando demasiado, perdiendo el equilibrio y resbalando; sus ojos se abrieron totalmente por el pánico y se dio cuenta de que estaba a punto de caer por la borda. Gwen se agarró fuerte a la barandilla, pero era demasiado tarde, su impulso ya la estaba llevando al borde.

El corazón de Gwen palpitaba fuerte por el pánico; no podía creer que

después de todo lo que había pasado iba a morir de ese modo, hundiéndose silenciosamente en el mar cuando ya estaban tan cerca de tierra.

Mientras sentía que caía, Gwen oyó un repentido gruñido y, de golpe, sintió que unos dientes mordían con fuerza su camisa por detrás y oyó un quejido mientras notaba que la estiraban hacia atrás por la camisa, retirándola del abismo y finalmente la devolvían a cubierta. Fue a parar a la cubierta de madera con un gran ruido, de espaldas, sana y salva.

Miró hacia arriba y vio que Krohn estaba allí con ella y su corazón se llenó de alegría. Krohn estaba vivo, vio llena de alegría. Parecía mucho más delgado que la última vez que lo había visto, demacrado, y se dio cuenta de que le había perdido la pista durante todo el caos. La última vez que lo había visto fue cuando ella había ido bajo cubierta en una tormenta especialmente mala. Ahora entendía que se debía haber escondido en algún sitio bajo cubierta, pasando hambre para que los demás pudieran comer. Así era Krohn. Siempre tan desinteresado. Y ahora que se estaban aproximando a tierra otra vez, reaparecía de nuevo.

Krohn gemía y le lamía la cara y Gwen lo abrazaba con las últimas fuerzas que le quedaban. Estaba tumbada en el suelo, Krohn a su lado, gimiendo, recostando la cabeza en su pecho, arrojándose a ella como si no hubiera otro sitio en el mundo.

*

Gwendolyn sintió un líquido, dulce y frío, goteando en sus labios, en su lengua, por sus mejillas y su cuello. Abrió la boca y bebió ansiosamente. Mientras lo hacía, la sensación la despertó de sus sueños.

Gwen abrió los ojos, bebiendo vorazmente, estaba rodeada de caras desconocidas mientras bebía y bebía hasta toser.

Alguien la levantó, ella se sentó, tosiendo de forma incontrolable y alguien le dio palmaditas en la espalda.

“Shhhh”, dijo una voz. “Beba poco a poco”.

Era una voz amable, la voz de un curandero. Gwen lo miró y vio a un hombre mayor con la cara arrugada, todo su rostro se llenaba de arrugas cuando sonreía.

Gwen vio docenas de caras desconocidas, la gente de Sandara, mirándola fijamente con calma, examinándola como si fuera una cosa extraña. Gwendolyn, vencida por la sed y el hambre, tendió la mano y, como una loca, agarró el saco de lo que fuera y vertió el líquido en su boca, bebiendo y bebiendo, mordiendo la punta como si no fuera a beber jamás.

“Poco a poco ahora”, dijo la voz del hombre. “O le sentará mal”.

Gwen echó un vistazo y vio a docenas de guerreros, el pueblo de Sandara, ocupando su barco. Vio a su propia gente, los supervivientes del Anillo, recostados, arrodillados o sentados, cada uno de ellos ayudados por alguien del pueblo de Sandara, proporcionando a cada uno un saco para beber. Todos estaban volviendo de su límite. Entre ellos vio a Illepra, sujetando a la bebé que Gwen había rescatado en las Islas Superiores y dándole de comer. Gwen se sintió aliviada al oír los lloros de la bebé; se la había pasado a Illepra cuando se sintió demasiado débil para sujetarla y verla viva hacía a Gwen pensar en Guwayne. Gwen estaba decidida a que esta bebé viviera.

Gwen se sentía más restablecida con cada momento que pasaba, se sentó y bebió más de aquel líquido, preguntándose qué había dentro, su corazón lleno de gratitud hacia aquella gente. Les habían salvado a todos la vida.

Al lado de Gwen se oyó un gemido, miró hacia abajo y vio a Krohn, todavía allí tumbado, con la cabeza en su regazo; se agachó y le dio de beber del saco y él lo lamió agradecido. Ella le acarició la cabeza cariñosamente; le debía la vida, otra vez. Y verlo le hacía pensar en Thor.

Gwen miró hacia arriba a toda la gente de Sandara, sin saber cómo darles las gracias.

“Nos habéis salvado”, dijo. “Os debemos nuestras vidas”.

Gwen se giró y vio a Sandara acercándose y arrodillándose a su lado y Sandara asintió con la cabeza.

“Mi pueblo no cree en deudas”, dijo ella. “Creen que es un honor salvar a alguien que está en peligro”.

La multitud abrió camino y Gwen vio acercarse a un hombre austero, que parecía ser su líder, de unos cincuenta años, con la mandíbula rígida y los labios finos. Él se puso de cuclillas delante de ella, llevaba un gran collar de color turquesa, hecho de conchas que destelleaban con la luz e hizo una reverencia con la cabeza, sus ojos amarillos llenos de compasión mientras la

examinaba.

“Me llamo Bokbu”, dijo, con voz profunda y autoritaria. “Respondimos a la llamada de Sandara porque es una de las nuestras. Os hemos acogido arriesgando nuestras vidas. Si el Imperio nos viera aquí, ahora, con vosotros, nos mataría a todos”.

Bokbu se puso de pie, con las manos en la cadera y Gwen lentamente se puso de pie, ayudada por Sandara y su curandero y lo miró a la cara. Bokbu suspiró mientras miraba alrededor a toda la gente, al lamentable estado en el que estaba su barco.

“Ahora están mejor, ahora deben marchar”, dijo una voz.

Gwen se dio la vuelta y vio a un guerrero musculoso sosteniendo una lanza, descamisado, como los demás, acercándose al lado de Bokbu, mirándolo con frialdad.

“Envíe a esos extraños de vuelta al mar”, añadió. “¿Por qué derramaremos sangre por ellos?”

“Yo soy de tu sangre”, dijo Sandara, dando un paso hacia delante y mirando severamente al guerrero.

“Y por eso no debías haber traído nunca a esta gente aquí, poniéndonos a todos en peligro”, contestó él bruscamente.

“Tú traes la desgracia a nuestra nación”, dijo Sandara. “¿Has olvidado las leyes de la hospitalidad?”

“Haberlos traído tú aquí es la desgracia”, replicó él.

Bokbu alzó sus manos a ambos lados y ellos se callaron.

Bokbu estaba allí, sin expresión, y parecía estar pensando. Gwendolyn estaba de pie, observándolo todo y se dio cuenta de la precaria situación en la que estaban. Sabía que volver al mar, significaría la muerte instantánea; aunque no quería poner en peligro a aquella gente que la habían ayudado.

“No queríamos haceros ningún daño”, dijo Gwen, dirigiéndose a Bokbu. “No deseo ponerlos en peligro. Podemos embarcar ahora”.

Bokbu negó con la cabeza.

“No”, dijo. A continuación miró a Gwen, estudiándola con lo que parecía ser admiración. “¿Por qué trajiste a tu pueblo aquí?” preguntó.

Gwen suspiró.

“Huimos de un gran ejército”, dijo ella. “Destruyeron nuestra tierra.

Vinimos aquí en busca de un nuevo hogar”.

“Habéis venido al sitio equivocado”, dijo el guerrero. “Este no será vuestro hogar”.

“¡Silencio!” le dijo Bokbu, dirigiéndole una mirada dura y, finalmente, el guerrero se quedó callado.

Bokbu se giró a mirar a Gwendolyn, clavándole la mirada.

“Es una mujer orgullosa y noble”, dijo. “Veo que es una líder. Ha guiado bien a su pueblo. Si los devuelvo al mar, seguro que morirán. Quizás no hoy, pero con toda seguridad en unos días”.

Gwendoly lo miró inflexible.

“En ese caso moriremos”, respondió. “No dejaré que su gente muera para que nosotros vivamos”.

Lo miró decidida, sin expresión, envalentonada por su nobleza y orgullo. Ella vio que Bokbu la estudiaba con un nuevo respeto. Un tenso silencio llenaba el aire.

“Veo que dentro de usted corre la sangre de un guerrero”, dijo. “Se quedarán con nosotros. Su pueblo se recuperará aquí hasta que estén fuertes y bien. Sin importar cuántas lunas tarden”.

“Pero mi jefe...” empezó el guerrero.

Bokbu se dio la vuelta y le lanzó una dura mirada.

“Mi decisión está tomada”.

“¡Y su barco!” protestó. “Si se queda aquí en nuestro puerto el Imperio lo verá. ¡Todos moriremos antes de que la luna mengüe!”

El jefe miró al mástil, y después al barco, entendiéndolo todo. Gwen miró alrededor estudiando el paisaje y vio que los habían remolcado hasta las profundidades de un puerto escondido, rodeado por un denso dosel. Se giró y vio detrás de ellos el mar abierto y supo que el hombre tenía razón.

El jefe la miró y asintió.

“¿Quiere salvar a su gente?” preguntó.

Gwen asintió con firmeza.

“Sí”.

Él asintió en respuesta.

“Los líderes debemos tomar decisiones difíciles”, dijo. “Ahora le toca a usted. Quieren quedaros con nosotros, pero su barco nos matará a todos.”

Invitamos a desembarcar a su pueblo, pero el barco no se puede quedar. Tendrán que quemarlo. Entonces los acogeremos”.

Gwendolyn estaba allí, de cara al jefe y su corazón se encogía con el pensamiento. Miró a su barco, el barco que los había llevado a través del mar, había salvado a su gente por medio mundo y su corazón se encogía. Su mente daba vueltas a sentimientos contradictorios. Este barco era su única salida.

Pero, una vez más, ¿la salida a dónde? ¿De vuelta al interminable mar de la muerte? Su gente apenas podían caminar; necesitaban recuperarse. Necesitaban refugio, puerto y albergue. Y si quemar este barco era el precio por la vida, que así fuera. Si decidieran dirigirse de vuelta al mar, entonces encontrarían otro barco, o construirían otro barco, harían lo que fuera conveniente. Por ahora, tenían que vivir. Esto era lo más importante.

Gwendolyn lo miró y asintió solemnemente.

“Que así sea”, dijo.

Bokbu asintió también con una mirada de gran respeto. Entonces se giró y gritó una orden y a su alrededor todos sus hombres se pusieron en acción. Se dispersaron por todo el barco, ayudando a todos los miembros del Anillo, poniéndolos de pie de uno en uno, guiándolos por la pasarela a la orilla arenosa de abajo. Gwen observaba a Godfrey, Kendrick, Brandt, Atme, Aberthol, Illepra, Sandara y todas las personas que más quería del mundo pasar por delante de ella.

Estuvo allí esperando hasta que la última persona abandonó el barco, hasta ser la última persona que allí quedaba, solo ella, Krohn a sus pies y a su lado, en silencio, el jefe.

Bokbu sostenía una antorcha en llamas, que le había pasado uno de sus hombres. Se disponía a tocar el barco con ella.

“No”, dijo Gwen, agarrándole la muñeca.

Él la miró sorprendido.

“Un líder debe destruir lo que es suyo”, dijo ella.

Gwen cogió la pesada antorcha ardiente con cautela de su mano, entonces se dio la vuelta, secándose una lágrima y apoyó la antorcha en la tela de la vela que estaba recogida en cubierta.

Gwen permaneció allí obsevando cómo las llamas prendían, extendiéndose más y más rápido, a lo largo de todo el barco.

Tiró la antorcha, la temperatura subía muy rápido y se dio la vuelta, Krohn y Bokbu le siguieron y bajaron por la pasarela, en dirección a la playa, a su nuevo hogar, al último lugar que les quedaba en el mundo.

Mientras miraba alrededor a la extraña jungla, oyendo los extraños chillidos de pájaros y animales que no reconocía, Gwen solo se preguntaba:

¿Podían construir un nuevo hogar aquí?

CAPÍTULO CINCO

Alistair se arrodilló en la piedra, sus rodillas temblaban por el frío y observaba cómo la primera luz del primer sol del amanecer trepaba por encima de las Islas del Sur, iluminando las montañas y los valles con un suave brillo. Sus manos temblaban, enmanilladas a los cepos de madera mientras se arrodillaba, sobre sus manos y rodillas, reposando el cuello en el sitio donde tantos cuellos habían estado antes que el suyo. Al mirar hacia abajo vio las manchas de sangre encima de la madera, vio los cortes en el cedro donde los filos habían ido a parar antes. Pudo percibir la trágica energía de aquella madera cuando su cuello la tocó, los últimos momentos, las emociones finales, de todos los caídos que habían estado allí antes. Su corazón estaba profundamente triste.

Alistair miró hacia arriba con orgullo y observó su último sol, observaba el amanecer de un nuevo día, con el sentimiento surreal de que ya no viviría para volver a observarlo. Esta vez lo apreció más de lo que nunca lo había hecho. Mientras observaba en esta fresca mañana, con una suave brisa agitándose, las Islas del Sur se veían más hermosas que nunca, el sitio más hermoso que jamás había visto, árboles floreciendo en explosiones de naranjas y rojos y rosas y lilas mientras sus frutos colgaban en abundancia en este generoso lugar. Lilas pájaros mañaneros y abejas naranjas ya estaban zumbando en el aire, la suave fragancia de las flores flotaba hacia ella. La neblina brillaba a la luz, dándole a todo un toque mágico. Nunca había sentido tal apego a un sitio; ella sabía que era una tierra en la que hubiera vivido por siempre feliz.

Alistair escuchó las pisadas de unas botas en la piedra y, al echar una mirada, vio que Bowyer se estaba acercando, deteniéndose a su lado, rayendo la piedra con sus descomunales botas. Sujetaba una enorme doble hacha en su mano, muy cerca a su lado, y la miró frunciendo el ceño.

Más allá de él, Alistair veía centenares de habitantes de las Islas del Sur, todos en fila, todos ellos leales a él, dispuestos en un enorme círculo alrededor de ella en la ancha plaza de piedra. Todos ellos estaban a casi veinte metros de ella, dejando un ancho espacio solo para ella y Bowyer.

Nadie quería estar demasiado cerca cuando la sangre salpicara.

Bowyer sostenía el hacha con los dedos inquietos, claramente ansioso por terminar con el asunto. Podía ver en sus ojos lo desesperado que estaba por convertirse en Rey.

Alistair sentía satisfacción por lo menos en una cosa: por muy injusto que fuera, su sacrificio permitiría que Erec pudiera vivir. Esto significaba más para ella que su propia vida.

Bowyer hizo un paso hacia adelante, se inclinó cerca de ella y le susurró, tan bajo que nadie más pudo oír:

“Ten la seguridad de que el golpe que te matará será limpio”, dijo, con su aliento rancio en el cuello de ella. “Y el de Erec también”.

Alistair lo miró alarmada y confusa.

Él le sonrió, una pequeña sonrisa reservada solo para ella, nadie más la pudo ver.

“Así es”, susurró él. “Puede que no suceda hoy; puede que no suceda durante muchas lunas. Pero un día, cuando menos se lo espere, tu marido encontrará mi cuchillo en su espalda. Quiero que lo sepas, antes de que te mande al infierno”.

Bowyer dio dos pasos atrás, apretó fuerte sus manos en el mango del hacha e hizo crujir su cuello, preparándose para dar el golpe.

El corazón de Alistair palpitaba con fuerza mientras estaba allí arrodillada y se daba cuenta de la profunda maldad que había en este hombre. No solo era ambicioso, sino también un cobarde y un embustero.

“¡Liberadla!” suplicó de repente una voz, rompiendo la tranquilidad de la mañana.

Alistair se giró como pudo y vio el caos mientras dos figuras aparecieron de repente de entre la multitud, hacia el límite del claro, hasta que las rechonchas manos de los guardas de Bowyer las frenaron. Alistair se sintió sorprendida y agradecida al ver a la madre y hermana de Erec allí de pie, con miradas furiosas en sus rostros.

“¡Ella es inocente!” gritó la madre de Erec. “¡No puedes matarla!”

“¿Matarías a una mujer?” chilló Dauphine. “Es extranjera. Déjala ir. Envíala de vuelta a su tierra. No es necesario meterla en nuestros asuntos”.

Bowyer se dirigió a ellas y exclamó:

“Es una extranjera que pretendía ser nuestra Reina. Asesinar a nuestro antiguo Rey”.

“¡Eres un embustero!” gritó la madre de Erec. “¡No bebiste de la fuente de la verdad!”

Bowyer examinó las caras de la multitud.

“¿Hay alguien que ose desafiar mi afirmación?” exclamó, dándose la vuelta, mirando a todos, desafiante.

Alistair miró a su alrededor, esperanzada; pero uno a uno, todos los hombres, todos ellos valientes guerreros, la mayoría de la tribu de Bowyer, miraron hacia abajo, ninguno de ellos deseoso de retarlo en combate.

“Soy vuestro campeón” gritó con fuerza Bowyer. “Derroté a todos los contrincantes el día del torneo. No existe nadie que pueda vencerme. Nadie. Si existe, le desafío a dar un paso adelante”.

“¡Nadie, salvo Erec!” exclamó Dauphine.

Bowyer se giró y la miró frunciendo el ceño.

“¿Y dónde está él ahora? Está muriendo. Nosotros los habitantes de las Islas del Sur no tendremos a un lisiado como Rey. *Yo* soy vuestro Rey. Yo soy vuestro siguiente mejor campeón. Por las leyes de esta tierra. Como el padre de mi padre fue Rey antes que el padre de Erec”.

La madre de Erec y Dauphine se abalanzaron sobre él para pararle; pero sus hombres las agarraron y las echaron hacia atrás, reteniéndolas. Alistair vio al hermano de Erec, Strom, detrás de ellas, con las muñecas atadas detrás de la espalda; también luchaba, pero no podía liberarse.

“¡Pagarás por esto, Bowyer!” exclamó Strom.

Pero Bowyer no le hizo caso. En su lugar, se giró hacia Alistair y ella vio en sus ojos que estaba decidido a actuar. Su momento había llegado.

“El tiempo es peligroso cuando el engaño está de tu lado”, le dijo Alistair.

Él frunció el ceño, estaba claro que aquello le había dolido.

“Y éstas serán tus últimas palabras”, dijo él.

Bowyer de repente alzó el hacha, levantándola por encima de su cabeza.

Alistair cerró los ojos, sabiendo que, en tan solo un momento, se iría de este mundo.

Con los ojos cerrados, Alistair sentía que el tiempo se ralentizaba. Por delante de ella pasaban imágenes rápidas. Vio la primera vez que conoció a Erec, en el Anillo, en el castillo del Duque, cuando ella era una chica del servicio y se había enamorado de él a primera vista. Sentía su amor por él, un amor que aún sentía hoy en día, ardiendo dentro de ella. Veía a su hermano, Thorgrin, veía su rostro y, por alguna razón, no lo veía en el Anillo, en la

Corte del Rey, sino en una tierra distante, en un océano distante, exiliado del Anillo. Por encima de todo, vio a su madre. La vio de pie en el filo de un acantilado, delante de su castillo, por encima de un océano, delante de una pasarela celestial. La vio extendiendo sus brazos y sonriéndole con dulzura.

“Hija mía”, dijo.

“Madre”, dijo Alistair, “Vendré a reunirme contigo”.

Pero, para su sorpresa, su madre negó lentamente con la cabeza.

“Ahora no es tu momento”, dijo ella. “Tu destino en esta tierra todavía no está completo. Todavía tienes un gran destino delante tuyo”.

“¿Pero cómo, Madre?” preguntó. “¿Cómo puedo sobrevivir?”

“Tú eres más grande que esta tierra”, respondió su madre. “Este filo, este metal de muerte, es de esta tierra. Tus grilletes son de esta tierra. Son limitaciones terrenales. Solo son limitaciones si tú crees en ellas, si permites que tengan autoridad sobre ti. Tú eres espíritu, luz y energía. Aquí reside tu verdadero poder. Tú estás por encima de todo esto. Te estás dejando retener por fuerzas físicas. Tu problema no es de fuerza, es de fe. Fe en ti misma. ¿Cómo de fuerte es tu fe?”

Mientras Alistair estaba allá arrodillada, temblando, con los ojos cerrados, la pregunta de su madre resonaba dentro de su cabeza.

¿Cómo de fuerte es tu fe?

Alistair se dejó ir, se olvidó de sus grilletes y se puso en manos de su fe. Empezó a desprenderse de su fe en las fuerzas físicas de este planeta y, en su lugar, cambió su fe al poder supremo, el único poder supremo sobre cualquier otra cosa en el mundo. Ella sabía que un poder había creado este mundo. Un poder había creado todo esto. Este era el poder al lado del que debía ponerse.

Mientras lo hacía, todo dentro de una fracción de segundo, Alistair sintió un repentino calor que recorría su cuerpo. Se sentía ardiendo, invencible, más grande que todo. Sentía cómo unas llamas emanaban de sus manos, sentía como un zumbido y un enjambre en su mente y sentía un gran calor que crecía en su frente, entre sus ojos. Se sentía más fuerte que todo, más fuerte que sus grilletes, más fuerte que todas las cosas materiales.

Alistair abrió los ojos y, cuando el tiempo volvió a acelerarse, miró hacia arriba y vio a Bowyer acercándose con el hacha y el ceño fruncido.

En un movimiento, Alistair se giró y levantó los brazos y, al hacerlo, esta vez sus grilletes se quebraron como si fueran ramitas. En el mismo movimiento, rápida como el rayo, se puso de pie, levantó una mano hacia

Bowyer y mientras el hacha descendía sucedió la cosa más increíble: el hacha se disolvió. Se convirtió en cenizas y polvo y cayó en un montoncito a sus pies.

Bowyer se balanceó, con las manos vacías y tropezó, cayendo de rodillas.

Alistair dio vueltas y sus ojos se fijaron en una espada al otro lado del claro, en el cinturón de un soldado. Con su otra mano le ordenó que viniera hacia ella; al hacerlo, se levantó de su empuñadura y voló por los aires, justo hasta la mano que tenía extendida.

Con un único movimiento, Alistair la agarró, dio vueltas, la alzó hacia arriba y la dirigió hacia abajo, hacia el cuello de Bowyer, que estaba al descubierto.

La multitud se quedó perpleja, boquiabierta, al escuchar el sonido de metal cortando la carne y Bowyer, decapitado, se derrumbó en el suelo, sin vida.

Allí estaba, muerto, en el lugar exacto donde, solo unos momentos antes, había querido matar a Alistair.

Se oyó un grito de entre la multitud y Alistair dio un vistazo y vio cómo Dauphine se soltaba de las garras del soldado, agarraba la daga del cinturón del soldado y le cortaba el cuello. En el mismo movimiento, dio vueltas sobre sí misma y cortó la cuerda de Strom. Inmediatamente Strom se hizo hacia atrás, agarró una espada de la cintura de un soldado, giró y, a cuchillazos, mató a tres de los hombres de Bowyer antes de que pudieran reaccionar.

Con Bowyer muerto, hubo un momento de duda, pues estaba claro que la multitud no sabía qué hacer a continuación. De entre la multitud surgieron gritos, ya que su muerte claramente envalentonaba a aquellos que se habían aliado con él a regañadientes. Estaban reconsiderando su alianza, especialmente cuando docenas de los hombres leales a Erec rompieron filas y se pusieron del lado de Strom, luchando con él, mano a mano, contra aquellos leales a Bowyer.

El ímpetu rápidamente cambió a favor de los hombres de Erec, mientras hombre a hombre, fila a fila, se formaban alianzas; los hombres de Bowyer, cogidos desprevenidos, se dieron la vuelta y huyeron a través de la explanada hacia la rocosa ladera de la montaña. Strom y sus hombres los perseguían de cerca.

Alistair seguía allí, espada en mano, y observaba cómo empezaba una gran batalla, a lo largo y ancho del campo, los gritos y los cuernos resonaban mientras toda la isla parecía manifestarse, desparramarse en una guerra por

ambos lados. El sonido del estruendo de las armaduras, de los gritos de muerte de los hombres llenaban la mañana y Alistair sabía que había estallado una guerra civil.

Alistair mantenía la espada en alto, el sol brillaba encima de ella, y sabía que la gracia de Dios la había salvado. Se sintió renacer, más poderosa de lo que nunca se había sentido y sentía que su destino la llamaba. Estaba rebosante de optimismo. Sabía que matarían a los hombres de Bowyer. La justicia prevalecería. Erec se levantaría. Se casarían. Y pronto sería la Reina de las Islas del Sur.

CAPÍTULO SEIS

Darius corría por el sendero de barro que sale de su pueblo, siguiendo las pisadas hacia Volusia, con la decisión en su corazón de salvar a Loti y matar a los hombres que se la habían llevado. Corría con una espada en su mano-una espada *de verdad*, hecha con metal *de verdad* – era la primera vez que empuñaba metal de verdad en su vida. Sabía que solo esto bastaría para que lo mataran a él y a todo su pueblo. El acero era tabú - incluso su padre y el padre de su padre temieron poseerlo -y Darius sabía que había cruzado una línea en la que no había retorno.

Pero a Darius ya no le importaba. Ya había habido demasiada injusticia en su vida. Con Loti desaparecida, lo único que le preocupaba era recuperarla. Apenas había tenido la oportunidad de conocerla pero, paradójicamente, sentía que ella era toda su vida. Una cosa era que lo tomaran a él como esclavo; pero llevársela a *ella* era demasiado. No podía dejar que se fuera y considerarse a sí mismo un hombre. Era un chico, lo sabía, pero aún así se estaba convirtiendo en un hombre. Y eran estas decisiones, se dio cuenta, estas difíciles decisiones que nadie más quería tomar, las que convierten a uno en un hombre.

Darius emprendió el camino solo, el sudor le nublaba la vista, respiraba con dificultad, un hombre dispuesto a encararse a un ejército, a una ciudad. No había ninguna alternativa. Necesitaba encontrar a Loti y traerla de vuelta, o morir en el intento. Sabía que si fracasaba - o aún si salía victorioso - esto traería la venganza a toda la aldea, a su familia, a todo su pueblo. Si se paraba a pensar en esto, puede que incluso hubiera dado la vuelta.

Pero lo movía algo más fuerte que su propia preservación o la preservación de su familia y su pueblo. Lo movía un deseo de justicia. De libertad. Un deseo de deshacerse de su opresor y ser libre, aunque solo fuera por un instante en su vida. Si no era por él, sería por Loti. Por su libertad.

A Darius le movía la pasión, no el pensamiento lógico. El amor de su vida estaba allí y él ya había sufrido muchas veces a manos del Imperio. Fueran cuáles fueran las consecuencias, ya no le preocupaba. Necesitaba enseñarles que había un hombre entre su gente, incluso aunque fuera solo un hombre,

incluso solo un chico, que no sufriría su trato.

Darius corría y corría, dando vueltas por los caminos serpenteantes de aquellos campos conocidos y hacia las afueras del territorio de Volusia. Sabía que el mero hecho que lo encontraran allí, tan cerca de Volusia, le valdría la muerte. Siguió las pistas, doblando su velocidad, viendo que las huellas de los zertas estaban cerca las unas de las otras, y sabiendo que se estaban moviendo lentamente. Si iba suficientemente rápido, los alcanzaría.

Darius rodeó una colina, respirando con dificultad, y finalmente, en la distancia, divisó lo que estaba buscando: allí, quizás a menos de cien metros, estaba Loti, encadenada por el cuello con unos gruesos grilletes de hierro, de los que salía una larga cadena, de casi veinte metros, hasta el arnés en la espalda de un zerta. Encima del zerta cabalgaba el capataz del Imperio, el que se la había llevado, de espaldas a ella, y a su lado, caminando junto a ellos, dos soldados más del Imperio, llevando gruesas armaduras negras y doradas del Imperio, que brillaban al sol. Hacían casi dos veces el tamaño de Darius, guerreros formidables, hombres con las armas más finas, y un zerta a sus órdenes. Darius sabía que sería necesaria una multitud de esclavos para vencer a estos hombres.

Pero Darius no permitía que el miedo se interpusiera en su camino. Lo único que lo llevaba era la fuerza de su espíritu y su feroz decisión y sabía que debía encontrar la manera en que esto fuera suficiente.

Darius corría y corría, acercándose por detrás a la desprevenida caravana y pronto los alcanzó, corrió hacia Loti por detrás, levantó su espalda en alto, mientras ella lo miraba con una expresión de perplejidad, y cortó la cadena que la unía al zerta.

Loti chilló y saltó hacia atrás, sorprendida, mientras Darius cortaba sus cadenas, liberándola, el característico sonido del metal cortando el aire. Loti estaba allí, libre, con los grilletes todavía alrededor del cuello, la cadena colgaba en su pecho.

Darius se dio la vuelta y vio la misma mirada de sorpresa en el rostro del capataz del Imperio, mirando hacia abajo desde su asiento en el zerta. Los soldados que iban a pie a su lado se detuvieron también, todos ellos aturridos al ver a Darius.

Darius estaba allí, con los brazos temblorosos, sosteniendo la espada de acero delante de él y decidido a no mostrar miedo mientras estuviera entre ellos y Loti.

“Ella no te pertenece”, exclamó Darius con voz temblorosa. “Es una mujer libre. ¡Todos nosotros somos libres!”

Los soldados miraron hacia el capataz.

“Chico”, dijo dirigiéndose a Darius, “has cometido el mayor error de tu vida”.

Hizo una señal con la cabeza a sus soldados y estos levantaron sus espadas y cargaron contra Darius.

Darius se mantenía en su sitio, sosteniendo la espada con manos temblorosas y, mientras lo hacía, sentía que sus antepasados lo miraban desde arriba. Sentía que todos los esclavos que habían sido asesinados lo miraban, dándole su apoyo. Y empezó a sentir un gran calor que crecía dentro de él.

Darius sentía que el poder que se ocultaba en lo profundo de su ser empezaba a agitarse, inquieto por ser llamado. Pero él no se permitiría llegar a ello. Él quería luchar hombre a hombre, derrotarlos como lo haría cualquier hombre, poner en práctica todo el entrenamiento con sus hermanos de armas. Quería ganar como un hombre, luchar como un hombre con armas de metal verdaderas y derrotarlos en igualdad de condiciones. Siempre había sido más rápido que todos los chicos más mayores, con sus largas espadas de madera y sus cuerpos musculosos, incluso chicos que hacían dos veces su tamaño.

Reunió sus fuerzas y se preparó mientras ellos se disponían a atacar.

“¡Loti!” exclamó, sin darse la vuelta, “¡CORRE! ¡Vuelve al pueblo!”

“¡NO!” contestó ella gritando.

Darius sabía que tenía que hacer algo; no podía quedarse allí y esperar a que lo cogieran. Sabía que debía sorprenderles, hacer algo que no esperaran.

Darius embistió de repente, escogió a uno de los dos soldados y corrió directo hacia él. Se encontraron en medio del claro de barro, Darius soltó un gran grito de guerra. El soldado dirigió su espada a la cabeza de Darius, pero Darius levantó su espada y bloqueó el golpe, sus espadas echaban chispas, era el primer impacto de metal sobre metal que Darius había sentido jamás. La hoja era más pesada de lo que él pensaba, el golpe del soldado más fuerte y él sintió una gran vibración, sintió como temblaba todo su brazo, pasando por su codo y hasta el hombro. Le cogió desprevenido.

El soldado giraba rápidamente, intentando golpear a Darius por un lado, y Darius giró y paró el golpe. Esto no era como entrenarse con sus hermanos; Darius sentía que se movía más lento de lo normal, la espada era muy pesada.

Le estaba costando acostumbrarse. Parecía que el otro soldado se movía dos veces más rápido que él.

El soldado giró de nuevo y Darius entendió que no podía derrotarlo golpe a golpe; tenía que recurrir a sus otras habilidades.

Darius dio un paso a un lado, esquivando el golpe en lugar de afrontarlo y, a continuación, golpeó con el codo la garganta del soldado. Le dio de lleno. El hombre se quedó sin voz y se tambaleó hacia atrás, encorvado, agarrándose la garganta. Darius levantó la empuñadura de su espada y la dirigió hasta la espalda descubierta del soldado, haciendo que cayera de cara al barro.

Al mismo tiempo el otro soldado cargó contra él, y Darius se dio la vuelta, levantó la espada y bloqueó un poderoso golpe que iba dirigido a su cara. El soldado siguió atacando, sin embargo, haciendo que Darius cayera al suelo una y otra vez, con dureza.

Darius sintió cómo sus costillas crujieron cuando el soldado cayó encima suyo, yendo a parar ambos al duro barro dentro de una gran nube de polvo. El soldado soltó su espada y usó sus manos, intentando sacarle los ojos a Darius con los dedos.

Darius lo agarró por las muñecas, echándolas hacia atrás con las manos temblorosas, pero perdiendo la estabilidad. Sabía que debía hacer algo rápidamente.

Darius levantó una rodilla y dio la vuelta, consiguiendo hacer girar al hombre de costado. En el mismo movimiento, Darius alcanzó la larga daga que divisó en el cinturón del hombre y, aprovechando el movimiento, la levantó y la clavó en el pecho del hombre, mientras los dos caían al suelo.

El soldado gritó y Darius, que estaba encima suyo, vio cómo moría delante de sus ojos. Darius estaba allí, congelado, perplejo. Era la primera vez que mataba a un hombre. Era una experiencia surreal. Se sentía victorioso pero entristecido a la vez.

Darius oyó un grito detrás suyo, que lo alertó, y al girarse vio al otro soldado, al que había aturdido, de pie otra vez, corriendo hacia él. Levantó su espada y la balanceó hacia su cabeza.

Darius esperó, concentrado, y se agachó en el último segundo; el soldado pasó tambaleándose por delante de él.

Darius se agachó y cogió la daga del pecho del hombre muerto y dio

vueltas sobre sí mismo, mientras el soldado volvía y atacaba de nuevo, Darius, de rodillas, se inclinó hacia delante y la lanzó.

Observó cómo la daga daba vueltas sobre sí misma, para ir a parar finalmente al corazón del soldado, perforando su armadura. El propio acero del Imperio, segundo para nadie, usado contra ellos. Quizás, pensó Darius, deberían haber fabricado armas menos afiladas.

El soldado se desplomó sobre sus rodillas, con los ojos salidos, y cayó de lado, muerto.

Darius oyó un gran grito detrás de él, y saltó sobre sus pies, se dio la vuelta y vio como el capataz se bajaba de su zerta. Frunció el ceño, desenfundó su espada y corrió hacia Darius con un gran grito.

“Ahora tendré que matarte yo mismo”, dijo. “¡Pero no solo te mataré a ti, te torturaré a ti, a tu familia y a todo tu pueblo lentamente!”

Él embistió contra Darius.

Este capataz del Imperio era obviamente un soldado más grande que los demás, más alto y más ancho, con una armadura más grande. Era un guerrero endurecido, el guerrero más grande con el que Darius había luchado jamás. Darius debía admitir que sentía miedo ante este formidable enemigo – pero se negaba a mostrarlo. Al contrario, estaba decidido a luchar con ese miedo, a rechazar el permitir sentirse intimidado. Era solo un hombre, se dijo Darius a sí mismo. Y todos los hombres pueden caer.

Todos los hombre pueden caer.

Darius levantó su espada mientras el capataz se dirigía hacia él, balanceando su gran espada, que brillaba con la luz, de un lado a otro con las dos manos. Darius se movía y bloqueaba los golpes; el hombre golpeaba de nuevo.

A izquierda y a derecha, a izquierda y a derecha, el soldado atacaba y Darius paraba los golpes, el gran sonido de metal sonaba en sus oídos, las chispas volaban por todas partes. El hombre lo obligaba a retroceder, más y más lejos, y Darius necesitaba todo su poder solo para parar los golpes. El hombre era fuerte y rápido y a Darius solo le preocupaba seguir con vida.

Darius fue demasiado lento al parar uno de los golpes y gritó de dolor cuando el capataz encontró una abertura y le rajó el bíceps. Era una herida poco profunda, pero dolorosa y Darius sintió la sangre, su primera herida en una batalla y se quedó aturdido.

Fue un error. El capataz se aprovechó de su duda y le dio una bofetada con su guante. Darius sintió un gran dolor en su mejilla y mandíbula cuando el metal tocó su cara y el golpe lo echó hacia atrás, haciéndolo tropezar unos metros, Darius hizo una nota mental de no parar a mirarse una herida nunca más en plena batalla.

Al notar el sabor de la sangre en sus labios, una furia le invadió. El capataz atacó de nuevo, corrió hacia él, era grande y fuerte, pero esta vez, con el dolor en sus mejillas y sangre en su lengua, Darius no dejó que esto le intimidara. Se habían dado los primeros golpes de la batalla y Darius se dio cuenta de que, por muy dolorosos que fueran, no eran tan malos. Todavía estaba de pie, respirando y vivo.

Y esto quería decir que todavía podía luchar. Podía resistir los golpes y todavía podía continuar. Resultar herido no era tan malo como había temido. Puede que fuera más pequeño, que tuviera menos experiencia, pero se dio cuenta que su habilidad era tan aguda como la de cualquier otro hombre - y podía ser igual de mortal.

Darius soltó un grito gutural y se avalanzó hacia delante, encarando la batalla esta vez en lugar de alejarse asustado de ella. Ya sin ningún miedo a ser herido, Darius levantó la espada con un grito y la dirigió a su oponente. El hombre la paró, pero Darius no se detuvo, moviéndola de un lado para otro una y otra vez, obligando a retroceder al capataz, a pesar de su mayor tamaño y fuerza.

Darius luchaba por su vida, por Loti, luchaba por toda su gente, sus hermanos de armas y, dando golpes a izquierda y derecha, más rápido de lo que jamás lo había hecho, sin permitir ya que el peso del acero lo ralentizara, finalmente encontró una abertura. El capataz gritó de dolor mientras Darius le rajaba el costado.

Se dio la vuelta y miró a Darius con el ceño fruncido, primero con sorpresa y después con venganza en sus ojos.

Gritó como un animal herido y cargó contra Darius. El capataz tiró su espada, corrió hacia delante y rodeó con sus brazos por completo a Darius. Levantó a Darius del suelo, aprétandolo tan fuerte que Darius dejó caer su espada. Todo pasó tan rápido y fue un movimiento tan inesperado, que Darius no pudo reaccionar a tiempo. Él había esperado que su enemigo usara la

espada en la batalla, no sus puños.

Darius, colgando por encima del suelo, gimiendo, sentía como si cada hueso de su cuerpo se fuera a romper. Gritaba de dolor.

El capataz lo apretó más fuerte, tan fuerte que Darius tenía la seguridad de que iba a morir. Entonces se inclinó y dio un cabezazo a Darius, golpeando la nariz de Darius con su frente.

Darius sentía que la sangre le salía a borbotones, sintió un horrible dolor en la cara y los ojos, que le escocía, que lo encegaba. Fue un movimiento que no esperaba y, cuando el capataz se inclinó para darle otro cabezazo, Darius, indefenso, estaba seguro de que lo mataría.

El ruido de cadenas cortaba el aire y, de repente, los ojos del capataz se abrieron totalmente y soltó a Darius. Darius, respirando con dificultad, confundido, miró hacia arriba, preguntándose por qué lo había soltado. Entonces vio a Loti, detrás del capataz, rodeándole el cuello con los grilletos que le colgaban, una y otra vez, y apretándolo con todas sus fuerzas.

Darius se tambaleó hacia atrás, intentando recobrar la respiración y observó cómo el capataz se tambaleó hacia atrás unos metros, miró por encima de su hombro agarró a Loti por detrás, se inclinó y la hizo volar por encima de su cabeza. Loti cayó de espaldas al suelo, en el duro suelo, en el lodo, con un grito.

El capataz dio un paso hacia delante, levantó la pierna y apuntó con la bota a la cara de ella y Darius vio que estaba a punto de estamparla contra su cara. El capataz se encontraba a unos tres metros de él ahora, demasiado lejos para que Darius lo alcanzara a tiempo.

“¡NO!” gritó Darius.

Darius pensó con rapidez: se agachó, cogió su espada, dio un paso adelante y, en un movimiento rápido, la lanzó.

La espada voló por los aires, dando vueltas sobre sí misma, y Darius observó, paralizado, como la punta atravesaba la armadura del capataz, atravesándole directamente el corazón.

Sus ojos se volvieron a abrir de golpe y Darius observó cómo se tambaleaba y caía, desplomándose sobre sus rodillas, y después de cara.

Loti rápidamente logró ponerse de pie y Darius corrió a su lado. Le pasó el brazo por el hombro, para reconfortarla, muy agradecido con ella, muy

aliviado de que estuviera bien.

De repente, un silbido agudo cortó el aire; Darius se dio la vuelta y vio al capataz, tumbado en el suelo, levantar la mano hacia su boca y silbar de nuevo, por última vez, antes de morir.

Un horrible rugido quebró el silencio, mientras el suelo temblaba.

Darius echó un vistazo y lo llevó el terror al ver al zerta de repente dirigiéndose hacia ellos. Corría a toda velocidad hacia ellos enfurecido, con sus afilados cuernos hacia abajo. Darius y Loti intercambiaron una mirada, sabiendo que no tenían hacia donde correr. Darius sabía que, en unos instantes, los dos estarían muertos.

Darius miró a su alrededor, pensando con rapidez, y vio a su lado la empinada ladera de la montaña, repleta de rocas y piedras. Darius levantó el brazo, con la mano extendida y con el otro brazo rodeó a Loti, acercándola hacia él. Darius no quería recurrir a su poder, pero sabía que ahora no tenía elección, si quería vivir.

Darius sintió un tremendo calor corriendo dentro de él, un poder que apenas podía controlar y observó cómo una luz salía disparada de su mano abierta, hacia la empinada ladera. Entonces se oyó un retumbo, al principio gradual, después más y más grande, y Darius observó como las piedras empezaban a caer por la empinada ladera de la montaña, cada vez con más fuerza.

Una avalancha de piedras se precipitó contra el zerta, aplastándolo justo antes de que los alcanzara. Se formó una tremenda nube de polvo, un tremendo ruido y, finalmente, todo quedó en silencio.

Darius estaba allí, solo el silencio y el polvo se arremolinaban en el sol, apenas sin entender lo que acababa de hacer. Se dio la vuelta y vio que Loti lo estaba mirando, vio la mirada de horror en su cara, y supo que todo había cambiado. Había revelado el secreto. Y ahora no había marcha atrás.

CAPÍTULO SIETE

Thor estaba sentado erguido en el filo de su pequeña barca, con las piernas cruzadas, reposando las manos sobre sus muslos, de espaldas a los demás mientras miraba al frío y cruel mar. Sus ojos estaban rojos por haber llorado y no quería que los demás lo vieran así. Sus lágrimas se habían secado hacía rato, pero sus ojos estaban todavía sensibles mientras observaba el mar, perplejo, preguntándose sobre los misterios de la vida.

¿Cómo se le había concedido un hijo, solo para arrebatárselo? ¿Cómo podía alguien a quien quería tanto desaparecer, serle arrebatado sin aviso y sin oportunidad de regresar?

Thor sentía que la vida era inexorablemente cruel. ¿Dónde estaba la justicia en todo esto? ¿Por qué no podía su hijo volver a él?

Thor daría cualquier cosa - *cualquier cosa* - caminaría por encima del fuego, sufriría un millón de muertes, para recuperar a Guwayne.

Thor cerró los ojos y movía la cabeza mientras intentaba borrar la imagen de aquel volcán ardiendo, la cuna vacía, las llamas. Intentaba suprimir la idea de su hijo sufriendo una muerte tan dolorosa. Su corazón ardía por la furia pero, por encima de todo, por el dolor. Y la pena de no haber alcanzado antes a su pequeño hijo.

Thor también sintió un profundo pinchazo en el estómago al intentar imaginar encontrarse con Gwendolyn, contarle las noticias. Con toda seguridad no volvería a mirarle jamás a los ojos. Y nunca volvería a ser la misma persona. Para Thorgrin era como si le hubieran arrebatado su vida entera. Él no sabía cómo reconstruirla, cómo recoger los pedazos. Se preguntaba cómo se puede encontrar otra razón para vivir.

Thor escuchó pasos y sintió el peso de un cuerpo a su lado mientras la barca se movía, chirriando. Al mirar se sorprendió al ver a Conven sentándose a su lado, mirándolo fijamente. Thor sintió que no había hablado con Conven en siglos, no desde la muerte de su gemelo. Verlo allí era bienvenido. Mientras Thor lo miraba, examinaba el dolor en su rostro, por primer vez, lo entendió. Lo entendió de verdad.

Conven no dijo ni una palabra. No hacía falta. Su presencia era suficiente.

Se sentó a su lado solidarizándose con él, hermanos en el dolor.

Estuvieron sentados en silencio durante un largo rato, sin ningún ruido, solo el viento rompiendo violentamente, el sonido de las olas chocando suavemente contra la barca, su pequeña barca a la deriva en un mar interminable, en su misión por encontrar y rescatar a Guwayne, que les había sido arrebatado a todos ellos.

Al final Conven habló:

“No pasa un solo día que no piense en Conval”, dijo con voz sombría.

Estuvieron sentados de nuevo en silencio durante un largo rato. Thor quería responder, pero no podía, se había quedado sin habla.

Finalmente, Conven añadió: “Me da pena por ti y por Guwayne. Me hubiera gustado verle convertido en un gran guerrero, como su padre. Sé que lo hubiera sido. La vida puede ser trágica y cruel. Te puede dar para después quitártelo. Me gustaría poder decirte que me he recuperado de mi dolor, pero no lo he hecho”.

Thor lo miró, la brutal sinceridad de Conven de alguna manera le daba un sentimiento de paz.

“¿Qué te mantiene vivo?” preguntó Thor.

Conven miró al agua durante un buen rato y después suspiró.

“Pienso que es lo que Conval hubiera querido”, dijo. “Hubiera querido que yo siguiera adelante. Y por eso sigo adelante. Lo hago por él. No por mí. A veces vivimos una vida por los demás. A veces no nos preocupa lo suficiente vivirla por nosotros, por eso la vivimos por ellos. Pero estoy viendo que a veces esto es suficiente”.

Thor pensaba en Guwayne, ahora muerto, y se preguntaba qué hubiera querido su hijo. Por supuesto que hubiera querido que Thor viviera, cuidara a su madre, Gwendolyn. Thor esto lo sabía por lógica. Pero, en su corazón, era un concepto difícil de comprender.

Conven se aclaró la garganta.

“Vivimos por nuestros padres”, dijo. “Por nuestros hermanos. Por nuestras esposas, hijos e hijas. Vivimos por todos los demás. Y, a veces, cuando la vida te ha golpeado tan fuerte que no puedes seguir por ti mismo, esto debe ser suficiente”.

“No estoy de acuerdo”, dijo una voz.

Thor miró y vio a Matus acercándose a su otro lado, sentándose y uniéndose a ellos. Matus miró hacia el mar, serio y orgulloso.

“Yo creo que hay otra cosa por la que vivimos”, añadió.

“¿Y de qué se trata?” preguntó Conven.

“La fe”. Matus suspiró. “Mi pueblo, los habitantes de las Islas Superiores, rezan a los cuatro dioses de las orillas rocosas. Rezan a los dioses del agua, el viento, el cielo y las rocas. Aquellos dioses nunca han contestado a mis oraciones. Yo rezo al antiguo dios del Anillo”.

Thor lo miró sorprendido.

“Nunca he conocido a un hombre de las Islas Superiores que comparta la fe del Anillo”, dijo Conven.

Matus asintió.

“Yo soy diferente a mi gente”, dijo. “Siempre lo he sido. Quería entrar la orden monástica cuando era joven, pero mi padre no quería ni oír hablar de ello. Insistió en que tomara las armas, como mis hermanos”.

Suspiró.

“Creo que vivimos por nuestra fe, no por los demás”, añadió. “Esto es lo que nos empuja hacia adelante. Si nuestra fe es lo suficientemente fuerte, *realmente* lo suficientemente fuerte, entonces cualquier cosa puede suceder. Incluso un milagro”.

“¿Y esto me puede devolver a mi hijo?” preguntó Thor.

Matus lo miró asintiendo con la cabeza, resuelto, y Thor pudo ver la seguridad en sus ojos.

“Sí”, contestó Matus terminantemente. “Cualquier cosa”.

“Mientes”, dijo Conven indignado. “Le estás dando falsas esperanzas”.

“No es así”, replicó Matus.

“¿Estás diciendo que la fe me devolverá a mi hermano muerto?” instó Conven, enfadado.

Matus suspiró.

“Estoy diciendo que toda tragedia es un regalo”, dijo.

“¿Un regalo?” preguntó Thor, horrorizado. “¿Estás diciendo que la pérdida de mi hijo es un regalo?”

Matus asintió con seguridad.

“Has recibido un regalo, por muy trágico que suene. No puedes saber qué es. Puedo que no durante un largo tiempo. Pero un día lo verás”.

Thor se dio la vuelta y miró hacia el mar, confundido, inseguro. ¿Era esta una prueba? se preguntaba. ¿Era esta una de las pruebas de las que su madre le había hablado? ¿Podía solo la fe devolverle a su hijo? Quería creerlo.

Realmente lo quería. Pero no sabía si su fe era lo suficientemente fuerte. Cuando su madre había hablado de pruebas, él estaba muy seguro de que podría superar cualquier cosa que se le pusiera en el camino; sin embargo, ahora, tal y como se sentía, no sabía si era lo suficientemente fuerte para continuar.

La barca se balanceaba con las olas y de repente la marea se giró y Thor sintió que su pequeña barca giraba e iba en la dirección opuesta. Reaccionó pronto y miró por encima de su hombro, preguntándose qué estaba ocurriendo. Reece, Elden, Indra y O'Connor todavía estaban remando y manejando las velas, con una mirada de confusión en sus rostros, mientras su pequeña vela se sacudía salvajemente con el viento.

“Las Mareas del Norte”, dijo Matus, de pie, con las manos en las caderas y mirando a lo lejos, estudiando las aguas. Negó con la cabeza. “Esto no es bueno”.

“¿Qué es esto?” preguntó Indra. “No podemos controlar la barca”.

“A veces atraviesan las Islas Superiores”, explicó Matus. “Nunca las he visto, pero he oído hablar de ellas, especialmente tan al norte. Son aguas revueltas. Una vez te atrapan, te llevan a donde quieren. No importa cuanto intentes remar o navegar”.

Thor miró hacia abajo y vio el agua corriendo al doble de velocidad por debajo de ellos. Miró a lo lejos y vio que se estaban dirigiendo a un nuevo y vacío horizonte, nubes lilas y blancas manchaban el cielo, a la vez hermosas y premonitorias.

“Pero ahora nos dirigimos hacia el este”, dijo Reece, “y debemos dirigirnos hacia el oeste. Toda nuestra gente está en el oeste. El Imperio está en el Oeste”.

Matus encogió los hombros.

“Nos dirigimos a donde nos llevan las olas”.

Thor miraba a lo lejos con asombro y frustración, dándose cuenta de que cada momento que pasaba los alejaba más de Gwendolyn, de su gente.

“¿Y dónde acaba esto?” preguntó O'Connor.

Matus se encogió de hombros.

“Yo solo conozco las Islas Superiores”, dijo él. “Nunca he estado tan al norte. No conozco nada de lo que hay más allá”.

“No termina”, dijo Reece en voz alta, misteriosamente, y todas las miradas se giraron hacia él.

Reece los miró, serio.

“Fui instruido en las mareas hace años, a una edad temprana. En el antiguo libro de los Reyes teníamos una colección de mapas, cubriendo cada porción del mundo. Las Mareas del Norte llevan al límite este del mundo”.

“¿El límite este?” dijo Elden, con preocupación en la voz. “Estaríamos en las antípodas de nuestra gente”.

Reece se encogió de hombros.

“Los libros eran antiguos y yo era joven. Lo único que realmente recuerdo es que las mareas eran un portal a la Tierra de los Espíritus”.

Thor miró a Reece, extrañado.

“Patrañas y cuentos de hadas”, dijo O’Connor. “No existe el portal a la Tierra de los Espíritus. Se selló hace siglos, antes de que nuestros padres pisaran la tierra”.

Reece se encogió de hombros y todos se quedaron callados mientras se giraron a mirar hacia el mar. Thor examinó las aguas que se movían con rapidez y se preguntaba: ¿Hacia qué lugar de la tierra se estaban dirigiendo?

*

Thor estaba sentado solo, en el filo del barco, contemplando las aguas como había estado haciendo durante horas, la fría espuma le daba en la cara. Insensible al mundo, apenas lo sentía. Thor quería moverse, alzar las velas, remar - lo que fuera- pero ahora no podían hacer nada. Las mareas del Norte los estaban llevando por donde querían y lo único que podían hacer era estar sentados sin hacer nada y observar las corrientes, su barca surcando las largas olas y preguntarse dónde irían a parar. Ahora estaban en manos del destino.

Mientras Thor estaba allí sentado, examinando el horizonte, preguntándose dónde acabaría el mar, sintió cómo se dejaba llevar por la nada, insensible por el frío y el viento, perdido en la monotonía del profundo silencio que colgaba por encima de ellos. Las aves marinas que al principio se movían en círculos a su alrededor hacía tiempo que habían desaparecido y, mientras el silencio se hacía más profundo, y el cielo se oscurecía más y más, Thor sentía que estaba navegando en la nada, hacia los mismos confines de la tierra.

No fue hasta horas más tarde, cuando caía la última luz del día, que Thor se sentó y divisó algo en el horizonte. Al principio estaba seguro de que era una ilusión; pero a medida que las corrientes eran más fuertes, la forma se hizo

más visible. Era real.

Thor se sentó erguido, por primera vez en horas, y después se puso de pie. Estaba allí, mientras la barca se balanceaba, con las manos en la cadera, mirando a lo lejos.

“¿Es real?” dijo una voz.

Thor miró y vio a Reece acercándose a su lado. Elden, Indra y el resto pronto se unieron a ellos, todos mirando a lo lejos perplejos.

“¿Una isla?” se preguntó O’Connor en voz alta.

“Parece una cueva”, dijo Matus.

Mientras se acercaban, Thor empezó a ver su contorno y vio que, en efecto, era una cueva. Era una cueva enorme, un peñasco que se elevaba en el mar, emergiendo aquí, en medio de un mar cruel e interminable, alzándose a unos cien metros del mar, su abertura dibujaba un gran arco. Parecía una boca gigante, preparada para tragarse todo el mundo.

Y las corrientes estaban llevando su barca directamente hacia allí.

Thor lo observaba perplejo y sabía que solo podía tratarse de una cosa: la entrada a la Tierra de los Espíritus.

CAPÍTULO OCHO

Darius andaba despacio por el camino de barro, Loti a su lado, el aire lleno con la tensión de su silencio. Ninguno de los dos había dicho una palabra desde su encuentro con el capataz y sus hombres y la mente de Darius hervía con un millón de pensamientos mientras andaba a su lado, acompañándola de vuelta a su pueblo. Darius quería rodearla con su brazo, decirle lo agradecido que estaba de que estuviera viva, de que lo hubiera salvado como él la había salvado a ella, lo decidido que estaba a no dejar que se marchase de su lado nunca más. Quería ver sus ojos llenos de alegría y alivio, quería oírle decir cuánto significaba para ella que hubiera arriesgado la vida por ella o, al menos, que se alegraba de verlo.

Sin embargo, mientras andaban en un profundo e incómodo silencio, Loti no decía nada, ni siquiera lo miraba. No le había dicho ni una palabra desde que él había provocado la avalancha, ni siquiera lo había mirado a los ojos. El corazón de Darius latía con fuerza, preguntándose qué estaba pensando ella. Había presenciado cómo reunía su poder, había presenciado la avalancha. Después de la misma, le había lanzado una mirada de horror y no lo había vuelto a mirar desde entonces.

Quizás, pensaba Darius, desde su punto de vista había roto el sagrado tabú de su pueblo al recurrir a la magia, la cosa que su pueblo despreciaba más que a nada. Quizás ella le temía; o incluso peor, quizás ya no lo quería. Quizás pensaba que era una especie de monstruo.

Darius sentía que su corazón se rompía mientras andaban lentamente de vuelta al pueblo y se preguntaba qué sentido tenía todo aquello. Acababa de arriesgar su vida para salvar a una chica que ya no lo quería. Pagaría lo que fuera por leer sus pensamientos, lo que fuera. Pero ella ni le hablaba. ¿Estaba asustada?

Darius quería decirle algo, cualquier cosa para romper el silencio. Pero no sabía por donde empezar. Él había creído que la conocía, pero ahora no estaba tan seguro. Una parte de él se sentía indignado, demasiado orgulloso para hablar, dada su reacción y otra parte de él se sentía de alguna manera avergonzado. Sabía lo que su gente pensaba del uso de la magia. ¿Tan terrible

era usar la magia? ¿Incluso si había salvado su vida? ¿Se lo contaría a los demás? Si la gente de la aldea lo descubría, seguro que lo exiliarían.

Ellos andaban y andaban y Darius al final no lo pudo resistir más; tenía que decir algo.

“Estoy seguro de que tu familia estará contenta de ver que vuelves sana y salva”, dijo Darius.

Loti, ante su decepción, no aprovechó la ocasión para mirarlo; sino que simplemente seguía inexpresiva mientras continuaban andando en silencio. Finalmente, después de un buen rato, movió la cabeza.

“Quizás”, dijo ella. “Pero pienso que estarán más preocupados que otra cosa. El pueblo entero lo estará”.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Darius.

“Has matado a un capataz. Hemos matado a un capataz. El Imperio entero habrá salido a buscarnos. Destruirán nuestro pueblo. A nuestra gente. Hemos hecho algo terrible, egoísta.

“¿Algo horrible? ¡Te salvé la vida!” dijo Darius exasperado.

Ella se encogió de hombros.

“Mi vida no vale la vida de toda nuestra gente”.

Darius estaba furioso, sin saber qué decir mientras caminaban. Estaba empezando a ver que Loti era una chica complicada, difícil de entender. Había sido demasiado adoctrinada con el rígido pensamiento de sus padres, de su gente.

“O sea que entonces me odias”, dijo él. “Me odias por salvarte”.

Ella se negaba a mirarlo, continuaba caminando.

“Yo también te salvé”, replicó con orgullo. “¿No te acuerdas?”

Darius se ruborizó; no lograba comprenderla. Era demasiado orgullosa.

“No te odio”, añadió finalmente. “Pero vi cómo lo hiciste. Vi lo que hiciste”.

Darius sintió que temblaba por dentro, herido por sus palabras. Salieron como una acusación. No era justo, especialmente después de haber salvado su vida.

“¿Y eso es algo tan horrible?” preguntó él. ¿Fuera el que fuera el poder que utilicé?”

Loti no respondió.

“Soy quien soy”, dijo Darius. “Nací así. No lo pedí. Ni yo mismo lo entiendo del todo. No sé cuándo viene y cuándo se va. No sé si alguna vez

podré usarlo de nuevo. No quería usarlo. Era como si...él me usara a mí”.

Loti continuaba mirando hacia abajo, sin responder, sin mirarlo a los ojos, y Darius sintió un profundo sentimiento de arrepentimiento. ¿Había cometido un error al rescatarla? ¿Debía avergonzarse de quien era?

“¿Preferirías estar muerta a que yo hubiera usado...lo que sea que usé?” preguntó Darius.

De nuevo Loti no respondió mientras andaban y el arrepentimiento de Darius se volvía más profundo.

“No hables de esto a nadie”, dijo ella. “No debemos hablar nunca de lo que ha sucedido hoy aquí. Los dos seremos marginados”.

Giraron la esquina y su pueblo apareció ante su vista. Caminaron por el camino principal y, mientras lo hacían, algunos aldeanos los reconocieron y soltaron un gran grito de alegría.

En unos instantes hubo una gran conmoción mientras los aldeanos se amontonaban para recibirlos, centenares de ellos, corriendo emocionados a abrazar a Loti y a Darius. Abriéndose paso entre la multitud estaba la madre de Loti, junto a su padre y dos de sus hermanos, hombres altos de anchos hombros, pelo corto y mandíbulas orgullosas. Todos ellos miraron a Darius, como tomándole las medidas. De pie a su lado estaba el tercer hermano de Loti, más pequeño que los otros y cojo de una pierna.

“Mi amor”, dijo la madre de Loti, corriendo a través de la multitud y la cogió entre sus brazos, abrazándola fuerte.

Darius se quedó atrás, sin saber qué hacer.

“¿Qué te pasó? pidió su madre. “Pensé que el Imperio se te había llevado. ¿Cómo te liberaste?”

Todos los aldeanos se quedaron serios, en silencio, mientras todos los ojos se dirigían a Darius. Él estaba allí, sin saber qué decir. Él sentía que ese debía ser un momento de gran alegría y celebración por lo que había hecho, un momento del que sentirse muy orgulloso, de ser recibido en casa como un héroe. Después de todo, solo él, de entre todos ellos, había tenido el valor de ir en busca de Loti.

En cambio, era un momento de confusión para él. Y quizás incluso de vergüenza. Loti le dirigió una mirada firme, como advirtiéndole que no revelara su secreto.

“No pasó nada, Madre”, dijo Loti. “El Imperio cambió de opinión. Me soltaron”.

“¿Te soltaron?” repitió ella con estupor.

Loti asintió con la cabeza.

“Me soltaron lejos de aquí. Me perdí en el bosque y Darius me encontró. Me traje de vuelta”.

Los aldeanos, en silencio, miraban todos escépticos de Darius a Loti. Darius percibió que no les creían.

“¿Y qué es esta marca en tu cara?” le preguntó su padre, dando un paso hacia adelante, frotando con su dedo pulgar su mejilla y girando su cabeza para examinarla.

Darius miró y vio un gran roncha negra y azul.

Loti miró a su padre, insegura.

“Yo...tropecé”, dijo ella. “Con una raíz. Ya te dije que estoy bien”, insistió, desafiante.

Todos los ojos se giraron hacia Darius y Bokbu, jefe del pueblo, dio un paso hacia adelante.

“Darius, ¿es eso cierto?” le preguntó con voz sombría. “¿La devolviste de forma pacífica? ¿No te topaste con el Imperio?”

Darius estaba allí, el corazón le latía fuerte, centenares de ojos le miraban. Sabía que si les contaba su encuentro, si les contaba lo que había hecho, todos temerían que hubieran represalias. Y él no podía explicar cómo los mató sin hablar de su magia. Sería un marginado y Loti también, y él no quería sembrar el pánico en el corazón de todo el pueblo.

Darius no quería mentir. Pero no sabía qué otra cosa hacer.

Así que, Darius simplemente asintió a los mayores, sin hablar. Que interpreten lo que quieran, pensó.

Poco a poco, la gente, aliviada, se giró a mirar a Loti. Finalmente, uno de sus hermanos dio un paso adelante y la rodeó con su brazo.

“¡Está a salvo!” dijo en voz alta, rompiendo la tensión. “¡Eso es lo único que importa!”

Hubo un gran grito en el pueblo, la tensión se rompió y su familia y todos los demás abrazaron a Loti.

Darius estaba allí y observaba, recibiendo unas cuantas palmaditas poco entusiastas en la espalda, mientras Loti, sola, se giró hacia su familia, que la acompañó hasta el pueblo. Él veía como se marchaba, esperando, con la ilusión de que se diera la vuelta para mirarlo, solo una vez.

Pero su corazón se secaba dentro de él mientras la veía desaparecer,

envuelta por la multitud, sin girarse nunca.

CAPÍTULO NUEVE

Vólusia estaba orgullosa en su carruaje de oro, montada en lo alto de su barco de oro que brillaba al sol, mientras lentamente avanzaba por los canales de Vólusia, con los brazos abiertos, recibiendo la adulación de su pueblo. Miles de ellos salieron, se apresuraron hacia los límites de los canales, hicieron fila en las calles y callejuelas y gritaban su nombre desde todas las direcciones.

Mientras navegaba por los estrechos canales que se abrían camino a través de la ciudad, Vólusia casi podía tocar a su gente, todos llamando su nombre, gritando y chillando con adulación mientras lanzaban tiras de pergamino rotas de todos los colores, que brillaban con la luz mientras caían encima de ella en forma de lluvia. Era la mayor señal de respeto que su pueblo le podía ofrecer. Era su manera de recibir a un héroe que volvía.

“¡Larga vida a Vólusia! ¡Larga vida a Vólusia!” cantaban, resonando de una callejuela a la otra mientras ella pasaba a través de las masas, los canales llevándola a través de su suntuosa ciudad, sus calles y edificios todos forrados de oro.

Vólusia se echaba hacia atrás y lo admiraba todo, emocionada por haber derrotado a Rómulo, haber matado al Gobernante Supremo del Imperio y haber asesinado a su contingente de soldados. Su pueblo era uno con ella y se sentían envalentonados cuando ella se sentía envalentonada y ella nunca se había sentido más fuerte en su vida-no desde que había asesinado a su madre.

Vólusia observaba su suntuosa ciudad, a los dos imponentes pilares que daban entrada a ella, de un dorado y verde brillantes al sol; se fijaba en el interminable conjunto de antiguos edificios construidos en tiempos de sus antepasados, de varios centenares de años, bien conservados. Las brillantes calles inmaculadas estaban abarrotadas por miles de personas, guardas en cada esquina, los canales cortados a través de ellas en exactos ángulos perfectos, conectándolo todo. Habían pequeños puentes en los cuales se podían ver caballos pisando fuerte, llevando carruajes de oro, gente luciendo sus más finas sedas y joyas. Se había declarado fiesta en toda la ciudad y todos habían salido a recibirla, todos gritando su nombre en este día sagrado.

Ella era más que una líder para ellos, era una diosa.

Todavía era más favorable que este día coincidiera con una festividad, el Día de las Luces, el día en que hacían una reverencia a los siete dioses del sol. Volusia, como líder de la ciudad, siempre era la que daba inicio a las festividades y, mientras navegaba, las dos inmensas antorchas ardían detrás de ella, más brillantes que el día, a punto para iluminar la Gran Fuente.

Todo el mundo la seguía, corriendo por las calles, persiguiendo su barco; sabía que la acompañarían durante todo el camino, hasta que llegara al centro de los seis círculos de la ciudad, donde desembarcaría y encendería las fuentes que marcarían la fiesta del día y los sacrificios. Era un día glorioso para su ciudad y su gente, un día para alabar a los catorce dioses, los que se decía que rodeaban la ciudad, que guardaban las catorce entradas contra invasores no deseados. Su gente rezaba a todos ellos y hoy, como todos los días, debían darles las gracias.

Este año, a su pueblo le esperaba una sorpresa: Volusia había añadido un decimoquinto dios, era la primera vez en siglos, desde la creación de la ciudad, que se añadía un dios. Y ese dios era ella misma. Volusia había levantado una imponente estatua de oro de ella misma en el centro de los siete círculos y había declarado ese día el día de su nombre, de su fiesta. Cuando la descubrieran, todo su pueblo la vería por primera vez, verían que ella, Volusia, era más que su madre, más que una líder, más que una simple humana. Era una diosa, que merecía ser venerada cada día. Ellos le rezarían y harían reverencias junto con los demás dioses - lo harían o ella los mataría.

Volusia sonreía para sí misma mientras se acercaba más al centro de la ciudad. Apenas podía esperar a ver sus expresiones, a hacer que todos la adoraran como a los catorce dioses. Ellos todavía no lo sabían pero, un día, destruiría a los otros dioses, uno a uno, hasta que solo quedara ella.

Volusia, emocionada, miró por detrás de su hombro y vio una interminable colección de barcos que la seguían, todos llevando toros y cabras y carneros vivos, moviéndose y haciendo ruido al sol, todos preparados para el sacrificio del día para los dioses. Ella sacrificaría al más grande y al mejor delante de su estatua.

El barco de Volusia finalmente llegó al canal abierto que lleva a los siete círculos de oro, cada uno de ellos más ancho que el anterior, anchas plazas de oro separadas por anillos de agua. Su barco pasó lentamente a través de los círculos, cada vez más cerca del centro, pasando cada uno de los catorce

dioses y su corazón latía por la emoción. Cada dios se elevaba por encima de ellos mientras pasaban, cada estatua de oro brillante, de unos ocho metros. En el centro de todo aquello, en la plaza que siempre se había mantenido vacía para sacrificios y para congregarse, ahora se levantaba un pedestal de oro acabado de construir, encima del cual había una estructura de unos quince metros cubierta con una ropa de seda blanca. Volusia sonrió: ella era la única de entre su gente que sabía lo que había bajo aquella tela.

Volusia desembarcó, sus sirvientes se apresuraron a ayudarla a bajar cuando llegaron a la plaza del centro. Observó cómo otro barco se acercaba, sacaban de allí al toro más grande que jamás había visto y una docena de hombres lo llevaban hasta ella. Cada uno sostenía una gruesa cuerda, llevando a la bestia con cuidado. Este toro era especial, adquirido en las Provincias Inferiores: casi cinco metros de alto, con la piel roja y brillante, era un modelo de fuerza. También estaba lleno de furia. Se resistía, pero los hombres lo mantenían en su sitio a la vez que lo llevaban delante de la estatua.

Volusia oyó como se desenfundaba una espada, se giró y vio a Aksan, su asesino personal, de pie a su lado, sujetando la espada ceremonial. Aksan era el hombre más leal que jamás había conocido, dispuesto a matar a cualquiera que ella le pidiera solamente con un gesto de su cabeza. También era sádico, razón por la que le gustaba y se había ganado su respeto muchas veces. Era una de las pocas personas a las que permitía acercarse a su lado.

Aksan la miró, con su cara hundida y llena de surcos, sus cuernos eran visibles detrás de su grueso pelo rizado.

Volusia cogió la larga y dorada espada ceremonial, con una hoja de casi dos metros de largo y sujetó su empuñadura fuerte con ambas manos. Se hizo un silencio profundo mientras ella le daba vueltas, la levantaba en alto y la dirigía hacia la nuca del toro con todas sus fuerzas.

La espada, afilada como estaba, delgada como un pergamino, lo rebanó y Volusia sonreía mientras oía el satisfactorio sonido de la espada perforando la carne, sintió cómo la cortaba de arriba abajo y sintió la sangre caliente salpicándole en la cara. Salía a borbotones por todas partes, un enorme charco rezumaba a sus pies y el toro se tambaleó, sin cabeza, y cayó en la base de la estatua, todavía cubierta. La sangre se desparramó por encima de la seda y el oro, manchándolos, mientras la gente soltaba una gran ovación.

“¡Un gran presagio, mi señora!”, Aksan se inclinó y dijo.

Las ceremonias habían empezado. A su alrededor sonaban las trompetas y

centenares de animales eran traídos hacia allí, mientras sus oficiales empezaban a su alrededor, por todos lados. Este sería un largo día de matanza, de violación y de hartarse de comida y vino - y después volver a hacerlo durante otro día, y otro. Volusia se aseguraría de unirse a ellos, cogería algunos hombres y vino para ella y los degollaría como sacrificio para sus ídolos. Estaba deseando tener un largo día de sadismo y brutalidad.

Pero primero debía hacer una cosa.

La multitud se quedó en silencio mientras Volusia subía el pedestal de la base de su estatua, se daba la vuelta y miraba a su pueblo. Subiendo por el otro lado estaba Koolian, otro consejero de confianza, un oscuro hechicero que llevaba una capucha negra y una túnica, con ojos verdes brillantes y una cara llena de berrugas, la criatura que la había ayudado y servido como guía en el asesinato de su madre. Fue él, Koolian, quién le había aconsejado construir esta estatua para ella misma.

El pueblo la miraba, en absoluto silencio. Ella esperaba, saboreando el drama del momento.

“¡Gran pueblo de Volusia!” gritó fuerte. “¡Os presento la estatua de vuestro más grande y nuevo dios!”

Con un movimiento Volusia retiró la sábana de seda, dejando a la multitud boquiabierta.

“¡Vuestra nueva diosa, la decimoquinta diosa, Volusia!” Koolian gritó fuerte hacia el pueblo.

El pueblo soltó un profundo grito de asombro, mientras todos la miraban extrañados. Volusia miró a la brillante estatua de oro, dos veces más alta que las otras, un modelo perfecto de ella. Esperaba nerviosa a ver cómo reaccionaba su gente. Hacia siglos que nadie introducía un nuevo dios y apostaba por ver si su amor por ella era tan grande como ella necesitaba que fuera. No solo necesitaba que la amaran, necesitaba que la veneraran.

Para su gran satisfacción, todo su pueblo, de repente bajaron sus cabezas a la vez, haciendo una reverencia, adorando a su ídolo.

“Volusia”, cantaban sagradamente, una y otra vez. “Volusia. Volusia”.

Volusia estaba allí de pie, con los brazos extendidos, respirando profundamente, recibéndolo todo. Era suficiente elogio para satisfacer a cualquier humano. Cualquier líder. Cualquier dios.

Pero todavía no era suficiente para ella.

*

Volusia caminaba por la ancha y arqueada entrada al aire libre de su castillo, pasando por columnas de mármol de treinta metros de altura, la entrada estaba repleta de jardines y guardas, soldados del Imperio, perfectamente erguidos, sujetando lanzas de oro, en fila, tan lejos como alcanzaba la vista. Ella caminaba lentamente, los tacones dorados de sus botas hacían ruido, iba acompañada por ambos lados, de Koolian, su hechicero, Aksan, su asesino, y Soku, el comandante de su ejército.

“Mi señora, si pudiera hablar un momento con usted”, dijo Soku. Había intentado hablar con ella durante todo el día y ella lo había ignorado, sin interesarle sus miedos, su fijación en la realidad. Ella tenía su propia realidad y hablaría con él cuando le fuera bien.

Volusia continuó andando hasta llegar a otra entrada que daba otro pasillo, este engalanado con largas tiras de abalorios de esmeralda. Inmediatamente, los soldados se apresuraron a retirarlas a un lado, abriéndole a ella el paso.

Al entrar, todos los cantos, el griterío y el jolgorio de las sagradas ceremonias del exterior iban dejando poco a poco de oírse. Había tenido un largo día de matanzas, bebida, violación y festejo y Volusia quería un rato para reponerse. Recargaría fuerzas, y después volvería para otra ronda.

Volusia entró a las solemnes cámaras, oscuras y pesadas, solo iluminadas por unas pocas antorchas. Lo que iluminaba la habitación más que nada era el único rayo de luz verde, que salía disparado hacia abajo desde el óculo que había arriba en el centro del techo a unos treinta metros de altura, directo a un objeto singular que estaba solo en el centro de la sala.

La lanza esmeralda.

Volusia se acercó a ella, admirada, mientras estaba allí, como había estado durante siglos, apuntando directamente a la luz. Con su empuñadura y su punta color esmeralda, brillaba a la luz, apuntando directo hacia los cielos, como desafiando a los dioses. Siempre había sido un objeto sagrado para su pueblo, un objeto que el pueblo pensaba que sostenía la ciudad entera. Estaba delante de ella admirada, observando como las partículas se arremolinaban a su alrededor en la luz verde.

“Mi señora”, dijo Soku suavemente, su voz retumbando en el silencio.
“¿Puedo hablar?”

Volusia estuvo durante un buen rato de espaldas a él, examinando la lanza,

admirando su artesanía, como había hecho cada día de su vida, hasta que finalmente se sintió preparada para escuchar las palabras de su consejero.

“Sí que puedes”, dijo ella.

“Mi señora”, dijo él, “ha matado al gobernador del Imperio. Seguramente, ha corrido la voz. Los ejércitos estarán marchando hacia Volusia ahora mismo. Ejércitos enormes, muy grandes para podernos defender contra ellos. Debemos prepararnos. ¿Cuál es su estrategia?”

“¿Estrategia?” preguntó Volusia, todavía sin mirarlo, enojada.

“¿Cómo negociará la paz? Presionó él. “¿Cómo se entregará?”

Se giró hacia él y le clavó los ojos fríamente.

“No habrá paz”, dijo ella. “Hasta que yo acepte su rendición y su promesa de lealtad hacia mí”.

Él la miró, con miedo en su rostro.

“Pero mi señora, nos ganan en número de cien a uno”, dijo él. “No es posible que nos defendamos contra ellos”.

Ella se volvió hacia la lanza y él se acercó, desesperado.

“My Emperadora”, insistió él. “Ha conseguido una extraordinaria victoria al usurpar el trono de su madre. Su pueblo no la quería a ella, pero a usted sí. La adoran. Nadie le hablará con sinceridad. Pero yo sí que lo haré. Usted se rodea de gente que le dice lo que quiere oír. Que le teme. Pero yo le diré la verdad, la realidad de la situación. El Imperio nos rodeará. Y nos aplastarán. No quedará nada de nosotros, de nuestra ciudad. Debe actuar. Debe negociar una tregua. Pagar el precio que pidan. Antes de que nos maten a todos”.

Volusia sonreía mientras examinaba la lanza.

“¿Sabes lo que decían de mi madre?” preguntó ella.

Soku estaba allí, mirándola sin comprender y negó con la cabeza.

“Decían que era la Elegida. Decían que nunca sería derrotada. Decían que nunca moriría. ¿Sabes por qué? Porque nadie había empuñado esta lanza en seis siglos. Y ella vino y la empuñó con una mano. Y la usó para matar a su padre y quedarse con su trono”.

Volusia se giró hacia él, sus ojos radiantes de historia y destino.

“Decían que la lanza solo sería empuñada una vez. Por la Elegida. Decían que mi madre viviría mil siglos, que el trono de Volusia sería suyo para siempre. ¿Y sabes qué pasó? Yo misma empuñé la lanza y la usé para matar a mi madre”.

Ella respiró profundamente.

“¿Qué le dice esto, Señor Comandante?”, dijo ella, “cuando todo el mundo en este universo se arrodille ante mí, cuando no exista ni una sola persona que no conozca, grite y chille mi nombre, entonces sabrás que yo soy la única líder verdadera, y que yo soy el único dios verdadero. Yo soy la Elegida. Porque yo me he elegido a mí misma”.

CAPÍTULO DIEZ

Gwendolyn caminaba por la aldea, acompañada de sus hermanos, Kendrick y Godfrey, y por Sandara, Aberthol, Brandt y Atme, con centenas de personas de su pueblo siguiéndola, mientras eran recibidos. Bokbu, el jefe del pueblo, los guiaba y Gwen andaba a su lado, llena de gratitud mientras visitaba el pueblo. Su gente los había acogido, les había proporcionado un refugio seguro y el jefe lo había hecho poniéndose a él mismo en peligro, contra la voluntad de algunos de los suyos. Los había salvado a todos, los había rescatado de los muertos. Gwen no sabía qué hubieran hecho si no hubiera sido así. Probablemente estarían todos muertos en el mar.

Gwen también se sentía muy agradecida a Sandara, que había respondido por ellos ante su gente y quien había tenido la sensatez de llevarlos aquí. Gwen miró a su alrededor, observando la escena mientras los aldeanos se amontonaban a su alrededor, observándolos llegar como algo curioso, y se sentía como un animal expuesto. Gwen vio las pequeñas y originales cabañas de barro y vio un pueblo orgulloso, una nación de guerreros con ojos amables, observándolos. Estaba claro que nunca antes habían visto nada parecido a Gwen y su gente. Aunque curiosos, también eran prudentes. Gwen no podía culparles. Una vida como esclavos los había moldeado para ser cautos.

Gwen vio todas las hogueras que se estaban erigiendo por todas partes y se extrañó.

“¿Por qué todas estas hogueras?” preguntó.

“Llegáis en un día de buen augurio”, dijo Bokbu. “Es nuestra festividad de los muertos. Una noche santa para nosotros, sucede solo una vez durante el ciclo del sol. Quemamos hogueras en honor a los muertos y se dice que, durante esta noche, los dioses nos visitan y nos hablan de lo que está por venir”.

“También se dice que nuestro salvador vendrá en este día”, dijo inesperadamente una voz.

Gwen miró a su alrededor y vio a un hombre mayor, quizás de unos setenta años, alto, delgado con una apariencia sombría, caminando a su lado, llevando un largo bastón amarillo y vistiendo una túnica amarilla.

“Le presento a Kalo”, dijo Bokbu. “Nuestro oráculo”.

Gwen le saludó con la cabeza y él hizo lo mismo, sin expresión.

“Vuestro pueblo es hermoso”, comentó Gwendolyn. “Percibo el amor de familia aquí”.

El jefe sonrió.

“Es joven para ser reina, pero sabia, afable. Es cierto lo que dicen de usted más allá de los mares. Desearía que usted y su gente pudieran quedarse aquí mismo, en el pueblo, con nosotros; pero entenderá que debemos esconderlos de los ojos entrometidos del Imperio. Estarán cerca, no obstante; aquel será su hogar, allí”.

Gwendolyn siguió su mirada y a lo alto vio una montaña lejana, llena de agujeros.

“Las cuevas”, dijo él. “Allí estarán seguros. El Imperio no los buscará allí y podrán encender hogueras y preparar su comida y recuperarse hasta que estén bien”.

“¿Y después?” preguntó Kendrick, uniéndose a ellos.

Bokbu lo miró, pero antes de que pudiera responder se detuvo, pues delante suyo apareció un aldeano alto y musculoso sujetando una lanza, flanqueado por una docena de hombres musculosos. Era el mismo hombre del barco, el que había protestado por su llegada y no parecía contento.

“Pones en peligro a todo nuestro pueblo dejando que estén aquí los extraños”, dijo con voz oscura. “Debes devolverlos al lugar del que vienen. No nos corresponde acoger hasta la última raza que el mar arroja hasta aquí”.

Bokbu negó con la cabeza mientras lo miraba.

“Tus padres se avergüenzan de ti”, dijo. “Las leyes de nuestra hospitalidad se extienden a todos”.

“¿Y un esclavo debe cargar con el peso de conceder hospitalidad?” replicó. “¿Cuando no podemos encontrarla nosotros mismos?”

“El modo en que nos tratan a nosotros no tiene nada que ver con el modo en que nosotros tratamos a los demás”, replicó el jefe. “Y no daremos la espalda a aquellos que nos necesiten”.

El aldeano miró con burla a Gwendolyn, Kendrick, a los demás y otra vez al jefe.

“No los queremos aquí”, dijo, muy indignado. “Las cuevas no están lo suficientemente lejos y cada día que estén aquí, estamos un día más cerca de la muerte”.

“¿Y qué tiene de bueno esta vida a la que te aferras si no la pasas justamente?” preguntó el jefe.

El hombre lo miró fijamente durante un buen rato y, finalmente, se dio la vuelta y se marchó furioso, seguido de sus hombres.

Gwendolyn observaba como se iban, extrañada.

“No le haga caso”, dijo el jefe, mientras continuaba andando y Gwen y los demás hicieron lo mismo a su lado.

“No quiero ser una carga para ustedes”, dijo Gwendolyn. “Podemos marcharnos”.

El jefe negó con la cabeza.

“No se marcharán”, dijo. “No hasta que hayan descansado y estén preparados. Hay otros sitios donde pueden ir en el Imperio, si lo prefieren. Sitios que también están bien escondidos. Pero están lejos de aquí y es peligroso llegar a ellos y deben recuperarse y decidir y quedarse aquí con nosotros. Insisto. De hecho, solo por esta noche, deseo que se unan a nosotros, que participen en las festividades de nuestro pueblo. Ya está anocheciendo, el Imperio no los verá, y es un día importante para nosotros. Sería un honor para mí tenerlos como invitados”.

Gwendolyn percibió que estaba anocheciendo, vio como encendían las hogueras, los aldeanos vestían sus mejores galas, reuniéndose; escuchó el sonido de un tambor que empezaba a sonar fuerte, suave, al ritmo y después cantos. Vio niños corriendo alrededor, cogiendo regalos, que parecían caramelos. Vio hombres que pasaban cocos llenos con algún líquido y sentía el olor a carne de los grandes animales que se estaban asando en las hogueras.

A Gwen le gustaba la idea de que su gente tuviera la oportunidad de descansar, recuperarse y comer bien antes de ascender al aislamiento de las cuevas.

Se giró hacia el jefe.

“Me gustaría”, dijo. “Me gustaría mucho”.

*

Sandara caminaba al lado de Kendrick, embargada por la emoción de estar de nuevo en casa. Estaba feliz de estar en casa, de estar de nuevo con su gente en una tierra conocida; sin embargo también se sentía reprimida, se sentía otra vez como una esclava. Estar aquí le devolvía recuerdos de por qué se había

ido, de por qué se había ofrecido voluntaria para estar al servicio del Imperio y cruzar los mares con ellos como curandera. Al menos esto la había sacado de este sitio.

Sandara se sentía muy aliviada por haber ayudado a salvar a la gente de Gwendolyn, por haberlos traído aquí antes de que murieran en el mar. Mientras caminaba al lado de Kendrick deseaba, más que nada, darle la mano, mostrar su hombre a su pueblo. Pero no podía. Demasiados ojos estaban fijados en ellos y ella sabía que el pueblo nunca toleraría una unión entre razas.

Kendrick, como si le leyera el pensamiento, deslizó una mano alrededor de su cintura y Sandara la apartó rápidamente. Kendrick la miró herido.

“Aquí no”, le respondió en voz baja, sintiéndose culpable.

Kendrick frunció el ceño, desconcertado.

“Hemos hablado de esto”, dijo ella. “Te dije que mi pueblo era rígido. Debo respetar sus leyes”.

“Entonces, ¿te avergüenzas de mí?” preguntó Kendrick.

Sandara negó con la cabeza.

“No, mi señor. Al contrario. No existe nadie de quien me sienta más orgullosa. Ni nadie a quien quiera más. Pero no puedo estar contigo. No aquí. No en este lugar. Debes entenderlo”.

La expresión de Kendrick se oscureció y ella se sintió fatal por ello.

“Pero es donde estamos”, dijo él. “No hay otro lugar para nosotros. Entonces, ¿no estaremos juntos?”

Ella habló, mientras su corazón se rompía por sus propias palabras: “Tú estarás en las cuevas de tu pueblo”, dijo ella. “Yo estaré aquí, en el pueblo. Con mi gente. Es lo que me toca. Te quiero, pero no podemos estar juntos. No en este lugar”.

Kendrick desvió la mirada, herido, y Sandara quería explicarse más, cuando de repente una voz interrumpió.

“¿¡Sandara!?” gritó la voz.

Sandara se dio la vuelta, sorprendida al reconocer la voz familiar, la voz de su único hermano. Su corazón dio un vuelco al verlo, saliendo de entre la multitud, caminando hacia ella.

Darius.

Parecía mucho más grande, fuerte y mayor de cuando lo había dejado, lleno de una confianza que no había visto antes. Lo dejó cuando era un niño y

ahora, aunque todavía era joven, parecía un hombre. Con su pelo largo y despeinado colgando, atado detrás de su espalda, que nunca había sido cortado, su cara tan orgullosa como siempre, era exactamente igual que su padre. Podía ver al guerrero en sus ojos.

A Sandara le embargaba la alegría al verlo, al ver que estaba vivo, que no había muerto o había sido destrozado como todos los otros esclavos, su orgulloso espíritu todavía le guiaba. Se apresuró a abrazarlo y él la abrazó a ella. Era muy agradable volverlo a ver.

“Tenía miedo de que hubieras muerto”, dijo él.

Ella negó con la cabeza.

“Solo he estado viajando por los mares”, dijo ella. “Te dejé siendo un niño y te has convertido en un hombre”.

Él sonrió con orgullo. En este pequeño pueblo oprimente, en este horrible lugar del mundo, Darius había sido su única fuente de consuelo, y ella la suya. Ambos habían sufrido juntos, especialmente desde la desaparición de su padre.

Kendrick se acercó y Sandara vio que se quedaba allí, congelado, sin saber cómo presentarlo y vio que Darius lo estaba mirando. Sabía que debía presentarlo de alguna manera.

Kendrick se le adelantó. Dio un paso adelante y extendió una mano.

“Me llamo Kendrick”, dijo.

“Y yo me llamo Darius”, respondió, dándole la mano.

“Kendrick, este es mi hermano”, dijo Sandara, nerviosa, torpemente.

“Darius, este es..bueno...este es...”

Confusa, Sandara hizo una pausa, sin saber qué decir. Darius le echó una mano.

“No tienes que explicarte, hermana mía”, dijo él. “No soy como los demás. Te comprendo”.

Sandara podía ver en los ojos de Darius que lo *entendía* y que no la juzgaba. Sandara lo quería por esto.

Todos se dieron la vuelta y anduvieron juntos, juntándose con los demás mientras daban una vuelta por la aldea.

“Has escogido un momento muy tumultuoso para volver”, dijo Darius, con tensión en su voz. “Aquí ha pasado mucho. Aquí *está* pasando mucho”.

“¿Qué quieres decir?” preguntó ella, nerviosa.

“Tienes que ponerte al día de muchas cosas, hermana mía. Kendrick, tú

vendrás con nosotros también. Ven, los fuegos han empezado”.

CAPÍTULO ONCE

Godfrey estaba sentado en el pueblo delante de la virulenta hoguera en la noche estrellada, cerca de su hermana Gwendolyn, su hermano Kendrick, Steffen, Brandt, Atme, Aberthol y casi todas las personas que recordaba del Anillo. Sentados a su lado estaban Akorth y Fulton, y, cuando los vio, recordó que, más que nunca, necesitaba desesperadamente beber algo.

Godfrey miraba fijamente a las llamas, pensando cómo había acabado allí, intentando procesar todo lo que había pasado, todo parecía algo borroso dentro de una larga serie de cosas borrosas. Primero hubo la muerte de su padre; después la muerte de su hermano, Gareth; después la invasión de los McClouds; después la invasión del Anillo; después las Islas Superiores; después el largo viaje a través del mar... Parecía una tragedia, un viaje, después del otro. Su vida se había convertido únicamente en guerra, caos y exilio. Era agradable dejar de moverse finalmente. Y tenía la sensación de que esto no había hecho más que empezar.

“¿Qué no daría ahora mismo por una pinta?”, dijo Akorth.

“Seguro que debe haber algo para beber por aquí”, dijo Fulton.

Godfrey se frotaba su dolorida cabeza, preguntándose lo mismo. Si alguna vez había necesitado beber algo, era ese. Este último viaje a través del mar era el peor que podía recordar, muchos días sin comida o cerveza, tan a menudo a punto de morir de hambre... Había tenido la certeza, tantas veces, de que había muerto. Cerró los ojos e intentó bloquear todas las horribles imágenes, los recuerdos de sus compañeros miembros del Anillo convirtiéndose en piedra y cayendo por la barandilla.

Había sido un viaje interminable, un viaje al infierno, y Godfrey se sorprendería de que no le hubiera llevado a alguna especie de epifanía o iluminación. No le había llevado a cambiar sus costumbres. Solo le había llevado a querer beber más, a querer borrarlo todo. ¿Tenía algún problema? Se preguntaba. ¿Lo hacía esto menos profundo que los demás? Esperaba que no.

Ahora estaban aquí, nada menos que en el Imperio, rodeados de un ejército hostil que los quería muertos. ¿Cuánto tiempo tardarían en descubrirlos? se

preguntaba. ¿Antes que el millón de hombres de Rómulo los cazaran? Godfrey tenía una sensación derrotista de que sus días estaban contados.

“Veo la cura para nuestros males”, dijo Akorth.

Godfrey miró hacia arriba.

“Allí”, dijo Fulton, dándole un codazo en las costillas.

Godfrey echó un vistazo y vio a los aldeanos pasando un cuenco lleno de un líquido claro. Cada uno de ellos lo cogía con cuidado entre sus manos, tomaba un sorbo y lo pasaba.

“No parece precisamente la cerveza de la Reina”, comentó Akorth.

“¿Y quieres esperar a que llegue una cosecha mejor?” respondió Fulton.

Fulton se inclinó y cogió el cuenco antes de que Akorth pudiera hacerse con él y echó un largo trago, el líquido le caía por las mejillas. Se limpió la boca con la mano y gimió de gusto.

“Quema”, dijo. “Tienes razón. Seguro que no es la cerveza de la Reina. Es jodidamente más fuerte”.

Akorth lo agarró, tomó un largo trago y asintió, dándole la razón. Empezó a toser mientras se lo pasaba a Godfrey.

“Dios mío”, dijo Akorth. “Es como beber fuego”.

Godfrey se inclinó, lo olió y se echó para atrás.

“¿Qué es?” preguntó a uno de los aldeanos, un guerrero de apariencia recia, anchos hombros, sin camisa, sentado a su lado, con aspecto serio y con un collar de piedras negras.

“Lo llamamos el corazón del cactus”, dijo. “Es una bebida para hombres. ¿Eres un hombre?”

“Lo dudo”, dijo Godfrey. “Depende a quien preguntes. Pero seré lo que convenga con tal de ahogar mis penas”.

Godfrey levantó el cuenco hacia sus labios y bebió y sintió que el líquido bajaba por su garganta como fuego, quemándole la barriga. Él tosió también y los aldeanos rieron cuando el siguiente le cogió el cuenco.

“No es un hombre”, dijeron.

“Eso es lo que solía decir mi padre”, afirmó Godfrey, riéndose con ellos.

Godfrey se sintió bien cuando la bebida se le subió a la cabeza y, cuando el aldeano que lo había insultado empezaba a beber del cuenco, Godfrey se lo arrebató de las manos.

“Esperad un momento”, dijo Godfrey.

Godfrey bebió, esta vez en varios tragos largos, bebiendo sin toser.

Todos los aldeanos lo miraron sorprendidos. Godfrey los miró satisfecho, la sonrisa volvió a su rostro.

“Puede que no sea un hombre”, dijo, “Y puede que vosotros seáis mejores con vuestras armas. Pero no me retéis a beber”.

Todos rieron, los aldeanos se pasaban el bol y Godfrey se recostó en el barro sobre sus codos, sintiéndose ya mareado, sintiéndose bien por primera vez. Era una bebida fuerte y se sentía mareado, pues no había probado algo así antes.

“Veo que has pasado página”, dijo una mujer con voz de desaprobación.

Godfrey se dio la vuelta y vio a Illepra de pie delante suyo, con las manos en las caderas, mirándole con el ceño fruncido.

“¿Sabes?, me he pasado la tarde curando a nuestra gente”, dijo ella, en desaprobación. “Muchos todavía sufren los efectos del hambre. ¿Y tú qué has hecho para ayudar? Aquí estás, sentado junto al fuego y bebiendo”.

Godfrey notó que el estómago le daba un vuelco, ella siempre parecía encontrar lo peor en él.

“Veo a muchos de los míos aquí sentados bebiendo”, respondió, “y que Dios los bendiga por ello. ¿Qué hay de malo en esto?”

“No *todos* están bebiendo”, dijo Illepra. “Al menos no tanto como tú”.

¿Y esto a ti qué más te da?” replicó Godfrey.

“Con la mitad de nuestra gente enferma, ¿crees que es momento de pasarse la noche bebiendo y riendo?”

“¿Qué mejor momento?” replicó él.

Ella frunció el ceño.

“Te equivocas”, dijo ella. “Es momento de arrepentimiento. Tiempo de ayunar y rezar”.

Godfrey negó con la cabeza.

“Mis oraciones a los dioses nunca han sido contestadas”, respondió él. “Y en cuanto al ayuno, hicimos suficiente en el barco. Ahora es momento de comer”.

Cogió un hueso de pollo que estaban pasando y le pegó un buen mordisco, masticándolo desafiante en su cara. La grasa corría por su barbilla, pero no se la limpió y no apartó la vista mientras ella le echaba una fría mirada de desaprobación.

Illepra lo miró con desprecio y negó con la cabeza lentamente.

“Una vez fuiste un hombre. Aunque fuera por poco tiempo. En la Corte del

Rey. Más que un hombre, fuiste un héroe. Te quedaste y protegiste a Gwendolyn en la ciudad. Ayudaste a salvarle la vida. Retuviste a los McClouds. Pensaba que te habías...convertido en otra persona”.

“Pero aquí estás. Contando chistes y bebiendo toda la noche. Como el chico que siempre has sido”.

Godfrey estaba molesto ahora, el mareo y sensación de relajación iban desapareciendo rápidamente.

“¿Y qué quieres que haga?”, replicó enfadado. “¿Que me levante de aquí y corra hacia el horizonte a derrotar yo solo al Imperio?”

Akorth y Fulton rieron y todos los aldeanos rieron con ellos.

Illepra se sonrojó y negó con la cabeza.

“No has cambiado”, dijo. “Has cruzado medio mundo y todavía no has cambiado”.

“Soy quien soy”, dijo Godfrey. “Un viaje por el océano no lo cambiará”.

Le echó una mirada de reproche.

“Una vez te quise”, dijo. “Ahora no siento nada por ti. Nada en absoluto. Eres una decepción para mí”.

Se dio la vuelta y se marchó enfurecida y todos los hombres reían y murmuraban alrededor de Godfrey.

“Veo que las mujeres no son diferentes incluso al otro lado del mar”, dijo un aldeano, y todos rompieron a reír.

Pero Godfrey no se reía. Ella lo había herido. Y empezaba a darse cuenta, pese a su confusión causada por la bebida, de que quizás Illepra significaba algo para él después de todo.

Godfrey agarró el cuenco y le dio otro trago largo.

“¡Por los héroes!” dijo. “Dios sabe que yo no soy uno de ellos”.

*

Gwendolyn estaba sentada delante de la hoguera, junto a Kendrick, Brandt, Atme, Aberthol y una docena de caballeros de los Plateados; a su lado estaba sentado Bokbu, junto a docenas de personas mayores y docenas de aldeanos. Los más mayores mantenían una larga discusión con Gwen y, mientras miraba fijamente a las llamas, intentaba ser educada y escuchar, Krohn reposaba la cabeza en su regazo mientras ella le daba pequeños trozos de carne para comer. Los mayores llevaban un buen rato así, al parecer emocionados por

tener la oportunidad de hablar con una extraña, desahogándose con sus problemas con el Imperio, el pueblo, su gente.

Gwendolyn procuraba concentrarse. Pero una parte de ella estaba distraída. Pensando solo en Thor y en Guwayne, esperando y rezando por su seguridad, para que volvieran con ella. En esta noche de hogueras, pedía con todo su corazón que volvieran a ella, poder tener una nueva oportunidad. Pedía un mensaje, una señal, algo que le permitiera saber que estaban a salvo.

“¿Mi señora?”

Gwen se dio la vuelta y vio que Bokbu la estaba mirando fijamente.

“¿Qué opina del asunto?” preguntó él.

Gwen reaccionó.

“Lo siento”, dijo. “¿Puedes preguntármelo otra vez?”

Bokbu se aclaró la garganta, claramente compasivo y comprensivo.

“Le he estado explicando las cosumbres de mi gente. Nuestra vida aquí. Usted me ha preguntado cómo es un día aquí. Un día empieza en los campos y acaba cuando se pone el sol. Los capataces del Imperio nos toman como esclavos, como hacen en cada ciudad del Imperio que no es de su raza. Nos usan para trabajar hasta que morimos”.

“¿Y no habéis intentado escapar?” preguntó Kendrick.

Bokbu se giró hacia él.

“¿Escapar a dónde exactamente?” preguntó. “Somos esclavos al servicio de Volusia, la gran ciudad al norte al lado del mar. No hay una provincia libre en el Imperio, ningún sitio al que correr en cientos de kilómetros de aquí. Tenemos Volusia a un lado, el océano a otro y el inmenso desierto detrás nuestro”.

“¿Y qué hay al otro lado del desierto?” preguntó Gwen.

“Todo el resto del Imperio”, dijo inesperadamente otro jefe. “Tierras interminables. Más provincias y regiones que las que puedas soñar. Todas bajo el pulgar del Imperio. Incluso aunque consiguiéramos cruzar el gran desierto, conocemos muy poco de lo que hay más allá”.

“Excepto la esclavitud y la muerte”, dijo otro espontáneamente.

“¿Alguien ha intentado atravesarlo?” preguntó Gwen.

Bokbu se giró hacia ella, con la mirada sombría.

“Cada día algunos de los nuestros intentan huir. A la mayoría los matan enseguida, con una flecha o una lanza por la espalda mientras intentan correr. Los que escapan, desaparecen. A veces, el Imperio los devuelve días más

tarde, para que veamos los cadáveres, colgados del árbol más alto. Otras veces, traen solo los huesos, comidos por algún animal. Otras veces, ni siquiera los devuelven”.

“¿Alguien ha sobrevivido?” preguntó Gwen.

Bokbu negó con la cabeza.

“El Gran Desierto no tiene piedad”, dijo él. “Seguramente los cazaron por el desierto”.

“¿Pero pueden haber sobrevivido algunos?” insistió Kendrick.

Bokbu se encogió de hombros.

“Quizás. Quizás solo para llegar a otra región y convertirse en esclavos en otro lugar. Los esclavos en otras regiones del Imperio lo tienen peor que nosotros. Los matan aleatoriamente y como rutina cada día, solo para diversión de los capataces. Aquí, por lo menos, no nos separan de nuestras familias y nos venden por diversión. No nos envían de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo; aquí, al menos, tenemos un hogar. Nos dejan vivir siempre y cuando trabajemos”.

“No es una gran vida”, añadió otro jefe. “Es una vida de esclavitud. Pero es una vida al fin y al cabo”.

“¿No podéis alzar las armas y luchar?” preguntó Kendrick.

Bokbu negó con la cabeza.

“Ha habido otros tiempos, otras generaciones, en otras ciudades, que lo han intentado. Nunca han ganado. Nos superan en número de hombres y en número de armas. El Imperio cuenta con una armadura superior, armas, animales, fuertes muros, organización...y, por encima de todo, tienen acero. No tenemos nada. Aquí es ilegal”.

“Y si un esclavo se subleva y pierde, matan a todo el pueblo”.

“Nos superan ampliamente en número”, interrumpió de repente otro jefe. “¿Qué vamos a hacer? ¿Unos pocos centenares de los nuestros, con nuestras armas de madera, vamos a atacar a cientos de miles de ellos, provistos de sus armaduras de acero?”

Gwendolyn pensaba en su difícil situación. La comprendía y sentía compasión por ellos. Habían renunciado a lo que eran, a su espíritu de orgulloso guerrero, para intentar proteger a sus familias. No los podía culpar. Se preguntaba si ella hubiera hecho lo mismo en su situación. Si su padre lo hubiera hecho.

“La subyugación es algo terrible”, dijo ella. “Cuando un hombre piensa

que es más grande que otro, por su raza o sus armas o su poder o sus números o sus riquezas-o por la razón que sea-entonces puede volverse cruel sin ninguna razón”.

Bokbu se giró hacia ella.

“Usted misma lo ha experimentado” dijo. “O no estaría aquí”.

Gwendolyn afirmó con la cabeza, mirando a las llamas.

“Rómulo y su millón de hombres invadieron nuestra tierra y la quemaron hasta arrasarla”, dijo ella.

“Quedamos solo unos cuantos centenares, lo único que queda de lo que una vez fue nuestra más gloriosa nación. En su centro, una ciudad de tal prosperidad que hacía avergonzar a cualquier otra. Era una tierra de prosperidad y abundancia de todo tipo, con un Cañón que nos protegía de todo tipo de males. Éramos invencibles. Durante generaciones fuimos invencibles”.

“Y aún así, incluso los grandes caen” Bokbu pinchó.

Gwen asintió, viendo que lo entendía.

“¿Y qué pasó?” preguntó otro jefe.

Mientras pensaba en su caída, Gwendolyn se preguntaba lo mismo.

“El Imperio”, dijo ella. “Igual que vosotros”.

Todos ellos se sumieron en un triste silencio.

“¿Y si nos uniéramos a vosotros?” dijo Atme, rompiendo el silencio. “¿Y si los atacáramos con vosotros?”

Bokbu negó con la cabeza.

“La ciudad de Volusia está bien fortificada, bien dotada. Y nos superan en número de mil a uno”.

“¿Y no existe nada que derrote al Imperio?” preguntó Brandt.

Los mayores se miraron los unos a los otros con cautela y, después de una larga pausa, Bokbu dijo:

“Los Gigantes, quizás”.

“¿Los Gigantes?” preguntó Gwen, intrigada.

Bokbu asintió con la cabeza.

“Hay rumores sobre su existencia. En los confines del Imperio”.

Aberthol habló en voz alta:

“La Tierra de los Gigantes”, dijo. “Una tierra con criaturas muy altas con unos pies que podrían aplastar a mil hombres. La Tierra de Gigantes es una tierra de mito. Un mito idóneo. Fue refutado en tiempos de los padres de nuestros padres.

“Si estás en lo cierto o no, nadie lo sabe”, dijo Bokbu. “Pero lo que sabemos es que los Gigantes, en un tiempo, existieron. Y que son caprichosos. Es como si intentaras intentar domesticar a una bestia salvaje. Te podrían matar tan fácilmente como el Imperio. No buscan la justicia; no buscan posicionarse. Solo buscan mortandad. Aunque todavía existieran, aunque los encontraras, es más probable que acabaras muerto por visitarlos a ellos que por invadir Volusia”.

Se hizo un gran silencio entre ellos mientras Gwen miraba las llamas con atención, reflexionando sobre todo aquello.

“¿No hay otro lugar?” preguntó Gwendolyn, mientras todas las miradas se volvieron hacia ella. “Una vez nuestra gente se cure, ¿no hay ningún otro lugar en el Imperio donde podamos ir y estar seguros? ¿Donde podamos empezar de nuevo?”

Los mayores intercambiaron una larga mirada y, finalmente, asintieron con la cabeza el uno al otro.

Bokbu levantó su bastón y empezó a dibujar en el barro. Gwendolyn se sorprendió de lo habilidoso que era mientras observaba un complejo mapa que se desplegaba delante de ella y toda su gente se reunía alrededor. Observaba cómo los contornos del Imperio tomaban forma y se quedó asombrada de lo amplio y complejo que era.

“¿Lo reconoces?” le preguntó cuando finalmente lo terminó.

Gwendolyn lo examinó, todas las diferentes regiones y provincias, docenas y docenas de ellas. Ella miró la extraña forma de las tierras del Imperio, el centro rectangular y, en cada una de sus cuatro esquinas, una península larga y curvada sobresaliendo en direcciones puestas. Cada una de ellas parecía el cuerno de un toro. *Los cuatro cuernos del Imperio*, solía decir su padre. Ahora lo entendía.

“Sí”, dijo ella. “Una vez pasé una luna entera en la casa de los sabios, estudiando mapas antiguos del Anillo y del Imperio. Las cuatro esquinas son los cuatro cuernos para las cuatro direcciones y aquellos dos pinchos son el Norte y el Sur. En el centro está el Gran Desierto”.

Bokbu la miró, con los ojos totalmente abiertos, impresionado.

“Es el único extraño que jamás lo ha sabido” dijo él. “Su educación debe ser grande en efecto”.

Hizo una pausa.

“Sí, la misma forma del Imperio contradice su naturaleza. Cuernos.

PinchosDesierto. Son tierras amplias con muchas regiones en medio. Por no hablar de las islas, que no he dibujado aquí. Hay mucho que no ha sido explorado y no es conocido. Mucho es rumor. Algunas ilusiones llegaron a través aquellos que fueron esclavizados demasiado tiempo. Ya no sabemos qué es verdad. Los mapas son cosas vivas y los cartógrafos mienten tanto como los reyes. Todos los mapas son política. Y todos los mapas son poder”.

Entonces se hizo un largo silencio nada se oía, a parte del chisporroteo del fuego, y Gwen reflexionaba sobre sus palabras.

“Antes del tiempo de Antochin”, continuó al fin Bokbu, “antes del tiempo de mi padre y de tu padre, hubo un tiempo en el que el Anillo y el Imperio eran uno. Antes de la Gran División. Antes del Cañón. Tus hombres de aramadura, de acero, dice la leyenda, se separaron. La mitad marcharon hacia el Anillo, la mitad se quedó atrás. Si es cierto, entonces en algún lugar, en medio de estas tierras del Imperio, el reino del Segundo Anillo vive”.

Gwendolyn hizo una pausa, su mente iba muy deprisa.

“¿El Segundo Anillo?” preguntó, entre dientes, cada vez más emocionada. Todo le estaba volviendo a la memoria, todas sus lecturas. Era confuso y no podía recordarlo todo; había pensado que era un cuento para niños.

“Más mito que realidad”, Aberthol interrumpió, su anciana voz cortando el aire mientras se acercaba a mirar el mapa. “*Entre los cuatro cuernos y los dos pinchos*”, empezó a recitar, “*entre las orillas antiguas y los Lagos Gemelos, al norte del Altbu...*”

“...y al sur del Reche”, acabó Bokbu, “*el Segundo Anillo reside*”.

Aberthol y el jefe clavaron la vista el uno en el otro, cada uno de ellos reconociendo los viejos escritos de memoria.

“Un mito de hace siglos”, dijo Aberthol. Aquí comercias con viejos cuentos y mitos aquí. Esta es tu moneda”.

“Algunos le llaman mito”, dijo Bokbu. “Y otros, realidad”.

Aberthol negó tenazmente con la cabeza.

“Las posibilidades de que exista un Segundo Anillo son remotas”, dijo Aberthol. “Arriesgar las esperanzas de nuestro pueblo en esta aventura sería jugarse con la muerte nuestro futuro”.

Gwen observó atentamente a Bokbu y vio la seriedad en su cara y sintió que realmente creía que el Segundo Anillo existía. Estudiaba el mapa que había dibujado, con el rostro serio.

“Hace años”, continuó finalmente Bokbu, con voz seria, “cuando yo era

joven, vi que trajeron una espada y una coraza de acero a este pueblo. Lo encontraron, me contó mi padre, en el desierto, lo llevaba encima un hombre muerto. Un hombre que parecía de los vuestros, con la piel pálida. Un hombre que llevaba un traje de acero, que tenía una armadura con las mismas marcas que las vuestras. Murió antes de que nos pudiera decir de donde era y escondimos la armadura por miedo a morir”.

Bokbu supiró.

“Yo creo que el Segundo Anillo existe”, añadió. “Si lo encontráis, si podéis llegar hasta él, quizás podéis encontrar un hogar, un verdadero hogar, en el Imperio”.

“¿Otro sitio para escondernos del Imperio?” dijo Kendrick burlón.

“Si el Segundo Anillo existe”, dijo Bokbu, “está tan oculto que no se esconden. Viven. Es una posibilidad remota, mi señora”, concluyó, “pero una posibilidad al fin y al cabo”.

Antes de que Gwen pudiera procesarlo todo, una voz estridente de repente se oyó en mitad de la noche. Al principio era un chillido, después se transformó en un grito largo y más tarde en un canto continuo.

Gwen se giró mientras todos los hombres se quedaron en silencio, sentados y observando cómo una mujer de pelo negro y largo, que le caía hasta la cintura, con las manos a los lados, y un pañuelo de seda rojo alrededor de su cuello daba un paso hacia adelante. Se inclinó hacia atrás, levantó las manos hacia el cielo y cantó una canción solemne. Cantaba más y más fuerte y, mientras lo hacía, las llamas de las hogueras crecían más alto.

“¡Espíritus de las llamas!” cantaba. “Visitadnos. Dejad que os presentemos nuestros respetos. Decidnos lo que tenéis que decirnos. ¡Permitidnos ver lo que no podemos ver!”

Gwendolyn retrocedió y saltó hacia atrás cuando la hoguera de delante suyo empezó a echar chispas y a brillar más. Ella miró y se sorprendió al ver formas que se arremolinaban dentro de ella. Sintió que el vello se le erizaba.

El canto de la vidente se volvió más lento y después se detuvo, mientras se acercaba y se quedaba de pie delante de Gwendolyn. Gwen sintió miedo mientras los brillantes ojos amarillos la miraban fijamente.

“Pregúnteme lo que desee”, dijo la vidente, su voz inhumanamente oscura.

Gwen estaba sentada, temblando por dentro, queriendo preguntar, queriendo saber, pero con miedo a hacerlo. ¿Y si no era la respuesta que buscaba?

Finalmente, reunió la valentía.

“Thorgrin”, dijo Gwendolyn, apenas saliéndole las palabras. “Guwayne. Dime. ¿Viven?”

Hubo un largo silencio, mientras la vidente le daba la espalda y miraba al fuego. Se agachó y lanzó dos puñados de barro a las llamas. El fuego echó chispas y salió con gran fuerza y la vidente, de espaldas a Gwendolyn, empezó a murmurar palabras oscuras que Gwen no entendía.

Finalmente, se giró hacia ella, sus brillantes ojos amarillos fijos en ella. Gwen no podía apartar la vista aunque quisiera.

“Su bebé no volverá tal y como lo conoce”, pronunció de forma oscura. “Y su marido, mientras hablamos, se está adentrando en la Tierra de los Muertos”.

“¡NO!” gimió Gwendolyn, su grito oyéndose por encima del incesante chisporrotear de las llamas.

Se quedó escandalizada, sentía cómo su corazón latía muy fuerte, sentía que todo su cuerpo se debilitaba. El mundo empezó a dar vueltas y la última cosa que vio fue a Steffen y a Kendrick detrás de ella, preparándose para cogerla y ella cayó en sus brazos y el mundo se volvió negro.

CAPÍTULO DOCE

Thorgrin se encontraba en el borde de la barca y miraba asombrado cómo la corriente los hacía avanzar lentamente, llevándolos hacia la inmensa cueva en el umbral del mundo. Miró al antiguo techo arqueado a treinta metros por encima de ellos, la nudosa piedra negra goteando, cubierta de musgo y extraños animales que corrían a toda prisa. Una fría corriente de aire se levantó cuando entraron y la temperatura cayó diez grados. Detrás de él, Reece, Conven, Elden, Indra, O'Connor y Matus estaban todos mirando maravillados cómo se adentraban más y más en la oscuridad de la inmensa cueva. Thor sentía como si se los estuvieran tragando enteros, para no volver jamás, y su sensación de presagio crecía.

Mientras avanzaban, Thor miró hacia abajo y vio que las aguas cambiaban, empezaban a brillar, fluorescentes, un azul suave que iluminaba la oscuridad, reflejándose en las paredes, dando solamente la luz necesaria para poder ver. Las paredes y las criaturas que colgaban de ellas se reflejaban en grotescas sombras y cuanto más para adentro iban, más se amplificaban los sonidos, los insectos que chillaban, los aleteos y los extraños gemidos bajos. Thor agarró con fuerza la empuñadura de su espada, en guardia.

“¿Qué es este lugar?” dijo O'Connor en voz alta, haciendo la pregunta que estaba en mente de todos.

Thor miraba a través de la oscuridad, confuso. Por un lado, se sentía aliviado de haber dejado el océano y encontrarse, en cierto modo, en un puerto, un sitio en el que todos podían descansar y recuperarse. Por otro lado, Thor sentía un frío en el aire, notaba algo que hacía que el vello de los brazos se le erizara. Su instinto le decía que diese la vuelta, que se dirigiera a mar abierto. Pero sus provisiones eran muy bajas, todos necesitaban descansar y, por encima de todo, Thorgrin necesitaba explorar este sitio por si verdaderamente era la tierra de los muertos. ¿Y si Guwayne estuviera aquí? Ahora que Guwayne estaba muerto, a Thorgrin ya no le preocupaba el peligro, la oscuridad o incluso la muerte; una parte de él quería la muerte, incluso la aceptaría. Y si Guwayne estaba aquí, entonces, Thor sentía que valía la pena venir aquí a verlo, incluso si no podía escapar nunca.

Un extraño gemido penetró en la oscuridad, poniéndolos nerviosos a todos.

“Me pregunto si no estaríamos más seguros corriendo peligro en el mar”, dijo Matus en voz baja, su voz resonando en las paredes de la cueva.

Las aguas giraban y daban vueltas y mientras ellos se adentraban más y más en ese sitio, las corrientes los arrastraban como si los arrastraran hacia sus destinos, Thor se dio la vuelta y vio que el océano ya estaba fuera de su vista. Estaban rodeados por la oscuridad, por las aguas brillantes y ahora se encontraban a la merced de donde la marea los quisiera llevar.

“La corriente solo va en una dirección”, dijo Reece. “Esperemos que nos lleve fuera de este lugar”.

Flotaban en la oscuridad, giraron en una curva estrecha y, mientras avanzaban, Thor miraba y examinaba las paredes y, por todas ellas, vio pares de pequeños ojos amarillos parpadeando en la oscuridad, que pertenecían a algunas criaturas desconocidas. Parpadeaban y corrían a toda prisa y Thor se preguntaba qué eran. ¿Los estaban observando? ¿Estaban esperando para atacar?

Thor agarró fuerte su espada. Estaba en alerta mientras daban vueltas y más vueltas.

Finalmente, giraron en una esquina y Thor vio, en la distancia, que las aguas llegaban a un abrupto final. Se detuvieron en una playa de arena negra, que llevaba a un nuevo terreno de piedra negra.

Thor y los demás miraban, desconcertados, como la barca paraba, golpeando suavemente contra la arena. Se miraron los unos a los otros, y después se dirigieron a la amplia expansión rocosa que había delante de ellos. La cueva desapareció en la oscuridad.

“¿Aquí es donde termina el océano?” preguntó Indra.

“Solo existe una manera de descubrirlo”, dijo Conven, saliendo de la barca hacia la playa.

Los otros le siguieron, Thor el último, y mientras estaban en la playa, Thor miró hacia su barca, meciéndose suavemente en las suaves corrientes. Thor miró al agua brillante, vio donde la cueva giraba y ya no vio más la salida.

Miró a su alrededor y a través de la oscuridad, más oscura aquí sin el brillo del agua y sintió una fría corriente que venía de algún sitio.

“Al menos podemos acampar aquí”, dijo Elden. “Podemos pasar aquí la noche”.

“Siempre y cuando no se nos coma nada en la oscuridad”, dijo O’Connor.

De repente, en la distancia, se encendió una antorcha y después otra, y otra. Docenas de antorchas se encendieron en la oscuridad y Thor, agarrando la empuñadura de su espada, vio a unas personas que los estaban mirando, personas pequeñas, la mitad de su altura, sus cuerpos muy delgados, con aspecto demacrado, con largos dedos puntiagudos, largas narices puntiagudas y pequeños ojos brillantes. Sus cabezas acababan en punta.

Uno de ellos se adelantó, claramente su líder, levantó su antorcha e hizo una sonrisa maliciosa, dejando al descubierto centenares de pequeños dientes afilados.

“Estáis en un cruce de caminos” replicó la criatura.

El líder no era como los demás. Tenía tres veces su altura, era dos veces más alto que Thorgrin y sus hombres, con una gran barriga, una larga barba marrón y llevaba un bastón. El hombre se acariciaba su larga barba mientras los miraba en el tenso silencio.

“¿Un cruce de caminos hacia dónde?” preguntó Thor.

“La tierra de los vivos y la tierra de los muertos”, respondió él. “Aquí es donde termina el océano. Somos los guardianes de la puerta. Más allá de nosotros están las puertas hasta la tierra de los muertos”.

Thor miró más allá, por encima de su hombro, y en la distancia vio unas puertas enormes, de unos treinta metros de altura, hechas de hierro, de diez metros de grosor. Su corazón saltó de alegría y esperanza.

“¿Entonces es verdad?” preguntó Thor, lleno de esperanza por primera vez desde la muerte de Guwayne. “¿Existe una tierra de los muertos?”

La criatura asintió solemnemente.

“Podéis pasar aquí la noche”, respondió. “Os daremos albergue, os daremos provisiones y os enviaremos de vuelta. Podéis volver de donde vinisteis y continuar hacia donde os lleve el océano”.

“¿Por qué nos tendríais que ofrecer vuestra hospitalidad?” preguntó Reece, con cautela.

La criatura se giró hacia él.

“Es el deber de los Guardianes”, dijo. “Nuestro trabajo es mantener las puertas cerradas. No aceptamos personas en la tierra de los muertos, los mantenemos fuera de ella. Aquellos que han perdido seres queridos vienen aquí, buscando, llorando su pérdida y nosotros los mandamos de vuelta. Todavía no es su hora. Ellos luchan y se esfuerzan por verlos, a sus seres

queridos, y nosotros debemos enviarlos de vuelta. De la misma manera que debemos enviarlos a vosotros”.

Thor frunció el ceño y dio un paso adelante.

“Quiero entrar”, dijo, sin dudar, pensando en Guwayne. “Quiero ver a mi niño”.

La criatura lo miró fijamente, frío y con dureza.

“No lo entiendes”, dijo él. “Solo existe una entrada y no hay salida. Entrar por esas puertas significa no salir nunca”.

Thor negó con la cabeza, decidido, lleno de dolor.

“No me importa”, dijo firmemente Thorgrin. “Veré a mi hijo”.

“Thorgrin, ¿qué estás diciendo?” dijo Reece, poniéndose a su lado. “No puedes entrar”.

“No lo dice en serio” dijo Matus en voz alta.

“Sí”, insistió Thorgrin, lleno de dolor y deseando ver a Guwayne. “Lo digo muy en serio”.

La criatura miró fijamente a Thor durante un buen rato, como si examinándolo y después negó con la cabeza.

“Eres muy valiente”, dijo, “pero la respuesta es no. Pasaréis aquí la noche y después volveréis al océano. La marea de la mañana se os llevará. Quedaros dentro de ella el tiempo suficiente y, durante el curso de una luna, llegaréis a las orillas del este del Imperio. Este no es un lugar para los hombres”.

“¡Entraré por esas puertas!” Thor ordenó de manera sombría, desenvainando la espada. El sonido del metal saliendo de la vaina resonó fuertemente en las paredes de la cueva y la cueva se llenó de vida con los sonidos de los insectos y las criaturas peleando por salir de allí, como si supieran que se avecinaba una tormenta.

Inmediatamente, las docenas de criaturas de detrás del líder desenvainaron sus espadas también, espadas blancas hechas de hueso.

“Deshonras nuestra hospitalidad”, dijo el líder a Thor con desprecio.

“No quiero vuestra hospitalidad”, dijo Thor. “Quiero a mi niño. Y ni vosotros, ni ninguna criatura de este mundo, me detendrá. Caminaré a través de las puertas del infierno para hacerlo. Quiero entrar a la tierra de los muertos. Iré solo. Mis hombres pueden aceptar vuestras provisiones y volver al mar. Pero yo no. Yo entraré aquí. Y nadie ni nada en esta tierra me detendrá”.

El líder negó con la cabeza.

“De vez en cuando nos encontramos con alguien como tú”, dijo. Volvió a

negar con la cabeza. “Estúpido. Deberías haber aceptado mi oferta la primer vez”.

De repente, todas las criaturas de detrás de él embistieron contra Thorgrin, docenas de ellos, con las espadas en alto, corriendo hacia él.

Thor se sentía tan decidido a ver a su hijo que algo se apoderó de él: su cuerpo de repente se llenó de calor y sus manos parecían arder, mientras se sentía más poderoso de lo que nunca se había sentido. Guardó su espada, levantó las manos y, al hacerlo, una esfera de luz salió disparada y se reflejó en la cueva, iluminándola. Movié sus manos en un movimiento semicircular y, mientras lo hacía, los rayos de luz golpeaban a las criaturas en el pecho, echándolos al suelo.

Todos cayeron al suelo, gimiendo, retorciéndose en el suelo, aturdidos pero no muertos.

Su líder abrió los ojos sorprendido mientras observaba a Thor con atención.

“Es usted”, dijo, con respeto. “El Rey de los Druidas”.

Thor lo miró fijamente con calma.

“No soy el rey de nadie”, respondió. “Solo soy un padre que desea ver a su hijo”.

El líder lo miró fijamente con un nuevo respeto.

“Se decía que llegaría un día en el que vendría”, dijo. “Un día en el que las puertas se abrirían. No pensaba que ocurriría tan pronto”.

El líder echó una mirada larga y dura a Thorgrin, como si mirara a una leyenda viva.

“Entrar por esas puertas”, dijo, “no es el precio del oro. Sino el precio de la vida”.

Thor dio un paso adelante y asintió con solemnidad.

“Entonces ese es el precio que pagaré”, dijo.

El líder lo miró durante un buen rato, hasta que al final estuvo satisfecho. Asintió y sus docenas de hombres lentamente se pusieron de pie y se hicieron a un lado, creando un camino para que Thor pasara. Más docenas de ellos se apresuraron hacia las puertas y, todos ellos, agarrando el hierro, tiraron de él con todas sus fuerzas.

Con un gran quejido y un crujido, las puertas de la muerte, protestando, se abrieron de par en par.

Thor miró hacia arriba con respeto y observó cómo las puertas de treinta

metros de altura se abrían. Era como mirar a una puerta grande hacia otro mundo.

Mientras sostenían sus antorchas hacia la puerta, esta se iluminó y de pie, más allá de donde estaban ellos, Thor vio a un hombre con una larga túnica negra, sujetando un bastón largo, que llevaba una capa negra con una capucha que le cubría la cara. Estaba de pie cerca de una pequeña barca, que se encontraba a la orilla de un río que se movía lentamente.

“Él será su pastor hacia la tierra de los muertos”, dijo el líder. “Le llevará a través del río. Al otro lado del mismo hay una escalera hacia el centro del mundo. Es un viaje de ida en barca”.

Thor asintió con seriedad, entendiendo que era permanente, y agradecido por la oportunidad.

Thorgrin empezó a caminar por delante del líder, por delante de las filas de criaturas alineadas, que abrían un paso para él, y hacia las puertas abiertas de la muerte. Preparado para emprender solo la larga marcha.

De repente, oyó unas pisadas a su alrededor, se dio la vuelta y se sorprendió al ver a todos sus hermanos a su lado, mirándolo solemnemente.

“Si vas a ir a la tierra de los muertos”, dijo Reece, “necesitarás compañía”.

Thor los miró, confundido; nunca había esperado que dejaran su vida por él.

O'Connor asintió con la cabeza.

“Si no vas a volver, ninguno de nosotros lo hará”, dijo O'Connor.

Thor los miró a los ojos y vio su seriedad, vio que no podría hacerlos cambiar de opinión. Estaban allí con él, a su lado, hermanos de armas, preparados para marchar a través de las puertas del infierno con él.

Thor asintió con la cabeza, más agradecido de lo que podía decir. Había encontrado a sus verdaderos hermanos. Su verdadera familia.

A una, todos se dieron la vuelta y empezaron a andar, Thor los dirigía mientras marchaban a través de las puertas y a través de la entrada a otro mundo, un mundo del cual Thor sabía que nunca volverían.

CAPÍTULO TRECE

Alistair hacía guardia delante de las enormes puertas de la real casa de los enfermos, delante del edificio, mientras la guerra se desencadenaba a su alrededor, decidida a no dejar que nadie matara a Erec. Los gritos perforaban el aire junto con el sonido del metal, mientras los habitantes de las Islas del Sur luchaban furiosamente los unos contra los otros. Se había convertido en una guerra civil. La mitad de la isla, liderada por el hermano de Erec, Strom, luchaba contra la otra mitad, liderada por los hombres de Bowyer.

Mientras empezaba a romper el día por la ladera, Alistair recordaba la intensa noche de luchas que habían tenido. La batalla había empezado tan buen punto ella había matado a Bowyer y no había cesado desde entonces. A lo largo de las Islas del Sur, los hombres atacaban los unos a los otros, luchando a pie, a caballo, a lo largo y ancho de las inclinadas laderas de la montaña, matándose los unos a los otros cara a cara, mano a mano, tirándose los unos a los otros de los caballos y por los precipicios, todos luchando para ver quién se haría con la corona.

Tan pronto como empezó la lucha, Alistair reunió a dos docenas de los guardianes más leales de Erec y se dirigió con ellos hacia la Casa de los Enfermos. Ella sabía que, sin importar donde se librara la batalla, al final los hombres de Bowyer intentarían venir aquí a matar a Bowyer, con la intención de parar la lucha y reclamar el trono para ellos. Ella estaba decidida a que, en todo el caos que seguiría, sin importar quién ganara, Erec no resultara herido.

Alistair había observado la lucha desde su lugar privilegiado durante toda la noche, y había visto miles de cuerpos muertos amontonándose, a lo largo y ancho de las laderas de las colinas, cubriendo el suelo de la ciudad. Era una isla hecha de grandes guerreros y los grandes guerreros luchaban contra los grandes guerreros, matándose los unos a los otros innecesariamente. Mientras una hora se mezclaba con la otra en la horrible noche, Alistair ya no sabía por qué o por quién estaban luchando. El flujo de la batalla era imposible de calibrar, como había sido toda la noche, el tira y afloja, el ir y venir mientras un grupo luchaba con el otro.

Mientras amanecía, Alistair miró hacia arriba y vio que los precipicios

estaban llenos de los hombres de Bowyer y que ahora la batalla estaba mucho más cerca de los muros de la ciudad, librándose justo fuera de ella. El ímpetu se estaba perdiendo y ella sentía que pronto atravesarían las puertas, dominando toda la ciudad. Después de todo, esta ciudad era el centro del poder de la isla y quien fuera que saliese victorioso la querría reclamar primero, alzar la bandera y proclamarse el próximo Rey.

Alistair miró arriba y abajo de la ladera de la montaña y observó a los hombres de Strom, manteniéndose firmes, usando larcas picas, esperando disciplinados, detrás de las rocas. Mientras los hombres de Bowyer embestían a caballo, los hombres de Strom, a pie, saltaban y los empujaban. Uno a uno, los caballos se levantaban y relinchaban, atravesados por picas. Los hombres de Bowyer se balanceaban, pero las picas eran demasiado largas y había demasiada distancia para que las espadas los pudieran alcanzar.

Los caballos se levantaban y caían y los hombres caían de ellos, rodando por los precipicios y rocas.

Alistair observaba a Strom, delante de sus hombres, corriendo hacia adelante, agarrando un hombre y lanzándolo de cabeza de su caballo, haciéndolo caer, gritando, hacia abajo por la empinada ladera de la montaña. Pero en el mismo momento, un caballo golpeó a Strom en la parte de atrás de su cabeza y él cayó de costado.

Un soldado, viendo una oportunidad, se apresuró hacia adelante con su espada y la dirigió a la cabeza de Strom; Strom lo esquivó como un remolino y cortó las piernas del hombre en el último momento.

La batalla continuaba, la lucha seguía y seguía, brutal, cruel, y Alistair, llena de una sensación de presagio, decidida a mantener a Erec a salvo, se mantenía firme, esperando, deseando unirse a los hombres de Strom, pero sabiendo que su lugar estaba aquí, al lado de Erec. Hasta el momento, había tranquilidad dentro de los muros de la ciudad. Una extraña tranquilidad. Demasiada tranquilidad.

Tan pronto como pensó en ello, de repente, todo cambió. Alistair oyó un gran grito de batalla y atacando desde la esquina de la casa de los enfermos entraban cientos de los hombres de Bowyer a raudales, embistiendo directo a las puertas.

Se detuvieron apenas a unos metros, al ver a Alistair allí, orgullosa, inflexible, con su docena de guardianes detrás de ella. Alistair supo al instante que los hombres de Bowyer los superaban en número y por la mirada de

satisfacción en su rostro, vio que el caballero principal de Bowyer, Aknuf, también lo sabía.

Un espeso silencio se hizo entre ellos mientras Aknuf se adelantó y se encaró a Alistair.

“Sal de en medio, bruja”, dijo. “Y te mataré rápidamente. Quédate aquí y tu muerte será lenta y dolorosa”.

Alistair se mantenía firme, inquebrantable.

“No atravesaréis estas puertas”, dijo con firmeza. “A no ser que caiga muerta a tus pies”.

“Muy bien, mujer”, respondió él. “Solo recuerda: tú te lo has buscado”.

Aknuf levantó su espada en lo alto y, mientras lo hacía, su docena de guardias corrieron a protegerla. Todos se dispusieron para la batalla a poco más de nueve metros de ella. Se produjo un gran estruendo de armas mientras los guardianes luchaban con valentía, yendo golpe a golpe con los hombres de Bowyer.

Pero les superaban ampliamente en número y pronto los hombres se acercaron a ella. Alistair sabía que en unos momentos perderían la batalla y no podía soportar ver a sus hombres morir vigilándola, protegiendo a ella y a Erec.

Alistair cerró los ojos y levantó las manos por encima de su cabeza, hacia el cielo. Usó toda su fuerza para reunir su poder.

Por favor, Dios. Deja que venga a mí.

Lentamente notó un gran poder que crecía dentro de ella y, mientras tanto, una brillante luz blanca, como un rayo, explotó a través del cielo del amanecer, saliendo disparada hacia ella desde las nubes de más arriba. Bajó sus brazos y dirigió sus manos a los hombres de Bowyer y, mientras lo hacía, un gran ruido hizo erupción surgido de un gran caos.

Granizo del tamaño de una piedra empezó a caer del cielo; el sonido del hielo golpeando armaduras llenaba el aire. Alistair dirigió el granizo hacia el otro lado de la línea de batalla, evitando a sus hombres y machacando a los hombres de Bowyer, uno cada vez, con tanta fuerza que los hacía caer al suelo, gritando. Esto liberó a sus guardianes, uno a uno, que contraatacaron, matándolos a diestro y siniestro.

Los hombres de Bowyer, aterrorizados, incapaces de levantar sus espadas, machacados por el hielo, se dieron la vuelta y corrieron hacia las puertas de la ciudad, sus guardianes los persiguieron.

Entonces se oyó otro gran grito de batalla detrás suyo y Alistair se giró y vio a Strom entrar en tropel en la ciudad con todos sus hombres. Miró hacia arriba y vio las laderas de las montañas llenas de soldados muertos, oyó el sonido de la trompeta tres veces en señal de victoria y se dio cuenta de que Strom había ganado.

Alistair echó un vistazo y vio a centenares de los hombres de Bowyer, todavía huyendo de la casa de los enfermos, corriendo hacia las puertas abiertas de la ciudad. Estaban intentando escapar, seguramente para reorganizarse para otro día, para otro campo de batalla. Alistair estaba decidida a que no fuera así.

Alistair desvió su mano y, al hacerlo, una luz blanca salió disparada y el enorme rastrillo de la puerta de hierro, de treinta centímetros de grosor, cerró de golpe las puertas de la ciudad, evitando que los hombres de Bowyer escaparan.

Aknuf se dio la vuelta, atrapado con sus hombres, y observó, aterrorizado, cómo los hombres de Strom se acercaban.

Strom, sentado con orgullo en su caballo, se giró hacia ella, como pidiéndole su aprobación.

Alistair, pensando en Erec, asintió con seriedad.

Con un último grito de guerra, Strom cargó con sus hombres, acercándose a los hombres que estaban por las puertas desde todas direcciones.

Alistair estaba allí y observaba, satisfecha, cómo se alzaban sus gritos.

Finalmente, se acabó. Finalmente, la isla estaba segura. Finalmente, se había hecho justicia.

*

Alistair estaba al lado de la cama de Erec en la sombría habitación, observando el amanecer, sintiendo una inmensa sensación de alivio. La victoria era suya, el drama había quedado atrás y lo único que quedaba era que ella y Erec volvieran a estar cómo una vez estuvieron, que Erec se levantara, que estuviera bien otra vez, que estuviera a su lado.

Alistair puso la mano encima de la frente de él y rezó en silencio, como había hecho desde que la batalla había terminado.

Por favor, Dios. Haz que Erec despierte. Haz que todo esto termine.

Alistair sintió un sutil movimiento en el aire y observó, eufórica, cómo

Erec abrió los ojos, lentamente. Sus ojos eran brillantes, un azul brillante de buena mañana, y él sonrió al mirarla. Había recuperado el color en su cara y parecía más alerta de lo que jamás había estado. Ella vio que finalmente se había curado, había vuelto a ser él mismo.

Erec se incorporó y la abrazó y ella se inclinó lanzándose a sus brazos, las lágrimas le caían de los ojos mientras lo abrazaba con fuerza. Era tan agradable volver a estar entre sus brazos, que él hubiera vuelto a la vida.

“¿Dónde estoy?” preguntó. “¿Qué ha pasado?”

“Shhh”, dijo ella, sonriendo, poniéndole un dedo en los labios. “Todo está bien ahora”.

Él parpadeaba, sobresaltado, como si recordara.

“El día de nuestra boda”, dijo. “Me...apuñalaron. ¿Estás bien? ¿Está bien el reino?”

“Estoy bien, mi señor”, respondió ella con calma. “Y tu reino está listo para tu ascensión”.

Él la abrazó y ella a él y lloró, pensando que este día nunca llegaría, desbordada por la alegría de tenerlo de vuelta a su lado. Quería explicárselo todo. Cómo se había sacrificado por él. Su encarcelamiento. Cómo casi había muerto ella. Cómo casi había muerto él. Las batallas que se habían librado. Todo lo que había sucedido.

Pero nada de todo esto importaba ahora. Lo único que importaba era que el estaba vivo, a salvo, que volverían a estar juntos. No se podía explicar con palabras lo que sentía. Por eso, lo abrazó fuerte y dejó que el abrazo hablara por ella.

Ella sabía que su vida juntos acababa de empezar. Y nada *-nada-* la volvería a alejar de él.

CAPÍTULO CATORCE

Darius levantaba su mazo con las dos manos y lo bajaba con fuerza, rompiendo un canto rodado a trocitos bajo el sol de otra brillante y calurosa mañana en el Imperio. Rodeado por todos sus amigos en los polvorientos campos de trabajo, sentía cómo el sudor de su frente caía hasta sus ojos, pero no se molestaba en secársela. En cambio, levantaba el mazo y gruñía mientras golpeaba otra piedra. Y otra.

Darius revivía en su mente, una y otra vez, los acontecimientos del día anterior, por su cabeza pasaban imágenes rápidas. Estaba confundido y frustrado cuando pensaba en Loti. ¿Por qué había reaccionado de esa manera? ¿No había una parte de ella que estaba agradecida? ¿Cómo se lo había hecho para convertir sus actos heroicos en algo de lo que él debía avergonzarse? ¿De verdad no quería volverlo a ver?

Y después de la manera en que había reaccionado ella, ¿quería él realmente volverla a ver?

Darius dejó el martillo en el suelo y recuperó la respiración, el polvo verde se levantaba y se posaba en su cara, pelo y nariz. También pensaba en lo que había hecho, matando a aquellos soldados del Imperio, recurriendo a sus poderes, y se preguntaba si encontrarían a los hombres en aquel remoto campo. Seguro que, al final, los encontrarían, aunque les llevara uno o dos ciclos de luna. Quizás cuando vinieran las lluvias y se llevaran aquella avalancha. ¿Qué pasaría entonces? ¿Vendría entonces el castigo del Imperio, como dijo Loti? ¿Había firmado una sentencia de muerte para todos ellos?

O, ¿era posible que enterrados como estaban en la profundidad de la avalancha, nunca los encontrarán? ¿Que los animales salvajes, que se sabía que vagaban por aquella zona, se comieran sus cadáveres antes de que los encontrarán?

Mientras Darius cogía el martillo y golpeaba piedras bajo la atenta mirada de los capataces del Imperio, sus pensamientos cambiaron hacia la llegada de su hermana, Sandara, y del nuevo pueblo que había traído con ella. La llegada de ese pueblo desde el Anillo había sido un día diferente a cualquier otro para su aldea. Pensaba en el nuevo pueblo de Sandara escondiéndose en las cuevas

y se preguntaba si el Imperio los vería. Seguramente, solo era cuestión de tiempo hasta que lo hiciera, cuando el conflicto con el Imperio sería inevitable. A menos que huyeran antes.

¿Pero hacia dónde?

Para continua frustración de Darius, los mayores de la aldea -de hecho, la aldea entera- parecía mantenerse firme en su creencia que el enfrentamiento con el Imperio no era inevitable, que la vida podía seguir tal y como estaba. Darius lo veía de forma diferente. Sentía que las cosas estaban cambiando. ¿No era una señal de los dioses la llegada de todos aquellos guerreros del otro lado del mar, que también tenían razones para luchar contra el Imperio? ¿No debían aprovechar la ocasión, no debían luchar todos juntos, para acabar con Volusia? ¿No era este el regalo que todos habían estado esperando?

Los demás no lo veían de esta manera. En cambio, querían darles la espalda, expulsarlos. Ellos lo veían como otra razón para tratar de pasar inadvertido delante del Imperio, para hacer todo lo que pudiesen para mantener sus patéticas pequeñas vidas tan imperturbables como estaban ahora.

Darius recordaba la última vez que había visto a Sandara, cuando había partido hacia el Anillo. No había pensado que la volvería a ver jamás. Verla ahora otra vez le sorprendió y le inspiró. Sandara había conseguido atravesar el gran mar, sobrevivir en medio del ejército del Imperio y volver. En parte se debía a que era una gran curandera y además, en su corazón, era también una guerrera. Después de todo, compartían el mismo padre. Esto le hacía sentir a Darius que todo era posible. Le hacía sentir que él, también, podía marchar un día de aquel lugar.

Darius pensaba afectuosamente en la noche anterior, durante las festividades, cuando había pasado media noche poniéndose al día con su hermana, hablando con ella alrededor de las hogueras. Había sido testigo de primera mano de su amor por Kendrick, aquel fino guerrero. Habían tardado un instante en caerse bien el uno al otro, cada uno de ellos reconociendo el espíritu guerrero del otro, y a Darius le parecía que él era un líder de hombres. Darius había animado a su hermana a seguir su pasión, a estar con Kendrick, a pesar de lo que los mayores tuvieran que decir. No entendía como ella, tan valiente en todas las otras partes de su vida, podía estar tan asustada de declarar su amor por él, de desafiar la tradición, de desafiar el tabú de casarse con otra raza. ¿Era ella como todo el mundo aquí, temerosa de los mayores, de la opinión de los demás? ¿Por qué era tan importante lo que todos ellos

pensaran?

A Darius le caía el sudor por los ojos mientras golpeaba otra piedra, y otra. Podía sentir las miradas de todos sus amigos en él aquel día. Desde el día anterior, cuando había llegado con Loti, sentía que todo el pueblo lo miraba de forma diferente. Todos habían visto cómo marchaba corriendo para traer a Loti de vuelta, todos habían sido testigos de cómo marchaba para enfrentarse al Imperio, solo, sin miedo a las consecuencias. Y todos lo habían visto volver con ella. Se había ganado un gran respeto a ojos de ellos.

También parecía haberse ganado su escepticismo: nadie parecía creer su historia, creer que Loti se había perdido, que simplemente se habían encontrado y habían vuelto. Quizás todos conocían demasiado bien a Darius. Lo miraban con otros ojos, como si supieran que algo había pasado, como si supieran que guardaba un gran secreto. Quería explicárselo, pero sabía que no podía. Si lo hacía, tenía que explicar cómo lo hizo, cómo él, el más joven y pequeño del grupo, el que nadie pensaba que pudiera llegar a ser algo, había matado el solo a tres guerreros del Imperio con armas y armaduras superiores, y un zerta. Se descubriría que usó su poder. Y sería un marginado. Lo exiliarían. Como habían hecho, sospechaba él, con su padre.

“¿Entonces me lo vas a decir?” dijo una voz.

Darius alzó la vista y vio a Raj de pie a su lado, con una sonrisa maliciosa en la cara. Allí cerca, también mirando hacia él, estaban Desmond y Luzi, todos picando piedra, mirando a Darius.

“¿Decirte qué?” preguntó Darius.

“Cómo lo hiciste”, dijo Raj. “Venga. No encontraste a Loti deambulando sola. Hiciste algo. ¿Mataste a los soldados? ¿Los mató ella?”

Darius vio cómo los otros chicos se acercaban, mirándolo, y podía ver cómo esta pregunta quemaba en la mente de todos ellos. Darius levantó el martillo, apuntó hacia la piedra y la golpeó de nuevo.

“Venga”, dijo Raj. “Te di una vuelta en zerta. Me lo debes”.

Darius rió.

“No me la diste tú”, respondió. “Yo elegí ir contigo”.

“De acuerdo”, cedió Raj, “pero dímelo de todas formas. Necesito una historia. Vivo por las historias de valentía. Y este día se me está haciendo muy largo”.

“El día no ha hecho más que empezar”, dijo Luzi.

“Precisamente”, dijo Raj. “Demasiado largo. Como cualquier otro día”.

“¿Por qué no nos cuentas *tú* una historia de valentía?” dijo Luzi a Raj, viendo que Darius no respondía.

“¿Yo?” respondió Raj. “No creo que encontréis una entre nuestro pueblo”.

“Estás bastante equivocado en esto”, dijo Desmond. “Siempre hay historias de valentía, incluso entre los oprimidos”.

“*Especialmente* entre los oprimidos”, añadió Luzi.

Todos lo miraban, su profunda, imponente voz llena de seguridad.

“Entonces, ¿tú tienes una?” insistió Raj, apoyándose en su martillo, respirando con dificultad.

Desmond levantó su martillo, golpeó la piedra y estuvo en silencio durante tanto rato que Darius estaba seguro de que no respondería. Todos volvieron al ritmo de golpear la piedra, cuando al final, Desmond los sorprendió a todos hablando en voz alta, mirando hacia abajo y golpeando la piedra a la vez.

“Mi padre”, dijo Desmond. “Los mayores os dirán que murió en la mina. Esta es la historia que querrían que creyerais. Saber algo más causaría demasiado discrepancia, provocaría demasiada revolución. Os lo explicaré: él no murió en una mina”.

Darius miró con atención a Desmond, junto con los demás, mientras un pesado silencio caía sobre ellos y vio su ceño fruncido, la seriedad en su rostro, como si estuviera luchando internamente con algo.

“¿Y cómo lo sabes?” preguntó Darius.

“Porque yo estaba allí”, respondió Desmond, mirándole a los ojos, frío y duro, desafiante. Con su imponente presencia, algunos otros chicos empezaron a amontonarse alrededor también. Todos querían oír su historia, que merecía silencio. Se percibía un aire de verdad, una cosa muy rara entre sus aldeanos.

“Un día”, continuó Desmond, “el capataz le golpeó demasiado fuerte con el látigo. Mi padre arrancó el látigo de las manos del hombre y lo ahogó con él hasta la muerte. Recuerdo que yo le observaba, muy joven, muy orgulloso de él.

“Cuando todo terminó, cuando estábamos los dos mirando al cuerpo sin vida, le pregunté a mi padre qué venía a continuación. ¿Era el momento de rebelarse? Pero él no tenía respuesta. Podía verlo en sus ojos: no sabía qué venía a continuación. Se había dejado llevar por un momento de pasión, un momento de justicia, de libertad, y en aquel momento se había levantado por encima de todo. Pero después de aquello, no sabía qué hacer. ¿A dónde va la vida después de aquello?”

Desmond hizo una pausa, golpeó varias piedras, secándose el sudor de su frente, hasta que continuó de nuevo.

“Aquel momento pasó. La vida continuó. En menos de una hora, los cuernos de aviso sonaron, y yo estaba con mi padre cuando lo rodearon una docena de capataces. Me había insistido para que me escondiera en el bosque, pero yo no quería irme de su lado. Hasta que me golpeó tan fuerte con el látigo en la boca que al final lo hice”.

“Me escondí detrás de un árbol, no muy lejos, y lo vi todo. Los capataces...no le mataron rápidamente”, dijo Desmond, su voz se ahogaba por la emoción mientras dejaba de dar golpes con el martillo y desviaba la vista. “Se defendió de forma muy valiente. Incluso consiguió golpear con el látigo a varios de ellos. Les dejó marcas que estoy seguro que todavía están allí”.

“Pero él era un hombre con un gran corazón y un látigo. Ellos eran docenas de soldados profesionales, con armas de acero, con armadura. Y disfrutaban matando”.

Desmond movió la cabeza, en silencio durante varios minutos, los chicos estaban fascinados, todos en silencio, dejaron su trabajo.

“Todavía oigo los gritos de mi padre, a día de hoy”, dijo Desmond. “Cuando voy a dormir por la noche, los oigo. Lo veo luchando. En mis sueños, deseo ser más mayor, ir armado e intento verme a mí mismo defendiéndome, matándolos a todos, salvándolo a él. Pero yo era demasiado joven. No podía hacer nada”.

Al final se detuvo, los campos de trabajo estaban totalmente en silencio. Finalmente, levantó el martillo y lo dejó caer con todas sus fuerzas, rompiendo en trozos un gran pedrusco.

“No murió en ninguna mina”, concluyó en voz baja. Y se quedó en silencio, volviendo al trabajo.

A Darius le pesaba el corazón mientras pensaba en la historia, todos los chicos estaban en silencio ahora, había un aire sombrío sobre todos ellos. La sonrisa de Raj se había desvanecido hacía rato y Darius se preguntaba si esta era la historia de valor que había esperado escuchar.

Después de un buen rato de golpear piedras, Raj se acercó al lado de Darius.

“Ahora es tu turno”, le dijo Raj en voz baja, sin que los demás pudieran oírlo. “¿Qué pasó allí?”

Darius continuó golpeando piedras, negando con la cabeza, en silencio.

“Cambiaron de opinión”, insistió Darius, “La soltaron”.

“Y los soldados que cambiaron de opinión”, dijo Raj, con una sonrisa maliciosa en la cara, “¿volverán a Volusia ahora? ¿O ya no los volveremos a ver más?”

Darius miró a Raj, sonriéndole, adrede, con admiración.

“Hay un largo camino de vuelta a Volusia”, dijo Darius. “Se sabe que hombres más fuertes se han perdido”.

*

Darius se encontraba en el pequeño campo de barro de detrás de su cabaña, los golpes de su espada de madera llenaban el aire mientras atacaba al blanco trillado de madera. Era una gran cruz que había hecho con capas de bambú, atadas y clavadas en el suelo, en las que se había columpiado desde el momento en que supo caminar. En el barro, sus pisadas estaban desgastadas, incrustadas en el suelo de delante suyo.

La cruz ahora estaba torcida, a punto de caerse, pero a Darius no le importaba. Hacía su servicio. Él la golpeaba una y otra vez, a izquierda y derecha, evitando a un enemigo imaginario, dando vueltas, golpeándole en el estómago. Se daba un impulso hacia delante, le pinchaba, giraba su espada a los lados y bloqueaba un golpe imaginario. En su mente, veía muchos enemigos viniendo hacia él, un ejército entero que se acercaba y luchaba y luchaba al atardecer, al final de su día de trabajo, hasta que le caía el sudor.

Los sonidos persistentes de su espada llenaban el aire y mientras los vecinos gritaban quejándose, él no paraba. No le importaba. A cuchillazos, eliminaba los recuerdos del día, los recuerdos de cada día, hasta que lo venciera el agotamiento.

De vez en cuando Darius oía el ladrido a sus pies, y no le hacía falta mirar para ver que era Dray, el perro del vecino, sentado fielmente a su lado, observándolo como siempre hacía, ladrando y poniéndose contento cuando Darius daba en el blanco. Un perro mediano, de pelo escarlata que llevaba demasiado largo, como el pelo indomado de su dueño, Dray se había convertido hacía tiempo de manera no oficial en el perro de Darius. Perteneecía a uno de los vecinos, pero quien quiera que fuese el dueño, le había dejado de dar de comer hacía tiempo. Darius se lo había encontrado gimiendo un día y le había dado una de sus escasas comidas. Desde entonces, Darius había

encontrado un amigo para toda la vida. Desde aquel día, habían desarrollado un ritual: Dray observaba a Darius luchar y Darius comía solo la mitad de su cena, dándole la otra mitad a Dray. Dray lo recompensaba siempre buscando su compañía, especialmente cuando estaba en casa, a veces durmiendo incluso en su cabaña.

Dray corría hacia delante y mordía el bambú, siguiendo el juego imaginario de Darius, gruñendo y lanzándose violentamente a un enemigo imaginario, como si se tratara de un verdadero enemigo que iba a por Darius. Darius a menudo se preguntaba qué pasaría si se encontraba con un enemigo con Dray a su lado. Como Darius, Dray no era el más grande del grupo, o el más fuerte, o el más querido. Pero tenía un gran corazón y era el animal más fiel del universo. Durante las últimas pocas lunas, se había acostumbrado a dormir acurrucado delante de la puerta de Darius, gruñendo incluso si el abuelo de Darius se atrevía a acercarse.

“¿Estás cansado de empuñar palos?” dijo una voz.

Darius miró hacia allí y vio a Raj y a Desmond allí de pie, cada uno de ellos sujetando largas espadas de madera, mirándolo con una mirada maliciosa.

Darius paró, respiró profundamente, extrañado; vivían al otro lado de la aldea y nunca antes habían venido a su cabaña.

“Es hora de que entrenes con *hombres*”, dijo Desmond, con voz oscura, serio. “Si deseas convertirte en guerrero, vas a necesitar golpear blancos que también golpeen”.

Darius estaba sorprendido y agradecido de que hubieran parado por allí. Eran varias clases mayores que él, más grandes y más fuertes, y muy respetados entre los chicos. Tenían muchos chicos mayores y más fuertes con los que entrenar.

“¿Por qué perderíais el tiempo conmigo?” preguntó Darius.

“Porque mi espada se tiene que afilar”, dijo Desmond. “Y tú pareces un buen blanco”.

Desmond embistió contra Darius y Darius levantó su espada de madera y, en el último momento, bloqueó el golpe. Fue un golpe poderoso, lo suficientemente fuerte para hacerle temblar las manos y los brazos y enviarlo tropezando hacia atrás unos metros.

Darius, cogido por sorpresa, vio a Desmond, allí esperándole.

Darius levantó su espada y se avalanzó, dándole un golpe. Desmond lo

paró con facilidad. Darius siguió moviéndose, dando golpes a izquierda y a derecha, una y otra vez y el sonido de sus espadas de madera llenaba el aire. Estaba emocionado de tener un blanco real, que se movía, incluso aunque no pudiera dominar a Desmond, más grande y más fuerte .

Dray gruñía y ladraba a Raj y a Desmond, corriendo al lado de Darius, mordiéndole los tobillos a Desmond.

“Eres rápido”, dijo Desmond, entre golpes. “Lo admito. Pero no lo usas a tu favor. No eres ni la mitad de fuerte que yo, y aún así intentas luchar como si quisieras cortermte por la mitad. No puedes luchar con un hombre de mi tamaño. Lucha de acuerdo con *tu* tamaño. Sé rápido y ágil. No fuerte y directo”.

Darius hizo hizo oscilar espada con todas sus fuerzas y Desmond se echó hacia atrás, y Darius dio vueltas en el aire, tropezando, cayendo al suelo.

Darius miró hacia arriba y vio a Desmond de pie delante suyo, tendiéndole una mano, ayudándolo a levantarse.

“Luchas para matar”, dijo Desmond. “Algunas veces solo es necesario luchar para sobrevivir. Deja que tu oponente luche para matar. Si eres paciente, si lo esquivas y lo observas, él se sobrepasará; exponiéndose él mismo”.

“Te sorprenderías de lo fácil que es matar a un hombre”, dijo Raj, acercándose. “No necesitas un golpe fuerte, solo uno preciso. Creo que es mi turno”.

Raj levantó su espada en alto, apuntando hacia la cabeza de Darius y Darius dio una vuelta, levantó su espada hacia un lado y apenas paró el golpe. Entonces Raj se echó hacia atrás, puso el pie en el pecho de Darius y lo empujó, y Darius tropezó hacia atrás.

Dray ladraba y ladraba, gruñendo a Raj.

“Esto no es justo”, dijo Darius, indignado. “¡Esto es una lucha con espadas!”

“¿¡Justo!?” gritó Raj con una risa burlona. “Dile esto a tu enemigo después de que te haya apuñalado entre las piernas y estés tumbado muriéndote. Esto es un combate, ¡y en el combate todo es justo!”

Raj empuñó otra vez su espada, antes de que Darius estuviera preparado y tiró la espada de las manos de Darius. Raj entonces se tiró al suelo, balanceó sus piernas y le dio una patada a Darius en las rodillas por detrás.

Darius, que no lo esperaba, cayó de espaldas con un golpe fuerte en una

nube de polvo, sin aliento; Raj entonces sacó una daga de madera de la nada, se echó al suelo y la colocó en la garganta de Darius.

Darius se rindió, levantando las manos, clavado al suelo.

“¡Otra vez, no es justo!” se quejó Darius. “Has hecho trampa. Has sacado una daga escondida. Estas no son acciones honorables”.

Dray corrió a toda prisa hacia delante, gruñendo, y se acercó a la cara de Raj, enseñándole los dientes, lo suficientemente cerca para hacer que Raj soltara la daga, alzara las manos y poco a poco se levantara.

Raj se reía a carcajadas mientras se ponía de pie con un salto, agarraba a Darius y lo ayudaba a levantarse.

“¿Qué es el honor?” dijo Raj. “El honor es lo que nosotros, los vencedores, podemos nombrar. Cuando estás muerto, no existe el honor”.

“¿Qué es la batalla sin el honor?” dijo Darius.

“El que habla de honor es el que nunca ha perdido”, dijo Desmond. “Pierde una vez, pierde una pierna, un brazo, un ser querido, y pensarás dos veces en el honor la próxima vez que te enfrentes a un enemigo en el campo. Seguramente, él no está pensando en el honor. Está pensando en ganar. O en la vida. Al precio que sea”.

“Te sorprenderías de lo mucho a lo que un hombre está dispuesto a renunciar -incluido el honor- cuando se encuentra de cara con la muerte”, dijo Desmond.

“Preferiría morir con honor”, respondió Darius desafinate, “que vivir en deshonor”.

“Todos lo haríamos”, dijo Desmond. “Aún así, lo que piensas y lo que haces en un momento de vida y muerte no siempre coincide”.

Raj se adelantó y negó con la cabeza.

“Todavía eres joven”, dijo Raj. “Inocente. Lo que aún no ves es que el honor llega en la victoria. Y la victoria viene de esperar lo todo. Incluso acciones deshonorosas. Puedes luchar con honor si lo eliges. Si eres capaz. Pero no esperes que tu enemigo lo haga”.

Darius pensaba en ello cuando, de repente una voz estridente cortó el aire, interrumpiéndole.

“¡DARIUS!” vociferó la áspera voz.

Darius se dio la vuelta y vio a su abuelo en la puerta de su cabaña, mirándolo mal. “¡No quiero que vayas con estos chicos!” dijo con brusquedad. “¡Entra ahora mismo!”

Darius lo miró frunciendo el ceño.

“Estos son mis amigos”, dijo Darius.

“Son problemáticos”, respondió el abuelo de Darius. “¡Entra ahora mismo!”

Darius miró a Raj y a Desmond disculpándose.

“Lo siento”, dijo Darius. Se sentía culpable, ya que había disfrutado sinceramente de la lucha con ellos. Ya sentía que sus habilidades se habían agudizado desde su pequeño combate y quería volver a luchar.

“Mañana”, dijo Raj, “después del entrenamiento”.

“Y cada día después de esto”, dijo Desmond. “haremos de ti un guerrero”.

Se marcharon y Darius se dio cuenta de que por primera vez había hecho dos amigos cercanos en el grupo. Amigos más mayores, grandes luchadores. Otra vez se preguntaba por qué se habían interesado por él. ¿Era por lo que había hecho por Loti? ¿O era algo más?

“¡Darius!” dijo con brusquedad su abuelo.

Darius, con Dray a sus pies, se dio la vuelta y se dirigió hacia su abuelo, que estaba en la puerta, con mala cara. Darius sabía que se encararía con la furia de su abuelo, su abuelo no quería de ninguna manera que él luchara.

“No deberías haber sido brusco”, Darius dejó mientras atravesaba la puerta. “Esos son mis amigos”.

“Son chicos que no conocen el precio de la guerra”, replicó. “Chicos que se envalentonan los unos a los otros para rebelarse. ¿Tienes idea de lo que pasa cuando hay una revuelta? El Imperio nos mataría. Todos moriríamos. Hasta el último de nosotros”.

Hoy, Darius, envalentonado, no estaba de humor para el miedo de su abuelo.

“¿Y qué pasa?” preguntó Darius. “¿Qué tiene de malo la muerte cuando viene de luchar por nuestras vidas? ¿Llamarías vida a lo que tenemos ahora? ¿Todo el día esclavizados? ¿Encogidos bajo la mano del Imperio?”

El abuelo de Darius le dio una fuerte bofetada en la cara.

Darius, perplejo, estaba allí, sintiendo el escozor. Era la primera vez que le pegaba.

“La vida es sagrada”, dijo con dureza su abuelo. “Esto es lo que tú y tus amigos todavía tenéis que aprender. Tus abuelos y los míos se sacrificaron para que tuviéramos vida. Soportaron la esclavitud para que sus hijos, y los hijos de sus hijos, pudieran tener una vida segura. Y todas las acciones

imprudentes de vosotros los adolescentes desharán generaciones de su trabajo”.

Darius lo miró con ceño, dispuesto a discutir, no estaba de acuerdo con nada de lo que había dicho, pero su abuelo le dio la espalda y agarró una caldera de sopa y atravesó la cabaña con ella, preparándola delante de una hoguera. Alguna cosa que dijo el abuelo de Darius lo había hecho pensar. Algo despertó dentro de él y, por alguna razón, tenía un ardiente deseo de saber.

“Mi padre”, dijo Darius con frialdad, manteniéndose firme. ¿Qué le pasó? ¿Por qué nos dejó?”

El abuelo de Darius estaba allí, de espaldas a él y permanecía en silencio. Darius sabía que algo le sucedía.

“¿A dónde fue?”, insistió Darius, adelantándose. “¿Por qué se fue?” preguntó otra vez.

Su abuelo movía la cabeza lentamente mientras se daba la vuelta. Parecía mil años mayor, entristecido.

“Como tú, él era rebelde”, dijo, con la voz rota. “No lo pudo soportar más. Un día, marchó corriendo. Y no lo volvimos a ver”.

Darius miró fijamente a su abuelo y, por primera vez en su vida, estaba seguro de que le mentía.

“No te creo”, dijo Darius. “Escondes algo. ¿Fue un guerrero mi padre? ¿Desafió al Imperio?”

Su abuelo miró fijamente al espacio, como si mirara hacia años perdidos.

“No hables más de tu padre”.

Darius frunció el ceño.

“Es mi padre y hablaré de él cuanto quiera”

Ahora le tocaba a su abuelo mirarlo mal.

“Entonces no serás bienvenido a mi casa”.

Darius lo miró con ceño.

“Fue la casa de mi padre antes que la tuya”.

“Y tu padre ya no está aquí, ¿verdad?”

Darius observó la cara de su abuelo, viéndola con otra luz por primera vez. Podía ver lo diferente que era de él como hombre. Estaban cortados con diferentes patrones y nunca se entenderían.

“Mi padre no escaparía”, insistió Darius. “Él no me dejaría. *Nunca* me dejaría. Él me quería”.

Mientras las pronunciaba, Darius notaba la verdad en sus palabras por

primera vez. También sentía que había un gran secreto que se le escondía, que se le había escondido toda su vida.

“Él no me abandonaría”, insistió Darius, desesperado por la verdad.

Su abuelo dio un paso adelante, muy indignado.

“¿Y quién eres tú para creerte tan grande como para no ser abandonado?” dijo bruscamente el abuelo de Darius. “Solo eres un chico. Otro chico. Otro esclavo en un pueblo de esclavos. No tienes nada de especial. Te imaginas que eres un gran guerrero. Juegas con palos. Tus amigos juegan con palos. El Imperio juega con acero. Acero de verdad. No te puedes rebelar contra ellos. Nunca podrás. Acabarás muerto como los demás. Y entonces, ¿dónde te habrán llevado tus palos?”

Darius frunció el ceño, odiando a su abuelo por primera vez, odiando todo lo que era y todo lo que representaba.

“Puede que acabe muerto”, respondió Darius, con voz de acero, “pero nunca acabaré como tú. Tú ya estás muerto”.

Darius se dio la vuelta y se dispuso a salir corriendo de la cabaña, pero se detuvo en la puerta, se dio la vuelta y miró a su abuelo por última vez.

“Yo soy especial”, dijo Darius, deseando que su abuelo oyera las palabras. “Soy el hijo de un gran guerrero. Yo soy un guerrero. Y, un día, tú y el mundo entero lo sabréis”.

Darius, harto, incapaz de soportar otro instante, se dio la vuelta y salió corriendo de la cabaña.

Darius salió repentinamente a la luz del atardecer, deseando no ver el rostro de su abuelo, no encarar sus mentiras. Caminó rápido a través de los campos de atrás y miró al horizonte, a todos los esclavos que todavía se volvían de un día de trabajo. Examinó el horizonte, el cielo interminable, iluminado de rosas y lilas. Él sabía que su padre estaba por ahí en algún lugar. Era un gran guerrero. Se había rebelado contra todo esto.

Un día, de alguna manera, lo encontraría.

CAPÍTULO QUINCE

Gwendolyn estaba sentada en la cueva con los demás, delante de una hoguera, mirando hacia las llamas aquí en su nuevo hogar, sintiéndose vacía. Era tarde por la noche, la mayoría de los demás dormían profundamente, las paredes de la cueva arañadas por sus ronquidos y por el chisporroteo de las llamas. Por allí cerca estaban sentados sus hermanos Kendrick y Godfrey, con la espalda apoyada en la pared, junto a Steffen, la mujer con la que se acababa de casar, Arliss, Brandt, Atme, Aberthol, Illepra -todavía con la bebé rescatada en brazos- y otra media docena. A los pies de Gwen estaba Krohn, con la cabeza acurrucada en su regazo, durmiendo profundamente. Le había dado de comer bien durante toda la noche, durante todas las festividades, y parecía que podía dormir durante un millón de años. Incluso él estaba roncando.

A lo largo de la interminable cueva, adentrándose en la ladera de la montaña, había centenares de personas, lo que quedaba del Anillo, todos esparcidos, todos finalmente saciados por la comida y el vino. Todos habían venido hasta aquí, guiados por los mayores de la aldea, después de la larga noche de festividades, y les habían mostrado su nuevo hogar. Se alejaba mucho de lo que estaba acostumbrada en la Corte del Rey, pero aún así, Gwendolyn estaba agradecida. Por lo menos estaban vivos, tenían un sitio en el que alojarse, descansar y recuperarse.

Y todavía colgando por encima de ella como una oscura nube estaban aquellas palabras del vidente durante las festividades de la noche, resonando en sus oídos. Thorgrin, en la tierra de los muertos. Si el vidente decía la verdad, entonces aquello significaba que estaba muerto. ¿Cómo? Se preguntaba. ¿En algún lugar buscando a Guwayne? ¿Devorado por un monstruo marino? ¿Había tomado una ruta equivocada? ¿Atrapado en una tormenta? ¿Muerto de hambre, como casi había estado ella?

Las posibilidades eran interminables y cada una de ellas la angustiaban sin límite mientras reflexionaba sobre ellas. Cada una de ellas la hacían querer acurrucarse y morir. Y con Thor muerto y desaparecido, esto significaba que Guwayne también había desaparecido para ella.

Gwen miraba fijamente a las llamas y se preguntaba qué razón le quedaba para vivir. Sin Thorgrin, sin Guwayne, no tenía nada. Se odiaba a sí misma por haber dejado ir a Guwayne aquel fatídico día en las Islas Superiores; se odiaba a sí misma por las decisiones que había tomado y que habían llevado a su pueblo a aquel lugar. En el fondo, ella sabía que no tenía la culpa. Sabía que lo había hecho lo mejor que sabía para defender y salvar a su pueblo del millón de ataques que su padre le había dejado en su problemático reino. Y aún así, se culpaba a sí misma. Era difícil sentir otra cosa que no fuera dolor.

“Hermana mía”, dijo una voz.

Gwen vio a Kendrick sentado a su lado, con los brazos cruzados en las rodillas, la cara iluminada por las llamas, serio, cansado. Sus ojos estaban llenos de compasión y respeto, y tenía la mirada que siempre tenía cuando quería consolarla.

“No todos los videntes ven con claridad”, dijo. “Quizás Thorgrin vuelve a ti mientras hablamos. Y tu hijo con él”.

Gwendolyn quería creer sus palabras, pero sabía que solo estaba intentando consolarla. Las palabras del vidente todavía sonaban en su cabeza con más autoridad.

Ella negó con la cabeza.

“Ya quisiera podérmelo creer”, dijo ella. “Pero esta es la noche de los muertos. La noche en la que los espíritus cuentan la verdad”.

Gwendolyn suspiró mientras miraba fijamente a las llamas. Deseaba que sus palabras fueran ciertas. De verdad. Pero tenía la sensación de que solo eran las palabras de un hermano amable intentando consolarla.

Krohn cambió de postura en su regazo, gimoteando suavemente, como si percibiera su tristeza. Gwen le acarició la cabeza y le ofreció otra tira de ternera. Pero Krohn no la cogió. En cambio, siguió tumbado en su regazo y gimoteó otra vez.

Kendrick suspiró. Volvió a hablar, suavemente, su voz rota por el agotamiento:

“Siempre había estado orgulloso de mi linaje”, dijo. “Siempre había sabido que era el primer hijo nacido de mi padre. El primer hijo del Rey. El siguiente en línea para gobernar. No es que me importara gobernar. Aún así, estaba orgulloso de saber quién era dentro de la familia. Os miraba a todos vosotros como mis hermanos y hermanas pequeños, como todavía hago hoy en día. Todos siempre me habían dicho que era exactamente como nuestro Padre,

y realmente era cierto. Pensaba que conocía mi lugar en el mundo”.

Kendrick respiró profundamente.

“Éramos jóvenes, solo unos niños, quizás de diez u once años, y un día llegué a casa de luchar con la Legión. Me encontré con Gareth, más joven que yo, pero ya buscando problemas siempre que podía encontrarlos. Estaba allí con Luanda y los dos me miraban y Gareth pronunció las palabras que cambiarían mi vida para siempre: ‘Tú no eres hijo de nuestra madre’”.

“No podía comprender de lo que estaba hablando. Creía que era otra de sus intrigas, su imaginación corriendo salvaje, otra broma cruel. Disfrutaba de la mezquindad, después de todo. Pero Luanda, que nunca mentía, asintió con la cabeza con él. ‘No perteneces a nuestra familia’, dijo ella. ‘No eres de nuestra madre’. ‘Eres hijo de una prostituta’ dijo Gareth. ‘No eres más que un bastardo’”.

“Luanda me miraba en desaprobación. Todavía hoy en día puedo ver aquella mirada en sus ojos”. ‘No quiero verte nunca más’, dijo ella. Entonces se dio la vuelta y se fue. No sé quién me hizo más daño, Gareth o Luanda”.

Kendrick suspiró y Gwen podía ver el dolor en su cara mientras miraba fijamente a las llamas, reviviendo la escena.

“Me enfrenté a nuestro Padre y admitió la verdad. En aquel momento, mi mundo dio vueltas. Todo se puso en su sitio: que nuestro Padre nunca hablara de mi como Rey después de él. Los demás distantes de mi; la manera en que el personal me miraba. Nunca encajé y, de aquel día en adelante, lo percibía en todas partes. Era como si fuera un visitante en mi propia casa. Pero no de la familia. No verdaderamente de la familia. Como si en realidad no perteneciera a ella. ¿Sabes qué es eso? ¿Sentirte un extraño en tu propia casa?”

Gwen suspiró, afligida por su historia, abrumada de compasión por él.

“Lo siento”, dijo ella. “No te lo merecías. A ti, de entre todos, siento no haber estado allí para protegerte de ello. Gareth y Luanda eran crueles de niños”.

“Como lo fueron de adultos”, añadió él. “Te vuelves más de lo que eres cuando te haces mayor”.

Gwendolyn pensó en ello y se dio cuenta que había algo de cierto.

Kendrick suspiró.

“No necesito compasión”, dijo. “No es por esto por lo que te cuento esta historia. Fue el peor día de mi vida; me dieron una noticia de la que estaba seguro que nunca me recuperaría. Y aún así aquí estoy. Me he recuperado. La

vida tiene un increíble poder de recuperación”.

Gwen pensó en ello en silencio, las llamas chisporroteando.

La vida tiene un increíble poder de recuperación.

“Tú eres más fuerte de lo que crees”, añadió, estrechando su mano. “Has superado cosas tremendas. Y puedes superar cualquier cosa. Incluso esto. Incluso cualquier cosa que les haya sucedido a Thorgrin y a Guwayne”.

Gwen lo miró, las lágrimas le caían por las mejillas.

“Eres un verdadero hermano”, dijo ella, y desvió la vista, demasiado emocionada para decir algo más. Ella le apretó la mano y, en silencio, le envió su gratitud.

“Existe una ironía”, dijo ella finalmente. “Tú hubieras sido el más gran gobernador de todos. Un gobernador más grande de lo que yo he sido”.

Kendrick negó con la cabeza.

“Yo no podría liderar de la manera que tú lo has hecho”, dijo él. “Yo no podría haber sobrevivido a lo que tú has sobrevivido. Puede que sea un gran guerrero, pero tú eres una gran líder. Esto es algo totalmente diferente. Echa un vistazo al fruto de tu trabajo”.

Gwen se dio la vuelta y siguió su mirada y vio a la bebé en los brazos de Illepra por allí cerca, la niña que había rescatado de las Islas Superiores.

“Rescataste a esta niña de las llamas de los dragones”, dijo Kendrick. “Nunca olvidaré lo valiente que fuiste. Tú, la única de todos nosotros dispuesta a abandonar su escondite bajo tierra, para salir corriendo hacia fuera y salvar a aquella niña. Está viva gracias a ti. Gracias a tu valentía”.

“No estaba en mi sano juicio”, dijo Gwen.

“Oh, sí que lo estabas”, dijo él. “Es precisamente en momentos de crisis cuando sale verdaderamente quién somos. Y tú eres así”.

Gwen, emocionada por las palabras de Kendrick, miró hacia el bebé que dormía y pensó.

“¿Quién crees que eran sus padres?” preguntó ella.

Kendrick negó con la cabeza.

“Tú eres sus padres ahora”, dijo él. “Tú eres todo su mundo. Para empezar, tú has salvado a esta niña. Tú has salvado esta vida. Esto es más de lo que mucha gente hace en toda su vida”.

Gwen miraba fijamente a las llamas, reflexionando. Quizás tenía razón. Quizás no tendría que ser tan dura con ella misma. Después de todo, otra reina se hubiera rendido hace tiempo. Ella, por lo menos, había conseguido rescatar

a algunos de los suyos, había conseguido continuar. Sobrevivir.

Gwen pensaba en su padre, en lo que él hubiera hecho, en lo que él hubiera querido. Era un hombre difícil de conocer. ¿Estaría orgulloso de ella? ¿Hubiera hecho las cosas de manera diferente?

Esto la hizo pensar en sus antepasados y levantó el antiguo y pesado libro encuadernado en cuero que estaba a su lado y lo puso en su regazo. Era tan grueso como diez libros y tres veces su tamaño, su peso la desarmaba. Estaba sorprendida de cómo Aberthol había conseguido recuperarlo de la Casa de los Sabios y traerlo hasta aquí. Lo quería por esto. Lo recordaba con cariño de sus años de estudio y tenerlo aquí con ella ahora era como reencontrarse con un viejo amigo.

“¿Qué es esto?” preguntó Kendrick, echándole un vistazo.

Ella, luchando con el peso del libro, lo colocó en el regazo de él. Él lo miró maravillado.

“*La Historia del Imperio, en siete partes*”, dijo ella. “Es uno de los pocos libros que recuperamos, uno de los pocos artefactos preciosos que quedan de nuestra tierra”.

Él la miró perplejo.

“¿Lo has leído todo?” preguntó él.

“No todo”, admitió ella. “Y fue cuando era más joven”.

Gwen se dio la vuelta y gritó: ¡Aberthol!”

Aberthol, somnoliento, abrió los ojos, con la espada apoyada en la pared de la cueva.

“Ven aquí”, dijo.

Él se levantó perezosamente, quejándose, y se dirigió hacia la hoguera, sentándose en medio de los dos, uniéndose a ellos.

“¿Sí, mi señora?” preguntó él.

“Cuéntanos”, dijo ella. “Todo lo que dicen del Segundo Anillo...¿es cierto?”

Sus ojos siguieron a los de ella y se iluminaron al ver el volumen que estaba en el regazo de Kendrick.

Él suspiró.

“Muchas veces se hace referencia a él, seguro” dijo lentamente, aclarando la garganta, con voz áspera. “Si es cierto o no es otra cosa totalmente diferente. Para comprenderlo, hay que ponerlo en contexto. Era un tiempo diferente, antes del tiempo de nuestro padre. Un tiempo en el que el Anillo y el

Imperio eran uno Incluso antes que el Cañón. Un sitio así existió; se ha insinuado durante siglos. Si es así, seguro que estará bien escondido, en las profundidades del Imperio. ¿Y quién sabe si alguna vez existió, si todavía sobrevive a día de hoy? Puede que sea solo una ruina, un fantasma del pasado”.

La llegada de Aberthol llamó la atención de los otros, que, ahora se daba cuenta Gwen, habían estado despiertos, como ella, sin poder dormir. Todos parecían recibir encantados una distracción y todos se levantaron y fueron andando hacia allí, Steffen, Brandt, Atme y Godfrey, que parecía un poco bebido. Todos se les unieron al lado de la hoguera, Godfrey con un saco de licores a mano, tomando un largo trago.

“No podemos ir persiguiendo fantasmas del pasado, mi señora”, dijo Aberthol. “Debemos encontrar una manera de regresar a nuestra tierra, al Anillo”.

“El Anillo ya no existe, viejo amigo”, dijo Brandt.

“Volver allí es volver a la muerte”, dijo Atme. “Aunque lo reconstruyéramos, aunque pudiéramos empezar de nuevo, ¿habéis olvidado al millón de hombres de Rómulo?”

“Si nos quedamos aquí, nos encontrarán”, dijo Steffen. “No podemos quedarnos en esta cueva para siempre. Esto no es un hogar”.

“No”, dijo Gwendolyn. “Pero aquí nos podemos recuperar. Mirad a vuestro alrededor: la gente todavía está débil, algunos aún están enfermos. Necesitan un tiempo de luto. Tiempo para comer, beber y dormir. esta cueva ya está bien para nosotros ahora”.

“¿Y después qué, mi señora?” preguntó Godfrey.

Gwen miró fijamente a las llamas, aquella misma preguntaba nadaba en su cabeza. ¿Y después qué? Vio todos sus ojos mirándola esperanzados, como si ella fuera su dios, algún mesías perdido hace tiempo dirigiendo a su pueblo hacia la salvación. Quería darles la respuesta correcta desesperadamente, una respuesta definitiva, segura que los tranquilizara a todos.

Pero no la conocía. Lo único que sabía era que deseaba desesperadamente tener a Thorgrin y Guwayne a su lado. Quería volver a casa, al Anillo. Quería que volviera su padre, aquí con ella, como estaba en tiempos dorados.

Pero ella sabía que todo esto había desaparecido. Aquella era su antigua vida. Y necesitaba imaginar una nueva.

“No lo sé”, contestó finalmente, con sinceridad. “El tiempo, y solo el

tiempo, lo dirá”.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Thor estaba sentado en la pequeña barca con sus hermanos de la Legión, mientras el hombre de la túnica y la capucha los llevaba remando en silencio a través de las aguas fosforosas, con el único sonido del goteo del agua resonando en las paredes de la cueva. Allí abajo, Thor observaba las turbias aguas cambiar de color, de un verde brillante a un azul agua y vio algo arremolinándose bajo la superficie, no sabía seguro qué, como si estuviera lleno de criaturas. Delante de ellos, el aire se arremolinaba con la niebla, color escarlata, gruesa, que iba y venía. Con cada suave golpe del agua, su barca se desizaba más y más hacia las profundidades de la cueva, hacia la oscuridad del otro lado. Thor sentía una resolución con cada movimiento de remo, sentía como si estuvieran entrando en otro dominio, para no volver nunca. Mientras Guwayne estuviera allí, se atrevería a cualquier cosa.

Thor sentía la ansiedad y la tensión entre sus hermanos, todos ellos en silencio, agarrando con una mano el filo del barco y con la otra sus armas. Se habían adentrado hasta los confines de la tierra juntos, pero nunca en un dominio como este. Él percibía su miedo. Podían luchar contra cualquier cosa, ¿pero podían luchar contra la muerte?

El remar finalmente cesó y su barca continuó deslizándose hasta que se detuvieron en la lejana orilla con un suave golpe. Thor miró y vio una pequeña tira de piedra negra, quizás de unos seis metros de ancho y, más allá de esto, un estrecho puente, que llevaba a través de una gran fractura dentro de la cual se arremolinaba la niebla, más gruesa aquí.

Thor se dio la vuelta y miró al hombre, que seguía con la cabeza agachada, la túnica cubriéndole el rostro. Thor no podía ver su cara y se preguntaba qué tipo de criatura se escondía allí abajo.

“El camino hacia la muerte yace delante vuestro”, dijo el hombre, con voz oscura, anciana. “Atravesad el Cañón de Sangre y, si os atrevéis a entrar, llamad tres veces a las Puertas de la Muerte. Se abrirán para vosotros...una vez. Y nunca más se volverán a abrir para vosotros”.

Thor tenía sensación de recelo, todos sus amigos lo miraban, pálidos. Sabía que era ahora o nunca.

Thor salió de la barca y fue a la roca negra y todos sus amigos le siguieron.

La barca se apartó, el guardián del río se fue por donde había venido y, mientras lo hacía, exclamó por última vez: “Si atravesáis aquellas puertas, id con cuidado: nuestra noción del tiempo aquí no es como la vuestra. Unos pocos pasos pueden durar muchas lunas”.

Con esto, el hombre remó una última vez y desapareció en la oscuridad.

Thor y sus hermanos intercambiaron una mirada de preocupación.

Thor echó un vistazo y vio un puente entre la niebla. Parecía estar en un estado precario, un puente estrecho de tablas de madera podrida, que llevaban a través de un enorme abismo, quizás de unos quince metros. Alrededor del mismo colgaba un remolino de niebla roja, que reflejaba una fuente de luz lejos allá abajo. Thor no quería saber qué había en el fondo.

Conven dio un paso al frente para ir primero, pero Thor extendió su mano.

“Eres valiente”, dijo Thorgrin, “pero yo iré primero. El puente puede ceder. Y si lo hace, caeré yo solo”.

“No le temo a la muerte”, dijo Conven, mirándolo con ojos ojerosos.

“Ni yo”, dijo Thor, sinceramente.

Conven asintió, viendo la seriedad en la cara de Thor y, mientras los otros observaban, Thor dio el primer paso hacia el estrecho puente, de escasos metros de anchura, sin barandillas. Sería cuestión de equilibrio.

Thor dudó, ya que sentía la madera tambaleándose a sus pies. Dio otro paso, después otro, intentando fijar la mirada delante de él y no en poder caer hacia abajo.

Sentía como la madera temblaba y sabía que, uno a uno, sus hermanos de la Legión le seguían.

Mientras cruzaba el puente, los pelos de la nuca de Thor se erizaron mientras empezaba a oír el horrible sonido de las tablas crujiendo.

Se dio la vuelta y vio que la última persona, O’Connor, estaba andando rápidamente y con cada paso que daba, las tablas, una a una, caían detrás de él, cayendo al abismo. Con cada paso que daba, caían más tablas. Era un puente de una única dirección, un puente que nunca volvería a aparecer. De alguna manera, el puente se mantenía estable de forma mágica y ellos continuaban atravesando, cada paso borraba una tabla para siempre.

Thor sabía que no había vuelta atrás. Nunca.

Thor llegó hasta la roca negra al otro lado del cañón y miró hacia arriba y

se vio a él mismo de pie delante de una enorme entrada arqueada, grabada en la roca negra: la entrada tenía unos treinta metros de altura y estaba bloqueada por enormes puertas, las puertas de hierro más grandes que Thor jamás había visto, haciendo que las demás parecieran ridículas.

Delante de ella había dos criaturas, troles, quizás, dos veces el tamaño de Thor, que vestían capucha y túnicas negras, mirándoles mal, con las caras desfiguradas. Cada uno de ellos sostenía un largo tridente color escarlata, con bastones negros y pinchos cortos de plata, apuntando directamente al cielo.

Thor miró hacia arriba y vio una aldaba de hierro, tan grande como él, en el centro de las puertas y supo lo que tenía que hacer.

Caminó hacia delante y agarró la aldaba.

Los troles estaban allí en silencio, mirando fijamente al vacío, como si Thor y sus hermanos no estuvieran allí.

Con todas sus fuerzas, Thor golpeó la aldaba. Mientras luchaba, sus hermanos se apresuraron y la agarraron, ayudándolo. Juntos, con todas sus fuerzas, consiguieron levantarla, la aldaba de las puertas de la muerte.

Finalmente, ya no la podían levantar más y la soltaron, haciendo que volara hacia delante. Chocó contra el metal, y el retumbó casi los hace caer al suelo.

Lo hicieron otra vez.

Y otra.

El suelo temblaba a sus pies, los oídos de Thor resonaban con el ruido, sus manos temblaban por la vibración. Pero había llamado tres veces, como le habían indicado, y ahora lo único que debía hacer era esperar.

Poco a poco, se oyó un tremendo ruido de crujido y las enormes puertas empezaron a abrirse hacia dentro, unos centímetros cada vez, hasta que, al final, se abrieron del todo.

Thor vio, delante de ellos, una enorme cueva iluminada por antorchas esporádicas, llena por el sonido de un millón de murciélagos chirriando. La entrada a la tierra de la muerte. El umbral más allá del cual nunca podrían volver.

Pensando únicamente en Guwayne, Thor dio un decisivo paso hacia delante, a través del umbral.

Después otro.

Estaba dentro y, a su lado, aparecieron sus hermanos, uno a uno, hasta que oyó un gran gemido y las enormes puertas se cerraron de golpe detrás de ellos,

poco a poco, definitivamente.

Mientras resonaba y resonaba y mientras miraba al interminable túnel delante de él que llevaba a la tierra, sabía que nunca regresaría de vuelta al mundo de los vivos otra vez.

CAPÍTULO DIECISIETE

Alistair estaba al lado de Erec, dándole la mano, los dos de pie en el altiplano más alto de las Islas del Sur, contemplando juntos el deslumbrante panorama, con el sol de la mañana extendiéndose a lo largo de las islas. Alistair estaba encantada de tener a Erec de vuelta, en camino de curarse, a su lado otra vez. Erec finalmente volvía a ser él, agarrando su mano con la fuerza del guerrero que ella un día conoció.

Mientras Alistair estaba allí, saludando otro nuevo día con él, con todo el caos y la mortandad delante de ellos, sentía que su vida se le había devuelto y se sentía muy agradecida a Dios por responder a sus oraciones.

Los dos estaban allí, mirando a lo lejos, y mientras Alistair observaba el paisaje de su nuevo hogar, este hogar que ya había empezado a querer, ya podía ver toda la reconstrucción que se estaba llevando a cabo, a lo largo y ancho de las islas. Al igual que ella y Erec, la nación entera estaba recogiendo los trozos, preparándose para reconstruir, para empezar de nuevo. En la distancia, Alistair podía oír el suave ruido tranquilizador de cinceles lejanos, dando golpes, reconstruyendo.

“Los martillos y cinceles nunca se detienen”, dijo Erec, “y aún así aún queda mucho por hacer”.

La tierra estaba en ruinas, destruida por la guerra civil. Pero con los hombres finalmente unidos de nuevo bajo las órdenes de Erec, había una nueva alegría, un propósito en el aire, y todos se disponían a reconstruir con prontitud, a la una. Las casas estaban empezando a levantarse de nuevo, mientras los cuerpos se retiraban de las calles, se enterraban en las colinas, y las campanas sonaban para conmemorar las pérdidas. Alistair las podía oír incluso ahora, distantes, sonando de un pueblo a otro.

Había un ambiente tranquilo, una calma después de la tormenta.

“Me salvaste la vida”, dijo Erec. “No creas que no lo sé. Es algo muy sagrado. Nuestras vidas están unidas. La mía a la tuya y la tuya a la mía. Hasta el día que me muera, te lo deberé”.

Alistair sonrió y le apretó la mano.

“Has vuelto a la vida”, respondió ella. “Está suficientemente pagado”.

Le pasó un brazo por el hombro y Alistair se inclinó hacia él. Miró a lo lejos, abrumada por la belleza de aquel lugar, el sol brillando por encima de todo, la belleza de su futuro delante de ella. Ella y Erec se casarían pronto. Tendrían un hijo. Gobernaría este magnífico lugar con él.

Sus sueños se estaban haciendo realidad finalmente. Era momento de empezar de nuevo.

UNA LUNA MÁS TARDE

CAPÍTULO DIECIOCHO

Gwen, tumbada contra la pared de la cueva cerca de su entrada, oía a los exóticos pájaros piando, y abrió los ojos para observar el amanecer de otro día más aquí en el Imperio. Había estado despierta la mayor parte de la noche, todavía incapaz de dormir, mirando fijamente durante la mayor parte de la noche a las llamas de un fuego que se consumía, acosada por el dolor. Otro día en esta tierra sin Thorgrin. Sin Guwayne.

Gwen observaba otro día aquí en este Imperio, el árido paisaje del desierto se extendía allá abajo y apenas podía creer que una luna entera había pasado. Y todavía sin señales de Thorgrin, de Guwayne. Cada día se había despertado esperando que llegaran aquí, sabiendo de todo corazón que lo harían. Después de todo, ¿cómo no iba a ser así? Thorgrin era su marido. Guwayne su hijo. No había manera que pudieran estar lejos de ella durante mucho tiempo. Todo era solo una larga pesadilla esperando llegar a su fin.

Y aún así cada día había despertado y ellos no habían llegado nunca y las noticias no habían llegado. Ahora que había pasado un ciclo entero de luna, la realidad de todo estaba empezando a hacer mella. Finalmente Gwen estaba empezando a darse cuenta de que podían no volver a ella nunca.

Darse cuenta de esto la hacía sentir hundida, vacía, más baja de moral de lo que jamás había estado en toda su vida. Quizás aquel vidente había estado en lo cierto: quizás Thorgrin realmente había ido hacia la tierra de los muertos. Y quizás su bebé no regresaría nunca.

Gwen había intentado desesperadamente despertar a Argon durante el pasado ciclo de luna y, las pocas veces que lo había conseguido, había hablado débilmente, apenas consciente, y había sido incapaz de dar alguna revelación sobre su paradero. Todo parecía cada vez más un presentimiento para ella.

Gwen había estado sentada dentro de la cueva día tras día, deprimida, congelada por la inmovilidad, con indecisión. Ella era una Reina, lo sabía, pero ahora se encontraba incapaz de tomar decisiones incluso acerca de las cosas más pequeñas. Cada día, Kendrick y Aberthol y Steffen y Godfrey habían venido hasta ella con la miríada de pequeñas cosas que su gente en el

exilio necesitaba y había sido incapaz de tomar incluso la más pequeña decisión. Ella era una Reina, lo sabía, congelada por el dolor. Congelada en la depresión.

Gwen miraba a su alrededor y vio gente tumbada por todas partes, salpicados por las ascuas, la mayoría dormidos, y los pocos que estaban despiertos, mirando fijamente a las llamas desesperanzados. La mayoría tenían botas de vino en sus manos, vacías de otra larga noche bebiendo. Podía ver en sus ojos qué estaban pensando. Estaban pensando en su hogar. En el Anillo. Posiblemente en la familia o los amigos perdidos o asesinados en el camino. Estaban pensando en cuánto habían dejado, cuánto habían perdido. En cómo todos ellos estaban viviendo como topos aquí, escondidos, consumiéndose en esta cueva, realmente no viviendo para nada.

Gwen sabía que era mejor que la alternativa: ser capturados por el Imperio y tomados como esclavos. Por lo menos estaban vivos, y seguros.

Gwen dio un puntapié a las ascuas con sus botas y observó las chispas. No podía imaginar que su vida se había convertido en esto. Parecía que era ayer cuando estaba en la Corte del Rey, en el castillo más hermoso, en el paisaje más abundante, preparándose para su boda con su fiel marido. Con su bebé en brazos. Todo había sido perfecto en el universo y ella no lo había valorado. Todo había parecido indestructible.

Ahora aquí estaba, separada de su marido y de su hijo, noche tras noche mirando fijamente a las llamas en una tierra perdida.

Gwen despertó de esto al oír un grito repentino, el sonido de una mujer llorando, seguido de unos pasos rápidos que venían de dentro de las profundidades de la enorme cueva. Gwen se dio la vuelta y miró hacia el interior de la cueva, y de repente apareció, en la luz de antes del amanecer, una chica, quizás de la edad de Gwen, caminando torpemente hacia ella, medio vestida, con la camisa rasgada. Tenía una mirada furiosa y estaba llorando mientras corría hacia Gwen y se echaba a sus pies, agarrando sus tobillos histérica.

“¡Mi señora!” exclamó. “¡Por favor, debe hacer algo! ¡Debe ayudarme!”

Gwendolyn la miró fijamente, absorta, preguntándose qué había llevado a aquella chica a aquel estado.

La chica sollozaba, y Gwen la consoló colocándole la mano encima de su hombro.

“Cuéntame qué ha pasado”, dijo, con la voz compasiva, regia. En ella

había una fuerza que no había oído en un tiempo. Preocuparse por otra persona le hacía olvidar sus propios problemas.

“¡Me abordó!, mi señora!” gritó la chica. “Vino hacia mí en la cueva. En la oscuridad de la noche. Mientras estaba durmiendo. ¡Me atacó!”

Ella lloraba.

“¡Debe hacerse justicia!” gritó. “¡Tanto si estamos en el Anillo como si no, debe hacerse justicia!”

Lloraba a los pies de Gwen y Kendrick, Godfrey, Brandt, Atme, Aberthol y varios más despertaron, acercándose, haciendo crujir la grava.

Gwendolyn miró a la chica, la levantó y la abrazó, con el corazón roto. Gwen no podía evitar sentir que, de alguna manera, era culpa suya. Su gente se había vuelto demasiado nerviosa en esta cueva, con nada que hacer que no fuera sentarse día tras día en la oscuridad, bebiendo. El orden empezaba a romperse, el caos empezaba a gobernar. Gwendolyn se odiaba a sí misma por el sufrimiento de esta chica.

“¿Su nombre?” pidió Gwen. “¿Cómo se llama?” preguntó, recordando su propio ataque a manos de los McCloud y sintiendo una nueva indignación creciendo en su interior.

“Fue Baylor, mi señora”, dijo ella.

Baylor. El nombre le tocó una vena a Gwendolyn. Baylor era uno de los supervivientes del Anillo, un capitán menor en una de las guardas del Rey, que había sobrevivido, desgraciadamente, con los otros aquí en el exilio. Había sido un agitador desde el principio, constantemente expresando su descontento con el mandato de la Reina, perpetuamente borracho e instigando a los demás. Debía haber sabido que el problema provenía de él.

Gwendolyn cogió la cara de la chica con su mano e hizo que la mirara a los ojos.

“Te prometo que se hará justicia. ¿Me oyes? La justicia será tuya”.

La chica finalmente empezó a calmarse, asintiendo entre lágrimas.

Gwendolyn observó y vio que Kendrick asentía, entendiéndola. A su otro lado estaba Godfrey, borracho, tambaleándose, pero de pie a su lado en solidaridad.

Entonces vino un repentino ruido de pisadas del otro lado de la cueva, seguido de un murmullo bajo y caótico y Gwendolyn, junto a los demás, miraba hacia la oscuridad de la cueva, escasamente iluminada por hogueras esporádicas. Las pisadas se oían más fuertes y finalmente divisó a Baylor

dirigiéndose hacia ella, liderando una ingobernable multitud de hombres. Estaba claramente borracho, desaseado, sin afeitarse, un hombre corpulento de unos cincuenta años, con una barba salvaje, una cabeza calva y ojos ceñudos.

A Gwendolyn no le preocupaba él; lo que le preocupaba eran los centenares de hombres que venían detrás de él, todos con una mirada salvaje, marcada en sus rostros.

“¡No lo toleraremos ni un día más!” exclamó Baylor, seguido de un griterío detrás de él. Todos ellos marchaban amenazantes hacia la entrada de la cueva, hacia Gwendolyn y, mientras lo hacían, alrededor de Gwendolyn su fiel círculo se levantó, incluyendo a Brandt y a Atme, y se pusieron de pie a su lado.

Gwen se mantenía firme, impidiéndoles el paso, sabiendo que no podía dejarlos ir. Baylor se detuvo a unos tres metros de ella, mirándola fijamente.

Gwendolyn echó un vistazo y vio a Kendrick, Steffen y los demás a su lado y se sintió segura con su presencia. A sus pies, miró hacia abajo y vio a Krohn a su lado, con el pelo erizado mientras se encaraba a la multitud.

“¡Fuera de mi camino, chica!” Baylor gritó a Gwendolyn.

Gwendolyn negó ligeramente con la cabeza, manteniéndose en su sitio, sin intención de ceder.

Krohn gruñía al hombre y el hombre miraba hacia abajo, nervioso.

“¿Y dónde tienes pensado ir con estos hombres?” preguntó ella.

“¡Pensamos ir fuera, a la luz del día, para vivir como hombres libres, no como refugiados escondidos en una cueva!”

Hubo otro gran griterío detrás de él y Gwen entendió que se estaba enfrentando a una revolución con pleno derecho. Se dio cuenta de que se había permitido abandonar durante demasiado tiempo, ahogarse en sus propias penas, y que no había sido lo suficientemente perspicaz con todo lo que había estado sucediendo a su alrededor. Había permitido que su gente estuviera intranquila durante demasiado tiempo y el desasosiego es una cosa muy peligrosa.

Gwen se culpaba a sí misma. Este último ciclo de luna, mientras se recuperaban, se había convertido en un día tras día de indecisión, de falta de dirección.

“¿Y a dónde iríais?” preguntó Gwen con calma.

“¡Donde sea, menos aquí!”

Otra aclamación.

“¡No viviremos como cautivos o esclavos!” dijo otro grito, seguido de una aclamación.

“¡Saldremos y compraremos barcos y navegaremos de vuelta a casa!” exclamó Baylor, seguido de otro griterío.

Gwendolyn negó con la cabeza, viendo lo equivocados que estaban.

“Si salís de esta cueva a la luz del día”, dijo, “no solo os encontrarán y os matarán sino que nos matarán a todos nosotros, también. Incluso si por algún milagro llegaráis a la orilla y compraréis un barco, os matarían antes de que pudieráis embarcar. Nunca podríais dejar el puerto”.

“¡Apesta a muerte y putrefacción aquí!” exclamó Baylor.

La multitud hizo una aclamación.

Baylor se adelantó, pero Gwen hizo un paso a un lado y le bloqueó el camino.

“Lo siento”, dijo, “pero no vais a salir de esta cueva”. Levantó la voz y, por primera vez en semanas, adoptó un tono de Reina: “Ninguno de vosotros lo hará”.

Kendrick, Steffen, Brandt, Atme y Godfrey desenvainaron todos sus espadas a su lado, y se hizo un tenso silencio en el grupo.

“No voy a repetirte que te apartes de mi camino, mujer”, dijo furioso Baylor, mirando con desprecio a Gwendolyn.

“Harás lo que la Reina te ordene”, dijo Kendrick, dando un paso adelante, “sea lo que sea dicha orden”.

“¡No nos ha ordenado nada!” exclamó Baylor con fuerza. “¡Ella está allí sentada, congelada, día tras día, mientras todos nosotros nos pudrimos!”

Hubo otra aclamación.

“¡Ya no es nuestra Reina!” continuó Baylor.

Otra aclamación.

“¡*Tú* deberías haber sido el Rey, como tu padre!” gritó Baylor a Kendrick. “Pero te hiciste a un lado y dejaste que una chica te lo quitara. Ahora es demasiado tarde para ti. Ahora yo dirijo a este grupo, y os estoy diciendo que os apartéis, ¡o os mataré, también!”

Hubo otra aclamación y Baylor empezó a andar hacia adelante, dispuesto a apartar a Gwen de su camino.

Krohn gruñó y Gwen pudo ver cómo se lanzaba a morder al hombre.

Pero Gwendolyn reaccionó primero; quería matar al hombre ella misma.

Gwen giró su muñeca, agarró la larga espada de la segunda vaina de

Kendrick y la desenvainó. En el mismo movimiento, dio un paso adelante y colocó la punta en la garganta de Baylor.

En la cueva se hizo un silencio sepulcral mientras estaban allí, Gwen apuntando con la espada a la garganta de Baylor y él mirándola, nervioso.

“No vais a ir a ningún lugar”, dijo Gwendolyn con firmeza.

La cueva estaba tan tensa como siempre y Gwen sentía que todos los ojos la estaban mirando.

“No vais a ir a ningún lugar”, añadió, “porque yo soy vuestra Reina y os lo ordeno. Estos a los que intentas dirigir son *mi* pueblo. Me toca dirigirlos a *mí*, no a ti. No saldréis de esta cueva. No irás a ningún lugar antes de responder por tus crímenes”.

“¿Qué crímenes?” exclamó Baylor.

“Has atacado a esta chica”, dijo Gwen, girando la cabeza hacia la chica que todavía estaba llorando a sus pies.

Baylor frunció el ceño.

“Cogeré a cualquiera que elija”, dijo él. “Incluso podría tomarte a ti. Ahora, baja esta espada y sal de mi camino, chica, o muere aquí con todos tus hombres”.

“Sí, soy una chica”, dijo Gwen con firmeza, con voz de acero. “Y mi padre fue Rey y su padre antes que él. Vengo de una gran línea de guerreros y te aseguro que mi sangre es la misma que la suya. Tú, en cambio, eres una sabandija y un violador. Te *detendré* porque *soy* tu Reina y se hará justicia de mi mano”.

Gwendolyn se echó hacia atrás y, en un movimiento rápido, clavó la espada en el corazón de Baylor.

Sus ojos salieron de sus cuencos y, de repente, cayó de rodillas delante de ella, cayendo primero de cara al suelo. Al hacerlo, Krohn saltó sobre él, gruñendo y le abrió la garganta de cuajo.

Gwendolyn estaba allí, sosteniendo la espada sangrienta, sintiéndose sorprendida. Aunque también, por primera vez en semanas, se sentía otra vez como una Reina.

“Cualquiera que pase de donde yo estoy será asesinado aquí mismo. Os quedaréis dentro porque yo lo ordeno. Porque yo soy vuestra Reina”.

La multitud la miró, aturdida, sin saber qué hacer.

Poco a poco, uno a uno, se dieron la vuelta y empezaron a filtrarse de vuelta a la cueva. Gwen estaba allí, sosteniendo la espada delante de ella. Por

dentro, estaba temblando, pero se negaba a mostrarlo.

Steffen, sosteniendo su espada, se acercó a su lado.

“Me alegro de ver que mi Reina ha vuelto, mi señora”, dijo.

Gwen los miró a todos, a todos aquellos de su círculo más cercano - Kendrick, Brandt, Atme, Godfrey, Aberthol y el resto- y pudo ver un nuevo respeto en sus miradas. Y algo más: alivio.

Los miró a todos, llena de una nueva decisión. Estaba decidida a irse, por el bien de todos. Era momento de recoger los trozos. Era momento de dejar atrás sus penas. Era momento de dirigir.

“Tienen razón en una cosa”, dijo Gwen. “Es momento de tomar una decisión. Es momento de reanudar el viaje”.

Todos la miraron expectantes en silencio, todos, pudo ver ella, esperando a que los dirigieran.

“Mañana”, dijo ella, “marchamos. Vivir o morir, es hora de continuar. De encontrar un nuevo hogar. Un hogar de verdad. Vivir o morir”, dijo ella, mirándolos a todos a los ojos, “vamos a encontrar el Segundo Anillo”.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Alistair abrió los ojos poco a poco, sintiendo una profunda sensación de paz mientras estaba entre los brazos de Erec en la cama de columnas digna de un rey, con sábanas de seda, encima de un montón de almohadas de seda, en las habitaciones del Rey nuevamente reconstruidas. Lentamente estaba amaneciendo en las Islas del Sur, se podía ver a través de su habitación al aire libre, y los pájaros ya estaban piando en este día templado, las brisas suaves del océano entraban por la ventana. Alistair olía la fragancia de todos los árboles frutales floreciendo.

Era otro día divino aquí en las Islas del Sur, otro día en los brazos de Erec, los dos por fin juntos y felices, teniendo todo el tiempo del mundo para pasarlo en uno con el otro, y sin cansarse nunca de la compañía del otro. Mientras estaba allí en los brazos de Erec, en su cálido cuerpo, Alistair daba gracias a los dioses de lo afortunada que era de haber encontrado finalmente la paz y el contento en su vida. Por una vez, los peligros del mundo no se estaban entrometiendo en su relación. Se le había dado un respiro en el caos interminable de su vida.

Erec se despertó lentamente, sintiendo que estaba despierto, como siempre hacía, la miró y sonrió. Sus claros ojos azules brillaban con el sol de la mañana y sentía su amor mientras la miraba fijamente.

“¿Antes de que amanezca, amor mío?” dijo él.

Ella sonrió.

“Estoy nerviosa”, dijo. “Estoy pensando en mi vestido”.

Él sonrió.

“Todavía queda una semana para nuestra boda, amor mío”, dijo él. “Procura no cansarte”.

Se dieron un beso y duró un buen rato. Alistair apoyó la cabeza en el pecho de él.

Ya escuchaba el sonido distante de los trabajadores al otro lado de la ventana, ya trabajando duro antes de que saliera el sol para las preparaciones de su boda, que estaba por venir. La isla entera estaba rebosante de actividad. Les había dado algo en lo que concentrarse, de lo que estar contentos, en el

momento en que más lo necesitaban. Les había dado a todos algo en lo que infundir ánimo, para sacudirse la tristeza de la guerra civil que acababa de suceder un ciclo de luna atrás. Ahora, por fin, podían estar unidos bajo el reinado de Erec. Y por su amor por Alistair.

Emocionada, Alistair se levantó de la cama, se puso su túnica y se dirigió hacia fuera al balcón. Allí estaba, observándolo todo, deleitándose con ello, y disfrutando de observar todas las preparaciones, todos los banquetes preparados, plato tras plato, presentados en preparación. Interminables filas de flores se preparaban y se les daba forma, se colocaban barricas de cerveza en su sitio y se preparaban los campos de torneo. Todo cuando todavía faltaba una semana.

Erec se acercó a su lado, pasándole una mano por la cintura.

“Nunca pensé que este día llegaría”, dijo Alistair.

“¿Estás triste porque tu familia no estará aquí?” preguntó. “¿Thorgrin?”

Alistair suspiró. Había pensado en eso muchas veces.

“Por supuesto, me gustaría que todos estuvieran aquí, Thorgrin, Gwendolyn, y todos aquellos a los que queremos de la Corte del Rey. Quizás, no obstante, un día podríamos celebrar una segunda boda en el Anillo, en la Corte del Rey”.

Erec sonrió.

“Me gustaría”, contestó. “Mucho. De hecho, ¿por qué no regresamos después de nuestra boda? ¿Y visitamos el Anillo?”

Los ojos de Alistair se abrieron por la sorpresa.

“¿De verdad?” preguntó.

“¿Por qué no?” dijo él. Vinimos deprisa a ver a mi padre antes de que muriera. Ahora que no está, no veo ninguna razón por la que no podamos visitar nuestra tierra. Podemos celebrar una segunda boda. La Corte del Rey estaría encantada de recibirnos”.

Alistair rió ante la idea.

“No puedo pensar en algo mejor”, dijo ella, “que casarme contigo dos veces”.

Ella se inclinó y se besaron otra vez y Alistair se sentía en paz con el mundo. Finalmente se encontraba donde quería estar. Quería este lugar con todo su corazón, quería todavía más a Erec, no podía esperar a tener a los hijos de Erec aquí, construir una vida aquí. Se sentía como en casa. Por primera vez en su vida, sentía que realmente había encontrado su hogar.

Hubo un repentino golpe en la puerta, la familiar llamada de su sirviente, dos golpes cortos rápidos, y Erec se apresuró a abrir la gruesa puerta de roble.

Entró el principal sirviente de Erec, haciendo una rápida reverencia, con apariencia de estar agotado.

“Su majestad”, dijo. Erec rió.

“Es demasiado temprano para estar agotado”, dijo Erec. “Debes aprender a moderar tu ritmo”.

El sirviente negó con la cabeza.

“Hay demasiados asuntos de palacio que corren prisa, me temo”, respondió.

Entrando detrás de él estaba la camarera de Alistair, una amable mujer corpulenta de unos cincuenta años.

“Su majestad”, dijo, dirigiéndose después a Alistair. “Mi Reina”.

“Discúlpeme, su majestad”, dijo el sirviente, “pero hay muchos asuntos de palacio urgentes a los que atender”.

“¿Y qué asuntos pueden ser tan urgentes incluso antes de que el sol haya salido?” preguntó Erec.

“Bien, vamos a ver”, dijo el sirviente, revisando un pergamino. “Hay asuntos de tesorería. Asuntos de las preparaciones de la boda; asuntos de la reconstrucción; asuntos de los campos de entrenamiento; asuntos de nuestros soldados y las armaduras y el armamento y el abastecimiento; asuntos de puerto; de barcos rotos; asuntos de agricultura; asuntos de...”

Erec levantó una mano.

“Vendré”, dijo él. Pero no asistiré a otra reunión después del mediodía. Quiero salir y planear la Cacería Real”.

“Muy bien, su majestad”, dijo el sirviente, haciendo una reverencia.

“Mi señora”, dijo la asistente de Alistair, acercándose a su lado, “hay muchos asuntos reales para usted también. Debe revisar los nuevos diseños de todos los edificios nuevos y de los huertos; se deben revisar los vestidos para la boda; hay asuntos de ocio ...”

Alistair levantó una mano.

“Todo lo que haga falta”, dijo ella, preparándose para otro largo día de asuntos de palacio.

Erec les hizo una señal con la mano para que se fueran.

“Por favor, dejadnos”, dijo él. “Dejad que nos vistamos y a continuación vendremos”.

Ambos hicieron una reverencia y salieron a toda prisa de la habitación y Erec miró a Alistair con una sonrisa de disculpa.

“Lo siento, mi señora”, dijo él. “Los días se nos echan encima demasiado rápido”.

Alistair se inclinó y lo besó y, mientras Erec se disponía a vestirse, Alistair se fue en dirección contraria y salió al balcón. Estaba allí sola, en la entrada arqueada al aire libre, contemplando la isla. Estar allí, mirando hacia abajo, era todavía más hermoso, más perfecto, la fresca brisa le acariciaba la cara.

Amo este lugar, pensaba. Con todo mi corazón, realmente lo amo. Por favor, Dios, nunca me lo arrebatas.

*

“¿Pero cómo sé que es *auténtico*?” vino la cuestión.

Alistair se dio la vuelta y vio a Dauphine sentada a su lado, haciendo la misma pregunta por tercera vez, mientras Alistair estaba allí, con los brazos extendidos, preparándose para el vestido de boda. Todas sus asistentes estaban atendiéndola, Dauphine y su suegra entre ellas, probándose sus propios vestidos ya que la acompañarían en esta alegre ocasión. Todas estaban en una plaza de mármol, en lo alto de una esplanada, contemplando el campo, todas las chicas riendo con una risa tonta, felices.

“¿Alistair?”

Cuando Alistair volvió a mirar a Dauphine, perdida en sus pensamientos, se maravillaba de lo mucho que su relación había cambiado. Cada día a lo largo del pasado ciclo de luna Dauphine había buscado su compañía, prácticamente se había colgado de su lado, se había convertido en algo más que su futura cuñada; ahora era también su mejor amiga. Dauphine se lo explicaba todo, viéndola claramente como la hermana que jamás había tenido y, aunque pareciera extraño, Dauphine estaba ahora incluso más cerca de Alistair que lo que había estado de Erec. Se habían vuelto prácticamente inseparables durante la última luna y Alistair se maravillaba de los giros y las vueltas que daba la vida. No podía evitar recordar cuando llegó por primera vez a las islas y Dauphine ni siquiera la miró. Ahora no solo tenía el respeto de Dauphine, tenía su amor.

“¡No me has respondido!” dijo Dauphine.

“Lo siento”, dijo Alistair, dándose cuenta de golpe. “¿Cuál era la pregunta?”

Dauphine suspiró exasperada. “¡Las bodas realmente hacen perder la cabeza a las novias! Lo preguntaré de nuevo: ¿cómo sé si es auténtico?”

Alistair ahora recordaba. Dauphine había estado hablando de su nuevo pretendiente, un afamado caballero de las regiones inferiores de las Islas del Sur, que la había estado cortejando intensamente durante todo el ciclo de luna anterior.

“Ayer por la noche me llevó a dar un paseo en barca bajo la luz de la luna”, dijo Dauphine. “Me profesa su amor por mí a diario. Y ahora me pide la mano en matrimonio”.

“¿Y por qué no debería hacerlo?” dijo su madre.

Dauphine suspiró.

“¿Por qué no debería?” repitió ella. “¡Apenas ha pasado un ciclo de luna!”

“Los hombres honorables no necesitarían más de un ciclo de luna para saber que te quieren”, dijo su madre.

Dauphine se dirigió a Alistair.

“*Por favor*”, le imploró. “Dime”.

Alistair la observó atentamente, viendo lo enamorada que Dauphine estaba.

“¿Tú sientes que él te quiere?” preguntó Alistair.

Dauphine asintió, con los ojos brillantes.

“Con todo mi corazón”.

“¿Y tú también le quieres?”

Dauphine asintió, con lágrimas en los ojos.

“Más de lo que puedo decir”.

“Bien, entonces, tú misma te has contestado. Tienes una gran bendición”.

“¿Pero no es todo demasiado precipitado?” preguntó ella. “¿Cómo sé si es auténtico?”

Alistair pensó atentamente.

“Cuando llegue el momento no necesitarás hacerte la pregunta”, dijo ella. “Lo sabrás”.

“¿Y aceptarás su proposición?” preguntó su madre bruscamente.

Dauphine se ruborizó y miró hacia abajo.

“Yo...todavía no lo sé”, respondió.

Finalmente, Dauphine se quedó en silencio, perdida en sus propios

pensamientos y Alistair contemplaba el paisaje, disfrutando las vistas de los viñedos y los huertos esparcidos entre los acantilados, la distante luz del océano brillando. No se cansaba de este lugar. Sentía a sus asistentes pasando el encaje alrededor de sus muñecas y brazos, ajustándose a la perfección, y se emocionaba más y más por el gran día.

Una súbita brisa fresca se percibió y cuando Alistair miró hacia el horizonte, notó unas oscuras nubes que escondían el brillante sol, una sombra pasando por encima de todos ellos, antes de que el sol volviera a salir. Alistair no sabía por qué, pero en aquel momento, sintió algo oscuro, una premonición, casi una visión. Tenía que ver con su hermano. Thorgrin. De repente sintió que estaba en un lugar muy, muy oscuro. Y la sensación le helaba los huesos.

“¿Alistair?” preguntó Dauphine. “¿Qué sucede?”

Alistair, todavía mirando al horizonte, negó con la cabeza rápidamente.

“No es nada”, dijo. “Nada en absoluto”

Pero Alistair no podía dejar de observar el horizonte. Percibía el peligro. Aguantó la respiración, sintiéndose paralizada por el terror, mientras percibía cosas oscuras en el horizonte y sentía que su hermano, Thorgrin, estaba entrando en la tierra de los muertos.

CAPÍTULO VEINTE

El corazón de Loti giraba confusamente con emociones mezcladas mientras trabajaba en los campos con los demás, usando su largo rastrillo de madera para romper las piedras y el suelo, preparando los campos del Imperio para plantar. Era un ejercicio monótono y tedioso, que había hecho casi cada día de su vida, levantando alto el largo rastrillo de madera, con los grilletes en las muñecas, para evitar que lo usara como un arma y rascando los interminables desechos del desierto. Cuando lo bajaba, el metal le cortaba las muñecas, dejándole marcas, como había hecho durante años. Había aprendido a ignorar el dolor.

Pero esto no era lo que le dolía aquel día; mientras arrastraba el rastrillo por la tierra, no pensaba en los grilletes, en las cicatrices, sino en Darius. Se sentía fatal por haberlo mandado a paseo de la manera en que lo hizo, por no haber sido más agradecida con él por salvarle la vida. Había transcurrido un ciclo de luna entero y finalmente, pasada la conmoción, había tenido tiempo de procesarlo todo. Todavía no podía creer lo que había pasado con los capataces, cómo Darius la había salvado de una vida de certero infierno y esclavitud y posiblemente incluso de la muerte. Le debía su vida -más que su vida. Y le había respondido con fría indiferencia.

Sin embargo, a la vez, se había sentido abrumada, insegura de cómo reaccionar. Nunca antes había visto a alguien usar un poder mágico y le sorprendió ver a Darius usarlo. Toda su vida sus padres y los mayores le habían enseñado a ver la magia como brujería, algo que debía condenarse con las condiciones más fuertes posible, el único tabú real en su aldea. Le habían dicho que era la magia lo que había llevado a su gente a la perdición para empezar. Y, al ver a Darius usarla...bien, no supo cómo reaccionar. Había reaccionado impulsivamente, de una manera que sus padres hubieran querido que lo hiciera.

Pero ahora, mientras llevaba el rastrillo de madera una y otra vez hacia abajo, arrastrándolo por el barro, se sentía fatal por lo que había hecho. Quería correr hacia Darius, para disculparse, para estar con él, este chico que había sorprendido su corazón más de lo que podía haber imaginado. Siempre

había sospechado que había algo diferente en él, aunque no estaba segura de lo que era. En efecto era diferente a todos los demás, con su gran habilidad. Pero aún más, con su gran corazón. Su intrepidez.

Ahora lo había echado todo a perder. Todo porque tenía miedo, miedo de la condena que recibiría por parte de sus padres y de los mayores si la cogían con él, si descubrían su poder. Tenía miedo de que no lo entendieran; no estaba segura de si se entendía a ella misma.

También había tenido miedo durante este último ciclo de luna de que un día el Imperio llegara y la acorralaran a Darius y a ella por haber matado a aquellos hombres; cada día esperaba que se descubrieran los cuerpos. Pero ese día nunca llegó. Quizás estaban tan profundamente enterrados bajo la avalancha después de todo que nunca los encontrarían. Y mientras el miedo empezaba a disiparse, Loti empezaba a darse cuenta, aún más, que no debía tener miedo de nada, que quizás podría estar con Darius, si él la aceptaba de nuevo. Quizás ya era demasiado tarde.

Loti se detuvo por un momento, hizo una pausa y se limpió la parte de atrás de su frente, miró a su alrededor y vio a todas las otras chicas destinadas con ella a este campo, todas trabajando incansablemente. A su lado, estaba muy contenta de ver, a su hermano, Loc. Los capataces habían añadido insulto a la herida asignando a Loc aquí en los campos con las chicas, y sentía mucha compasión por él. Otra vez, toda su vida había sido ofendido por su lesión, una pierna más corta que la otra, y un brazo deformado y más corto que el otro. Incluso era tratado como un marginado dentro de su propia familia, una casa llena de guerreros, donde su madre y su padre lo despreciaban como si no existiera.

Pero Loti quería a Loc con todo su corazón y siempre lo había hecho. Estaba decidida a que la abundancia de amor por él compensara la falta de amor que recibía de los demás. Loti proyectaba una imagen dura, lo sabía, y por fuera era dura; pero en su interior, tenía un corazón de oro. De hecho, quería más a Loc que a todos sus hermanos y a toda su familia. Todos ellos pasaban por alto lo que ella veía de forma evidente en Loc: un gran corazón, una amplia y graciosa sonrisa, y más alegría y felicidad que nadie que hubiera conocido jamás, incluso en sus circunstancias. Loti aspiraba a ser como él, a ser tan feliz como él, a ser tan amable y compasivo y fácil de llevar y rápido en perdonar como lo era él. Haría cualquier cosa por él, y le encantaba su compañía, a si que no le importaba que estuviera haciendo el mismo trabajo

que ella.

“Será mejor que sigas trabajando, hermana”, le dijo Loc, mirándola con una sonrisa, “o te verán”.

Loc cogió su rastrillo con su mano buena y lo bajó. Su brazo bueno era un brazo fuerte, el brazo de un guerrero, como sus hermanos, compensando el otro; y aún así, sin buen equilibrio, era difícil para él. Loc era dos veces más lento que las chicas, y era difícil para él trazar una línea recta, cada tirada le suponía un gran esfuerzo. pero nunca se quejaba y siempre se ponía a trabajar con una enorme sonrisa.

“Eres *tú* el que debería hacer una pausa”, dijo ella, todavía recuperando la respiración. “Te asignan una tarea cruel. Lo hacen a propósito”.

Él se rió.

“Me han asignado cosas mucho peores, hermana mía”, dijo. “Esto no me preocupa. Es por *ti* por lo que estoy preocupado. Dime qué te preocupa. Puedo verlo en tu cara”.

Sin responder, Loti levantó su rastrillo y volvió al trabajo. Trabajaban juntos en un cómodo silencio mientras ella reflexionaba sobre cómo expresar lo que tenía en mente. No poseía la rápida agudeza que otros tenían; necesitaba tiempo para considerar sus pensamientos con la mayor claridad. Loc la respetaba, no invadía su privacidad, le daba tiempo y espacio. Era una de las cosas que le encantaban de él. Podía explicarle lo que fuera, pero si quería silencio, lo respetaba.

Estaban cogiendo un ritmo regular, cada uno perdido en sus propios pensamientos cuando, de repente, Loti escuchó pasos corriendo. Loti se dio la vuelta y quedó presa del terror al ver a un capataz del Imperio acercándose a toda prisa, levantando el látigo y golpeando a Loc en la espalda.

Loc gritó de dolor, se tambaleó hacia delante y cayó de cara al suelo.

“¡Vas más atrasado que las mujeres!” dijo gritando el capataz. “¡No eres un hombre!”

El capataz levantó el látigo y lo azotó otra vez.

Y otra.

“¡Basta!” gritó Loti, corriendo hacia delante, incapaz de soportarlo.

Todas las chicas dejaron de trabajar y se giraron a observar. Loti corrió hacia adelante sin pensárselo, sin darse cuenta de las consecuencias pero incapaz de controlarse. Los grilletes ataban sus muñecas con casi un metro de cadena entre ellos y Loti corrió hacia delante y se colocó entre Loc y el

capataz justo cuando vino el azote del látigo.

Loti recibió el latigazo en su lugar, a través de su hombro, y lloró de dolor al recibir el golpe en lugar de su hermano, que estaba tirado en el suelo.

El capataz, furioso, le dio una bofetada y ella sintió un increíble ardor en la cara, a la vez que daba vueltas.

“Tú te entrometes”, dijo. “Te puedo matar por esto”.

Le dio una patada con su gran bota y la mandó volando de cara al barro y a las piedras.

Loti rápidamente se dio la vuelta, miró hacia atrás y lo vio caminando hacia Loc, que todavía estaba tumbado en el suelo, levantando una mano para protegerse la cara.

El capataz se acercó y lo azotó de nuevo.

“¡No!” gritó Loti.

Se levantó de un salto, viendo la crueldad en el rostro del capataz, sabiendo que azotaría a su hermano hasta la muerte.

Loti estaba allí, el capataz de espaldas a ella, azotando a Loc una y otra vez, Loc cubierto de sangre y tumbado allí en el suelo, gritando de dolor.

Loti dijo basta. No podía soportarlo más.

Loti fue corriendo hacia allí, saltó alto en el aire y fue a parar a la espalda del capataz. Se agarró a su cintura con las piernas y, en el mismo movimiento, levantó los grilletes y rodeó con las cadenas el cuello del capataz dos veces-y apretó.

Loti apretaba y apretaba con todas sus fuerzas, agarrada a muerte a las cadenas de hierro, sabiendo que si las soltaba, costaría la vida de su hermano y la suya. No las soltaría, ni siquiera las hordas del mundo podrían separarla de él.

El hombre era enorme, su cuello todo músculo, de unos treinta centímetros de ancho, y él se echaba para atrás y corcoveaba. Aún así, Loti apretaba con todas sus fuerzas. Era como sujetar a un toro que encabritado.

El capataz se echó hacia atrás, respirando con dificultad, soltó el látigo e intentó cogerla, una y otra vez. Le clavó las uñas, aranándole las muñecas.

Y, aún así, ella resistía, apretando más fuerte.

“Tú, cerdo asqueroso”, exclamó. “¡Sabes que mi hermano no puede defenderse!”

“¡Loti!” gritó una de sus amigas, otra mujer, descuidando sus tareas, intentando separarla de él. “¡No lo hagas! ¡Te matarán! ¡Nos pueden matar a

todos!”

Pero Loti la ignoró; nada la detendría.

El capataz la sacudía en su espalda como un caballo salvaje y loco, lanzándola de izquierda a derecha; Loti sentía que su fuerza se estaba poniendo a prueba hasta el límite, pero ella todavía resistía.

Él se tambaleaba hacia delante, entonces, de repente fue volando hacia atrás, llevándola a ella hacia atrás, hacia el suelo, cayendo de espaldas encima de ella.

El peso de él cayendo encima de ella casi la aplasta.

Pero todavía así ella apretaba.

Mientras apretaba, Loti pensaba en todas las indignidades que había sufrido, que todas las mujeres habían sufrido a manos de aquellos hombres. Dejó que su rabia saliera, pasando a sus manos, brazos y hombros, y apretó y apretó, deseando el capataz sufriera lo mismo que ella. Era su oportunidad de venganza. Su oportunidad de hacerle saber al Imperio que ella también era poderosa.

Pero él todavía seguía luchando. Se inclinó hacia delante y tiró la cabeza para atrás, echándola a ella para atrás de un cabezazo, la parte de atrás de su cráneo le aplastó la mejilla y un dolor horroroso se le disparó hacia la cabeza.

Loti, hirviendo de adrenalina, todavía no lo soltaba, apretando con sus brazos temblorosos, el dolor salió dirigido hacia su cabeza. No sabía cuánto tiempo podría aguantar. Era demasiado fuerte para ella y él no moría.

Loti miró hacia arriba y vio que levantaba la cabeza de nuevo. Su cabeza fue volando hacia atrás y, de un cabezazo, la tiró hacia atrás de nuevo, golpeándole la nariz.

Esta vez, el dolor era demasiado, sus ojos se encogieron con la sangre de su nariz. Involuntariamente se soltó.

Loti sabía que iba a morir. Miró hacia arriba, esperando ver al capataz a punto de matarla.

Pero lo que vio la sorprendió: en su lugar, vio a Loc mirándolos, poniendo mala cara por primera vez en su vida. Ella vio, en aquel momento, el guerrero en sus ojos.

Loc levantó su rastrillo de madera y dirigió la punta del mismo hacia la barriga del capataz.

El capataz respiró con dificultad, inclinándose hacia delante mientras Loc le daba golpes, una y otra vez, rompiéndole las costillas. Era justo lo que Loti

necesitaba para volverse a agarrar con los grilletes.

Pasado un buen rato después de dejar de moverse, Loti se dio cuenta de que había muerto.

Ella miró hacia abajo. Él yacía allí, perfectamente quieto, todo el mundo perfectamente quieto, y se dio cuenta de que acababa de matar a un hombre.

Y que nada volvería a ser lo mismo otra vez.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Darius daba golpes y más golpes, el sonido de su espada de madera perforaba el aire mientras paraba los golpes de Raj y Desmond alternativamente, cada uno de ellos atacándole de ambos lados. Ellos le obligaban a retroceder y él estaba sudando la gota gorda mientras entrenaba con ellos, haciéndolo lo mejor que sabía para defenderse de un golpe tras otro. El sol se estaba ocultando tras un largo día de trabajo y, como habían hecho casi cada día durante el último ciclo de luna, Desmond, Raj y Darius entrenaban, soltando toda su agresión por el Imperio, toda su frustración con los capataces, con el manejo de la espada.

A un lado, estaba Dray, observando cada golpe, gruñendo a los atacantes de Darius cada vez que le propinaban un golpe. Claramente quería atacar, pero Darius por fin le había ensañado a sentarse allí y observar pacientemente. Aún así, sus gruñidos llenaban el aire, y Darius no sabía cuando finalmente rompería y desafiaría su autoridad. Era tan fiel a Darius, y Darius a él, que no se podía controlar.

A lo largo del último ciclo de luna, Darius y Raj y Desmond se habían convertido en buenos amigos, los dos chicos mayores decididos a hacer de Darius un mejor luchador. Estaba funcionando. Darius sentía que sus brazos y hombros estaban cansados, pero no tan cansados como habían estado días atrás; y mientras en los últimos días demasiados de sus golpes pasaban desapercibidos, hoy él conseguía parar sus golpes mientras le atacaban inexorablemente.

Iban de adelante hacia atrás, Darius paraba golpes de lado a lado, dando vueltas sobre sí mismo antes de parar un golpe alto e incluso atreviéndose a contraatacar, dando más golpes. Sentía que se estaba haciendo más fuerte, más rápido, más seguro de sí mismo. Él sabía que a la vez que su amistad se hacía más profunda, también lo hacían sus habilidades en el combate.

Darius se estaba concentrando, buscando el punto débil en el golpe de Raj, a punto de dar su primer golpe cuando, de repente, la voz de una chica cortó el aire.

“¡Darius!”

Darius, distraído, se giró hacia el sonido y, al hacerlo, bajó la guardia y recibió un poderoso golpe en las costillas.

Gritó fuerte y miró a Raj con mala cara.

“¡Injusto!” dijo.

“Has bajado la guardia”, dijo Raj.

“Estaba distraído”.

“En la batalla”, dijo Desmond, “tu enemigo espera las distracciones”.

Darius se dio la vuelta, enfadado, y se sorprendió al ver quién lo había llamado. Para su sorpresa, allí estaba Loti, acercándose rápido, con apariencia de estar turbada. Todavía se sorprendió más al ver que tenía los ojos rojos de haber llorado.

Darius estaba desconcertado; no la había visto durante todo el ciclo de luna y estaba seguro de que ella no quería volver a verlo. No entendía por qué lo buscaba ahora, o por qué estaba tan inquieta.

“Tengo que hablar contigo”, dijo ella.

Estaba tan triste que su voz se rompía y podía ver la angustia en su cara, haciendo el misterio más profundo.

Darius se dio la vuelta y miró a Raj y Desmond.

Ellos asintieron, entendiéndolo.

“Otro día”, dijo Raj.

Se dieron la vuelta y se fueron caminando y Darius y Loti se quedaron solos en el descampado, el uno frente al otro.

Darius caminó hacia ella y ella le sorprendió corriendo hacia él, echándose a sus brazos y abarazándolo fuerte. Mientras lo hacía lloraba sobre su hombro. No sabía qué hacer con eso; la manera de hacer de las mujeres era infinitamente misteriosa para él.

“Lo siento”, dijo Loti, sobre su hombro. “Lo siento mucho. Soy una estúpida. No sé por qué fui tan mezquina contigo. Tú salvaste mi vida. Nunca te lo agradecí”.

Darius también la abrazó, apretándola fuerte. Era muy agradable tenerla entre sus brazos, y se sentía redimido al oír aquello, después de todo lo que había pasado. Todo el sufrimiento y la angustia y la decepción y la confusión que había sentido durante el último ciclo de luna empezaron a disiparse. Realmente lo quería después de todo. Tanto como él la quería a ella.

“¿Por qué no...?” empezó él.

Pero ella lo cortó, echándose hacia atrás y levantando un dedo.

“Después”, dijo ella. “Por ahora, tengo asuntos urgentes”.

Lloró de nuevo y él la miró a la cara, preguntándose, después le cogió la barbilla.

“Cuéntame”, dijo. “Lo que sea, puedes contármelo”.

Se detuvo durante un buen rato, mirando hacia abajo, hasta que finalmente miró hacia arriba y se encontró con su mirada.

“Maté a uno de ellos hoy”, dijo, con voz terriblemente seria.

Darius vio la seriedad en sus ojos y vio que no era broma. Su estómago se encogió al darse cuenta.

Ella asintió con la cabeza, afirmándolo.

“Intentaban hacer daño a mi hermano”, explicó. “No podía quedarme sin hacer nada. Ya no. No hoy”.

Rompió a llorar.

“Ahora el Imperio vendrá a por mí”, dijo. “A por todos nosotros”.

Ahora Darius entendía por qué lo había buscado; la trajo hacia él y ella la abrazó y lloró sobre su hombro mientras él la apretaba fuerte. Él sentía simpatía por ella, a la vez que compasión y, por encima de todo, un recién-descubierto sentido del respeto. Admiraba sus actos.

Él la apartó y la miró seriamente.

“Lo que has hecho”, dijo él, “fue un acto de honor. De valentía. Un acto que incluso los hombres tuvieron miedo de hacer. No deberías sentir vergüenza, deberías sentir orgullo. Salvaste la vida de tu hermano. Salvaste *todas* nuestras vidas. Puede que muramos. Pero ahora, gracias a ti, todos moriremos con venganza, con honor en nuestras vidas”.

Ella lo miró y se secó las lágrimas y él pudo ver que la había consolado; aunque su cara reflejaba preocupación.

“No sé por qué vine a ti primero”, dijo ella. “Me imagino que pensaba... que tú lo entenderías. Tú de entre todos”.

Él le agarró las manos.

“Lo entiendo”, dijo. “Más de lo que puedo decir”.

“Ahora debemos decírselo”, dijo ella. “Debemos decírselo a todos los mayores”.

Darius tomó su mano y la miró con seriedad.

“Prometo por el sol y las estrellas, por la luna y por la tierra de debajo de ella. Ningún daño te acontecerá mientras yo viva”.

Ella lo miró a los ojos y pudo sentir su amor por él, un amor que se

alargaba por siglos. Ella lo abrazó, se acercó y le susurró al oído, las mismas palabras que él había estado deseando oír:

“Te quiero”.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Thorgrin, junto a sus hermanos de la Legión, caminaba lentamente, con cuidado, a través de la tierra de los muertos, parpadeaba y se preguntaba qué había sucedido. Se sentía como si hubiera perdido cualquier noción del tiempo, como si hubiera estado allá abajo durante semanas, quizás incluso durante un ciclo entero de luna, caminando a través de un extraño vórtice de tiempo y espacio mientras andaban a través de los interminables túneles en la tierra de los muertos. Sabía que no era posible andar durante muchos días, sin embargo se sentía muy fatigado, los ojos le pesaban. ¿Tanto tiempo había pasado?

Parpadeó varias veces, mirando con dificultad a través del vapor rojizo que iba y venía en aquellas enormes cuevas y miró a su alrededor y vio que sus compañeros parecían igual de desorientados. Era como si finalmente estuvieran saliendo de la niebla, de vuelta al tiempo presente. Thor recordó la advertencia del guardián del río: *unos cuantos pasos en esta tierra pueden durar muchas lunas.*

“¿Qué nos ha pasado?” Elden hizo la pregunta que estaba en mente de todos.

“¿Hemos estado andando todo este tiempo?” preguntó O’Connor.

“Y aún así parece que acabamos de entrar al túnel”, dijo Reece.

Thor miró a su alrededor, observando los alrededores, preguntándose lo mismo. Inmediatamente se puso en guardia, apretando el puño en la empuñadura de su espada, mientras sentía un aire frío colgado de su piel. Ruidos escalofriantes llenaban la gigantesca cueva, que resonaban provenientes de ningún lugar en este sitio de oscuridad. La única cosa que iluminaba su camino eran las hogueras esporádicas que salían disparadas del suelo, cada seis metros más o menos, alumbrando los lados de la cueva. Ocasionales géiseres de fuego salían disparados, algunos de ellos echando chispas, otros borboteando lentamente. Más que cualquier otro sitio en el que hubiera estado, aquel sitio parecía un lugar de oscuridad y tristeza y muerte. Thor sentía que había entrado en otra dimensión, un lugar adonde ningún humano se esperaba que viajara. Empezaba a preguntarse si había cometido un

error muy grande viniendo aquí.

“¡Guwayne!”, gritó Thor.

Su voz resonaba en las paredes de la cueva, volviendo a él una y otra vez, como haciéndole burla. Miraba a su alrededor, deteniéndose, escuchando, esperando algún sonido de su hijo. El lloro de un bebé. Cualquier cosa.

No obtuvo nada que no fuera un cruel silencio como respuesta. Entonces, después de una larga pausa, empezaron los sonidos otra vez, los goteos distantes y los chillidos y los aleteos, la miríada de criaturas escondidas en la oscuridad. También había los distantes sonidos de silbido, de quejidos suaves, el traqueteo de cadenas. Interminables quejidos y gritos resonaban en el aire, los sonidos de almas angustiadas.

“¿Qué es este lugar?” preguntó Indra, con voz triste.

“El infierno”, respondió Matus.

“O uno de los Doce Infiernos”, añadió Elden.

Thor caminaba con cuidado, evitando pequeños charcos de fuego y sentía una profunda sensación de recelo mientras escuchaba el distante rugido y rumor de algún tipo de criatura.

“Si todos están muertos, ¿qué es esto?” preguntó Matus. “¿Qué normas hay aquí abajo?”

Thorgrin dio un paso adelante, agarrando la empuñadura y negó con la cabeza.

“No hay normas”, dijo Reece. “Dejamos las normas allá arriba en la tierra”.

“Las únicas normas de aquí las da el filo de tu espada”, dijo Thor, sacando su espada con un distintivo sonido. Los otros le siguieron, todos sujetando sus armas, todos con los nervios de punta. Reece llevaba una maza, Matus un mayal, Elden una espada, O’Connor su arco, Conven su espada e Indra su honda.

“No creo que nos sean de mucha ayuda”, dijo Reece. “Después de todo, estas criaturas ya están muertas”.

“Pero *nosotros* no”, dijo Indra. “Todavía no, por lo menos”.

Continuaron andando hacia los sonidos, adentrándose más y más en la cueva, los sonidos se volvían más fuertes mientras ellos se sentían envueltos en este otro mundo.

“!GUWAYNE!” gritó Thor de nuevo.

De nuevo, su voz resonó, esta vez seguida de una risa burlona que

provenía de algún lugar de muy adentro, rebotando en las paredes. Entonces vino el sonido de un goteo y Thor miró hacia arriba y vio pequeñas gotas de lava cayendo del techo, gotas esporádicas, como lluvia, haciendo un silbido cuando llegaban al suelo.

“¡UFFFF!” gritó O’Connor y saltó.

Thor lo vio apartarse de un salto y sacudirse una llama ardiente de la manga, de un golpe. Todos ellos se agruparon más y fueron corriendo hacia el centro, donde no había tanto goteo.

“Dijeron que nadie salía”, dijo Matus. “Quizás moriremos más pronto de lo que pensamos”.

“Aquí no”, dijo Reece. “Por muy alocado que suene, no quiero morir en la tierra de los muertos. Quiero morir sobre tierra”.

Conven dio un paso adelante, con apariencia relajada, como si se sintiera cómodo aquí.

“Nos podríamos ahorrar un viaje”, dijo.

Ellos andaban y andaban, el vapor rojo se levantaba y desaparecía, Thor miraba con dificultad a través de la oscuridad, porciones de la cueva iluminados por llamas más grandes que otras. Buscaba por todas partes a Guwayne.

Sin embargo, a todas partes a donde iba, no había ni rastro de él.

Thor escuchó un súbito traqueteo, miró a su alrededor y se sorprendió ante lo que vio. Al principio no podía entenderlo. Pero después, la niebla se retiró y quedó claramente a la vista. No estaba viendo visiones.

Allí, a pocos metros, Gareth, el hermano de Reece, apareció de entre la oscuridad. Encadenado a la pared con grilletes de hierro alrededor de su cuello, los miraba fijamente con la cara flaca y las mejillas huecas. Sus brazos y sus piernas tenían grilletes de plata y tenía una daga clavada en el pecho.

Les sonrió y de su boca goteaba sangre mientras lo hacía.

“Gareth”, dijo Reece con dificultad, dando un paso hacia delante, sujetando la espada por delante de él.

“Mi hermano”, le dijo Gareth.

“Tú no eres mi hermano”, dijo Reece.

“¿Reconoces esta daga que hay en mi pecho?” preguntó Gareth. “Es la que usé para asesinar a nuestro Padre. Me la han clavado. Para toda la eternidad. ¿Me la sacarías?”

Reece se echó atrás horrorizado, mirando fijamente a su hermano,

escandalizado.

Poco a poco, Reece retrocedió. Se dio la vuelta, y Thor pudo ver el miedo en su rostro y, a continuación, siguieron túnel abajo.

Los otros los siguieron, dándole todos la espalda a Gareth, dejándolo allí, encadenado a la pared, condenado a vivir su infierno por toda la eternidad.

“¡Por favor!” se lamentaba Gareth detrás de ellos, sonando desesperado. “¡Por favor, liberadme! ¡Por favor, volved! ¡Lo siento! ¿Me oyes, hermano? ¡Siento haber matado a nuestro Padre!”

Andaban y andaban y Thor veía la mirada pálida en la cara de Reece. Parecía perturbado.

“Nunca había pensado que volvería a ver a mi hermano”, dijo Reece en voz baja mientras continuaban caminando.

Thor miró a su alrededor y tenía un nuevo respeto por este lugar; se preguntaba qué vendría a continuación.

Pasaron por cuevas pequeñas, en los huecos de las paredes, parecidas a la de donde había salido Gareth y, mientras lo hacían, estaban todos alertas, preguntándose con quién más se podrían encontrar.

Entonces vino otro traqueteo de cadenas, este más violento, y de la oscuridad de una de las pequeñas cuevas salió una figura abalanzándose sobre ellos. Todos dieron un salto hacia atrás y se prepararon, Thor levantando la espada, dispuestos a atacar.

Pero al hombre lo detuvieron sus grilletes antes de que pudiera alcanzarlos. Gruñía, dirigiéndose hacia ellos.

“Acercaros más”, gritó, “¡y os presentaré el infierno!”

Thor miró al hombre, horrorosamente desfigurado, al que le faltaba un ojo, con la cara quemada y cubierta de heridas rezumando, que parecían recientes y Thor se dio cuenta, horrorizado, de quién era: McCloud.

“Tú eres el que atacó a Gwendolyn”, dijo Thor, mientras le venía todo a la memoria como si fuera ayer. “Siempre había deseado estar allí para matarte primero. Ahora tengo la oportunidad”.

Thor frunció el ceño y, dando un paso al frente, apuñaló a McCloud en el corazón.

Pero McCloud estaba allí, todavía sonriéndole mientras le salía sangre por la boca, con apariencia imperturbable.

Thor miró hacia abajo y vio que varias espadas perforaban ya el torso de McCloud.

“Mátame”, dijo McCloud. “Me harías un gran favor y acabarías con el infierno en el que estoy”.

Thor lo miró confundido y, en aquel momento, entendió que había justicia en el mundo. McCloud había herido a otros incontables veces y ahora estaba sufriendo en su propio infierno privado. Y sufriría para siempre.

“No”, dijo Thor, retirando su espada. “No te ahorraré ningún infierno”.

Siguieron caminando, los gritos de McCloud les asaltaban mientras se iban. Thor estaba todavía más alerta ahora, mirando a través de la oscuridad, mientras una a una, iban saliendo figuras a ambos lados del túnel, todas encadenadas.

Thor pasó por delante de hombres a los que reconoció, hombres a los que había matado en el campo de batalla, la mayoría de ellos enemigos extranjeros. Todos parecían querer alcanzarlo, para atacar, pero sus grilletes se lo impedían.

De repente, Matus saltó hacia atrás; Thor se dio la vuelta y vio salir a su padre y sus hermanos de las Islas Superiores muertos, dirigiéndose hacia él.

“Nos decepcionaste, Matus”, dijo su padre. “Nos traicionaste por el continente del Anillo. Diste la espalda a la familia”.

Matus negó con la cabeza mientras los miraba fijamente.

“Nunca fuisteis mi familia”, respondió. “Solo de sangre. No en el honor”.

Reece andó hacia adelante, directo hacia el padre de Matus, que lo miraba con mala cara. Todavía tenía la herida de puñalada con la que Reece lo había matado.

“Me mataste”, le dijo a Reece.

“Y por tu culpa, la mujer con la que me iba a casar está muerta”, respondió Reece. “Tú mataste a Selese”.

“La volvería a matar”, dijo, ¡y con gusto te mataría a *ti!*”

Se abalanzó hacia Reece, pero sus cadenas lo detuvieron.

Reece estaba allí y lo miraba mal.

“Te mataría cada día si pudiera”, dijo Reece, sintiendo de nuevo la angustia por la muerte de Selese. “Me robaste a la persona a la que más quería”.

“¿Por qué no te quedas aquí abajo con nosotros?”, dijo el hermano de Matus a Reece, “Así podrás”.

Thor se giró y estiró a Reece, llevándolo hacia otro lugar.

“Venga”, le dijo a Reece. “No merecen nuestro tiempo”.

Todos siguieron andando, pasando por un desfile interminable de fantasmas.

Thor vio a todos los hombres a los que había matado en batalla, rostros que no había visto en años, mientras se adentraban más y más en aquel atroz lugar.

Thor de repente sintió que un escalofrío le recorría y sabía, simplemente sabía, que algún ser malvado estaba al acecho en una cueva más adelante, escondido tras una nube de vapor.

Lentamente, la figura emergió, adelantándose cuando el vapor pasó, y Thor se detuvo cerca, perplejo.

“¿Y a dónde te diriges, hijo mío?” dijo la oscura y gutural voz.

El pelo de Thorgrin se erizó al reconocer aquella voz, la voz que le había causado tanta angustia, que le había causado interminables pesadillas. Thor se preparó.

No puede ser.

Thor se horrorizó de ver cómo salía caminando de la oscuridad, encadenado por seis grilletes, su verdadero padre.

Andrónico.

Sus grilletes detuvieron a Andrónico y Thor poco a poco se acercó, parando delante de él, mirándolo fijamente a la cara. Andrónico tenía todo el cuerpo cubierto de heridas, tanto como Thor lo había visto por última vez en el campo de batalla.

Andrónico sonreía maliciosamente, con una sonrisa cruel, aparentemente invencible.

“Me odiaste en vida. ¿Vas a odiarme también en la muerte?” preguntó Andrónico.

“Te odiaré siempre”, respondió Thor, temblando por dentro.

Andrónico sonrió.

“Eso está bien. Tu odio me mantendrá vivo. Nos mantendrá conectados”.

Thor pensó en sus palabras, y se dio cuenta de que su padre tenía razón. El odio que sentía por Andrónico le hacía pensar cada día en él; los mantenía conectados de una extraña manera. Se dio cuenta de que en aquel momento le gustaría realmente librarse de él. Y, para hacerlo, tendría que soltar su odio.

“No eres nada para mí ahora”, dijo Thorgrin. “No eres un padre. Nunca lo fuiste. No eres un enemigo. Eres solo un cadáver en la tierra de los muertos”.

“Sin embargo sigo vivo”, dijo Andrónico, “en tus sueños. Me has matado.

Pero no realmente. Para librarte de mí, deberías conquistarte a ti mismo. Y no eres lo suficientemente fuerte para eso”.

Thor sintió una nueva ola de furia.

“Soy más fuerte que tú, Padre”, dijo Thor. “Estoy vivo, allá arriba, y tú estás muerto, atrapado aquí abajo”.

¿Tú, el que sueña conmigo, estás verdaderamente vivo?” preguntó Andrónico, sonriendo. “¿Cuál de los dos está atrapado por el otro?”

Andrónico se echó hacia atrás y rió, más y más fuerte, un ruido áspero, su risa resonaba en las paredes. Thor lo miró con odio; quería matarlo, enviarlo al infierno. Pero ya estaba en el infierno. Thor se dio cuenta de que era a él mismo a quién necesitaba liberar.

Thor sintió una mano en su hombro ahora y, al darse la vuelta, vio a Reece, devolviéndole el favor, llevándose de allí.

“No vale la pena”, dijo Reece. “Solo es otro fantasma”.

Thor se dejó llevar y todos ellos continuaron caminando, la risa de Andrónico resonaba en los oídos de Thor mientras continuaba haciendo su camino a través de la interminable cueva de los horrores.

*

Anduvieron y anduvieron durante lo que parecieron lunas, girando y dando vueltas a través de interminables túneles, bifurcándose más de una vez, perdiéndose interminablemente en este laberinto bajo tierra. Thor se sentía como si hubiera atravesado un desierto de oscuridad, como si hubiera estado caminando toda su vida.

Finalmente, llegaron a lo que parecía ser el final de la cueva. Thor se detuvo, perplejo, como hicieron los demás, mirando fijamente a la pared de piedra negra sólida. ¿Habían llegado a un callejón sin salida?

“¡Mira!” dijo O’Connor. “Allá abajo”.

Thor miró hacia abajo y vio, en el suelo al final de la cueva, un amplio agujero en el suelo, un túnel que bajaba en pendiente directo a la oscuridad.

Thor fue andando hacia el precipicio con los demás y miró hacia abajo; el túnel parecía desaparecer en el centro de la tierra. Un aire cálido se levantaba de allí, con olor a sulfuro. Thor oyó un quejido que resonaba desde las profundidades de allá abajo.

Thor miró a los demás, que lo miraron fijamente, con respeto en la mirada.

Podía decir que ninguno de ellos quería entrar en el túnel, bajar deslizándose hacia la oscuridad. No estaba seguro que el quisiera, tampoco. ¿Pero que elección les quedaba? ¿Habían girado en el sitio equivocado en algún lugar?

Mientras estaban allí debatiendo, de repente, vino un horroroso grito por debajo de ellos, uno que hizo que los pelos de la nuca de Thor se erizaban. Era como el rugido de un león.

Thor se giró y se horrorizó al ver, allí, mirándolos, el monstruo más grotesco que jamás había visto. Se elevaba sobre ellos sobre ellos, tres veces el tamaño de Thorgrin y dos veces su anchura. Parecía un gigante, pero su piel era de un rojo brillante y escamosa y, en lugar de dedos, tenía tres largas garras. Tenía pezuñas en lugar de pies y una cabeza alta y muy delgada, con tres ojos arriba del todo y una boca que se componía enteramente de su boca. Su boca era enorme, con dientes amarillos mellados cada uno de unos quince centímetros y su cuerpo entero estaba ondeado de escamas y músculos, como una armadura.

“Parece que haya escapado del infierno”, dijo O’Connor.

“O que quiera enviarnos allí”, dijo Indra.

La criatura echó la cabeza hacia atrás y rugió; entonces caminó hacia delante y les asestó un golpe. Thorgrin dio un salto, apartándose de allí, justo a tiempo, la bestia no lo tocó por unos centímetros.

Pero O’Connor no tuvo tanta suerte. Dio un fuerte grito cuando la bestia le clavó sus largas garras amarillas, dejándole tres cortes en el bíceps y lo envió volando por los aires hasta ir a parar a la piedra. O’Connor, con honor, dio vueltas hasta colisionar con el suelo y, a pesar del dolor, agarró su arco y disparó una flecha.

La bestia era demasiado rápida; simplemente la agarró al aire. La sujetó, la observó y la masticó, tragándosela como si fuera un aperitivo. Se echó hacia atrás y volvió a rugir.

Thor se puso en acción. Embistió, levantó en lo alto su espada con las dos manos y la llevó hasta el pie de la bestia. Con todas sus fuerzas la clavó, atravesando la piel, la armadura y hacia el lecho de roca, clavándolo en el suelo.

La bestia gritó. Thorgrin, al descubierto, sabía que pagaría un precio, y lo hizo. La bestia giró su otra mano y golpeó a Thor en las costillas. Thor sintió como si sus costillas se estuvieran rompiendo mientras volaba por los aires e iba a colisionar a la pared de roca del otro lado de la cueva.

El monstruo intentó embestirlo, pero todavía estaba clavado en el suelo; entonces, agarró la espada de Thorgrin, la arrancó de la piedra y de su pie.

La bestia se dirigió a Thor y lo embistió; Thor dio vueltas, con los ojos borrosos por la colisión y miró hacia arriba, preparándose para el ataque. No pudo reaccionar a tiempo.

Los otros se pusieron en acción. Matus corrió hacia delante con su mayal, lo balanceó ampliamente y golpeó a la bestia en el muslo.

La bestia, furiosa, se dio la vuelta y, mientras lo hacía, Reece la atacó desde el otro lado, la apuñaló y la hizo caer de rodillas. O'Connor lanzó otra flecha e Indra hizo varios disparos con su honda, una piedra impactó en los ojos de la bestia, mientras Elden corría hacia delante con su hacha y la clavaba en el hombro de la bestia. Conven hizo un salto hacia arriba y fue a parar encima de la cabeza de la bestia, levantó en alto su espada y se la clavó en el cráneo.

La bestia chilló, asediada por todos estos ataques. Rugió y, en un rápido movimiento, todo lo alta y ancha que era, echó atrás sus brazos y mandó a Conven volando por los aires. Golpeó fuertemente y dio a los demás, enviándolos, también, volando en todas direcciones, hasta impactar en el lecho de roca.

Cuando la vista de Thor se aclaró, él estaba tumbado, mirando arriba hacia ella y se dio cuenta de que la bestia era impenetrable. Nada de lo que hicieran la mataría jamás. Luchar contra ella significaba la muerte segura.

Thor entendió que debía hacerse cargo y tomar una decisión rápida si tenía que salvar la vida de todos.

“¡Hacia el túnel!” ordenó Thor.

Todos siguieron sus indicaciones y, al mirar, vieron de lo que estaba hablando-el túnel era su única esperanza. Se pusieron en marcha, agarraron sus armas, corriendo mientras la bestia embestía hacia ellos, siguiendo a Thor mientras se apresuraba hacia el túnel.

Thor se detuvo delante de la entrada.

“¡Seguid!” ordenó, deseando que los demás escaparan primero.

Thor estaba allí, sujetando la espada, bloqueando el camino a la bestia para que los demás pudieran entrar. De uno en uno, Indra, Elden, O'Connor y Reece entraron, saltando con los pies por delante y desapareciendo en la oscuridad.

Matus se detuvo al lado de Thor.

“Yo te lo ahuyentaré”, dijo Matus. “¡Tú sigue!”

“¡No!” dijo Thor.

Pero Matus no escuchó. La bestia embistió hacia el túnel, dirigiéndose a Thor y Matus dio un paso hacia delante y le clavó la espada, cortándole dos de las largas garras a la bestia mientras acechaban a Thor. Thor movió la espada al mismo tiempo, agachándose y rebanando la otra mano de la bestia.

La bestia chilló y Thor y Matus observaban horrorizados como la mano y las garras se regeneraban inmediatamente. Thor sabía que derrotarla sería una causa perdida.

Thorgrin sabía que era su única oportunidad.

“¡VETE!” exclamó Thor.

Matus se giró y se lanzó hacia adentro y Thor le siguió, tirándose de cabeza primero, preparado para deslizarse. Pero tan pronto como empezó a deslizarse, Thor se detuvo de repente. Sintió que las garras de la bestia se clavaban en la parte posterior de su pierna, perforándole la piel, y gritó de dolor. Estaba empezando a tirarlo hacia atrás.

Thor se dio la vuelta y vio a la criatura tirándolo hacia atrás rápidamente, directo hacia su boca abierta. Sabía que en unos momentos sufriría una muerte horrible.

Thor reunió su última reserva de fuerza y consiguió girarse lo suficiente para dar un corte hacia atrás, cortando de tajo la muñeca de la bestia.

Thor gritó mientras repentinamente empezó a desplomarse, con la cabeza por delante, túnel abajo. Daba vueltas sobre sí mismo, abalanzándose más y más rápido sobre lo que fuera que había allá abajo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Vólusia estaba sentada en su trono de oro en la periferia de la arena, rodeada por docenas de consejeros y asesores y miraba hacia abajo, observando con júbilo como un furioso Razif con una piel de un rojo encendido embestía, bajaba sus cuernos y cogía a un esclavo por la espalda. La multitud animaba, dando golpes con los pies, mientras el Razif levantaba al esclavo por encima de la cabeza triunfantemente, mostrando su victoria, la sangre goteando por sus cuernos. El Razif daba vueltas y más vueltas, entonces finalmente lanzaba los cadáveres, que volaban por los aires, impactando contra el suelo y cayendo en el barro.

Vólusia sentía una emoción conocida; pocas cosas le complacían más que observar a los hombres morir de una manera lenta y dolorosa. Se inclinó hacia delante, agarrándose a los lados de su silla, admirando a la bestia, admirando sused de mortandad. Quería más.

“¡Más esclavos!” ordenó.

Sonó un cuerno y, allá abajo, se abrieron más celdas de hierro. Una docena más de esclavos fueron empujados hacia la arena, las puertas de hierro se cerraron de golpe tras ellos, encerrándolos dentro.

La multitud bramaba y los esclavos, con los ojos totalmente abiertos por el pánico, corrían en todas direcciones intentando huir de la bestia rabiosa.

El Razif, sin embargo, estaba en pie de guerra y era rápida para su tamaño. Cazaba a cada esclavo sin piedad, engulléndolos por la espalda, pisando sus cabezas, hiriéndolos con sus garras y, ocasionalmente, clavándoles los dientes. Furioso, no se detenía hasta que cada esclavo estaba muerto.

La multitud enloquecía, gritando con entusiasmo una y otra vez.

Vólusia estaba encantada.

“¡Más!” dijo en voz alta. Las puertas se abrieron, ante el rugir de su gente, y todavía más esclavos eran arrojados.

“¿Mi señora?” dijo una voz.

Vólusia se dio la vuelta y vio a Soku, el comandante de su ejército, a su lado, con la cabeza baja para mostrar su respeto, con una mirada de preocupación en su rostro. A ella le impotunó, la distrajo del espectáculo. Él

sabía que no debía interrumpirla mientras estaba disfrutando de su espectáculo de la tarde y ella sabía que debía ser importante. Nadie hablaba sin su permiso, bajo pena de muerte.

Ella lo miró mal y él agachó más su cabeza.

“Mi Emperadora, perdóneme”, añadió, “pero es un asunto de máxima urgencia”.

Ella lo miró, su cabeza calva estaba agachada ante ella, debatiendo si lo mataba o escuchaba. Finalmente, por curiosidad, decidió escucharlo.

“Habla”, ordenó.

“Uno de nuestros hombres ha sido asesinado por un esclavo. Un capataz, en una pequeña aldea al norte. parece ser que el esclavo se ha sublevado en un acto de desafío. Estoy a la espera de sus órdenes”.

“¿Y por qué me molestas con esto?” preguntó. “Hay miles de aldeas de esclavos rodeando Volusia. Haz lo que siempre hacemos. Encuentra al culpable; tortúralo lentamente. Y tráeme su cabeza como regalo de cumpleaños”.

“Sí, mi Emperadora”, dijo y, agachando la cabeza, se retiró.

Volusia volvió a mirar a la arena y se sintió particularmente satisfecha al ver a un esclavo embistiendo, lo suficientemente estúpido como para intentar luchar con el Razif. Observó como el Razif saltaba a su encuentro, corneándole el estómago, levantándolo por encima de su cabeza y lanzándolo al suelo con toda su fuerza. La multitud enloqueció.

“My Emperadora”, dijo otra voz.

Volusia se dio la vuelta, furiosa por haber sido interrumpida otra vez, y esta vez vio un contingente de Finianos, dirigidos por su líder, Sardo, todos vistiendo las túnicas color escarlata y todos ellos con el ardiente pelo rojo y las caras de alabastro de su especie. Eran en parte humano y en parte otra cosa, nadie sabía muy bien qué. Su piel era muy pálida, sus ojos de una pálida sombra de rosa y tenían las manos escondidas bajo sus túnicas, como si siempre estuvieran escondiendo algo. Su brillante pelo rojo era característico dentro de la capital y ellos eran los únicos miembros de la raza humanaa los que se permitía vivir libremente y no como esclavos; incluso tenían su asiento de poder en la capital. Era un acuerdo tomado hacía siglos y mantenido por la madre de Volusia y su madre antes que ella. Los Finianos eran demasiado ricos, demasiado traidores como para llevarles la contraria. Eran dueños de poder y de secretos comerciantes de todo tipo de bienes y barcos que podían estorbar en la ciudad a su antojo. Comerciabán con secretos y traición y

siempre habían conseguido influencia por parte de los gobernadores de Volusia. Eran una raza sin la cual no podía gobernar. Eran muy ingeniosos para su propio bien y no eran de fiar.

Verlos le removía el estómago. Volusia exterminaría la raza Finiana entera si pudiera.

“¿Y por qué debería conceder mi tiempo a los humanos?” pidió Volusia, impaciente.

Sardus sonrió, una sonrisa grotesca, llena de astucia.

“Mi emperadora, si no recuerdo mal, usted también es humana”.

Volusia se ruborizó.

“Soy la gobernadora de la raza del Imperio”, respondió ella.

“Pero humana al fin y al cabo. Humana en una ciudad en la que es un crimen ser humana”.

“Esta es la paradoja de Volusia”, respondió ella. “Siempre ha tenido un líder humano. Mi madre era humana y su madre antes que ella. Pero esto no me convierte en humana. Yo soy la elegida, la humana cruzada con un dios. Yo soy una diosa ahora-llámame otra cosa y te mataré”.

Sardus agachó la cabeza.

“Perdóneme, mi Emperadora”.

Ella lo examinó con odio.

“Y dime Sardus”, dijo ella, “¿por qué no debería arrojarte al Razif ahora mismo y exterminar tu raza entera de una vez por todas?”

“Porque entonces la mitad del poder que tan profundamente codicia desaparecería”, dijo él. “Si faltan los Finianos, entonces Volusia se derrumbará. Lo sabe-y su madre lo sabía”.

Lo miró fría y duramente.

“Mi madre sabía muchas cosas equivocadas”. Suspiró. “¿Por qué me molestas en este día?”

Sardus sonrió a su escalofriante manera mientras andaba hacia delante, fuera del alcance del oído de los demás y habló en un susurro, esperando a que el siguiente rugido de la arena cesara.

“Ha matado al gran Rómulo”, dijo. “El líder supremo del Imperio. ¿Cree que esto no trae consecuencias?”

Ella lo miró, su cara tomada por la rabia.

“Yo soy el líder supremo del Imperio ahora”, respondió, “y creo mis propias consecuencias”.

Él agachó la cabeza a media altura.

“Puede que así sea”, respondió él, “pero, aún así, nuestros espías nos han contado, y tenemos muchos, que mientras hablamos la capital del sur prepara un ejército para marchar a nuestro ejército. Un ejército más vasto que cualquier cosa que hayamos visto. Hemos oído que el millón de hombres de Rómulo destinados en el Anillo también están siendo llamados. marcharán sobre nosotros. Y llegarán antes de la estación de la lluvia”.

“Ningún ejército puede tomar Volusia”, respondió ella.

“Nunca han marchado sobre la capital de Volusia”, respondió él. “No con esta fuerza”.

“Ganamos en número de barcos a la flota más grande”, respondió.

“Barcos buenos, mi señora”, dijo. “Pero no nos atacarán por mar. Usted solo dispone de cien mil hombres frente a los dos millones de la capital del sur. Aguantaríamos quizás durante media luna antes de que nos saquearan y nos mataran sin piedad”.

“¿Y por qué te preocupas de asuntos de estado?” preguntó.

Él sonrió.

“Nuestras fuentes en la capital desean que le ofrezcamos cerrar un trato” dijo él.

De repente, ella se dio cuenta, su orden del día salía a la superficie.

“¿En qué condiciones?” preguntó ella.

“No marcharán sobre nosotros si usted, a cambio, acepta el gobierno del sur, acepta al líder del sur como Supremo Comandante del Imperio. Es un trato justo, mi Emperadora. Permítanos cerrarlo por usted. Por la seguridad de todos nosotros. Permítanos sacarla de su difícil situación”.

“¿Difícil situación?” dijo ella. “¿Qué difícil situación es esta?”

Él la miró, perplejo.

“Mi Emperadora, ha empezado una guerra que no puede ganar”, dijo. “Le estoy ofreciendo una salida”.

Ella negó con la cabeza.

“Lo que no logras entender”, dijo ella, “lo que todos los hombres nunca habéis logrado entender, es que yo estoy exactamente donde quiero estar”.

Volusia oyó un rugido y le dio la espalda, girándose hacia la arena y observó como el Razif engullía a otro esclavo en el pecho. Ella sonrió, encantada.

“Mi señora”, continuó el Finiano, más desesperado, “si puedo hablar con

claridad, he escuchado el más horrible de los rumores. He oído que usted intenta marchar al Príncipe Loco. Que espera una alianza con él. Seguramente sabrá que es una empresa inútil. El Príncipe Loco está muy bien llamado y rechaza todas las peticiones de prestar a sus hombres. Si lo visita, será humillada y asesinada. No escuche a sus consejeros. Nosotros los Finianos, hemos vivido miles de años porque conocemos a las personas. Porque comerciamos con ellas. Acepte nuestro trato. Haga lo sensato, como hubiera hecho su madre”. “¿Mi madre?” dijo ella, y soltó una risa corta y burlona. “¿Dónde está ahora? Muerta con mis propias manos. No la mató la falta de cautela-sino la abundancia de confianza”.

Volusia miró a Sardus seriamente, sabiendo que tampoco podía fiarse de él.

“Mi Emperadora”, dijo él, desesperado, “se lo imploro. Permítame hablarle con franqueza: usted no es, como se cree, una diosa. Usted es humana. Y es frágil, vulnerable, como todos los demás humanos. No empiece una guerra que no puede ganar”.

Volusia, furiosa, miró fríamente a Sardus, que estaba horrorizado mientras todos los demás presenciaban su conversación, todos los comandantes, todos los consejeros, todos ellos observando para ver cómo reaccionaba.

“¿Frágil?” repitió, muy indignada.

Estaba tan furiosa que sabía que debía tomar una decisión drástica, tenía que demostrar a todos aquellos hombres que era lo más lejano a frágil. Debía demostrar lo que ella sabía que era cierto: que era una diosa.

De repente, Volusia les dio la espalda y se puso de cara a la arena.

“Abrid la puerta”, ordenó a su ayudante.

Él la miró, con los ojos abiertos en sorpresa.

“¿Mi Emperadora?” preguntó él.

“No te lo ordenaré dos veces”, dijo con frialdad.

Su ayudante se apresuró a abrir las puertas, el griterío de la multitud más fuerte mientras lo hacía, el calor y el hedor de la arena le llegaba a ráfagas.

Volusia fue hacia delante, al balcón antes de las escaleras que llevan hacia abajo, y levantó sus manos, abiertas hacia los lados, de cara a su pueblo.

A una, todo su pueblo enmudeció de repente, sorprendidos al verla, y todos ellos se arrodillaron, agachando la cabeza.

Volusia se adelantó, hasta el primer escalón que lleva hacia abajo. De uno en uno, descendió por los escalones hasta la arena, caminando por el

interminable conjunto de escaleras.

Mientras lo hacía, todavía se hizo más silencio en todo el estadio, hasta poder oír el ruido de una aguja al caer. El único sonido era el del Razif, respirando profundamente, corriendo hacia la arena vacía, ansioso por su próxima víctima.

Finalmente, Volusia llegó al final y se colocó delante de la última puerta de la arena.

Se giró hacia el guarda.

“Ábrela”, le ordenó.

Él la miró, conmocionado.

“¿Mi Emperadora?” preguntó. “Si abro estas puertas, el Razif la matará. La pisará hasta matarla”.

Ella sonrió.

“No lo diré otra vez”.

Los soldados corrieron hacia delante y abrieron las puertas y la multitud se quedó sin respiración mientras Volusia caminaba hacia allí y las puertas se cerraron rápidamente tras ella.

La multitud estaba conmocionada mientras Volusia andaba lentamente, un paso tras otro, hacia el centro de la polvorienta arena. Andó justo hasta el centro, hacia el Razif.

La multitud gritaba por la conmoción y el miedo.

El Razif de repente se fijó en ella y, al hacerlo, se echó hacia atrás y gritó. Entonces embistió hacia ella a toda velocidad, con los cuernos por delante, directo hacia ella.

Volusia estaba en el centro de la arena, extendió sus brazos y soltó un grito de furia, mientras el Razif embestía hacia ella. Volusia se mantenía firme y lo miraba fijamente, decidida, sin retroceder mientras la bestia embestía y embestía, el suelo temblaba bajo ella.

Mientras la multitud gritaba, todos a la expectativa de que la engullera, Volusia estaba allí, altiva, arrogante, mirando con desprecio a la bestia. En su interior, sabía que era una diosa; sabía que nada en este mundo podía tocarla. Y si lo hacía, si un simple animal mortal podía matarla, entonces no quería vivir para nada.

El razif corría hacia ella, entonces repentinamente, en el último momento, se detuvo a escasos metros de ella. Se levantó y sus patas retrocedieron a varios metros de ella, como si le temiera.

Estaba allí, sin acercarse más, y la miraba. Poco a poco, se dejó caer sobre sus rodillas, y después sobre su estómago.

Entonces la multitud respiró con dificultad cuando el Razif bajó su cabeza y la inclinó ante ella, tocando con la cabeza en el suelo.

Volusia estaba allí, con los brazos extendidos a los lados, comprendiendo su poder sobre el animal, su intrepidez, su poder sobre el universo. Sabía que realmente era una diosa. Y no le temía a nada.

Una a una, todas las personas de la arena se arrodillaron e inclinaron sus cabezas, decenas de miles de personas, toda la raza del imperio, presentándole sus respetos. Podía sentir toda su energía, absorbía todo su poder y sabía que era la mujer más poderosa de la tierra.

“¡VOLUSIA!” exclamaban.

“¡VOLUSIA! ¡VOLUSIA!”

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Gwendolyn estaba en la entrada de la cueva, observando como se ponía el sol, preparándose. A su alrededor, los hombres empaquetaban las pocas posesiones que tenían y se preparaban para dejar este lugar, para empezar una larga caminata a través del Gran Desierto, en búsqueda del Segundo Anillo.

Gwen entendió que era el momento de buscar un nuevo hogar, un hogar permanente. Su gente lo necesitaba y lo merecían. Puede que todos murieran en el intento, pero al menos morirían de pie, esforzándose por algo más grande-no ocultados aquí en una cueva, acobardados, esperando a morir. Le había llevado un ciclo entero de luna darse cuenta de esto, deshacerse de la depresión de echar de menos a Guwayne y a Thor. Aquella depresión todavía colgaba de ella, sin embargo ahora, Gwen era capaz de sobrellevarla, no permitiendo que le impidiera funcionar en el mundo. Después de todo, rendirse ante su depresión no cambiaría su circunstancia, tan solo empeoraría su vida.

por supuesto, Gwen sentía una profunda sensación de dolor y pérdida al aceptar el hecho de que Tjorgrin y Guwayne podrían no volver nunca a ella. Sentía que le quedaba poco por lo que vivir. Pero pensaba en su padre, y en su padre antes de él-una larga línea de reyes que habían visto grandes calamidades y que habían depositado su fe en ella-y ella sacaba fuerzas de su ejemplo. Se obligaba a ser fuerte, a concentrarse en lo que tenía entre manos. Tenía un pueblo al que dirigir. Lo tenía que llevar a buen recaudo.

“¿Mi señora?” dijo una voz insistente.

Gwendolyn se giró y se sorprendió al ver a uno de los aldeanos allí de pie en la entrada de la cueva, sin respiración, mirándola seriamente.

“¿Por qué has venido a plena luz del día?” preguntó Gwendolyn, sobresaltada.

“Tenemos un asunto urgente”, dijo él deprisa. “Se os requiere en la reunión de nuestra aldea, inmediatamente. A todos vosotros”.

Kendrick y Godfrey se acercaron a su lado, parecían tan confundidos como ella.

“¿Por qué querríais a nuestro pueblo en vuestra reunión?” preguntó ella.

“¿especialmente durante el día?”

El mensajero, todavía resuperando la respiración, asintió con la cabeza.

“Es un asunto que nos afecta a todos, mi señora. Antes de partir, por favor, venid”.

Se dio la vuelta y se fue corriendo y gwen observaba cómo se iba profundamente confundida.

“¿Qué pueden querer?” preguntó ella. “Nos suplicaron que nunca nos dejáramos ver antes de que oscureciera”.

“Quizás no quieren que nos vayamos”, dijo Godfrey.

Gwen miró lejos en la distancia, observando al mensajero corriendo de vuelta a su aldea negó lentamente con la cabeza.

“No”, dijo. “Me temo algo mucho peor”.

*

Godfrey caminaba con Gwendolyn y Kendrick y el largo contingente de miembros del Anillo mientras iban saliendo todos de la cueva y caminaban con cuidado montaña abajo, agarrándose a la ladera de la montaña para no resbalar y ser vistos. Mientras se acercaban a la aldea, divisaron centenares de aldeanos amontonados alrededor del centro de la aldea y pudo sentir el caos desde aquí. Todos tenían una mirada perturbada y tuvo la sensación de que algo horrible había sucedido.

Al entrar a la aldea, Godfrey vio al chico en el centro de la multitud, el hermano de Sandara, al que llamaban Darius; a su lado había una chica que parecía ser su chica -le llamaban Loti. Estaban frente a los mayores de la aldea y la chica parecía muy turbada. Godfrey se preguntaba qué había pasado.

Godfrey se unió a Gwen y a los demás mientras se acercaban al centro en silencio.

“¿Pero por qué lo mataste?” dijo una voz, llevada por el pánico, condenando. Godfrey se giró y vio a una mujer que podría ser la madre de Loti, al lado de los mayores, gritándole. “¿No has aprendido nada? ¿Cómo puedes haber sido tan estúpida?”

“No me lo pensé”, dijo Loti. “Simplemente reaccioné. Estaban azotando a mi hermano”.

“¿¡Y qué!?” Bokbu, el más anciano de la aldea, le fritó. “A *todos* nosotros nos azotan, cada día. pero nadie es tan estúpido como para volverse, y mucho

menos matarlos. Has traído la muerte sobre nosotros. Sobre cada uno de nosotros”.

“¿Y qué me decís del Imperio?” exclamó Darius, al lado de ella, defendiéndola. “¿No han roto las normas también?”

El aldeano, en silencio, lo miró.

“Ellos tienen el poder”, dijo uno de los mayores. “Ellos hacen las noras”.

“¿Y por qué deberían tener ellos el poder?” dijo Darius. “¿Solo porque tienen más hombres?”

Bokbu asintió con la cabeza.

“Lo que has hecho hoy, Loti, ha sido estúpido. Muy, muy estúpido. Te dejaste llevar por la pasión y fue imprudente. Cambiará el curso de nuestra aldea para siempre. Pronto vendrán aquí. Y no solo con un hombre, con cien hombres, quizás mil. Vendrán con armaduras y armas y nos matarán a todos”.

“Lo siento”, dijo Loti, fuerte, energicamente, para que todo el mundo la oyera, “pero no me arrepiento. Lo haría de nuevo por mi hermano”.

La multitud jadeaba escandalizada y el padre de Loti se adelantó y le dio una bofetada en la cara.

“Siento haberte tenido”, dijo, mirándola mal.

Su padre levantó la mano para golpearla de nuevo. pero esta vez, Darius corrió hacia adelante cogió por la muñeca en el aire y la aguantó.

El padre de Loti miró a Darius, una mirada de perplejidad y rabia en su cara, mientras Darius clavaba los ojos en él.

“No le pongas la mano encima”, amenazó Darius.

“Tú, pequeño bastardo”, respondió su padre. “Te pueden colgar por esto. No faltes al respeto a los mayores”.

“Entonces, colgadme”, replicó Darius.

El padre de Loti lo miraba con rabia fijamente, finalmente se echó hacia atrás cuando Darius lo soltó.

Loti se acercó y en silencio cogió la mano de Darius y Godfrey vio como él la sujetaba, apretándola, consolándola, haciéndole saber que estaba allí por ella.

“Todo esto es inconsecuente ahora”, dijo Bokbu, mientras la gente quedaba en silencio. “Lo que importa ahora es qué se puede hacer”.

Toda la aldea se miraban los unos a los otros en el grueso silencio y Godfrey los miraba a todos, perplejo por lo que había pasado. Claramente, esto lo cambiaba todo; ciertamente entorpecería el tiempo para que Gwen y su

pueblo se marcharan. Sin embargo, quedarse aquí sería un suicidio.

“¡Entregad a la chica!” exclamó un aldeano.

Entonces vino una apagada ovación de aprobación por parte de algunos aldeanos.

“¡Llévala hasta Volusia y entrégala!” añadió el hombre. “¡Quizás la aceptarán como una ofrenda y no se dejarán vivir a nosotros!”

Entonces se oyeron unos cuantos gruñidos de aprobación por parte de algunos aldeanos- pero no de otros.

Claramente, estaban divididos.

“¡No la tocaréis!” gritó Loc, el hermano de Loti. “No sin pasar por encima de mi cadáver!”

“¡O del mío!” exclamó Darius.

Los aldeanos rieron con mofa.

“¿Y qué van a hacer un cojo y un chico de pelo largo para detenernos?!”

Entonces hubo una risa de mofa de entre una esquina de la multitud y Godfrey agarró fuerte la empuñadura de su espada, preguntándose si estaba a punto de estallar una lucha.

“¡Ya es suficiente!” exclamó Bokbu. “¿No veis lo que el Imperio nos ha hecho? ¡Luchamos entre nosotros cuando tendríamos que estar luchando con ellos! Nos hemos vuelto verdaderamente como ellos”.

La multitud quedó en silencio, mientras los aldeanos agachaban sus cabezas, humillados.

“¡No!” continuó Bokbu. “Prepararemos nuestra defensa. Moriremos de todas maneras, por lo tanto moriremos luchando. Tomaremos posiciones y los atacaremos cuando lleguen”.

“¿Con qué?” exclamó otro de los mayores. “¿Con nuestras espadas de madera?”

“Tenemos lanzas”, contestó Bokbu, “y sus puntas están afiladas”.

“Y ellos vendrán con acero y armaduras”, contestó el anciano. “¿Qué harán entonces nuestras lanzas de madera?”

“¡No debemos luchar!” exclamó otro anciano. “Debemos esperar su llegada y suplicar su clemencia. Quizás serán indulgentes. Después de todo, nos necesitan para trabajar”.

Todos los aldeanos se enzarzaron en una agitada pelea, seguida del caos mientras los hombres y las mujeres se gritaban entre ellos. Godfrey se encontraba allí, perplejo, preguntándose cómo todo aquello podía haberse

desmoronado.

Mientras Godfrey observaba, sentía algo que se removía en su interior, algo que no podía contener. Se le ocurrió de repente una idea y, toda su vida, siempre que había tenido una idea, no se había podido contener. Había tenido que soltarla y, ahora, sentía que esta hervía dentro de él. No podía quedarse en silencio, aunque lo intentara.

Godfrey se vio a sí mismo dirigiéndose al centro de la aldea, incapaz de controlarse. Se colocó en el grueso de la multitud, saltó encima de una piedra alta, agitó las manos y exclamó:

“¡Esperad un minuto!” resonó su voz, una voz profunda y fuerte, que salía de su gran barriga, sonando, extrañamente, como la voz de su padre, el rey.

Todos los aldeanos se quedaron callados, sorprendidos de verlo allí, con su gran barriga, un hombre de piel blanca pidiendo atención. Gwendolyn y los demás parecían aún más sorprendidos por su aparición. Estaba claro que no era un guerrero y, aún así, de alguna manera, reclamaba atención.

“¡Yo tengo otr idea!” gritó Godfrey.

Poco a poco todos lo miraron, clavándole los ojos.

“Desde mi experiencia, cualquier hombre se puede comprar, por un precio suficientemente alto. Y los ejércitos se componen de hombres”.

Todos lo miraron, sorprendidos.

“El oro habla todos los idiomas, en todos los países”, dijo Godfrey. “Y yo tengo mucho. Suficiente para comprar un ejército”.

Bokbu dio un paso haia adelante, dirigiéndose a Godfrey.

“¿Y qué propones exactamente? ¿Qué les entreguemos sacos de oro a los soldados del Imperio? ¿Crees que nos los enviarán? Volusia es una de las ciudades más ricas del Imperio”.

Godfrey negó con la cabeza.

“No esperaré a que su ejército venga”, dijo él. “Así no es como se compra a los hombres. Yo iré a la ciudad. Iré yo mismo y llevaré suficiente oro para comprar a quién se tenga que comprar. He conquistado hombres sin levantar una lanza y puedo hacerles retroceder incluso antes de que vengan”.

Todos miraron fijamente a Godfrey, sin habla. Él estaba allí, temblando, sorprendiéndose a sí mismo por haber hablado en voz alta de aquella manera. No sabía qué se había apoderado de él; posiblemente era la injusticia de todo aquello, posiblemente ver a aquella chica valiente llorando. Había hablado incluso antes de pensar y se sorprendió al notar una palmada en su espalda.

Un aldeano andó hacia delante y le dio una mirada de aprobación.

“Eres un hombre blanco de más allá de los mares”, dijo. “Hacéis las cosas de forma distinta a nosotros. Y aún así tienes una idea. Una idea atrevida y valiente. Si quieres entrar en la ciudad y llevar tus monedas amarillas, nosotros no te detendremos. Quizás nos salves a todos”.

Todos los aldeanos de repente soltaron un suave ruido de arrullo y extendieron sus manos vacías hacia Godfrey.

“¿Qué es ese ruido?” preguntó Godfrey. “¿Qué están haciendo con las manos?”

“Es el saludo de nuestro pueblo”, explicó Bokbu. “Es el sonido de admiración. Un sonido reservado para los héroes”.

Godfrey sintió otra palmada en la espalda, y otra, y pronto la reunión de la aldea se disipó, cada hombre siguió su camino, acabada su pelea con la interrupción de Godfrey. Al menos las tensiones se habían enfriado, pensó Godfrey, y seguramente los aldeanos se reencontrarían para hablar de estrategia en otro sentido.

Mientras observaba como se marchaban todos, Godfrey estaba allí, con una sensación surreal sobre él, preguntándose qué acababa de hacer. ¿Se acababa de comprometer de verdad a aventurarse solo a una ciudad hostil en un Imperio hostil para sobornar a gente que no conocía? ¿Era un acto de valentía? ¿O absoluta estupidez?

Godfrey levantó los ojos y vio a Akorth y Fulton acrecándose, ayudándole a bajar de la piedra.

Asintieron con la cabeza, sonriendo.

“Y todo esto sin beber”, dijo Akorth. “*Estás cambiando, amigo mío*”.

“Supongo que querrás algunos compañeros de viaje”, dijo Fulton, “alguien con quién compartir algunas de aquellas monedas amarillas de las que hablas. Supongo que podemos ir contigo. No tenemos nada más que hacer, casi no nos queda bebida y estoy harto de estar en aquella cueva”.

“Por no hablar de los prostíbulos que puede que encontremos”, dijo Fulton guiñando un ojo. “He oído que Volusia es un sitio bastante suntuoso”.

Godfrey miró fijamente, boquiabierto, sin saber qué decir, y antes de que pudiera responder Merek, el jefe de las mazmorras que se había unido a la Legión, se acercó a su lado.

“Por cualquier dirección que vayas”, dijo él, “querrás entrar a los pasillos traseros. Necesitarás un buen ladrón a tu lado. Un hombre tan poco

escrupuloso como tú. Yo soy ese hombre”.

Godfrey le echó un vistazo: casi de su edad, Godfrey pudo ver astucia y crueldad en sus ojos, podía ver a un chico que había hecho todo lo que fuera necesario para labrarse su camino en la vida. Era el tipo de persona que quería a su alrededor.

“Necesitarás a alguien que conozca bien el Imperio”, dijo una voz.

Godfrey se dio la vuelta y vio a Ario, el chico pequeño que se había unido a la Legión, que había viajado solo por el mar desde las selvas del Imperio, después de salvar a Thorgrin y a los demás, para mantener su promesa.

“Yo he estado en Volusia antes”, dijo el chico. “Yo soy del Imperio después de todo, La tuya es una misión valiente y yo admiro a los valientes. Vendré contigo. Te seguiré hasta la batalla”.

“¿Batalla?” dijo Godfrey, abrumado por la angustia cuando empezaba a ser consciente de la realidad.

“Muy bien, jovencito”, dijo Akorth, “pero aquí no habrá ninguna batalla. Los hombres mueren en la batalla. Y no tenemos pensado morir. Esto no será una batalla. Será una expedición a la ciudad. Una oportunidad para comprar cerveza, algunas mujeres y pagar a las personas adecuadas el precio adecuado y volver a casa como héroes inverosímiles. ¿Verdad, Godfrey?”

Godfrey lo miró fijamente como si no lo comprendiera, y asintió a continuación. ¿Eso era de lo que se trataba? Ya ni siquiera lo sabía. Lo único que sabía es que había abierto su boca y ahora estaba comprometido. ¿Por qué era que cuando había problemas esta vena le vencía, esta vena de su padre? ¿Era caballerosidad? ¿O impetuosidad?

Godfrey alzó la vista y vio a su hermana Gwendolyn y a su hermano Kendrick acercarse. Se acercaron a él y lo miraron seriamente.

“Nuestro padre estaría orgulloso”, dijo Kendrick. “Nosotros estamos orgullosos. Fue un ofrecimiento valiente”.

“Te has ganado la amistad de este pueblo”, dijo Gwendolyn. Ahora cuentan contigo. Están confiando en ti. La confianza es una cosa sagrada. No les decepciones”.

Godfrey los miró y asintió, sin confianza para hablar y sin saber qué más decir.

“El tuyo es un plan sabio y estúpido a la vez. Solo tú podrías ser capaz de llevarlo a cabo. Paga a las personas adecuadas y escoge bien a tu gente”.

Gwen dio un paso adelante y lo abrazó, después se echó hacia atrás y lo

miró, con los ojos llenos de preocupación.

“Cuídate, hermano mío”, dijo ella en voz baja.

De esta manera, ella y Kendrick se dieron la vuelta y se marcharon. Mientras tanto, Illepra se acercó, con una sonrisa en la cara.

“Ya no eres un chico”, dijo. “En este día, eres un hombre. Este fue un acto propio de un hombre. Cuando la gente confía en ti, es cuando te conviertes en un hombre. Ahora eres un héroe. Te suceda lo que te suceda, eres un héroe”.

“No soy un héroe”, dijo Godfrey. “Un héroe no tiene miedo. No se asusta por nada. Un héroe toma decisiones calculadas. Sin embargo, la mía fue precipitada. No la pensé bien. Y estoy más asustado de lo que jamás he estado”.

Illepra asintió con la cabeza y le puso una mano en la mejilla.

“Así es como se sienten los héroes”, dijo ella. “Un héroe no nace. Un héroe se hace-a partir de una difícil decisión en un momento dado. Es una evolución. Y tú, mi amor, has evolucionado. Te estás convirtiendo en uno”.

Ella se inclinó y lo besó.

“Me retracto de todas las cosas que dije”, añadió. “Vuelve conmigo. Te quiero”.

Se volvieron a besar y, por un breve instante, Godfrey se perdió en aquel beso, sintió como todas sus miedos se fundían. Miró a sus ojos sonrientes mientras ella se retiraba y se marchaba y él se quedaba allí, totalmente solo, preguntándose: ¿qué he hecho?

CAPÍTULO VEINTICINCO

Thor, lleno de rasguños y dolrido, estaba sentado al lado de esta extaña hoguera natural que ardía de la roca. Reece, matus, Conven, O'Connor, Elden e Indra estaban sentados a su lado. Los siete estaban agotados, apoyados contra la roca, apenas capaces de mantener los ojos abiertos.

Thor nunca se había sentido tan agotado en su vida y sabía que aquello no era natural. Había algo en el aire aquí, relacionado con el extraño vapor que se levantaba y desaparecía, que lo hacía sentir extasiado. Sentía como si cada paso pesara casi media tonelada.

Thor pensaba en la bajada que habían hecho, a través de aquel túnel interminable; afortunadamente el túnel se había inclinado, y la velocidad de su resbalón se había suavizado y, en la base, había un suelo de suave musgo negro, que había amortiguado la caída. Lo había salvado de la muerte, pero aún así, el golpe había dejado rasguños en casi cada centímetro de su cuerpo. Se había emocionado al descubrir que los demás habían sobrevivido también. No podía decir qué distancia habían descendido, pero parecían kilómetros. Todavía podía oír, resonando vagamente, el distante chillido del monstruo de allá arriba y se dio cuenta de lo afortunados que eran de, por lo menos, seguir con vida.

Pero ahora se enfrentaban a nuevos problemas. Estaban a mucha más profundidad dentro de la tierra y Thor no tenía ni idea de si estaban yendo en la dirección correcta-o incluso si había una dirección en este lugar. Después de la caída, todos habían recogido los trozos y habían conseguido seguir caminando, a más y más profundidad, en esta nueva serie de túneles. Como los túneles de allá arriba, estabn hechos de roca negra, a excepción de que estos estaban cubiertos de musgo negro, también. Pequeños insectos extraños con brillantes ojos naranjas se arrastraban por el musgo y los seguían mientras andaban.

Finalmente, no habían podido andar más, demasiado abatidos, acosados por la fatiga. Cuando divisaron esta hoguera natural que salía de la roca, todos esencialmente se habían desplomado a su alrededor, sabiendo que tenían que acampar durante la noche y tenían que dormir.

Mientras estaba allí sentado, en silencio como los demás, con la espalda apoyada en la roca, contra el suave musgo, Thor sentía que los ojos se le cerraban. Sentía como si necesitara dormir un millón de años. Sentía como si hubiera estado aquí abajo durante varias vidas.

Thor perdió cualquier noción de tiempo y distancia en este lugar, no sabía si habían estado aquí abajo durante un día o una luna o un año. Lo único que recordaba mientras miraba fijamente a las llamas chisporroteando, siseando y echando chispas en este cavernoso nivel subterráneo, era la cara de Andrónico y su caída, su largo descenso. Estaba empezando a tener la sensación que jamás saldrían de este mundo. Miró a su alrededor y entendió que este podría ser el último lugar en el que descansarían. No podía evitar prepararse, incapaz de relajarse, preguntándose con qué otro monstruo podrían encontrarse a la vuelta de la esquina. La próxima vez, podrían no tener tanta suerte.

Thor miró las llamas y se dio cuenta de que pasarían la noche aquí, a pesar de lo larga que fuera una noche aquí. ¿Volverían a despertar? ¿Encontrarían alguna vez a Guwayne?

Thor sintió una gran culpabilidad mientras empezaba a preguntarse si había hecho descender a sus hermanos a su infierno personal. No había pensado que lo siguieran, aunque estaba agradecido de que hubieran venido con él. Thor se sentía más decidido que nunca a llegar hasta Guwayne y encontrar una manera de sacar a todos sus hermanos de allí, de una manera u otra. Por el bien de ellos, si no era por el suyo.

Todos estaban sentados en el triste silencio, cada uno de ellos perdido en su mundo, el único sonido era el chisporrotear del fuego. Se preguntaba si alguna vez volvería a ver a Gwendolyn, si volvería a ver la luz del día de nuevo. Sus pensamientos eran cada vez más fatalistas, y sabía que necesitaba distraerse de este lugar.

“Necesito una historia”, dijo Thorgrin, sorprendido por el sonido de su propia voz al romper el silencio.

Todos se giraron y lo miraron sorprendidos.

“Alguien”, dijo Thor. “Cualquier historia. Cualquier cosa”.

Thor necesitaba que lo llevaran a algún lugar-a algún lugar diferente.

Un alarido se oyó por allí y, mientras estaban allí sentados, Thor se preguntaba si alguien hablaría. Si a alguien le quedaba energía para hablar.

Después de un silencio interminable, después de que Thor estuviera seguro de que estaba sentenciado a sus propios pensamientos, una voz por fin cortó el

aire. Era baja, solemne y agotada. Thor echó un vistazo y se sorprendió al ver que era Matus, inclinándose hacia delante, mirando hacia las llamas y hablando.

“Mi padre era un hombre duro”, dijo Matus lentamente. “Un hombre competitivo. Un hombre celoso. No era el tipo de padre que se alegra del éxito de su hijo. Al contrario, era el tipo de padre que se siente amenazado por él. Siempre tenía que ser más que yo-en todo. Lo cual era irónico, pues yo no deseaba nada más que quererlo toda mi vida, estar cerca de él. Sin embargo, cada vez que lo intentaba, me rechazaba. Encontraba la manera de crear un conflicto, de mantenerme a distancia. Pasó mucho tiempo hasta que aprendí que no era a mí a quien odiaba, sino a sí mismo”.

Matus respiró profundamente, mirando fijamente a las llamas, concentrado, perdido en otro mundo. Thor podía identificarse con sus palabras; él se había sentido igual con el hombre que lo había criado.

“Me sentía como si hubiera nacido en la familia equivocada”, continuó Matus. “Como si no encajara, al menos no en la imagen de lo que él quería que yo fuera. la cuestión es que, nunca estuve muy seguro de quién era esa persona que él quería.

“Sabía que no encajaba con el resto de los MacGils de las Islas Superiores. Yo sentía una afinidad con los MacGils del Anillo”, dijo, mirando hacia Reece. “Os envidiaba a todos, y quería escapar de las Islas, para ir al continente y unirme a la Legión”.

“Pero no pude. Estaba condenado a estar allí. Mis hermanos me odiaban. Mi padre me odiaba. La única que me quería era mi hermana, Stara...Y m madre”.

Con esta última palabra, Thor percibió la angustia en la voz de Matus. A continuación hubo un largo silencio y Matus finalmente encontró la valentía para volver a hablar, con la voz pesada por el agotamiento, como si estuviera viajando por reinos emocionales.

“Un día”, dijo Matus finalmente, aclarándose la garganta, “cuando tenía quizás unos trece años, mi padre me llamó para una cacería. Era una cacería pensada para mis hermanos mayores, pero él me retó a unirme. No porque pensara que yo mataría algo, sino porque quería superarme, ver a mis hermanoso superarme, y hacerme parecer estúpido. Quería mantenerme en mi lugar”.

Matus suspiró.

“Más tarde durante la cacería, cuando el día ya casi había acabado, nos encontramos con el jabalí más grande que jamás habíamos visto. Mi padre cargó contra él, lleno de baldronadas y agresión, desprovisto de la fina técnica que él decía poseer. Lanzó su lanza y falló, enfureciéndolo. Mis dos hermanos, impotentes, fallaron también.

“El furioso jabalí embistió contra mi padre y estuvo a punto de matarlo. Debía de haberlo dejado”.

“En cambio, reaccioné. Mi padre no lo sabía, pero yo había pasado muchas noches, mucho rato después de que los otros se hubieran dormido, practicando con mi arco. Disparó dos tiros perfectos y fueron a parar a la cabeza del jabalí. Cayó al suelo justo antes de tener la ocasión de alcanzar a mi padre”.

Matus suspiró y se quedó callado durante un buen rato.

“¿Te lo agradeció?” preguntó Reece.

Matus negó con la cabeza.

“Me echó una mirada que aún recuerdo hoy en día. Una mirada de rabia, humillación, celos. Allí estaba, vivo el más pequeño de sus hijos había conseguido derrotar a un jabalí que él no había podido. Me odió más incluso a partir de aquel día”.

Se hizo un largo silencio entre ellos, interrumpido solo por el chisporroteo del fuego. Thor reflexionó sobre esto y se dio cuenta de que tenía similitudes con su propio padre.

Thor fue transportado por la historia, y pensó que había acabado, cuando Matus de repente continuó.

“Al día siguiente”, continuó Matus, “mi madre murió. Las tormentas de las Islas Superiores nunca habían estado de acuerdo con mi madre. Era una mujer frágil y delicada, transportada a esas áridas islas por mi padre y su apetito de ambición. Cogió un resfriado y nunca se recuperó-aunque creo que lo que realmente la mató fue la angustia de dejar el continente”.

“Quería a mi madre lo suficiente como para justificar mi existencia y, cuando murió, sentí que no me quedaba nada en ese lugar. Asistí a su funeral con los demás en la cima del Monte Eleusis. ¿Lo conoces?” preguntó, mirando a Reece.

Reece asintió.

“La primera capital”, respondió.

Matus también asintió.

“Conoces tu historia, primo”.

“Fui instruido en ella desde que era un niño”, dijo Reece. “Mucho antes de la Corte del Rey, las Islas Superiores poseían el poder. Quinientos años atrás, era donde gobernaban los reyes. Antes de la Gran División”.

Matus asintió y Thor los miró a los dos y se sorprendió el alcance de su real educación, se preguntaba cuánto desconocía acerca de la historia del Anillo. Tenía el deseo de aprender más, de aprender acerca de los antiguos reyes, de los antiguos guerreros. Deseaba aprender historias sobre cómo había sido el Anillo siglos atrás, de viejas guerras y batallas y héroes y guerreros, de viejas capitales y viejas sedes de poder...Pero ahora no era el momento. Algún día se sentaría y lo aprendería todo. *Algún día*, se prometió a sí mismo.

“En cualquier caso”, dijo Matus, “aquel día, me quedé al lado de la tumba de mi madre y lloré; era demasiado para mí. Mucho después de que los otros se marcharan, yo estuve allí toda la noche, en lo alto de aquel monte, ante la presencia de la muerte y entonces fue cuando aprendí cuál era la sensación de muerte. Culpé a mi padre de su muerte, mi padre, que ni siquiera asisitio al funeral. Nunca le perdonaría lo de aquella noche. Era un hombre egoísta hasta las últimas consecuencias”.

Matus suspiró.

“Aquí, en este lugar, tengo aquella sensación de nuevo, por primera vez. Una sensación que pensaba que no volvería a sentir: la sensación de muerte. Mi madre está aquí en algún lugar. Siento miedo y deseo verla a la vez”.

Su historia concluyó, todos estaban allí en silencio, mientras tanto, Thor miró a Matus con un nuevo respeto. La historia en efecto la había transportado, los había transportado a todos ellos, fuera de aquella mazmorra y hacia otro lugar. ¿Encontraría Matus a su madre aquí? Thor se preguntaba.

Y sobre todo, ¿encontraría Thor a Guwayne?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Darius despertó de unos rápidos y turbulentos sueños a la primera luz del amanecer por el sonido de un cuerno de la aldea-un sonido bajo y de lamento que hacía que le dolieran los oídos- e inmediatamente supo que había problemas. Nunca se hacía sonar este cuerno salvo en emergencias fatales y solo lo había oído sonar una vez en su vida, cuando era un niño pequeño. Fue cuando uno de los aldeanos había intentado escapar y fue atrapado por el Imperio, torurado y ejecutado delante de todos ellos.

Con una profunda sensación de presagio, Darius saltó de la cama, se vistió rápidamente y salió corriendo por la puerta de su cabaña, con Dray a su lado, a sus pies durante todo el rato. Inmediatamente, pensó en Loti, y en la reunión del día anterior en la aldea. Los aldeanos habían discutido los unos con los otros sin fin, sin ponerse de acuerdo en una clara línea de actuación. Se estaban preparando para lo peor, para una condena inminente, la inevitable venganza del Imperio debía imponerse y, como era habitual, nadie estaba dispuesto a atacar, a llevar a cabo una acción decisiva. Darius apenas se sorprendía.

Aún así, Darius no esperaba que el Imperio llegara tan rápido, a la mañana siguiente. Se lo tendría que haber imaginado: el Imperio nunca esperaba para vengarse.

Darius corría por el camino de barro hacia el centro de la aldea, uniéndose a una multitud que crecía a medida que la gente salía de sus cabañas, hombres y mujeres, hijos, hermanos, primos, amigos, todos como hormigas por el camino principal hacia el centro de la aldea. Crecía por momentos.

A sus pies, Darius sentía que Dray lo seguía, mordiéndole juguetón los pies, siempre dispuesto a jugar fuera cual fuera la diversión que la aldea le trajera. Darius deseaba explicarle que no era un juego, pero sabía que Dray no lo entendería.

Mientras andaba, escaneaba las caras desesperadamente en busca de Loti, con la sensación de que tenía algo que ver con ella, con el Imperio, y sabiendo que lo necesitaría más que nunca. Habían llegado a un acuerdo el día antes que si sucedía algo-lo que fuera-se encontrarían junto al árbol grande que hay

antes de la aldea. Mientras todos los habitantes de la aldea corrían hacia el centro, Darius se desvió y corrió hacia el árbol, esperando que ella estuviera allí.

Darius se alivió al ver que estaba. Allí estaba, escaneando la multitud, claramente buscándolo, también, con él pánico escrito en su rostro.

Llegó hasta ella y ella se apresuró a sus brazos, con los ojos rojos de haber llorado. Solo podía imaginarse la larga noche que había pasado, especialmente dentro de la casa que la desaprobaba.

“Darius”, susurró en su oído, con una toma de aliento, y él pudo escuchar el alivio y el miedo en su voz.

“No te preocupes”, le contestó. “Está bien. Pase lo que pase, está bien”.

Temblando, se echó hacia atrás y negó con la cabeza mientras lo miraba a los ojos.

“No está bien”, dijo ella. “Nada volverá a estar bien. El Imperio quiere matarme. Quieren venganza. Nuestro propio pueblo quiere matarme. Se debe pagar un precio”.

“Escúchame”, dijo Darius seriamente, cogiéndola por los hombros. “Pase lo que pase hoy, bajo cualquier circunstancia, no les digas que fuiste tú. ¿Me comprendes? No admitas que lo hiciste”.

Ella lo miró, insegura.

“Pero y si...” empezó.

Él negó con la cabeza firmemente.

“No”, dijo él, con toda la seriedad que podía. “*Prométemelo*”.

Lo miró a los ojos y, mientras lo hacía, Darius podía ver cómo se fortalecían, lentamente ganaban resolución. Ella asintió, y empezó a erguirse un poco más.

“Lo prometo”, dijo en voz baja.

darius asintió, satisfecho, la tomó de la mano y la llevó rápidamente por el camino hacia el centro de la aldea.

Giraron la esquina y, al hacerlo, Darius vio que toda la aldea se había concentrado en el centro, mientras el cuerno sonaba de nuevo. Cuando Darius miró hacia arriba, pasadas sus caras, con la primera luz del amanecer, su corazón se encogió ante lo que vio. Allí, en el horizonte, bloqueando el camino de la aldea, había una enorme fuerza del Imperio, centenares de soldados con sus armaduras completas. Habían filas de zertas, escuadrones de soldados delante de ellos, empuñando toda clase de armas de acero, muy

disciplinados, erguidos, esperando la orden para matar.

No hacía falta decir nada más. Darius miraba a su gente y podía ver la tensión y el miedo. Sus aldeanos no tenían armas de verdad con las que contraatacar. No sería una lucha de verdad, en cualquier caso, no contra este ejército profesional.

Darius se preparó para el inevitable ataque que vendría a continuación, esperando a que el Imperio atacara. En cambio, hubo, extrañamente, un largo e incómodo silencio. El Imperio simplemente estaba allí, de cara a ellos, con sus banderas ondulándose con el viento de la mañana, como si quisieran aguantarlo todo.

Finalmente, el comandante del Imperio se adelantó, por delante de sus hombres, flanqueado por una docena de soldados y se puso de cara a los aldeanos.

“Se ha derramado sangre”, gritó fuerte, “y con sangre se pagará. Vuestro pueblo se ha llevado a uno de los nuestros. Habéis quebrantado la norma capital. Nuestros dos pueblos han vivido en armonía el uno con el otro porque vosotros, y las generaciones anteriores a vosotros, han vivido de acuerdo con las normas. Sabíais cuál era el precio por romperlas”.

Hizo una pausa.

“Sangre por sangre”, exclamó. “Nuestra gran emperadora, Volusia, la más grande de las Reinas de Volusia, el Dios del Este y gobernadora suprema del mar y de sus barcos, ha decidido, en su abundante misericordia, no mataros a todos. A cambio, solo torturaremos y mataremos a uno de vosotros, el responsable de este acto atroz. Solo os ofrecerá esta gran gracia una vez, y solo porque ayer fue la festividad de nuestros dioses”.

Entonces hubo una larga pausa, el único sonido era el ondear de las banderas, mientras el comandante dejaba que sus palabras calaran.

“Ahora”, exclamó, “el que lo hizo, que dé un paso al frente, admita sus crímenes y sufrirá la muerte por su pueblo. No se os hará esta generosa oferta dos veces. Que dé un paso al frente ahora”.

Todos los aldeanos estaban allí y Darius los observaba, viendo el pánico en sus rostros. Algunos se giraron a mirar a Loti, como si debatiendo si la delataban. Darius vio que Loti empezaba a llorar y notaba como le temblaba la mano dentro de la suya. Podía percibir que no estaba segura de qué hacer. Sentía que estaba a punto de dar un paso adelante y confesar.

Y él sabía que allí y entonces, fuera cual fuera el precio, era algo que su

honor no permitiría.

Darius la miró.

“Recuerda tu promesa”, dijo él en voz baja.

Darius, resuelto, de repente se adelantó, dando varios pasos por delante de los otros. Entonces hubo un grito sofocado de su pueblo al hacerlo.

“¡Fui yo, Comandante!” exclamó Darius, su voz resonando en el tranquilo aire de la mañana.

Darius sentía que temblaba por dentro, pero se negaba a mostrarlo. Estaba decidido a ser más fuerte que su miedo, a superarlo. Allí estaba, barbilla en alto, pecho hacia fuera, mirando fijamente y con orgullo, desafiante, al Imperio.

“Fui yo el que mató al capataz”.

El comandante del Imperio lo miró serio y fijamente durante un buen rato, un hombre alto, con la típica piel amarilla, los dos pequeños cuernos y los ojos rojos de la raza del Imperio, con los cuernos, la enorme estructura corporal. Darius podía ver en sus ojos una mirada de respeto.

“Has confesado tus crímenes”, exclamó. “Eso está bien. Como premio, te torturaremos rápidamente antes de matarte”.

El comandante hizo una señal con la cabeza a sus hombres y hubo un sonido de armaduras y espolones, mientras media docena de soldados marchaban hacia delante, rodeando a Darius, cada uno de ellos agarrándolo brutaemente por el brazo y arrastrándolo hasta el comandante.

Dray gruñó y saltó, clavando los dientes en la espinilla de uno de ellos, y el soldado gritó a la vez que soltaba a Darius. Dray soltó un sonido bravo mientras tiraba de él, derramando sangre, el soldado incapaz de deshacerse de él.

El soldado agarró su espada y Darius supo que debía actuar con rapidez si quería salvar la vida a Dray.

“¡Dray!2 exclamó Darius tajantemente. “¡Vete a casa! ¡AHORA!”

Darius usó su voz más fiera, rogando que Dray la escuchara y Dray de repente lo soltó, se dio la vuelta y se fue corriendo hacia la multitud.

Por poco escapó de la espada del soldado, que no dio a otra cosa que no fuera aire. Todos se dieron la vuelta y continuaron arrastrando a Darius.

“¡No!” gritó una voz.

Todos se detuvieron y vieron cómo Loti se adelantaba, llorando.

“¡Él no lo hizo! Es inocente. Lo hice yo”, dijo en voz alta.

El comandante, confundido, miraba de ella hacia Darius, preguntándose a quién creer.

“Las palabras de una mujer intentando salvar a su marido”, exclamó Darius. “¡No os la creáis!”

El comandante del Imperio miraba de un lado hacia el otro, el corazón de Darius latía fuerte, con esperanzas, rogando que el capataz lo creyera a él.

“¿realmente piensa que una mujer frágil podría estrangular a un capataz todopoderoso?” añadió Darius.

Finalmente, el comandante hizo una sonrisa estirada.

“Nos insultas”, dijo el comandante a Loti, “si crees que una mujer débil como tú puede matar a nuestros hombres. Si así fuera, yo mismo los mataría. Guarda tu lengua, mujer, antes de que te la corte con mi espada”.

“No”, exclamó Loti.

Darius vio unos hombres que se adelantaban y la refrenaban, echándola hacia atrás mientras ella los azotaba. Estaba abrumado por su lealtad hacia él y lo emocionaba profundamente, le daba consuelo antes de lo que él sabía que sería su muerte.

Darius sentía cómo tiraban de él y pronto se encontró atado a un palo, de cara al mismo, atado a él por las manos y los tobillos. sintió unas manos ásperas que rasgaban su camisa por la espalda, oyó un ruido que rasgó el aire y sintió su espalda al descubierto en el sol de la mañana y el aire fresco.

“Como hoy me siento piadoso”, gritó fuerte el comandante, “¡empezaremos solo con cien latigazos!”

darius tragó saliva, negándose a permitir que nadie viera el miedo en su rostro mientras sus muñecas se sujetaban firmemente a la madera. Se preparaba para el terrible dolor que vendría.

Antes de que pudiera acabar un pensamiento, Darius oyó el crujido de un látigo y, de repente, cada nervio de su cuerpo chilló al sentir un horrible dolor en su espalda. Sentía como su piel se desgarraba de su carne, sentía su sangre expuesta al aire. Era el peor dolor de su vida. No sabía cómo se recuperaría de esto, mucho menos de noventa y nueve más.

El látigo crujió de nuevo en el aire y Darius sintió otro golpe, esta vez peor que el anterior, se quejó otra vez y se agarró a la madera, sin permitirse a sí mismo gritar.

Los latigazos volvieron otra vez, y otra, y darius se sentía perdido en otro lugar, un lugar de honor y gloria y valor. Un lugar de sacrificio. Un lugar de

sacrificio por alguien a quién quería. Pensaba en Loti, en el dolor que hubiera sufrido por esto; pensaba en su hermano cojo, un hombre al que Darius amaba y respetaba también, y en cómo ella se había sacrificado por él. Aguantó el siguiente latigazo, y el siguiente, sabiendo que los aguantaba por ella.

Darius se retiraba más y más profundamente en sí mismo, en un sitio de escape, y mientras lo hacía, sentía una conocida sensación que crecía dentro de él, sentía un calor que subía hasta sus manos. sentía cómo su cuerpo deseaba usar su poder. Ansiaba poderlo utilizar. Sabía que si lo hacía, podría librarse de aquello. Podría vencerlos a todos.

Pero Darius no lo permitiría; se paró a sí mismo, impidiendo que se desarrollara. Le daba miedo usarlo. Y por mucho que lo deseara, no quería ser un exiliado en su pueblo. Prefería morir mártir que ser recordado como un mago al que llenaran de injurias.

Vino otro latigazo, después otro, y Darius luchaba por resistir. Respiraba con dificultad y daría cualquier cosa a cambio de agua. estaba empezando a preguntarse si lo sobreviviría-cuando, de repente, una voz cortó el aire.

“¡Basta!” dijo la voz en alto. “Tenéis al hombre equivocado”.

El crujido del látigo cesó y darius se dio la vuelta débilmente y se sorprendió al ver a Loc, el hermano cojo de Loti, dando un paso por delante de los demás.

“Fui yo quién mató al capataz”, dijo Loc.

El comandante del Imperio lo miró fijamente, confundido.

“¿Tú?” dijo en voz alta, mirándolo de arriba abajo con descrédito.

De repente, Raj dio un paso adelante, poniéndose al lado de Loc.

“No”, exclamó Raj. “Fui yo quien lo mató”.

Desmond dio un paso adelante, al lado de Raj.

“¡No, fui yo!” gritó Luzi.

Se hizo un largo y tenso silencio entre la multitud, hasta que finalmente, uno a uno, todos los amigos de darius dieron un paso hacia adelante.

“¡No, fui yo!” resonaba una voz tras otra.

Darius se sentía profundamente agradecido a sus hermanos, muy conmovido por su lealtad; le hacía sentir querer morir un millón de muertes por ellos. Todos ellos estaban allí, encarándose con orgullo al Imperio, docenas de ellos dando un paso adelante, todos deseando ser castigados en su lugar.

El comandante del Imperio protestó hacia todos ellos y soltó un gruñido de

frustración. Se dirigió hacia Darius y Darius sintió unas manos ásperas tras su espalda, mientras el comandante le agarraba fuerte, se inclinaba hacia delante y le susurraba al oído, con su aliento caliente en su nuca.

“Debería matarte, chico”, dijo furioso, “por mentirme”.

Darius sintió que una daga presionaba su garganta, sentía como el comandante la apretaba contra su piel y sintió que podría hacerlo.

En cambio, Darius de repente sintió un tirón en el pelo, su larga y despeinada coleta hacia atrás y, de repente, notó el filo tocando su pelo-el pelo que no se había cortado desde que nació.

“Un pequeño detalle para que te acuerdes de mí” dijo el Comandante, con una oscura sonrisa en los labios.

“¡NO!” exclamó Darius. De alguna manera, la idea de que le cortaran el pelo le afectaba más que ser azotado.

La aldea lanzó un grito ahogado cuando, con un corte limpio, el comandante tiró su pelo hacia atrás y lo cortó de tajo. Darius bajó la cabeza. Se sentía humillado, desnudo.

El comandante cortó las cuerdas que le ataban los tobillos y los pies y Darius se desplomó en el suelo. Débil por los golpes, desorientado, Darius sentía las miradas de su gente encima de él y, a pesar de lo doloroso que era, se obligó a ponerse de pie.

Se puso de pie con orgullo y miró al comandante, desafiante.

El comandante, sin embargo, se dio la vuelta y se dirigió a la multitud.

“¡Alguien está mintiendo!” gritó fuerte. “Tenéis un día para decidirlos. Mañana cuando rompa el día, volveré. decidiréis si queréis decirme quién mató a este hombre. Si no es así, os torturaremos y mataremos a todos, a cada uno de vosotros. Si lo hacéis, entonces solo os cortaremos el pulgar derecho a cada uno. Este es el precio por por mentirme hoy aquí y por hacerme volver. Esto es clemencia. Volved a mentir y, por mi alma, os lo juro, aprenderéis lo que es no tener clemencia.

El comandante dio la vuelta, montó en su zerta, hizo una señal a sus hombres y, a una, se marcharon, volviendo por el camino por el que habían venido. Darius, para quien el mundo daba vueltas, veía con dificultad a sus hermanos, Loti, todos ellos se apresuraron, llegando a él justo a tiempo, mientras tropezaba y caía en sus brazos. *Cuántas csas pueden pasar, pensaba, mirando al sol antes de perder la conciencia, antes de que que rompa el día/amanezca.*

CAPÍTULO VEINTISIETE

Godfrey, junto a Akorth, Fulton, Merek y Ario andaban por el camino de barro que lleva a la gran ciudad de Volusia y se preguntaba por qué razón se había metido en esto. Observaba a sus inverosímiles compañeros y sabía que tenía un problema: estaban Akorth y Fulton, dos gandules borrachos, buenos hacer comentarios ingeniosos, pero no mucho más; Merek, un ladrón que se pasaba la vida robando, que mintiendo salió de las mazmorras y se unió a la legión, bueno por sus influencias de callejón y sus hábiles manos, pero poco más; y finalmente, Ario, un chico de las selvas del Imperi, de aspecto enfermizo, que parecía que estaría mejor en un aula en algún sitio.

Godfrey negaba con la cabeza mientras pensaba en el ridículo grupo, el patético grupo de cinco, los héroes más inverosímiles, partiendo a conseguir lo imposible, a entrar a una de las ciudades más cerradas del Imperio, para encontrar a la persona adecuada a quien pagar y convencerla de coger el oro que incluso ahora le agobiaba, colgado en sacos alrededor de sus cinturas. Y con el mismo Godfrey como líder. No tenía ni idea de por qué confiaban en él; él no confiaba en sí mismo. Godfrey se sorprendería incluso si consiguiera pasar las puertas de la ciudad, una hazaña que todavía no sabía cómo iba a llevar a cabo.

De todas las locuras que había hecho, godfrey no sabía cómo se había metido en esta. Una vez más, había permitido de manera estúpida que su incontrolable rayo de baladronadas tomara el control, le poseyera. dios sabe por qué razón. Tendría que haber mantenido la boca cerada y haberse quedado allí, seguro con Gwendolyn y los demás. En cambio, allí estaba, prácticamente solo, y preparándose para dar su vida por los aldeanos. Él sentía que esta misión estaba llamada a fracasar desde el principio.

Mientras caminaba Godfrey agarró la bota de vino de las manos de Akorth y dio un largo trago, saboreando el zumbido que fue directo a su cabeza. Deseaba dar la vuelta, más que cualquier otra cosa. Pero algo dentro de él no podía. Algo dentro de él pensaba en aquella chica, Loti, que había sido tan valiente, que había matado al capataz para defender a su hermano cojo-y la admiraba. Sabía que los aldeanos estaban en clara desventaja numérica y tenía

que encontrar otra manera. Y por sus años en la lucha sabía que *siempre* hay otra manera. Si había una cosa en la que era bueno, era en encontrar otra manera. Se trataba de encontrar a la persona adecuada, al precio adecuado.

Godfrey volvió a beber, odiándose a sí mismo por ser caballeroso; él amaba la vida, amaba la supervivencia, más que la valentía y, aún así, no podía parar de hacer estas acciones. Andaba, malhumorado, intentando obviar los chistes interminables de Akorth y Fulton, que no habían parado de hablar desde que salieron.

“Yo sé lo que haría en un prostíbulo de mujeres del Imperio”, dijo Akorth. “Les enseñaría los placeres del Anillo”.

“No les enseñarías nada”, replicó Fulton. “Estarías tan borracho que no llegarías ni a sus camas”.

“¿Y tú?” replicó Akorth. “¿No estarías borracho?”

Fulton soltó una risita.

“¡Sí, estaría lo suficientemente borracho para saber que no debo entrar en un prostíbulo de mujeres del Imperio!” dijo él, rompiendo a reír de su propio chiste.

“¿Nunca paran estos dos?” preguntó Merek a Godfrey, poniéndose a su lado, con una mirada irritada en su cara. “Nos estamos dirigiendo hacia a la muerte y ellos se lo toman alegremente”.

“No, no lo hacen”, dijo Godfrey. “Míralo por el lado bueno. Yo los he tenido que soportar toda mi vida; tú solo tendrás que soportarlos unas cuantas horas más. para entonces todos estaremos muertos”.

“No sé si puedo aguantar unas cuantas horas más”, dijo Merek. “Quizás ofrecerme voluntario para esta misión fue una mala idea”.

“¿Quizás?” engulló Akorth. “Chico, no tienes ni idea de lo mala que fue”.

“¿Cómo pensaste que podrías contribuir en cualquier caso?” añadió Fulton. “¿Un ladrón? ¿Qué harás, robar corazones del Imperio?”

Akorth y Fulton rompieron a reír y Merek enrojeció.

“Un ladrón es rápido con sus manos, más rápido de lo que tú jamás serás”, le respondió misteriosamente, “y no cuesta mucho más cortarle el cuello a alguien”. Miró directamente a Akorth, serio, mientras empezaba a sacar su cuchillo de su cintura.

Akorth levantó las manos, parecía aterrado.

“No pretendía insultarte, chico”, dijo.

Lentamente, Merek guardó el cuchillo en su cinturón y se calmó mientras

continuaban andando, Akorth más silencioso esta vez.

“Un genio rápido, ¿eh?” preguntó Fulton. “Esto es bueno en la batalla. Pero no entre amigos”.

“¿Y quién dijo que éramos amigos” preguntó Merek.

“Creo que necesitas un trago”, dijo Akorth.

Akorth le pasó el frasco, una oferta a modo de tregua, pero merek la ignoró.

“No bebo”, dijo Merek.

“¿No bebes?” dijo Fulton. “¿¡Un ladrón que no bebe!?” verdaderamente estamos condenados al fracaso”.

Akorth tomó un buen trago.

“Quiero oír aquella historia...” empezó Akorth, pero una voz suave le cortó.

“Yo, de vosotros, me detendría”

Godfrey miró y se sorprendió al ver que el chico, Ario, se había parado cerca del camino. Godfrey estaba impresionado por el aplomo del chico, su calma, mientras estaba allí, mirando hacia el sendero. Miraba hacia el bosque como si estuviera buscando algo amenazador.

“¿Por qué nos hemos detenido?” preguntó Godfrey.

“¿Y Por qué estamos escuchando a un chico?” preguntó Fulton.

“Porque este chico es vuestra mejor y única esperanza para guiarte por las tierras del Imperio”, dijo Ario con calma. “Porque si no hubieráis escuchado a este chico y hubieráis dado tres pasos más, en breve estaríais en una cámara de tortura del Imperio”.

Todos se detuvieron y lo miraron, perplejos, y el chico agarró una piedra y la lanzó hacia el sendero. Fue a parar a escasos metros delante de ellos y Godfrey observó, asombrado, como una red enorme de repente salida disparada hacia el aire, escondida bajo las hojas, levantada por las ramas. Unos pocos metros más, se dio cuenta Godfrey, y nos hubieran atrapado a todos.

Miraron al chico admirados y con un nuevo respeto.

“Si un chico tiene que ser nuestro salvador”, dijo Godfrey, “tenemos un problema más grande de lo que pensaba. Gracias”, le dijo. “Te debo una. Te daré una de esas bolsas de oro, si nos sobra alguna”.

Ario se encogió de hombros y continuó caminando, sin mirarlos, diciendo, “El oro no significa nada para mí”.

Los otros intercambiaron una mirada de sorpresa. Godfrey nunca había visto a alguien tan impasible, tan estoico ante el peligro. Empezaba a darse cuenta de la suerte que había tenido de que este chico se hubiera unido al grupo.

Todos andaban y andaban, las piernas de Godfrey temblaban, y se preguntaba si este lamentable grupo alguna vez llegaría a las puertas.

*

Cuando sus piernas estaban temblando por el cansancio, el sol estaba en lo alto del cielo y Godfrey había vaciado la segunda bota de vino. Finalmente, tras muchas horas andando, Godfrey vio delante de ellos el final de la hilera de árboles. Y más allá de ella, después de un descampado, vio un ancho camino adoquinado y la puerta de ciudad más enorme que jamás había visto.

Las puertas de Volusia.

Delante de ella había docenas de soldados del Imperio, vestidos con las más finas armaduras y cascos con pinchos, del negro y dorado del Imperio, empuñando lanzas, erguidos y mirando fijamente al frente. Vigilaban un enorme puente levadizo y la entrada se encontraba a unos quince metros por delante de Godfrey y los demás.

Todos estaban allí, escondidos en el límite del bosque, mirando con atención, y Godfrey sintió cómo todos se giraban a mirarlo.

“¿Y ahora qué?” dijo Merek. “¿Cuál es tu plan?”

Godfrey tragó saliva.

“No tengo”, contestó.

Los ojos de Merek se abrieron como platos.

“¿No tienes un plan?” dijo Ario, indignado. “¿Entonces por qué te ofreciste voluntario para esto?”

Godfrey se encogió de hombros.

“Ya me gustaría saberlo”, dijo. “Por estupides, sobre todo. Quizás junto a un poco de aburrimiento”.

Todos protestaron y lo miraron, furiosos, mirando después hacia la puerta.

“Quieres decir”, dijo Merek, “que nos has traído a la ciudad más custodiada del Imperio sin ningún tipo de plan?”

“¿Qué pensabas hacer”, preguntó el chico, “simplemente entrar por la puerta?”

Godfrey pensó en todas las temeridades que había hecho en su vida y se dio cuenta de que probablemente esta era la peor. Deseaba poder pensar con claridad para acordarlas todas, pero la cabeza le daba vueltas por todo lo que había bebido.

Finalmente, eructó y respondió:

“Esto es exactamente lo que quiero hacer”.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Reece abrió lentamente los ojos, sintiéndose mareado por el vapor rojo que venía de todas partes en aquel sitio y miró alrededor en la oscuridad de la cueva. Se dio cuenta de que se había quedado dormido, todavía sentado con la espalda contra la pared de la cueva; delante de él vio una hoguera ardiendo, que salía del suelo de piedra y se preguntó cuánto tiempo había dormido aquí.

Reece miró a su alrededor y vio a Thorgrin, Matus, Conven, O'Connor, Elden e Indra esparcidos a su alrededor, todos tumbados al lado del fuego. Con suavidad, se inclinó y les dio un codazo y ellos se despertaron lentamente, uno a uno.

La cabeza de Reece parecía que pesara media tonelada mientras intentaba levantarse sobre sus manos y rodillas, después sobre sus pies. Se sentía como si hubiera dormido cien años. Se dio la vuelta y miró hacia la oscuridad mientras oía un suave quejido, que resonaba en las paredes, pero no podía decir de donde procedía. Sentía como si hubiera estado aquí, en esta tierra de muertos, desde siempre, como si hubiera estado aquí más tiempo que el que llevaba vivo.

Aún así, Reece no se arrepentía. Estaba al lado de su hermano, y no había un sitio en el que quisiera estar más. Thor era su mejor amigo y Reece sacaba fuerzas de la negación de Thor a volverse atrás ante un reto, de su decisión por encontrar y rescatar a su hijo. Lo seguiría hasta los confines del infierno.

No hacía tanto que el mismo Reece había estado allí, en aquel lugar de sufrimiento, de dolor por un ser querido. Vivía con la pérdida de Selese cada día y comprendía por lo que estaba pasando Thor. Era la cosa más extraña; estando aquí abajo, Reece se sentía más cerca de Selese que nunca, sentía una extraña sensación de paz. mientras pensaba en ello, recordaba que lo había despertado un sueño de ella. Todavía podía ver su rostro, sonriéndole, despertándolo.

Se oyó otro gemido proveniente de algún lugar en la oscuridad y Reece se dio la vuelta y agarró la empuñadura de su espada, como hicieron los demás, todos ellos con los nervios a flor de piel. A una, empezaron a caminar, andando en silencio, con Thorgrin al frente. Reece estaba famélico, sentía un

hambre tremenda que no podía reprimir, como si no hubiera comido en un millón de años.

“¿Cuánto tiempo hemos dormido?” preguntó O’Connor mientras caminaban.

Se miraron todos los unos a los otros, preguntándose.

“Me siento como si hubiera envejecido”, dijo Elden.

“Parece que lo hayas hecho”, dijo Conven.

Reece flexionó sus brazos, manos y piernas. Estaban rígidos, como si no se hubiera movido durante mucho rato.

“No debemos dejar de movernos”, dijo Thorgrin. “Nunca más”.

Juntos anduvieron hacia la oscuridad, Thor indicando el camino, Reece a su lado, todos ellos mirando con dificultad con la escasa luz de las hogueras mientras serpenteaban por los túneles. Un murciélago pasó volando por su cabeza, seguido de otro y otro más, y Reece se agachó y miró hacia el techo y vio ojos brillantes de diferentes colores, criaturas exóticas que colgaban del techo del revés, algunos en las paredes.

Reece agarró con fuerza la empuñadura de su espada, preparándose para un ataque, con una sensación premonitoria.

Mientras continuaban caminando, la estrecha cueva se abrió, ensanchándose hacia un gran claro circular, de quizás unos quince metros de diámetro. delante de ellos había una serie de túneles, cuevas que se prolongaban en todas direcciones.

El claro estaba bien iluminado, con hogueras por todas partes, y Reece estaba sorprendido de ver cómo se abría, de ver todas las bifurcaciones del camino.

todavía se sorprendió más, sin embargo, con la visión que había delante de él.

Reece se desplomó sobre sus rodillas, boquiabierto, a punto de caerse al suelo, cuando vio, a pocos metros, a su amor.

Selese.

Reece, con lágrimas en los ojos, miraba asombrado como Selese se adelantaba y se dirigía hacia él. Le tomó de las manos, con su piel suave, sonriéndole suavemente, los ojos le brillaban con amor, tal y como recordaba. Poco a poco, lo ayudó a levantarse.

“¿Selese?” dijo, con miedo a creerlo, su voz apenas por encima de un susurro.

“Soy yo, mi amor”, respondió.

Reece lloró al abrazarla y ella lo abrazó, cada uno de ellos sujetando fuerte al otro. Estaba impresionado de poderla abrazar de nuevo, de que realmente estuviera entre sus brazos. Estaba abrumado por su tacto, por su olor, por la manera en que estaba en sus brazos, tal y como lo recordaba. Era realmente él. Selese.

Incluso más, no lo odiaba. parecía tener el mismo amor por él que la última vez que la había visto.

Reece lloraba, sobrepasado, sin haber tenido nunca en su vida estos sentimientos. Sentía una tremenda culpa por lo que había hecho, al recordarlo todo, de nuevo. Sin embargo, también sentía amor y agradecimiento por tener una segunda oportunidad.

“He pensado en ti cada día desde la última vez que te vi”, dijo.

“Y yo en ti”, dijo Selese.

Reece se echó hacia atrás y la miró, con la mirada fija, y ella estaba más hermosa que la última vez que la había visto.

Reece vio algo encima de su brazo, miró hacia abajo y vio una azucena saliendo de su manga. Él se la quitó, confundido; estaba mojada.

“¿Qué es esto?” preguntó Reece.

“Una azucena, mi amor”, dijo ella en voz baja. “Del Lago de los Lamentos. Del día en que me ahogué. En la tierra de los espíritus, nuestros métodos de muerte cuelgan de nosotros, especialmente si son inflingidos a uno mismo. Nos recuerdan cómo morimos. Si no, a veces es difícil de olvidar”.

Reece sintió una nueva ráfaga de culpa y dolor.

“Lo siento”, dijo. “He pedido tu perdón cada día desde que moriste. Ahora puedo pedírtelo en persona. ¿Me perdonas?”

Selese lo miró durante un buen rato.

“He oído tus palabras, amor mío. Vi la vela que encendiste, que enviaste montaña abajo. he estado contigo. A cada momento, he estado contigo”.

Reece abrazó a Selese, llorando sobre su hombro mientras la sujetaba con fuerza, decidido a no dejarla ir de nuevo jamás, aunque eso significara no poder salir de aquel lugar”.

“Sí”, suspiró, en su oído. “Te perdono. Todavía te quiero. Siempre lo he hecho”.

Thorgrin estaba al lado de su mejor amigo Reece, abrumado por la emoción mientras observaba su lacrimoso reencuentro con ella. Se echó atrás con los demás, todos ellos intentándoles dar intimidad. Thor nunca hubiera esperado esto. Solo esperaba demonios y diablos y enemigos; no había previsto seres queridos. Esta tierra, este sitio de los muertos, era muy misterioso para él.

Thor apenas había entendido el concepto cuando, de repente, de uno de los túneles que llevaban al claro, salió otra persona, un hombre al que Thor conocía bien. Andó y se quedó allí, orgulloso, mirando al grupo y el corazón de Thor palpitó con fuerza al ver de quién se trataba.

“Mis hermanos”, dijo el hombre en voz baja, estando allí con una sonrisa, con la espada brillante en su cinturón, justo como Thor lo había visto por última vez. Thor no lo podía creer. aquí estaba él, en persona, el querido miembro de su grupo:

Conval.

Conven de repente dio un grito ahogado y corrió hacia delante.

“¡Mi hermano!” exclamó.

Los dos hermanos se abrazaron, haciendo un gran ruido metálico, cada uno de ellos apretando la armadura del otro, sin soltarse. Conven lloraba mientras abrazaba al hermano que había perdido hacía tiempo, riendo y llorando a la vez, y Thor vio su cara, por primera vez en lunas, llena de alegría. Conven estaba más eufórico de lo que Thor lo había visto desde que su hermano murió. El viejo Conven, lleno de vida, había vuelto a ellos de nuevo.

Thor, también, dio un paso adelante y abrazó a Conval, su viejo hermano de la Legión, el hombre que había recibido un golpe en lugar de él y le había salvado la vida. reece, Elden, Indra, O’Connor y Matus dieron un paso adelante y lo abrazaron también.

“Sabía que os vería a todos algún día”, dijo Conval. “¿Pero no pensaba que fuera tan pronto!”

Thor apretó el brazo de Conval y lo miró a los ojos.

“Moriste por mí”, dijo Thorgrin. “Nunca lo olvidaré. Estoy en gran deuda contigo”.

“No me debes nada”, dijo Conval. “Observaros ha sido suficiente pago. He estado observándoos a todos. Una y otra vez, habéis actuado con valor. Con honor. Habéis hecho que me sienta orgullosos. Habéis hecho que mi

muerte valiese la pena”.

“¿Es verdad?” dijo Conven, examinando a su hermano, agarrándole por el hombro, todavía perplejo. “¿Eres realmente tú?”

Conval asintió.

“Se suponía que no me ibais a ver en muchos años”, dijo Conval. “Pero escogisteis entrar en esta tierra. Es una elección de la cual no os pude detener. Así que, bienvenidos a mi hogar, hermanos míos. Me temo que es un poco húmedo y tenebroso”.

Conven se echó a reír, como hicieron todos los demás y, por primera vez desde que entraron a este lugar, Thor sintió un alivio momentáneo de la tensión que había sentido en cada paso del camino.

Thor estaba a punto de preguntarle más cosas sobre aquel sitio cuando, de repente, salió otro hombre de otro túnel.

Thor apenas podía creérselo. Acercándose a él había un hombre que una vez representó todo su mundo. Un hombre al que había respetado más que a cualquier otro hombre. Un hombre al que estaba seguro que no volvería a ver.

Allí estaba el Rey MacGil.

Con una herida en el pecho donde su hijo lo había apuñalado con una daga, estaba allí orgulloso, con una gran sonrisa a través de su larga barba, una sonrisa que Thor recordaba con cariño.

“Mi Rey”, dijo Thor, agachando la cabeza y arrodillándose, igual que los demás.

El Rey McGil negó con la cabeza y se adelantó, cogiendo a Thor por el brazo y ayudándolo a levantarse.

“Levántate”, dijo, con una voz fuerte, aquella voz conocida que Thor recordaba. “Todos vosotros, levantaos. Podéis estar de pie ahora. Ya no soy vuestro Rey. La muerte nos hace a todos iguales”.

Reece corrió hacia delante y abrazó a su padre y el Rey también lo abrazó.

“Hijo mío”, dijo el Rey MacGil. “Tendría que haberte tenido más cerca. Mucho más cerca que a Gareth. Te subestimé por tu edad. Es un error que no volvería a cometer si tuviera la oportunidad”.

El Rey MacGil miró a Thor y le agarró el hombro.

“Nos has hecho sentir orgullosos a todos”, le dijo a Thor. “Nos has concedido el valor a todos nosotros. Por ti, seguimos viviendo. Ahora vivimos a través de ti”.

Thor abrazó al Rey, mientras él también lo abrazaba.

“¿Y mi hijo?” le preguntó Thor, echándose hacia atrás. “¿Está con vosotros Guwayne?”

Thor tenía miedo de hacer la pregunta, temía la respuesta.

MacGil miró hacia abajo.

“Esta no es una pregunta que pueda contestar yo”, dijo. “Debes preguntársela al Rey”.

Thor lo miró, confundido.

“¿Al Rey?” preguntó Thor.

MacGil asintió.

“Todos los caminos llevan a un sitio aquí. Si estáis buscando a alguien aquí, nada pasa por aquí sin pasar por las manos del Rey de los Muertos”.

Thor lo miró extrañado.

“He venido para guiaros”, dijo MacGil. “Un antiguo Rey puede presentar a otro. Si no le gusta vuestra petición, os matará. Podéis dar la vuelta ahora y yo os ayudo a encontrar la salida. O podéis ir hacia delante y encontraros con él. Pero el riesgo es grande”.

Thor miró a los demás y todos lo miraron en acuerdo, con decisión en sus ojos.

“Hemos llegado hasta aquí”, dijo Thor, “y no hay vuelta atrás. Vamos al encuentro del Rey”.

El Rey MacGil asintió, con aprobación en la mirada.

“No esperaba menos”, dijo.

El Rey MacGil se dio la vuelta y ellos lo siguieron por un nuevo túnel, adentrándose más y más en la oscuridad y Thor se preparaba, agarrando fuerte su espada, con la sensación de que el próximo encuentro determinaría su vida en adelante.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Vólusia viajaba en su carruaje de oro, llevada por su procesión de hombres, una docena de su más finos oficiales y asesores acompañándola en este largo viaje a Maltolis, la ciudad del príncipe chiflado. Mientras se acercaban a las puertas, la gran ciudad se desplegaba ante ella y Vólusia miraba hacia arriba maravillada. Había oído hablar de la ciudad loca y del príncipe chiflado, Matolis, que, como ella, había sacado su nombre de la ciudad, siempre desde que era una niña, pero nunca la había visto. Por supuesto, su madre la había advertido, igual que todos sus consejeros, que nunca se atreviera a acercarse a ella. Decían que estaba poseída; que todo aquel que se acercaba, nunca volvía.

La idea la divertía. Vólusia, audaz, en busca del conflicto, miró las enormes murallas, todas hechas de piedra negra e inmediatamente vio que, aunque Vólusia era una gran ciudad, Matolis era diez veces más grande en envergadura y tamaño, con sus enormes murallas elevándose al cielo. Mientras Vólusia estaba construida al lado del mar, con la olas al romper y el mar azul visible por todas partes, Matolis estaba envuelta de tierra, en las profundidades de las tierras del este, enmarcada por un árido desierto y un campo de cactus negros retorcidos. Eran una decoración acorde para anunciar este lugar.

Todos se detuvieron delante de un puente de piedra que se alargaba sobre un foso, de casi veinte metros de anchura, de brillantes y profundas aguas azules, rodeando la ciudad. Solo había una entrada y una salida a la ciudad, a través de este negro puente arqueado, fuertemente custodiado por docenas de soldados alineados.

“Bajadme”, ordenó Vólusia. “Quiero verlo por mí misma”.

Hicieron lo que se les ordenó y, cuando los pies de Vólusia tocaron el suelo, se sintió bien por estar de pie después de todos aquellos kilómetros en que la habían llevado. Inmediatamente empezó a caminar hacia el puente, con sus hombres corriendo tras ella.

Vólusia se detuvo ante él, echando una mirada: en fila a lo largo del puente había una serie de picas, todas ellas con las cabezas de hombres acabadas de

decapitar clavadas en ellas, con la sangre fresca goteando de ellas. Pero lo que realmente la sorprendió fue lo que vio encima de esto: allá arriba había una barandilla de oro y de ella colgaban torsos de soldados, con las piernas arrancadas. Era una visión horripilante y una manera siniestra de anunciar la ciudad. No tenía sentido, pues todos aquellos soldados parecían ser los hombres del príncipe.

“Se rumorea que mata a sus propios hombres”, dijo Soku adelantándose y susurrando al oído de Volusia, también boquiabierto ante tal visión. “Cuanto más leales son, más posibilidades hay de que los mate”.

“¿Por qué?” preguntó ella.

Soku se encogió de hombros.

“Nadie lo sabe”, respondió él. “Algunos dicen que por diversión; otros dicen que por aburrimiento. Nunca intente analizar las razones de un loco”.

“Y si está tan loco”, replicó ella, “cómo gobierna una ciudad tan grande? ¿Cómo la conserva?”

“Con un ejército que heredó, más inmenso de lo que el nuestro jamás será”.

“Se dice que intentaron sublevarse cuando él llegó al poder”, dijo Koolian, acercándose por su otro lado. “Pensaron que sería fácil. Pero él les sorprendió a todos. Mató a los rebeldes de las formas más horripilantes, empezando primero por sus familias. Resultó ser más cruel e impredecible de lo que el mundo podía saber”.

“Se lo advierto de nuevo, mi señora”, dijo Soku. “Alejémonos de este lugar. Encontremos un ejército en otro sitio. El príncipe chiflado no le prestará sus ejércitos. No posee nada que él quiera, nada que le pueda dar. ¿Por qué iba a considerarlo?”

Volusia lo miró, con una mirada fría y dura.

“Porque soy Volusia”, dijo ella, en su voz sonaban la autoridad y el destino. “Soy la Diosa Volusia, nacida del fuego y las llamas, del viento y el agua. Aplastaré naciones bajo mis pies y nada de este mundo, ni un ejército, ni un príncipe, me detendrá”.

Volusia se volvió hacia el puente y siguió su camino, sus hombres se apresuraban a seguirla, hasta que llegó a la base y una docena de soldados la detuvieron, bajando sus lanzas, bloqueándole el camino.

“Exponga aquí su propósito”, dijo uno, con el rostro escondido tras el casco.

“Dirijase a ella como Emperatriz”, dijo Aksan, adelantándose, indignado. “Estás hablando con la gran Emperadora y Diosa de Volusia. La Reina de Volusia. Reina de la gan ciudad al lado del mar y Reina de todas la sprovincias del Imperio”.

“No dejamos pasar a nadie sin el permiso del Príncipe”, respondió el soldado.

Volusia se adelantó, levantó la mano hacia la punta de la afilada lanza y lentamente la bajó.

“Tengo una oferta para tu Príncipe”, dijo en voz baja. “Una que no puede rechazar. Nos dejarás pasar porque tu Príncipe te matará si descubriera que nos has rechazado”.

Los soldados, inseguros, bajaron sus lanzas y se miraron los unos a los otros, perplejos. Uno asintió con la cabeza y, poco a poco, todos estaban erguidos, dejándola pasar.

“Podemos llevarla hasta nuestro Príncipe”, dijo el soldado. “Pero si no le gusta su petición, bien...ya ven su obra”, dijo, mirando hacia arriba.

Volusia siguió su mirada y miró todos los cuerpos mutilados que adornaban el puente.

“¿Desea correr ese riesgo?” preguntó el soldado.

“Mi Emperadora, vayámonos de este lugar”, le dijo Soku con insistencia al oído. “Algunas puertas es mejor no abrirlas”.

Volusia movió la cabeza y dio el primer paso adelante. Observó, más allá de los soldados, a las desalentadoras puertas, dos enormes puertas de hierro, cada una de ellas adornada con una grotesca escultura de hierro, del revés, una chillando y la otra riendo. Solo estas esculturas de hierro, pensó Volusia, serían suficientes para hacer que una persona en su sano juicio diera la vuelta.

Miró al soldado directamente a los ojos, decidida.

“Llévame hasta tu gobernador”, ordenó.

*

Volusia atravesaba las encumbradas puertas de la ciudad loca, mirándolo todo perpleja. Una gota le cayó en el hombro y, pensando que era lluvia, miró hacia su dorada manga y se quedó sorprendida al ver que la mancha era de color escarlata. Miró hacia arriba y vio una serie de cuerdas que cruzaban los muros de la ciudad, de las que colgaban una colección de extremidades-una

pierna aquí, un brazo allá- todos colgando como campanas de viento, goteando sangre. Se movían con el viento, la vieja cuerda crujiendo.

Algunas cuerdas colgaban más bajas y otras más altas y, mientras Volusia y sus hombres atravesaban las puertas, se tenía que rozar con ellas, pues se balanceaban contra ella.

Volusia admiraba la barbarie del Príncipe. Pero aún así, se sorprendía de la magnitud de su locura. Su crueldad no la asustaba- pero sí su azar. Ella misma amaba ser perversa y cruel, pero siempre lo hacía dentro de un contexto racional. pero esto...no podía comprender su manera de pensar.

Atravesaron las puertas y entraron en un amplio patio de la ciudad, con el suelo hecho de adoquines, la ciudad encerrada por las elevadas murallas de la ciudad. Centenares de tropas llenaban la plaza, sus armaduras sonaban y sus espuelas hacían eco mientras marchaban por ella. De no ser por esto, la ciudad estaba extrañamente en silencio de buena mañana.

Mientras cruzaban lentamente la plaza, Volusia sentía como si la estuvieran observando; miró hacia arriba y, a lo largo de los muros de la ciudad, vio gente, ciudadanos, con el pánico y la preocupación dibujados en sus rostros, saliendo por pequeñas ventanas y mirando hacia abajo, con los ojos abiertos como platos. muchos tenían expresiones grotescas, algunos se golpeaban en la cabeza, otros se tambaleaban, otros se balanceaban y golpeaban la cabeza contra la pared. Algunos se quejaban, otros reía y otros, todavía, lloraban.

Mientras observaba, Volusia vio a un hombre joven que se abalanzó tanto por la ventana, que cayó volando hacia abajo, de cabeza, chillando. Fue a parar a la roca con un fuerte golpe, encontrándose con la muerte quince metros más abajo.

“La primera cosa que tocó el príncipe cuando heredó el trono de su papá”, susurró Koolian a Volsia mientras camnaba a su lado, “fue abrir las puertas de todos los manicomios. Soltó a todos los locos a su libre albedrío por la ciudad. Se dice que al príncipe le satisface verlos dando su paseo matutino y oír sus gritos tarde por la noche”.

Volusia escuchaba los quejidos, los lloros, los gritos y las risas, que resonaban en las paredes, retumbando en la plaza y, tuvo que admitir que incluso ella, impávida ante todo, lo encontraba inquietante. Estaba empezando a tener una sensación de terror. Cuando tratas con un loco, la seguridad no existe. No sabía qué esperar de este lugar y tenía un presentimiento cada vez más grande de que no sería bueno. Quizás, por primera vez en su vida, esto

escapaba a su cabeza.

Aún así, Volusia se obligaba a ser fuerte. Era una diosa, después de todo, y a una diosa no se le puede hacer daño.

Volusia sentía la tensión espesa en el aire mientras atravesaban la plaza y, finalmente, llegaban a una elevada puerta dorada. Una docena de soldados estiraron lentamente los picaportes, que eran tan grandes como ella, y las inmensas puertas crujieron. Un aire frío salió de la oscuridad y la golpeó.

Llevaron a Volusia hacia el castillo y, mientras entraba en este tenebroso lugar, iluminado tan solo por antorchas esporádicas, oyó risas y gritos retumbando por las paredes. Mientras sus ojos se habituaban, vio docenas de locos, vestidos con harapos, andando por el suelo, algunos los seguían, otros les gritaban y uno andaba a cuatro patas a su lado. Era como entrar en un manicomio. Los soldados los mantenían a una distancia segura pero, aún así, su presencia era desconcertante.

Ella y su séquito los siguieron a lo largo de un interminable pasillo y, finalmente, hacia una enorme entrada.

Allí, delante de ellos, Volusia se sorprendió al ver que estaba el príncipe chiflado. No estaba sentado en el trono, como un gobernador normal, o salió a recibirlos; de hecho, Volusia se sorprendió al ver que su trono estaba del revés-y el Príncipe, en lugar de sentado, estaba encima de pie, con los brazos extendidos a los lados. Descalzo, no llevaba nada más que unos pantalones cortos y la corona en la cabeza, prácticamente desnudo a pesar del frío. También estaba cubierto de suciedad.

Cuando entraron y los divisó, pegó un salto de repente.

Todos se acercaron, Volusia sentía que su corazón latía rápido por la expectación; pero en lugar de ir a recibirlos, el Príncipe se dio la vuelta y corrió hacia una de las paredes. Corrió a lo largo de la antigua pared de piedra, adornada con el más hermoso cristal pintado, con las manos en alto y pasándolas a lo largo del mismo. Cuando Volusia vio las preciosas paredes de piedra caliza volverse rojas, se dio cuenta de que las manos del Príncipe estaban cubiertas de pintura. Pintura roja. Corría arriba y abajo a lo largo de las paredes y manchaba con esta pintura la preciosa piedra, junto con el cristal pintado, echándolos a perder; manchaba banderas y heraldos y trofeos, todos, sin duda, de sus antepasados. Y nadie se atrevía a detenerle.

El Príncipe reía y reía mientras lo hacía.

Volusia echó un vistazo a sus hombres, que la miraron todos con el mismo

recelo.

Todo esto podría haber sido entretenido, de no ser que la habitación estaba llena de centenares de soldados malísimos, todos de pie atentos, perfectamente alineados a lo largo del centro de la habitación, rodeando el trono, todos claramente esperando órdenes del Príncipe.

Volusia y sus hombres fueron llevados por la habitación, justo hacia el trono del Príncipe, y estuvo allí, esperando, de cara al trono vacío que estaba del revés, observando cómo el Príncipe corría por la habitación.

Volusia estuvo allí durante no se sabe cuánto tiempo, cada vez más impaciente, hasta que el Príncipe dejó de hacer lo que estaba haciendo, corrió a través de la habitación, con las joyas de su corona sonando mientras lo hacía, corrió hacia su trono puesto del revés y saltó sobre su respaldo. Se deslizó por él como un niño pequeño, cayendo de pie, riendo y aplaudiendo de forma histérica y después corría de nuevo y lo hacía una y otra vez.

Finalmente, después de deslizarse por quinta vez, cayó sobre sus pies y corrió hacia Volusia y su grupo a toda velocidad. Se paró de golpe a treinta centímetros de ella y todos los hombres de Volusia retrocedieron.

Pero Volusia no. ella estaba allí, decidida, mirándole fijamente, tranquila, sin expresión, mientras observaba el arco iris de emociones que pasaba por su rostro. Lo observaba pasar de estar feliz a furioso a neutro, a feliz otra vez, a confundido, en espacio de unos pocos segundos, mientras la examinaba. Realmente no hacía contacto visual, más bien tenía una mirada distante en sus ojos.

Mientras Volusia lo examinaba, se dio cuenta de que no era poco atractivo, un hombre de dieciocho años, fuerte, con rasgos finos. La locura de su cara, sin embargo, le hacía parecer mayor de lo que era. Y, por supuesto, necesitaba un baño.

“¿Has venido para ayudarme a pintar?” le preguntó.

Ella lo miró fijamente, sin expresión, pensando cómo responder.

“He venido para recibir audiencia”, dijo ella.

“Para ayudarme a pintar”, dijo de nuevo. “Pinto solo. ¿Comprendes?”

“He venido...” Volusia respiró profundamente, midiendo sus palabras cautelosamente. “He venido para pedir tropas. Rómulo ha muerto. Ya no existe el gran líder del Imperio. Tú gobiernas las tierras del oeste, y yo las costas del este. Con tus hombres, puedo derrotar a la capital, antes de que invada nuestras tierras”.

“¿Nuestras?” preguntó el Príncipe. “¿Por qué? Es a *ti* a quien buscan. Yo estoy seguro aquí. Siempre he estado seguro aquí. Mis padres estuvieron seguros aquí. Mis peces están seguros aquí”.

Volusia se sorprendió al ver lo astuto que era; pero a la vez también estaba loco y no sabía hasta donde lo podía tomar en serio. Era una experiencia confusa.

“Las tropas tan solo son tropas”, añadió él. “Llenan los cielos. Tú quieres usarlas. Ellas te pueden usar a ti. A mí no me importan. No las necesito”.

Los ojos de Volusia se abrieron como platos con esperanza, mientras luchaba por comprender su excéntrico discurso.

“¿Entonces podemos usar tus hombres?” preguntó Volusia, llena de estupor.

El Príncipe echó la cabeza hacia atrás y rió históricamente.

“Por supuesto que no podéis”, dijo él. “Bueno, quizás. Pero el problema es que yo tengo una norma. Siempre que alguien me pide algo, lo tengo que matar primero. Entonces, a veces, después de que hayan muerto, se lo concedo”.

Él la miró fijamente, hizo una cruel risa de mofa y, con la misma rapidez, sonrió, mostrando sus dientes.

“No me puedes matar”, respondió Volusia, con la voz fría como el acero, intentando proyectar autoridad aunque se sentía cada vez más desprevenida. “Estás hablando con la gran Volusia, la Diosa más grande del este. Tengo decenas de miles de hombres dispuestos a morir a mi antojo, y es mi destino gobernar el Imperi. Puedes o bien prestarme a tus hombres y gobernar conmigo, o bien...”

Antes de que pudiera acabar, el Príncipe levantó una mano. Se quedó allí de pie mirando hacia arriba, como si escuchara, y el silencio se rompió por el doblar lejano de campanas.

De repente, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

“¡Mis pequeños están despertando!” dijo, mientras corría hacia la entrada. “¡Es hora de darles de comer!”

Aplaudía históricamente mientras desaparecía de la habitación. Indicaron a Volusia y a sus hombres que lo siguieran, mientras todos sus soldados se ponían en fila y empezaban a marchar tras él. Volusia se preguntaba a dónde demonios los llevaban.

Volusia vio que los llevaban fuera del castillo, a través de elevadas puertas, y hacia otro puente arqueado, que llevaba a la fosa de detrás del

castillo. todos se apresuraron a ir tras el Príncipe mientras estaba solo en el centro del puente, prácticamente desnudo a pesar del frío y sujetando un palo largo y forcejeaba.

Volusia miró por encima del puente y vio que al final del largo palo había una cuerda que colgaba hacia abajo; al principio pensó que estaba pescando, pero a continuación miró más de cerca y vio que al final de la cuerda había un hombre, con un nudo alrededor del cuello, colgando en las aguas de la fosa. Volusia observaba horrorizada como agarraba el palo con las dos manos, sujetándolos con furia con todas sus fuerzas, con los músculos tirantes.

Oyó gritos y, al mirar hacia abajo, vio que en la fosa había un grupo de cocodrilos, mordiendo las piernas del hombre y arrancándoselas.

El Príncipe estiró el torso, sin piernas, fuera del agua, los gritos de la víctima llenaban el aire. lo arrojó sobre el puente, destrozado, todavía vivo.

Varios soldados se apresuraron para coger el palo y levantar al hombre medio devorado en alto, colocándose con un garfio en las cuerdas que atravesaban el puente. El cuerpo estaba colgando allí, el hombre ahora se quejaba, goteando sangre y agua encima del puente.

El Príncipe aplaudía con furia. Se dio la vuelta y fue corriendo hacia Volusia.

“Me encanta pescar”, le dijo a Volusia mientras se acercaba. “¿A ti no?”

Volusia miró el cuerpo y la visión, incluso para ella, era demasiado. Estaba horrorizada. Sabía que si tenía que sobrevivir a este lugar, debía actuar, hacer algo rápidamente, con toda seguridad. Sabía que debía relacionarse con él en sus condiciones, actuar de forma más loca que él. Sobresaltarlo por encima de su locura.

De repente ella se adelantó y le arrebató la corona de la cabeza al Príncipe. Se la puso en su cabeza y se quedó allí, mirándolo.

Todos los soldados se corrieron hacia delante, sacando las armas, y el Príncipe finalmente pareció volver a la realidad. Finalmente, tenía su atención mientras estaba allí de pie mirándola.

“Es mi corona”, dijo él.

“Te la devolveré”, dijo ella, “una vez satisfagas mi petición”.

“Te dije que cualquiera que hace una petición, muere”.

“Puedes matarme”, dijo ella. “Pero primero, concédeme una petición antes de morir”.

Él la miró fijamente, sus ojos miraban de un lado a otro, como si la

contemplara.

“¿Qué es?” preguntó él. “¿Qué es lo que quieres que haga?”

“Quiero hacerte un regalo más grande que alguien alguna vez te haya hecho”, dijo ella.

“¿Un regalo? Tengo los regalos más grandes del Imperio. Ejércitos enteros para mí. ¿Qué puedes darme tú que no tenga ya?”

Ella lo miró, posando toda la belleza de sus hermosos ojos en los suyos y dijo:

“A mí”.

Él la miró, confundido.

“Duerme conmigo”, dijo ella. “Esta noche. Esto es lo único que pido. Por la mañana, puedes matarme. Y habrás satisfecho mi petición”.

Él la miró durante un buen rato en un pesado silencio, el corazón de Volsia latía intensamente mientras esperaba que lo aceptara.

Finalmente, él sonrió.

Sabía que sus poderes eran más grandes de lo que cualquier hombre podía resistir-ni incluso un príncipe chiflado podía rechazarlos. ella se adelantó, le cogió la cara entre sus manos, se inclinó y lo besó.

Él también la besó ligeramente, con los labios temblorosos.

“Tu petición”, dijo él, “te ha sido concedida”.

CAPÍTULO TREINTA

Thor siguió al Rey MacGil mientras salió de la más oscura de las cuevas hacia una alta cueva subterránea, con los techos de treinta metros de alto, más claramente iluminada que cualquier otro sitio que hubiera visto por allá abajo. Thor se detuvo de repente, igual que los demás, con temor a lo que veían ante ellos. esta caverna estaba iluminada por enormes hogueras, minas de lava borboteando esparcidas por todas partes y hacía quizás unos noventa metros de diámetro.

En su centro había un objeto singular: un inmenso trono negro hecho de granito brillante, una pieza sólida dentro de la misma roca, saliendo como un tumor del suelo. De nueve metros de altura y lo suficientemente ancho para sostener a diez hombres, sus brazos acababan en enormes gárgolas, con brillantes diamantes negros por ojos. Todo a su alrededor, fosas de lava burbujeante proyectaban hacia él un siniestro brillo.

Pero esto no era lo que más impactó a Thor. Lo que lo dejó sin habla fue lo que ocupaba el trono: una inmensa criatura, de casi la altura del trono, tan ancha como tres hombres, con la piel roja y brillante y músculos protuberantes. tenía torso de hombre, aunque sus piernas estaban cubiertas de un grueso pelo negro, que colgaba hasta el suelo de la cueva. En lugar de pies, tenía pezuñas. Su cara parecía casi humana, aunque era enorme, grotesca, monstruosa, sus proporciones demasiado grandes, con una mandíbula más ancha de lo que Thor jamás había visto, unos estrechos ojos amarillos y unos cuernos largos y negros que se retorcían en círculos a cada lado de su cabeza. La cabeza era completamente calva, sus orejas puntiagudas y sus ojos brillantes. Gruñía mientras respiraba, salía vapor a su alrededor, una oscura aureola roja golpaba por encima suyo, de detrás del trono salían llamas disparadas en todas direcciones. En su cabeza tenía una corona negra brillante, hecha enteramente de diamantes negros, con un enorme diamante negro en el centro, revestido de oro. Como una bestia salida de las entrañas de la tierra, estaba allí, echando vapor, con su brillo rojo, rezumando rabia y muerte.

Los miraba con mala cara y Thor sintió cómo miraba con el ceño fruncido directamente hacia él.

Thor tragó saliva, su vello se erizaba, al ser consciente de que estaba mirando al rey de los Muertos.

Como si todo esto no fuera lo suficientemente imponente, por todas partes alrededor del Rey flotaban docenas de criaturas, zumbando y revoloteando con sus pequeñas alas rojas, su brillante piel roja, pequeñas gárgolas que colgaban y zumbeaban por los aires. A sus pies, en el suelo, había docenas de guardas, hombres muy musculosos con la piel roja y brillante y cuernos, perfectamente atentos y sujetando brillantes lanzas rojas, con las puntas en llamas. Serpientes se deslizaban y se enroscaban alrededor de la base del trono.

Thor miraba fijamente y sabía que había venido a la habitación del trono de la muerte.

Thor sentía que algo crujía al pisar, miró hacia abajo y vio que el suelo estaba repleto de huesos, huesos y calaveras marcando el camino hacia el trono.

“Se os ha concedido una audiencia con el Rey”, dijo MacGil. “No se os concederá dos veces. Miradle a los ojos. No desviéis la vista. Moriréis aquí, de todos modos: mejor morir con honor”.

El Rey MacGil asintió con la cabeza para tranquilizarlo y Thor se adelantó, con los demás a su lado, caminando a lo largo de la larga y estrecha pasarela de huesos mientras se acercaba al Rey. Mientras caminaba, a ambos lados exóticas criaturas, como abejas enormes, volaban cerca de su cabeza, zumbando con sus alas. le silbaban amenazantes mientras avanzaba.

Thor escuchó un quejido y echó un vistazo alrededor de la periferia de la cueva y vio centenares de humanos encadenados a la pared, con enormes grilletes de hierro alrededor de sus cuellos, muñecas y manos. Vio criaturas delante de ellos, azotándoles y escuchaba sus gritos. Thor se preguntaba qué habían hecho para acabar en ese lugar.

Thor tenía una sensación premonitrice de que nunca saldría de aquel lugar, que este podría ser su último encuentro antes de ser encerrado hasta la muerte para siempre. Se infundía valor a sí mismo, respiró profundamente y caminó con orgullo por la pasarela hasta el trono, con las palabras de MacGil en sus oídos.

Thor se acercó todo lo que pudo, hasta que los guards le bloquearon el camino, que bajaron sus lanzas. Thor estaba allí, mirando al Rey.

El Rey miró a Thor, respirando profundamente, un gruñido gutural salía de su pecho cada vez que respiraba, mientras clavaba las uñas en los brazos del

trono. Thor no retrocedió, sino que se quedó allí y miró hacia arriba, decidido.

El zumbido cesó, cuando el tenso silencio llenó el aire. Thor sabía que aquel podía ser el momento más fatídico de su vida y pensaba en su madre. Deseaba que estuviera a su lado, para ayudarlo a darle poder para superar esto.

Thor sentía que debía decir algo.

“He venido en busca de mi hijo”, dijo Thor en voz alta, con la voz llena de seguridad mientras miraba fijamente al Rey de los Muertos.

El Rey se inclinó ligeramente hacia delante, miró a Thor a los ojos y Thor sintió que sus brillantes ojos amarillos lo atravesaban.

“¿Ah, sí?” preguntó, con su voz imposiblemente profunda, anciana. La voz resonó por toda la sala y, con cada palabra que decía, la caverna zumbaba con el sonido de las criaturas, escuchando atentamente cada una de sus sílabas. El timbre de su voz era tan oscuro y poderoso, que a Thor le dolían los oídos con tan solo oírlo hablar.

“¿Y qué te hace pensar que lo encontrarás?” añadió.

“Está muerto”, dijo Thor. “Lo vi con mis propios ojos. Deseo verlo. Por lo menos no me niegue esto”.

“¿Ah, sí?” repitió el Rey, entonces se echó hacia atrás y miró al techo, emitiendo un ruido de gemido, de gruñido, unas gárgaras en su garganta, mientras frotaba los brazos del trono.

Finalmente, miró a Thor.

“Me gustaría tener a tu hijo aquí”, dijo el Rey. “Mucho. De hecho había enviado a mis secuaces a encontrarlo para matarlo y traerlo aquí. Pero, desafortunadamente el chico está rodeado de una energía muy fuerte. Han fracasado en su misión. Él vive, todavía”.

Thor sentía cómo se llenaba de optimismo ante las palabras del Rey, pero aún así estaba conmocionado y no sabía si lo había oído correctamente.

“¿Está diciendo que Guwayne no está muerto?”

El Rey asintió con la cabeza, aunque fuera ligeramente y, al hacerlo, Thor se sintió rebosante de alegría, con una sonrisa de oreja a oreja, extático más allá de lo que jamás pudiera imaginar. Sentía que una nueva vida borboteaba dentro de él, un nuevo deseo de vivir.

“Es una lástima que viva”, dijo el Rey, “y que nunca vaya a ver a su padre, que ahora está aquí abajo conmigo”.

Thor miró al Rey y, de repente, sintió una nueva determinación a vivir, a

marcharse de este lugar, a encontrar a Guwayne y rescatarlo. Mientras Guwayne estuviera vivo, Thor no quería estar ahí abajo.

“No lo entiendo”, dijo Thor. “Lo vi morir con mis propios ojos”.

El Rey negó con la cabeza.

“Viste con tus ojos y tus ojos te engañaron. Has aprendido una gran lección. Debes ver con tu mente. Y ahora debes pagar el precio. Has entrado aquí, pero nadie sale de la tierra de los muertos. Nunca. Seréis mis esclavos aquí abajo para toda la eternidad”.

“¡No!” exclamó Thor, decidido.

se detuvo todo el zumbido, pues las criaturas se quedaron congeladas y miraban a Thorgrin, claramente sorprendidas. Aparentemente, nunca nadie hablaba al Rey de aquella manera.

“Si Guwayne no está aquí, yo tampoco me quedaré”.

El Rey de los Muertos le echó una mirada feroz.

“Vigila tu lengua, Thorgrin”, le susurró el Rey MacGil para avisarlo. “Ahora estás aquí abajo, pero puedes librarte de errar como yo. Sin embargo, si enfureces al Rey, te pueden condenar a una de las salas de tortura, azotado por toda la eternidad. No le provocues. Vigila tu lengua y acepta tu destino”.

“¡NO lo haré!” exclamó Thor, una gran decisión lo llevaba.

Thor estudió la sala y, mientras una de las hogueras se apagaba, vio por primera vez una espada increíble, clavada en el suelo de granito negro, primero la punta, después la empuñadura, brillando con la luz. Era la espada más hermosa que Thor Jamás había visto, con una compleja empuñadura de mármol hecha de lo que parecían se huesos y una hoja negra y reluciente que parecía hecha del granito metida. Adornada con pequeños diamantes negros, brillaba a la luz, llamándolo. Nunca desde que Thor había sostenido la Espada del Destino, había visto un arma como esta-o un arma que le llamara tan fuertemente la atención.

“Miras a la espada”, dijo el Rey, al darse cuenta. “Miras algo que nunca podrás alcanzar. esta es la espada de la leyenda, la Espada de los Muertos. Nadie que haya pasado por aquí ha podido empuñarla. Solo un gran rey puede empuñarla. Solo el elegido”.

Thor soltó un gran grito y reunió su poder, saltó al aire, por encima del ejército de guardas y se dirigió hacia el trono, hacia el Rey de los Muertos. Soltó un gran grito de batalla mientras se dirigía a la garganta del Rey, intrépido, con la intención de matarlo.

El Rey de los Muertos ni siquiera se acobardó. Levantó débilmente una mano y, al hacerlo, Thor sintió cómo se estampaba contra una pared invisible a unos pocos metros, y después caía casi diez metros hacia el suelo, cayendo con fuerza sobre su espalda, enrollado.

Thor miró hacia arriba conmocionado. Había reunido todo su poder, que siempre le había bastado para conquistar a quién fuera y lo que fuera. Incluso los hechiceros más oscuros.

“Yo no soy uno de tus hechiceros, chico”, dijo el Rey furioso, mirando hacia abajo. “¡Soy el REY!”

Su voz sonó tan fuerte que hizo temblar todas las rocas de su alrededor y piedras pequeñas cayeron sobre Thor como una lluvia.

“Tus trucos no te funcionarán conmigo. Cada alma muerta pasa por mis dedos-y tú no estás por encima de la muerte. Puedo confinarte a la muerte aquí para toda la eternidad, y más, a la peor tortura que puedas imaginar. Criaturas que te sacarán los ojos y te los volverán a colocar durante todo el día solo por diversión”.

Entonces se oyó un zumbido extático y un grito de alegría entre las criaturas más pequeñas, ya que claramente parecían encantadas con la expectativa.

Thor se puso rápidamente de pie y miró al Rey, respirando con dificultad, de pie al lado de los demás. No le importaban las consecuencias; estaba preparado para luchar, para hacer cualquier cosa por Guwayne, aunque no pudiera ganar.

El Rey se inclinó hacia delante y lo examinó y algo pareció cambiar en su mirada.

“Me gustas, chico”, añadió. “Nadie había intentado atacarme antes. Lo admiro. Eres más descarado de lo que pensaba”.

Se echó hacia atrás y frotó los brazos de su trono.

“Como premio”, continuó, “voy a concederte un regalo: una oportunidad para marcharte de este lugar. Si puedes destruir a mi legión de guerreros, haré lo que nunca he hecho antes: abriré las puertas de los muertos para ti y dejaré que vuelvas allá arriba. Pero si pierdes, no solo tú serás confinado aquí, sino que tú y tus hombres seréis confinados al peor de los diez infiernos, una eternidad de tortura inimaginable. Nadie nunca ha derrotado a mi legión. La elección es tuya”.

Thor miró a los enormes guerreros que tenía delante, de pie erguidos,

sujetando sus lanzas encendidas, esperando las órdenes del Rey; también miró por encima de su hombro los incontables monstruos zumbantes que se arremolinaban en el aire. Sabía que sus posibilidades de ganar eran cercanas a ninguna.

Miró al rey fijamente con orgullo.

“Acepto”, respondió Thor.

Las criaturas zumbeaban encantadas y el Rey lo miró con respeto, claramente satisfecho.

“Pero con una condición”, añadió Thor.

El Rey se echó hacia atrás, sorprendido.

“¿Una condición?” dijo con burla. “Apenas están en posición de poner condiciones”.

“No lucharé sin esta condición”, respondió Thor, decidido.

El Rey lo miró fijamente durante un buen rato, como debatiéndose.

“¿Y cuál es esa condición?” preguntó finalmente.

“Si ganamos”, dijo Thorgrin, “le concederá a cada uno de mis hombres una petición. Sea lo que sea lo que deseemos, se nos será concedido”.

El Rey estusió a Thor durante un buen rato y finalmente asintió.

“Eres mucho más, chico, que lo que observé desde abajo. Qué mala suerte que los Druidas te cogieran; si no fuera por tu madre, te hubiera tomado hace mucho tiempo. Me gustaría tenerte a mi lado”.

No había nada en lo que Thor pudiera pensar que quería menos.

Finalmente, el Rey suspiró.

“¡Muy bien, entonces!” exclamó. “¡Tu petición es lo suficientemente atrevida para ser aceptada! Derrotad a mi legión de guerreros, y no solo os dejaré marchar, sino que también os concederé a cada uno una petición. ¡Ahora que empiece la guerra!” gritó.

de repente, se hizo un tremendo zumbido en el aire y Thor se giró y desenfundó la espada. Vio a centenares de pequeñas criaturas parecidas a las gárgolas volando por los aires, pululando directamente hacia él y sus hombres. A su lado, Thor escuchó a sus hermanos desenfundando las espadas también. Era muy agradable entrar a la batalla con Conval a su lado de nuevo.

Mientras Thor encaraba a aquellas criaturas, se sentía arder, moverse con la decisión más fuerte que jamás había sentido. Su hijo estaba allá arriba, vivo en algún lugar, y esto era lo único que le importaba. Derrotaría a todas aquellas criaturas, o moriría intentándolo.

Thor no podía esperar. Soltó un gran grito de batalla y embistió hacia delante a su encuentro. Usó su poder para elevarse en el aire, para atacar con su espada con la fuerza de cien hombres, y para cortar a una gárgola roja tras otra. Un horroroso chillido se oía cuando les cortaba las alas del cuerpo y, una a una, caían al suelo.

Thor se agachaba para esquivar sus brucas mandíbulas y sus afilados dientes mientras se lanzaban desde arriba a por él, con sus grandes ojos amarillos brillando. Él fue a parar al suelo e inmediatamente se dio la vuelta t se movió de un lado hacia el otro mientras los enormes soldados cargaban contra él, con sus lanzas encendidas por delante.

Thor daba vueltas y cortaba sus lanzas por la mitad, una tras otra. Una y otra vez, venían hacia él, una corriente interminable, y más de un golpe le acertó. Thor gritó cuando la punta encendida de una lanza le cortó el bíceps, dejándole una quemadura.

Pero Thor no se echaba atrás; se dio la vuelta y los golpeó en la cara con la empuñadura de su espada, se agachó cuando uno le dio un codazo en la cabeza, dio vueltas y cortó a otro. reunió todos los poderes, recordó su entrenamiento y reunió todas las tácticas que había aprendido y se lanzó a sí mismo a la lucha con senfreno, luchando mano a mano, golpe a golpe.

Alrededor de Thorgrin, sus hermanos hacían lo mismo. Conval dio un paso hacia delante con su gran lanza y se la clavó a dos soldados en la garganta mientras Conven, a la espalda de su hermano, balanceaba su maza, llevándose a tres soldados que intentaban apuñalar a su hermano.

O'Connor levantó su arco y disparó, llevándose a varias gárgolas, haciéndolas caer como moscas al suelo antes d que pudieran atacar a sus hermanos. Matus se abalanzó hacia delante con su mayal, balanceándolo y creó un amplio perímetro a su alrededor, llevándose a todo tipo de criaturas que descendían sobre ellos desde el cielo y a más de uno de los enormes soldados que empuñaban lanzas.

Reece apartó a Selese por seguridad junto al Rey MacGil, desenfundó su espada y se lanzó con desenfreno a la pelea, haciendo cortes, golpeando y parando golpes a izquierda y a derecha. Se abrió camino peleando hasta llegar al lado de Thor y, en más de una ocasión, bloqueó un golpe fatal que no esperaban. Thor le devolvió el favor, girando alrededor y utilizando su espada para parar el golpe de una lanza encendida justo antes de que se la clavaran a Reece en la garganta. Mientras Thor echaba la lanza hacia atrás, mientras esta

frenaba su espada, sus brazos temblaban y Reece podía sentir las llamas apenas a escasos centímetros de su cara, casi abrasándosela. Finalmente, Reece se echó hacia atrás y dio una patada al soldado y él y Thor se precipitaron sobre él y lo apuñalaron a la vez.

Elden se unió a la pelea con su hacha de guerra de doble filo, propinando grandes golpes que eliminaban a dos guerreros a la vez. Una gárgola saltó hacia abajo y fue a parar a la nuca de Elden y Elden gritó cuando esta le clavó le arañó. Indra sacó su honda, apuntó y disparó, golpeando a la criatura con una gran piedra negra un instante antes de que clavara los colmillos en el cuello de Elden. Entonces arrojó tres piedras más una detrás de otra rápidamente, llevándose a varias bestias antes de que clavaran sus lanzas a Elden en el costado.

Las bestias eran poderosas, no obstante, y parecía que nunca terminaban de venir y Thor y sus hombres, después de su primera victoria inicial, empezaban a estar cansados. Matus movía su mayal de un lado a otro y una bestia lo cogió con su lanza y lo estiró de las manos de Matus, dejándolo indefenso. Otro de los soldados del Rey dio un paso hacia delante y lo apuñaló, perforando el brazo de Matus con su lanza, haciendo que Matus gritara de dolor.

Las gárgolas, también, volaban en una corriente regular y mientras O'Connor las apuntaba con su arco, una de ellas se lo arrebató de las manos, mientras tres de ellas descendieron sobre él por detrás, se posaron en sus hombros y le mordieron el cuello. O'Connor gritó y cayó sobre sus rodillas, dando golpes, echándose hacia atrás e intentando desesperadamente sacárselas de encima.

Elden hizo girar su amplia hacha y cortó a una bestia por la mitad-pero el golpe dejó su espalda al descubierto y otra bestia usó el lateral de su lanza para balancearse y la llevó hacia la espada descubierta de Elden, el lado de metal hizo crujir su espalda y el mango se partió por la mitad. Elden, dolorido por el golpe, cayó sobre sus rodillas.

Indra dio un paso hacia delante y y propinó un codazo a la criatura antes de que acabara con Elden, salvándole la vida; pero entonces una gárgola descendió sobre ella, le mordió la muñeca, le hizo soltar la honda y agarrarse el brazo por el dolor.

Reece, rodeado y en lo más reñido de la batalla al lado de Thor, daba golpes y los desviaba por todas partes, pero no podía luchar desde todos los lados y pronto, al descubierto, le clavaron una lanza en el costado y gritó de

dolor.

Thor, completamente rodeado, con el sudor escociéndole los ojos, daba golpes y puñaladas con furia en todas direcciones, matando criaturas a izquierda y a derecha, luchando por su vida. Pero se estaba quedando sin fuerzas, luchaba por respirar. No importaba cuántas criaturas matara, que aparecían cinco más. El zumbido llenaba sus oídos, mientras sus posiciones menguaban y sobre él descendían criaturas desde todas las direcciones posibles.

Thor sabía que, incluso luchando, esta era una batalla que no podía ganar. Que pronto estaría condenado a un eterno infierno de interminable dolor y tortura.

Un soldado embistió contra Thor desde un punto muerto y con un movimiento de su lanza, arrancó la espada de la mano de Thor. Golpeó el granito negro con un sonido metálico y entonces Thor recibió un codazo en la espalda. Cayó sobre sus rodillas, sin aliento, indefenso, rodeado por todas direcciones.

En medio del caos, Thor cerró los ojos y encontró un momento de paz. Mientras sentía que su vida estaba a punto de acabar, se retiró a una parte más profunda de sí mismo. Pensaba en su madre, en Argon, en todas las habilidades y poderes que le habían enseñado y sabía, en el fondo, que esta era simplemente otra prueba. Una prueba suprema. Sabía que se le había otorgado para superarla. Sabía que, por imposible que pudiera parecer, tenía el poder en lo profundo de su ser para superarla. Incluso aquí, en la tierra de los muertos, bajo tierra. El universo todavía era el universo y el todavía tenía el dominio sobre él. Sabía que estaba negando su poder, una vez más.

De repente, se dio cuenta de algo rápidamente:

Soy más grande que la muerte. Solo muero si escojo morir. Si quiero vivir, si verdaderamente quiero vivir, no puedo morir nunca. Toda muerte es un suicidio.

Toda muerte es un suicidio.

Thor sintió un repentino ardor subiendo por sus manos, entre sus ojos, y se levantó con una enorme cantidad de fuerza, con más de la que nunca se había encontrado. Saltó unos seis metros hacia arriba, sorteando todas las lanzas que le atacaban, volando sobre sus cabezas y fue a parar al otro lado de la multitud.

Thor fue a parar justo delante de la espada-la Espada de los Muertos. La

miró, hundida en la roca y sintió su poder. Se sintió como se había sentido el día en que desenfundó la Espada del Destino. Sintió que era suya. Que *siempre* era suya. Que él debía empuñar más de un arma especial en su vida-que debía empuñar muchas.

Thor se echó hacia delante y, con un gran grito, agarró la Espada de los Muertos, con sus manos envolviendo la suave empuñadura de mármol, y tiró de ella con todas sus fuerzas.

Para su sorpresa, empezó a moverse. Con un sonido como el de la tierra partiéndose, piedra partida por la mitad, el suelo tembló y la espada lentamente salió.

Thor sostuvo la espada en alto, sintiéndose triunfador, sintiendo que su poder corría a través de él, sintiéndose uno con él. Sentía que su poder no tenía límites. Incluso sobre la muerte.

Thor vio como el Rey de los Muertos se levantaba del trono, y miraba hacia él sorprendido y con pavor.

Thor se dio la vuelta y se lanzó hacia una legión de bestias, moviéndose más rápido de lo que jamás lo había hecho, dando golpes con la espada. Vio que la espada, en lugar de hacerle ir más lento, a pesar de su peso le hacía ir más rápido, como si se clavara por ella misma-como si fuera una extensión de su brazo. Thor se encontró dando cortes a una bestia tras otra, eliminando a un soldado después del otro, abriéndose camino a través de ellos como si no estuvieran allí. A su alrededor se oían gritos mientras iban cayendo una criatura detrás de la otra, al suelo y desde el aire por igual. Obligó a veintenas de soldados a retroceder hacia una fosa de lava, gritando. Él paraba los golpes mientras le atacaban con sus lanzas, la espada era tan poderosa que partía las lanzas en dos, como si fueran ramitas. En un mismo movimiento, Thor giró y se llevó por delante a una docena de soldados de un solo golpe.

Con un fiero grito de guerra, Thor embistió contra todas las bestias que quedaban, clavándoles la espada con todas sus fuerzas, matándolas a izquierda y derecha, yendo más y más rápido en un borroso caos. Ya no sentía sus hombros cansados. Ahora, se sentía invencible.

Pronto, Thor se encontró de pie allí solo, sin más enemigos a los que enfrentarse. No entendía qué pasaba. Todo estaba tranquilo. El suelo estaba cubierto de cadáveres y no quedaba nadie con quién luchar.

Thor estaba allí, su corazón latía muy fuerte y miró hacia el trono.

En silencio, el Rey de los Muertos, con una mirada seria en su rostro, lo

miró con descrédito.

Thor no podía creérselo.

Había ganado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Darius estaba sentado junto a la hoguera al amanecer, encorvado, con la espalda en carne viva, escociéndole, un dolor peor que nada que hubiera experimentado. parecía que le habían arrancado la piel de la espalda y le hacía daño al respirar, al moverse, al incorporarse. Dray estaba sentado fielmente a su lado, gimoteando, con la cabeza en el regazo de Darius, sin querer apartarse de su lado. Darius le ofrecía trozos pequeños de comida pero Dray, abatido, no los aceptaba. Apretaba los dientes y gruñía cuando Loti, de rodillas a su lado, le ponía un paño frío en la espalda, mojado en ungüentos, pasándolo por toda su espalda como había estado haciendo durante un buen rato, intentándole calmar el dolor lo mejor que sabía. Mientras lo hacía, él vio que tenía lágrimas en los ojos, y pudo ver lo culpable que se sentía.

“No te lo merecías”, dijo ella. “Has sufrido por mis actos”.

Darius negó con la cabeza.

“Tú has sufrido por *todos* nuestras actos”, le corrigió. “No podía recaer en ti sola enfrentarte al Imperio. Lo que hiciste por tu hermano, por todos nosotros, fue algo honorable; lo que yo hice por ti fue eso *solamente*”.

Loti lloraba en voz baja mientras le limpiaba las heridas, secándose las lágrimas con la mano.

“¿Y ahora?” preguntó ella. “¿Para qué sirvió todo? Volverán por la mañana. Se me llevarán y nos mutilarán a todos. O peor, nos matarán a todos”.

Darius negó con la cabeza, empáticamente.

“No permitiré que se te lleven”, dijo. “No No permitiré que te ofrezcan para salvar sus vidas”.

“Entonces moriremos todos”, afirmó ella.

Él la miró, con cara severa y seria.

“Quizás sí”, dijo. “¿Pero no hay cosas peores? Al menos moriremos juntos”.

Por su expresión podía decir lo conmovida que estaba, lo fiel que era, lo agradecía que estaba.

“Nunca olvidaré lo que hiciste por mí hoy”, dijo ella. “Nunca. Mientras viva. Tienes todo mi corazón. Muramos mañana o no, ¿me entiendes? Soy tuya.

Te querré desde ahora hasta el final de la eternidad”.

Ella se inclinó y lo besó y él también la besó a ella, un beso largo y lleno de sentimiento y Darius sintió que su corazón latía más deprisa. Ella se retiró, con los ojos lagrimosos y pudo sentir su sinceridad. Su beso se llevó el dolor de sus heridas; lo volvería a hacer encantado por ella, a pesar del dolor, a pesar del sufrimiento.

El cuerno de la aldea sonó y, alrededor de la hoguera del pueblo, se reunieron cerca de Darius y Loti el Consejo de Ancianos, junto a centenares de aldeanos. Darius podía sentir la angustia en el aire, podía ver el pánico en sus rostros mientras se arremolinaban alrededor, hablando fuerte entre dientes, discutiendo el uno con el otro, con una sensación de desespero en el aire. Darius no podía culparles-después de todo, esta podía ser su última noche en la tierra. Mañana, una ola de mutilación o destrucción vendría hacia ellos y poca cosa podían hacer al respecto.

El cuerno volvió a sonar y los aldeanos se quedaron en silencio cuando el jefe de los ancianos, Bokbu, dio un paso hacia delante, levantó las manos y se dirigió a ellos. Echó una mirada seria a Loti y a Darius.

“Vuestros actos han puesto en peligro a nuestro pueblo”, dijo lentamente, con voz seria. “Pero esto poco importa ahora. Lo que importa”, dijo, mirando al pueblo, “es la elección que tenemos por delante. Cuando amanezca, ¿qué escogeremos? ¿Ejecución o mutilación?”

se oyeron fuertes quejas, los aldeanos discutían los unos con los otros.

“¡Escogeremos mutilación antes que ejecución cualquier día”, gritó uno.

“¡Yo no seré mutilado!” exclamó Raj. “¡Antes moriré!”

Se oyeron más quejidos, todos parecían pensar de forma diferente en esto y nadie estaba contento. Darius estaba perplejo; incluso cuando se enfrentaban con la mutilación, los aldeanos no se sublevaban, no se ponían de acuerdo, como uno, para contraatacar. ¿Qué más necesitaban? ¿No les habían aplastado el espíritu?

“No es una elección”, dijo uno de los ancianos, mientras la multitud lentamente se quedaba en silencio. “No es una elección que cualquier hombre pueda hacer. es un horror, una maldición sobre todos nosotros”.

La multitud se quedó en un profundo silencio, sombría, durante un buen rato, lo único que se oía era el movimiento del viento.

“¡Sí que tenemos elección!” exclamó un aldeano. “¡Podemos entregarles a la chica!”

Entonces hubo un grito ahogado de aprobación entre la multitud entre los aldeanos.

“¡Nos ha puesto a todos en peligro!” exclamó. “Rompió la ley. ¡Ella es la culpable! ¡Debe pagar el precio!”

Entonces vino un grito de apoyo más fuerte entre la multitud, mezclado con discusiones. Darius estaba sorprendido de ver a su pueblo tan en contra los unos de los otros, dispuestos a entregarla.

“¡Existe otra elección!” exclamó otro anciano, levantando las manos mientras la multitud se quedaba en silencio. “Podemos ofrecerles a la chica y suplicar por nuestras vidas. Quizás tendrán piedad. Quizás no nos mutilarán ni nos matarán”.

“¡Y quizás harán las dos cosas!” exclamó otro miembro de la multitud.

Entonces hubo un griterío y la multitud una vez más estalló en un agitado murmullo, largo e intenso, hasta que Bokbu se puso de pie y levantó sus manos. Cuando lo hizo, todas las miradas fueron hacia él con respeto y, finalmente, hubo silencio.

Él se aclaró la garganta, con una presencia seria, ordenando autoridad y atención.

“A causa de los actos de esta chica”, dijo en voz alta, “toda nuestra aldea está en una situación imposible. Por supuesto que no podemos aceptar la muerte. Poco podemos elegir, solo aceptar la vida que el Imperio desea que tengamos, como siempre hemos hecho. Si esto supone entregarles al responsable, entonces esto es lo que debemos hacer”.

“Por mucho que me duela, a veces uno debe sacrificarse por el bien de todos. No veo otra salida. Debemos aceptar su sentencia. Nos mutilarán, pero no nos matarán. La vida seguirá para nosotros, como ha sido siempre”.

Se aclaró la garganta mientras la multitud continuaba en silencio, se dio la vuelta y fijó su mirada en Darius.

“Mañana, cuando rompa el día, haremos lo que el Emperador ordena y tú, Darius, tal y como pidieron, representarás a la aldea y les presentarás nuestra oferta. Entregarás a la chica, aceptaremos su castigo y continuaremos. No se hablará más sobre esto. Los mayores han hablado”.

Con esto, Bokbu golpeó su bastón en el hueco tronco de madera, haciendo un sonido definitivo, el sonido que siempre acostumbraba a marcar una importante decisión. Significaba que la decisión no podía cambiarse, no podía discutirse.

Uno a uno, los aldeanos se dispersaron, volviendo hacia sus hogares, deprimidos. Los amigos de Darius, Raj, Desmond y Luzi se acercaron, junto con varios de sus otros amigos, mientras Darius estaba allí sentado, paralizado, conmocionado. No podía creer que su pueblo traicionaría a Loti, le traicionaría a él, de esta manera. ¿Les daba miedo morir? ¿Estaban tan desesperados por aferrarse a sus patéticas vidas?

“No podemos entregarla”, dijo Raj. “No podemos perder así”.

“¿Qué tenemos que hacer?” preguntó Luzi. “¿Lucharemos? ¿Nosotros contra diez mil hombres?”

Darius se dio la vuelta y vio a su hermana, Sandara, acercándose, junto con la Reina de los blancos, Gwendolyn, y sus hermanos. Vio la preocupación en la cara de Sandara y Gwendolyn. Mientras Darius miraba a Gwendolyn, pudo ver al guerrero en sus ojos; sabía que era su mejor esperanza.

“¿Cómo están tus heridas, hermano mío?” preguntó Sandara, acercándose y examinándolas, con la preocupación marcada en su cara.

“Mis heridas son profundas”, respondió él significativamente. “Y no por los azotes”.

Ella lo miró y comprendió.

“No podéis luchar”, dijo ella. “Esta vez no”.

“Tú no has vivido aquí”, dijo Darius. “No durante años. No puedes decirme qué debo hacer. No comprendes lo que ha sufrido nuestro pueblo”.

Sandara bajó la vista y Darius se sintió culpable; no había querido ser tan brusco con ella. Pero se sentía desesperado, furioso con el mundo.

Darius se dio la vuelta y miró a Gwendolyn, que también lo miraba con preocupación.

“¿Y usted, mi señora?” preguntó.

Ella lo miró interrogativamente.

“¿Tiene pensado dejarnos ahora?”

Gwendolyn lo miró fijamente, sin expresión. Y podía decir que esa misma decisión la consumía.

“La elección es suya” añadió, “irse o quedarse. Todavía tiene la oportunidad de marchar. El Imperio no sabe que estáis aquí. Por supuesto, el Gran Desierto podría mataros, pero al menos es una oportunidad. Nosotros, sin embargo, no tenemos ninguna oportunidad. Pero si os quedáis, os quedáis aquí y lucháis a nuestro lado, tendríamos una oportunidad más grande. Los necesitamos, a usted y a sus hombres, y a sus armaduras y a su acero. Sin

ustedes, no tenemos ninguna oportunidad. ¿Se unirán a nosotros? ¿Lucharán? ¿Elige ser una Reina? ¿O elige ser una guerrera?”

Gwendolyn miraba de Darius a Sandara y a Kendrick y él no podía descifrar su expresión. Parecía estar desacreditada y él podía ver lo mucho que había sufrido. podía ver que estaba sopesando el futuro de su pueblo, como reina, y no envidiaba que pudiera decidir.

“Lo siento”, dijo finalmente, con la voz rota, llena de tristeza. “Desearía poder ayudaros. Pero no puedo”.

*

Gwendolyn, en el camino de vuelta a las cuevas al atardecer, atravesó la aldea, la gente estaba inquieta, una sensación de pánico en el aire y en su mente se arremolinaban emociones mezcladas. Por un lado, pensaba en el pueblo de Sandara, en su difícil situación, y su corazón iba con ellos. Sabía lo cruel que podía ser el Imperio, lo había experimentado de primera mano. Su primer impulso, por supuesto, era correr en su ayuda, lanzar a su pueblo a la lucha, sacrificar sus vidas por su causa, por su libertad.

Por otro lado, ella era una Reina ahora. No era la hija de su padre, ni una adolescente, sino una Reina, con responsabilidades para con su pueblo. Todos contaban con ella y sus vidas dependían de ella. No podía tomar la decisión equivocada de su parte. Después de todo, ¿qué derecho tenía a sacrificar sus vidas por la de otros? ¿En qué tipo de Reina la convertiría esto?”

Gwen había visto sufrir mucho a su pueblo, demasiado, y ella misma había sufrido mucho. ¿Merecían verse involucrados en otra guerra, acabar sus vidas de esta manera, lejos de casa, aquí en esta polvorienta aldea? Los aldeanos estarían en clara desventaja numérica por la mañana, todos ellos serían mutilados o algo peor. Sabía qué sería correcto hacer, no como guerrera, sino como *líder*, sería reunir a su gente y, con la primera luz del sol, marcharse en dirección contraria, hacia el Gran Desierto. Empezar un gran viaje para encontrar el Segundo Anillo. Puede que solo fuera una fantasía, lo sabía, y probablemente todos morirían en el Gran Desierto, pero al menos estarían luchando por algo, luchando por otra vida. No dirigiéndose a una muerte instantánea.

A pesar de lo que *ella* deseara, *ella*, Gwendolyn, individualmente, eso era lo que su deber como Reina requería, ¿o no? ¿Proteger a su pueblo?

El corazón de Gwen se rompía por los habitantes de la aldea. Creía en su causa y era una causa que compartía. Sin embargo, los aldeanos estaban divididos e incluso no tenían el valor para luchar. Pocos de ellos tenían el espíritu guerrero-pocos excepto Darius. ¿Podía ella librar una batalla que ni ellos mismos deseaban librar?

“Como Reina, ¿no estará reflexionando sobre su difícil situación?” dijo Aberthol mientras caminaba a su lado. “Cierto, son buena gente. Una gente amable y justa...”

“Y nos acogieron”, añadió Gwen.

Aberthol asintió.

“Lo hicieron”, respondió él. “Pero no pelean en nuestras guerras por nosotros. No tenemos la obligación de pelear en las suyas por ellos. Y no podríamos ganarlas de todas formas. Verá, no es una invitación a unirnos en la batalla, es una invitación a unirnos en la muerte. Son dos proposiciones vastamente diferentes, mi señora. Su padre nunca lo hubiera aceptado. ¿Hubiera sacrificado a todo su pueblo? ¿Por una lucha en la que no desea luchar y una lucha que no puede ganar?”

Continuaron caminando, acabando en un cómodo silencio mientras Gwendolyn consideraba sus palabras.

Kendrick y Steffen caminaban a su lado y no les hacía falta decir nada; ella vio compasión en sus miradas. Ellos entendían, demasiado bien, qué significaba tomar una difícil decisión. Y entendían a Gwendolyn, después de todo este tiempo, de todos estos sitios juntos. Sabían que ella debía tomar la decisión y le dieron su espacio para hacerlo.

Todo esto torturaba a Gwendolyn incluso más. Podía ver las dos caras del asunto; aún así su mente estaba hecha un lío. Deseaba que Thor estuviera allí, a su lado, con sus dragones-esto lo cambiaría todo. Lo que daría por ver a su viejo amigo Ralibar aparecer por el horizonte, descender con su familiar rugido y llevarla a dar una larga vuelta.

Pero no estaba aquí. Ni vendría. Ninguno de ellos lo haría. Una vez más, estaba sola. Tendría que abrirse camino en el mundo, como tantas veces había hecho antes.

Gwendolyn escuchó un quejido, miró hacia abajo y vio a Krohn andando a sus pies, y su presencia la tranquilizó.

“Lo sé, Krohn”, dijo. “Tú serías el primero en atacar. Igual que Thor. Y te quiero por esto. Pero a veces se necesita más que un cachorro de leopardo

blanco para ganar”.

Mientras caminaban hacia la base de las cuevas, Gwen se detuvo y miró hacia la ladera, hacia la pequeña cueva donde estaba Argon. Steffen y Kendrick se detuvieron y la miraron.

“Continuad”, les dijo. “Os alcanzaré enseguida. Debo subir sola”.

Ellos asintieron con la cabeza y dieron la vuelta, comprendiéndola, y Gwen se separó de ellos. Mientras el sol se ocultaba, sus últimos rayos acariciaban la ladera, ella se dio la vuelta y subió por la ladera, hacia la única persona que sabía que podría darle respuestas, que siempre había sido su consuelo en momentos de necesidad.

Mientras caminaba, sintió algo a sus pies, miró hacia abajo y vio a Krohn.

“No, Krohn, vuelve”, dijo.

pero Krohn gruñó y se pegó a sus tobillos, y ella sabía que no cambiaría de opinión.

Subieron por la ladera de la montaña hasta llegar a la cueva de Argon y se detuvo en la entrada. Rezaba para que la pudiera ayudar. No le había respondido las últimas veces que lo había visitado, todavía más inconsciente que ahora. No sabía si le contestaría ahora, pero rezaba para que lo hiciera.

Mientras caía el crepúsculo, la última luz iluminaba el cielo y la primera de dos lunas salía, Gwen echó una larga mirada al paisaje, hermoso de una manera árida, y a continuación se dio la vuelta y entró en la pequeña cueva.

Allí estaba Argon, solo, en esta pequeña cueva, tal y como había pedido. Había una pesada energía en el ambiente; cuando era joven, ella recordaba a una tía que había estado en coma durante años. El ambiente en esta cueva era el mismo.

Gwen se acercó y se arrodilló al lado de Argon. Tocó su mano; estaba fría al tacto. Mientras cogía su mano, se sentía más confundida que nunca, más necesitada de sus consejos. ¿Qué no daría por unas respuestas?

Krohn se acercó y lamió la cara de Argon, lamentándose; pero Argon no se movió.

“Por favor, Argon”, dijo Gwen en voz alta, sin saber con seguridad si la escuchaba. “Vuelve a nosotros. Solo por esta vez. Necesito tu guía. ¿Debería quedarme aquí y luchar con esta gente?”

Gwen esperó un buen rato, tanto, que estaba segura de que nunca le contestaría.

Justo cuando se disponía a marchar, se sorprendió al sentir que él apretaba

su mano. Abrió un ojo y la miró fijamente, su ojo brillaba débilmente.

“¡Argon!” dijo, abrumada, llorando. “¡Vives!”

“A duras penas”, susurró.

El corazón de Gwendolyn se alegró al oír su voz, por muy áspera que fuera. estaba vivo. Había vuelto a ella.

“Argon, por favor, respóndeme”, le suplicó. “Estoy muy confundida”.

“Eres una MacGil”, dijo finalmente. “El último de los Reyes MacGil. El líder de una nación sin hogar. Eres la última esperanza del Anillo. Está en tus manos salvar a tu pueblo”.

Se quedó en silencio un buen rato y ella no sabía si continuaría; sin embargo, finalmente, la sorprendió con más explicaciones.

“Sin embargo, no es una tierra lo que hace a un pueblo; es el corazón que late dentro de él. Por qué están dispuestos a vivir-por qué están dispuestos a morir. Puede que encontréis tierra más allá del Gran Desierto, podríais encontrar un puerto seguro, una gran ciudad. ¿Pero qué sacrificaríais por ello?”

Gwendolyn estaba allí arrodillada, sorprendida por la seriedad de sus palabras, esperando, deseando más. Pero no hubo más. Se quedó en silencio otra vez, cerró los ojos y ella supo que no se movería.

Krohn apoyó su cabeza en su pecho y gimió y gwen estaba allí arrodillada, sola con sus pensamientos, cuando vendaval entró rápidamente en la cueva.

¿Pero qué sacrificaríais por ello?

¿Qué era más importante, pensaba ella: el honor? ¿O la vida?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Godfrey estaba en el límite de los bosques, Akorth, Fulton, Merek y Ario a su lado y miraban fijamente, observando la puerta, intentando pensar con claridad mientras sentía el fuerte vino en su cabeza. Mientras estaba allí, se preguntaba por millonésima vez cómo demonios estaban metidos en esto. Era fácil, veía, ofrecerse voluntario para una misión; llevarla a cabo era la parte difícil. Deseaba ofrecerse voluntario y enviar a otro a que se encargara.

“¿Vamos a quedarnos aquí todo el día?” preguntó Akorth.

“¿O vamos a ir hasta aquellos soldados a preguntarles si podemos pasar?” añadió Fulton.

“Les podríamos regalar flores mientras estamos en ello”, dijo Akorth. “Estoy seguro de que será un buen truco”.

“Siempre podríamos dominarlos”, dijo Fulton.

“Correcto”, dijo Akorth. “Yo me encargaré de los treinta de la derecha y tú te encargarás de los treinta de la izquierda”.

Rieron con disimulo.

“Callaros, todos vosotros”, dijo Godfrey.

No podía pensar con claridad, entre el vino y su mofa en su oído. estaba intentando concentrarse, pensar claramente. Tenían que entrar a este lugar, y no podían esperar aquí mucho tiempo más. Simplemente no sabía cómo. La fuerza nunca había sido su estrategia, y la fuerza sería ridícula en este caso.

Mientras Godfrey estaba allí, pensando en todas las estrategias en potencia, todas las maneras de engañar a los guardas, de repente, escuchó el sonido distante de pezuñas de caballos.

Se giró y miró el camino que había detrás de ellos, que llevaba hacia la puerta y vio en la distancia, girando una curva, haciéndose visible en medio de una nube de polvo, una enorme caravana de esclavos. Había un vagón tirado por caballos detrás de otro, un pequeño ejército de capataces del Imperio y, detrás de ellos, una interminable cuerda de cadenas y grilletes, centenares de esclavos que eran llevados a Volusia. Era un desfile caótico de esclavos, los esclavos mucho más numerosos que los soldados.

De repente, Godfrey tuvo una idea.

“Ya está”, dijo, emocionado, observando la caravana.

Los otros lo miraron, después a la caravana, con expresiones de confusión en sus caras.

“Nos esconderemos entre los esclavos”, añadió.

Godfrey se giró al oír el sonido de una puerta que crujía, se abría, el hierro se elevaba lentamente, vio que bajaban el puente levadizo y vio que las puertas de la ciudad se abrían. Sabía que era su oportunidad.

“¿Véis allí”, añadió, “donde la fila de árboles se cruza con la carretera?”

Todos ellos se giraron y miraron.

“El grupo de esclavos del final”, dijo. “Cuando yo cuente, correremos hacia ellos. Nos mezclaremos con ellos. Agachad las cabezas y las barbillas y acercaros tanto como podáis a aquellos esclavos”.

“¿Y si nos cogen?” preguntó Akorth.

Godfrey lo miró a los ojos y, de repente, inexplicablemente, sintió que una fuerza certera se apoderaba de él; por un momento pudo deshacerse de sus miedos y lo miraron como a un hombre. Tomó un compromiso e iba a llegar hasta el final.

“Entonces moriremos” contestó Godfrey terminantemente.

Godfrey podía oír en su propia voz la autoridad de un gobernador, de un comandante y se sorprendió al oír algo parecido a la voz de su padre saliendo de él. ¿Era así como se sentía un héroe?

La caravana pasó, el polvo se levantaba hasta su cara, el sonido de los grilletes todo dominante. Con los vagones a tan solo unos metros, podía oler el sudor de los hombres, los caballos, el miedo.

Godfrey estaba allí, su corazón latía fuerte mientras observaba a un capataz que pasaba por delante de él. Esperó unos cuantos segundos más, preguntándose si tendría el valor. Sus rodillas flaqueaban.

“¡AHORA!” oyó como él mismo decía.

Godfrey se puso en acción, corrió delante de los demás, lejos de la hilera de árboles, su corazón palpitaba mientras respiraba con dificultad, con el sudor escociéndole en los ojos, cayéndole por detrás de la nuca. Ahora, más que nunca, deseaba estar en mejor forma.

Godfrey corrió hacia la parte de atrás de la caravana, mezclándose con el grupo de esclavos rápidamente, ante las expresiones perplejas de los esclavos. ninguno de ellos, afortunadamente, dijo nada.

Godfrey no sabía si los demás le seguirían; se medio temía que no lo

hicieran, que dieran la vuelta, se dirigieran a los bosques y abandonaran esta alocada misión.

Godfrey se sorprendió al darse la vuelta y ver a todos los demás uniéndose a él, amontonándose en el centro del grupo de esclavos, rozándole. Todos caminaban con la cabeza baja, como él les había indicado, y en el grueso del grupo, eran difíciles de detectar.

Godfrey miró hacia arriba, solo por un momento, y vio las enormes puertas de la ciudad delante de él, la alta puerta de pinchos de hierro. Su corazón latía con fuerza mientras continuaba andando, pasando por debajo de ella. esperaba que lo atraparan en cualquier momento, que lo detuvieran.

pero no fue así. Para su propia sorpresa, en unos momentos, estaban dentro de las murallas de la ciudad.

Se oyó un definitivo portazo detrás de ellos, hierro contra hierro, retumbando en sus oídos y Godfrey sintió que lo habían resuelto.

Habían conseguido lo imposible.

Pero ahora, no había vuelta atrás.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Alistair se agarraba con todas sus fuerzas mientras montaba el dragón, cogiéndose a sus escamas resbaladizas, volando nube tras nubemientras rodeaban el Anillo. Ella no comprendía cómo había llegado allí, pero gritaba y se agarraba mientras bajaban en picado, atarvesando las nubes y le ofrecía una vista de pájaro del paisaje.

Alistair miró hacia abajo y, al hacerlo, se horrorizó al ver su tierra, su querido Anillo. No era la tierra que una vez conoció. Estaba ardiendo, todo el Anillo era un incendio, ardiendo más y más arriba, hasta los cielos.

Allí por donde volaba había fuego.

De repente, las llamas desaparecieron.

Cuando Alistair voló más abajo vio, en lugar de llamas, cenizas, escombros y ruinas. El Anillo se había convertido en yermo. Voló por encima de su querida Corte del Rey y no vio ni un solo muro en pie.

Cubrieron más y más paisaje y, mientras lo hacían, Alistair miró hacia abajo y vio millones de tropas, las hombres de Rómulo, marchando sistemáticamente, ocupando el Anillo desde cada esquina. Todas las personas a las que había amado y conocido estaban desaparecidas, muertas. Todo lo que una vez le había sido tan familiar, destruido.

“¡No!” gritó.

El dragón hizo un repentino movimiento brusco y Alistair no pudo agarrarse bien. Se vio a sí misma desplomándose, agitando brazos y piernas por el cielo mientras chillaba, dirigiéndose hacia la tierra chamuscada de ahí abajo.

Alistair se despertó chillando. Se incorporó en la cama, respirando con dificultad, y miró a su alrededor, desorientada.

lentamente, con la primera luz del amanecer, se dio cuenta de que solo había sido un sueño. Estaba allí sentada, sana y salva, en la lujosa cámara de la Reina, en una cama baja, cubierta por finas sedas. A su lado estaba Erec, sano y salvo, pero sobresaltado. También se incorporó.

“¿Qué sucede, mi señora?”

Alistair se sentó en el borde de la cama, con la frente fría y mojada, y

movió la cabeza. Había parecido tan real. demasiado real.

“Solo fue un sueño, mi señor”, dijo ella.

Alistair se levantó, se puso su túnica de seda y se dirigió al balcón al aire libre, pasadas las ondeantes cortinas.

estaba allí fuera, respirando la cálida brisa del océano y enseguida se sintió a gusto. Miró fijamente la maravillosa vista, los empinados acantilados, las onduladas colinas, los interminables viñedos, los árboles en flor plantados a lo largo de las empinadas laderas. Olió las flores frescas de los naranjos, fuerte en el aire, y se sintió profundamente cómoda. sentía que nada en el mundo podía ir mal, que este lugar tenía el poder de borrar sus pesadillas. había algo en este lugar, algo en la manera en que el sol chocaba contra el mar, iluminándolo todo con un brillo que hacía que el mundo pareciera glorioso.

Sin embargo, esta vez, por mucho que lo intentara, Alistair no podía sacarse la pesadilla de la cabeza. parecía más que un sueño-parecía un mensaje. Una clarividencia.

Alistair oyó un aleteo, un grito, y miró hacia arriba, sobresaltada y vio a un halcón que descendía desde el cielo. Pudo ver que llevaba un mensaje en sus garras, un pequeño trozo de pergamino enrolladao.

Alistair se puso el guante de plata, atravesó el balcón y extendió la muñeca; el halcón la divisó y se desvió hacia abajo, posándose en su muñeca.

Alistair cogió el mensaje que llevaba atado a sus garras y levantó la muñeca, enviándolo de vuelta. Estaba allí de pie y lo examinaba, con miedo a abrirlo. Tenía un presentimiento y no quería leer cualquiera que fuera el mensaje.

Erec salió al balcón, para estar junto a ella y se puso a su lado.

Alistair le pasó el pergamino.

“¿No quieres abrirlo?” preguntó.

Ella negó con la cabeza. después de la pesadilla, tenía la certeza de que era un mensaje para informarla de la destrucción del Anillo. Su clarividencia ya se lo había mostrado; no le hacía falta leer el mensaje.

Erec lo desenrolló y leyó y ella oyó como soltaba un involuntario grito ahogado.

Se dio la vuelta y lo miró y su expresión le dijo todo lo que necesitaba saber.

“Me temo que son malas noticias, mi señora”, dijo él. “El Anillo ha sido destruido. Los hombres de Rómulo lo ocupan. Todos nuestros hermanos y

hermanas han huido. Exiliados. Han atravesado el mar abierto, han huido hacia el Imperio. Es un mensaje de Gwendolyn. Este halcón ha cruzado el océano. Pide ayuda”.

Alistair contempló el paisaje y sintió que la desesperación la embargaba. lo sabía y, sin embargo, todavía le dolía oír las palabras. sabía lo que significaba este mensaje: cambiaría todas sus vidas, para siempre. Tendrían que dejar este lugar de inmediato, por supuesto, e ir tras su pueblo.

“¿Dice algo de Thorgrin?” preguntó ella, pensando inmediatamente en su hermano.

Erec negó con la cabeza.

Alistair miró con anhelo el hermoso paisaje y se sintió rota por dentro por tener que dejarlo. Tenía la sensación de que les esperaba un largo viaje, a través del mar-e incluso peor, Que podrían no reegresar nunca aquí.

Alistair miró hacia abajo en la distancia a todos los preparativos de boda y se imaginó la hermosa ceremonia que hubieran tenido. Hubiera sido la Reina aquí y hubieran vivido sus vidas en paz y armonía. Hubieran tenido muchos hijos aquí y los hubieran criado en este hermoso lugar. Finalmente, después de una vida de caos y lucha, hubiera tenido paz.

En cambio, estaban a punto de embarcarse en una vida de viajes, batallas, peligro y lucha. Alistair respiró profundamente y movió la cabeza, intentando hacer que todo aquello marchara.

Finalmente se dirigió a Erec, aguantándose las lágrimas y asintió estoicamente.

“Yo ya lo sabía, mi señor”, dijo ella.

“¿Lo *sabías*?” dijo ella. “¿Pero cómo?”

“Un sueño. Una pesadilla. Más bien una clarividencia”.

“Debemos hacer las preparaciones”, dijo Erec, mirando serio hacia el horizonte, su voz cambiando a la de un comandante en tiempo de guerra. “Debemos ayudarles de inmediato”.

Alistair asintió.

“Sí, debemos hacerlo”.

Él la miró, ablandándose.

“Lo siento”, dijo suavemente, siguiendo su mirada hacia los preparativos de boda. “Nos casaremos en otro momento. En otro lugar”.

Ella asintió, reprimiéndose las lágrimas y le sonrió, mientras él le cogía la mano y se la besaba.

Con esto, se dio la vuelta y se marchó, caminando decidido de buena mañana, hacia la vida que estaban a punto de emprender. Ella observaba como se iba y supo que la vida que una vez había soñado para ella misma se había ido para siempre. Y aquella vida no volvería a ser lo mismo.

*

Alistair emprendió el conocido sensero que tomaba cada mañana, descalza sobre la fría piedra, mientras seguía el recorrido a través de la hermosa arboleda de naranjos, los árboles le proporcionaban el refugio y la intimidad mientras ella se encaminaba desde las tierras reales hasta los estanques reflejantes. Mientras Ere reunía la flota, todavía quedaba una pizca de tiempo antes de recoger las cosas para irse de este lugar-y ella quería que su último recuerdo de aquí fuera bonito. había mirado con deseo los calientes manantiales, escondidos en los altiplanos y deseaba una oportunidad más de remojarse en ellos antes de decir adiós a la isla.

El sol empezaba a calentar mientras salía por las islas y brillaba encima suyo mientras salía del bosque hacia el pequeño altiplano escondido en el límite de un acantilado, escondido por árboles. Se quitó su bata de seda y, desnuda, se deslizó en el pequeño estanque caliente.

Flotaba en las aguas naturales del manantial, flotando en el límite de un acantilado, contemplando, viendo la isla entera desplegada ante ella, los acantilados, el brillante mar azul, el cielo interminable. Los pájaros cantaban por encima de ella, las ramas se movían y hacían ruido, y ella flotaba, deleitándose con cada momento aquí, deleitándose con la paz más profunda que había encontrado en su vida.

Alistair rogaba a Dios que su hermano estuviera a salvo, que todo su pueblo estuviera a salvo. Que llegaran a ellos a tiempo y los rescataran de los problemas en los que estuvieran.

Alistair intentaba conseguir una profunda sensación de paz, flotando aquí, como siempre hacía. pero hoy, con todos los problemas en su mente, simplemente no podía.

Salió de las aguas y se preparaba para vestirse con su bata cuando, de repente, mientras estaba allí encima de la piedra, divisó algo que la hizo pensar dos veces. Vio las anchas y blancas hojas del árbol acillo, colgando al lado del estanque y recordó lo que su suegra le había contado: aquella hoja

podía decirte si esperabas un hijo.

Alistair no sabía por qué miraba la hoja ahora, pero algo en su interior la llevaba hacia ella. Solo había pasado una luna desde que estaba con Erec y sabía que las posibilidades de estar embarazada eran remotas. Aún así, quería intentarlo.

El corazón de Alistair latía más rápido mientras se acercaba a él, arrancaba una gran hoja blanca, la sujetaba en alto y la colocaba sobre su pecho, tal y como sus suegra le había indicado. Colocó una mano sobre ella y la mantuvo allí durante diez segundos, la hoja fría sobre su piel. Finalmente, la retiró y la alzó a la luz. Si estaba embarazada, se suponía que se volvería amarilla.

El corazón de Alistair se encogió al ver que todavía era totalmente blanca.

Ella sabía que era una tontería intentarlo, tan pronto, sin embargo empezaba a preocuparse: ¿podría tener un hijo alguna vez? No había nada que codiciara más para acercarla más a Erec.

Alistair dejó la hoja en la piedra y se vistió rápidamente, echándose el pelo hacia atrás, recogidoselo, y dándose la vuelta para irse. Mientras lo hacía, y se disponía a entrar en el sendero del bosque, echó un vistazo hacia atrás por última vez y miró la hoja.

La miró dos veces.

Posada encima de la piedra, observó incrédula cómo la hoja cambiaba lentamente de color delante de sus ojos.

Se dirigió hacia ella y la alzó a la luz con las manos temblorosas. Mientras lo hacía, todo su cuerpo se heló, paralizado por impresión.

Esperaba un hijo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Vólusia abrió los ojos, mientras la primera luz del amanecer entraba por la ventana y vio que estaba tumbada en los brazos del Príncipe Chiflado, con la mejilla en su pecho, ambos desnudos bajo los cubrecamas de seda. Estaban dormidos en sus cámaras reales, en su lujosa cama de cuatro postes, sobre el lecho más fino que jamás había tocado y, cuando se dio cuenta de donde estaba, se despertó sobresaltada, levantando inmediatamente la cabeza, alerta.

Todo le vino rápidamente a la cabeza; dormir con el Príncipe había sido una experiencia diferente a la de cualquier hombre con el que había dormido. Estaba tan verdaderamente loco que le había llevado horas solo quitarle la ropa y se le había resistido la mayor parte del tiempo.

Pero finalmente, después de cierto punto, lo había domesticado, se lo había hecho suyo. Ella no lo disfrutó, ni un solo segundo. Pero podía decir que él sí-y eso era lo que importaba. Todo esto era el medio necesario para un fin, como todos los hombres en su vida lo habían sido. Escalaría los peldaños del poder de la manera que fuera necesaria, aunque esto significara matar a su propia madre o dormir con mil hombres. Nada se interpondría en su camino.

Nada.

Vólusia tenía una manera de desconectar en su mente, creando una sensación de desapego, transportándose a ella misma a un lugar lejano. Era este frío desapego lo que le permitía dormir con su peor enemigo o torturar a alguien solo por diversión. El Príncipe Chiflado era un hombre malvado y sádico, que también resultaba estar loco. Pero en Vólusia había encontrado a su igual: ella podía ser más sádica que nadie-incluso que alguien como él.

Vólusia pensaba en su trato, su promesa de dejar que la matara solo después de haber dormido con él. Ella sonreía al pensarlo. Le encantaba hacer promesas.

Y todavía le gustaba más romperlas.

Cuando se incorporó, el Príncipe abrió los ojos y se incorporó, también. Se giró hacia ella y, cuando la miró, ella vio algo diferente en sus ojos esta vez. Había una claridad que no había visto antes, como si su locura se hubiera calmado.

“Mi señora”, dijo él.

Su voz la sorprendió. Ahora era clara y fresca, no llena de la excéntrica locura que había oído antes.

“Ha hecho algo en mí”, dijo él. “Dormir con vos...No puedo explicarlo. Me siento diferente a como me he sentido antes. No oigo las voces. me siento calmado. Normal. De vuelta al ser que una vez conocí”.

Volusi se puso de pie, se puso la bata y lo examinó, sorprendida. Él también se puso de pie y se puso su bata, sin los excéntricos movimientos y el comportamiento que había mostrado el día anterior. Caminó hacia ella, tomó sus dos manos entre las suyas y la miró a la cara. Ella estaba desconcertada. ¿Era solo otro acto de locura? ¿O realmente había cambiado algo dentro de él?

Ella no había previsto esto-y era muy raro en su vida que Volusia no previera algo.

“Me has devuelto la vida”, le dijo dulcemente, suavemente, cogiendo sus manos. “Has hecho que *quiera* vivir”.

Volusia lo miró a los ojos y vio que en efecto era un hombre diferente. Estaba sin habla y no sabía cómo reaccionar.

“Mi señora, quédate aquí conmigo” dijo él. “Quédate a mi lado. Deja que te haga mi reina. Te cuidaré. Mis ejércitos son vastos y te daré todas mis tropas para que hagas con ellas lo que desees. Cualquier cosa, será toda tuya. Cualquier cosa que tu corazón desee. Solo quédate a mi lado. *Por favor*. Te necesito”.

Ella lo miró a los ojos y él se inclinó y la besó, un beso suave y dulce, lleno de lucidez. La mente de Volusia iba a toda velocidad mientras ella intentaba entender este giro en los acontecimientos.

En la distancia, Volusia oía un suave canto. Crecía gradualmente, más y más, y el Príncipe sonrió y se dirigió hacia su arqueado balcón al aire libre.

“Mi pueblo”, explicó. “Es como saludan al día, cantan mi nombre. Me adoran. Si estás a mi lado, también te adorarán”.

La tomó de la mano y la llevó delicadamente hacia fuera, al espacioso balcón, directamente a la baranda.

Volusia miró hacia abajo por el borde y su estómago se encogió al ver la empinada pendiente hacia abajo. Allá abajo, el patio estaba ya abarrotado por miles de personas, sobre sus manos y rodillas, haciendo una reverencia con la cabeza, todos cantando.

“¡Maltolis! ¡Maltolis!” cantaban.

Él sonrió y la miró.

“Como tú”, dijo él, “llevo el nombre de mi ciudad”.

Volusia lo interiorizó todo y vio que él tenía razón: su gente realmente lo veía como un dios. Lo adoraban. Decenas de miles de personas, un ejército más grande de lo que ella jamás tendría.

Él se dirigió a ella.

“Nos uniremos, gobernaremos juntos el imperio”, dijo él.

Volusia le sonrió, se inclinó y lo besó.

Estaban cogidos de las manos y se dieron la vuelta y miraron a su pueblo juntos, todos ellos gritando salvajemente. Volusia sabía que, si aceptaba su oferta, todo esto pasaría. todo lo que necesitaba para gobernar el Imperio se le concedería.

Sin embargo, estando allí, sintió que algo crecía dentro de ella. era una sensación de arrepentimiento. No quería gobernar el Imperio juntos. No quería gobernar un ejército juntos. No quería que se le entregara el Imperio. Hasta el momento lo había tomado todo en su vida. A la fuerza. Con fuerza de voluntad. Con sus dos manos. Tampoco quería el amor de un hombre, loco o no, o unirse a uno. No quería que la quisieran-ni un hombre, ni nadie. Y si quería amor, lo tomaría por ella misma.

“Tu oferta es generosa, mi señor”, dijo ella, dirigiéndose a él. “Pero está olvidando una cosa”.

“¿Y de qué se trata?” preguntó él.

En un movimiento rápido, Volusia lo agarró por la espalda y, de repente, inesperadamente, uso todas sus fuerzas y lo lanzó, de cabeza, por el balcón.

Se oyó un horrorizado grito ahogado de los miles de personas mientras Maltolis caía por los aires, gritando, moviendo brazos y piernas, dando vueltas sobre sí mismo, hasta que al final impactó contra el suelo, treinta metros por debajo, con un fuerte golpe.

Su cuello se rompió al instante, él yacía allí en un charco de sangre, muerto.

“Yo soy la gran Diosa Volusia”, dijo ella con orgullo, mirando hacia abajo al cuerpo sin vida, “y no comparto el poder con nadie”.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Thorgrin miraba al Rey de los Muertos, la Espada de los Muertos todavía goteaba sangre en su mano y todas las criaturas del Rey a sus pies. Thor se sentía paralizado con la victoria.

El Rey estaba de pie en su trono y lo observaba todo con una expresión de asombro.

“Decían que vendrías algún día”, dijo el Rey, mirando a Thorgrin. “El hombre que vencería a la oscuridad. El hombre que empuñaría la espada. El Rey de los Druidas”.

El Rey miró a Thor atentamente y Thor no sabía cómo responder. ¿Podía ser realmente cierto? ¿Sería algún día Rey de los Druidas?

“Déjame contarte qué significa ser Rey”, continuó. “significa estar solo. Completamente solo”.

Thor lo miró fijamente, su corazón todavía latía fuerte por la batalla y empezaba a digerirlo todo. Miró a su alrededor y vio con alivio que sus hombres, aunque heridos, estaban vivos todavía.

Se volvió hacia el Rey, recordando.

“Prometió abrir las puertas”, dijo Thor. “Si derrotaba a sus criaturas, usted prometió dejarnos marchar”.

El Rey hizo una amplia sonrisa, una imagen grotesca, su rostro se convertía en un millón de pliegues y arrugas.

“Un Rey no siempre mantiene sus promesas”, dijo, riendo, con la voz profunda, resonando en las paredes, el tono hería los oídos de Thor.

Thor lo miró fijamente, cabizbajo. Apretó con fuerza la empuñadura de su espada y estaba a punto de responderle, cuando el Rey continuó.

“En este caso”, dijo el Rey, “lo haré. Pero no es tan sencillo. La Tierra de los Muertos exige un precio. El precio que pagaréis será siete demonios”.

“¿Siete demonios?” preguntó Thorgrin, sin entenderlo, pero sin gustarle como sonaba.

El Rey se dio la vuelta y, al hacerlo, una enorme puerta secreta, hecha de piedra sólida, se abrió en la pared de la cueva. Se abrió lentamente con un horrible sonido de piedra rascando sobre piedra, dejando al descubierto tras

ella puertas de hierro con pinchos. Más allá de las puertas, Thor vio un vasto cielo lila, el sol poniéndose sobre el océano; oyó el ahullido del viento y sintió una fresca brisa que entraba en aquel lugar.

“Más allá de las puertas se encuentra el mundo de allá arriba”, dijo el Rey. “Volveréis a vuestro precioso mundo, pero también liberaréis a siete demonios, para que vaguen libres por el mundo. Estos demonios os acosarán, a cada uno de vosotros, en algún punto en un lugar y en un momento que nunca sabréis. Recibiréis siete tragedias, una de cada demonio. Cuando menos lo esperéis. Las tragedias pueden golpearos-o pueden golpear a alguien a quien améis. ¿Todavía queréis marcharos?”

Thor miró a los demás y ellos lo miraron fijamente con una mirada de sorpresa. Thor se dio la vuelta y miró las enormes puertas de hierro, cada barra de unos sesenta centímetros de grosor, de un rojo brillante y observó siete sombras negras, parecidas a unas gárgolas, que de repente aparecieron y volaron por el aire, dándose golpes con en las puertas la cabeza, una y otra vez, como esperando a que las liberaran.

Thor pensó en Guwayne, en Gwendolyn, en toda las personas que conocía y amaba allá arriba; pensó en sus hermanos que habían venido aquí abajo por él. Sabía que debía regresar, si no era por él, por todos los demás. Costara lo que costara.

“Acepto su precio”, dijo Thorgrin.

El Rey lo miró fijamente, sin expresión, y finalmente asintió con la cabeza. Se dispuso a movilizar a sus hombres para que abrieran las puertas pero, antes de que lo hiciera, Thorgrin dio un paso adelante y exclamó:

“¿Y qué hay de lo suyo? Hizo una promesa. Juró que si derrotaba a sus criaturas, nos concedería una petición a cada uno”.

El Rey lo estudió.

“En efecto, lo hice. ¿Y cuál es la tuya?” preguntó.

Thor lo miró profundamente a los ojos, mirándolo fijamente con toda la seriedad de la que era capaz.

“Pido que usted, Rey de los Muertos, no se lleve a mi hijo. No permita que Guwayne muera, al menos no hasta que haya tenido la oportunidad de cogerlo entre mis brazos, de mirarlo a los ojos, de reunirme con él. Esto es lo que pido”.

El Rey consideró sus palabras y, finalmente, asintió con la cabeza.

“Tu petición te será concedida”.

A continuación, el Rey miró a O'Connor.

“¿Y cuál es la tuya?” preguntó.

O'Connor respondió: “Pido reunirme con mi hermana antes de morir. Que no se la lleve hasta que nos hayamos visto de nuevo”.

El Rey asintió y se dirigió a Matus.

“Yo también pido que no se lleve a mi hermana hasta que haya tenido la oportunidad de verla de nuevo”.

Elden dio un paso adelante.

“Y yo deseo reencontrarme con mi padre”.

“Y yo con mi pueblo”, dijo Indra.

El Rey se dio la vuelta y miró a los dos miembros de la Legión que quedaban: Reece y Conven.

Reece dio un paso adelante solememente, miró al Rey y dijo: “Yo pido que libere a Selese de este lugar. Permita que me la lleve conmigo. Libérela. Devuélvala a la tierra de los vivos”.

El Rey de los Muertos examinó a Reece.

“Nunca se ha hecho una petición así”, dijo. “Una petición difícil. Si vuelve a la tierra de los vivos, no puede ser como era. Pues una vez has muerto, nunca puedes volver a vivir de verdad”.

“Daré lo que sea”, dijo Reece, cogiendo fuerte la mano de Selese.

“¿Es ese tu deseo, también?” preguntó el Rey a Selese.

Ella asintió con la cabeza, las lágrimas le caían de los ojos mientras agarraba la mano de Reece.

“Daría cualquier cosa por volver a estar con Reece” dijo.

Después de una larga pausa, finalmente, el Rey de los Muertos asintió.

“Muy bien”, dijo. “Volverás a la tierra de los vivos. Po ahora. Pero ten por seguro que nos volveremos a encontrar”.

El Rey se dirigió al último de ellos, Conven, que dio un paso adelante con orgullo.

“Yo pido que mi hermano sea liberado también y le permita unirse a nosotros en la tierra de los vivos”.

El Rey negó con la cabeza muy serio.

“Esto no es posible”, dijo.

Conven parecía ultrajado.

“¡Pero usted permitió que Selese volviera!” protestó.

“Selese puede volver solo porque su vida no le fue arrebatada a manos de

otro. Tu hermano, sin embargo, fue asesinado. Me temo que no puede regresar. No ahora. Ni nunca. Estará aquí por el resto de sus días”.

Los ojos de Conven se llenaron de lágrimas al mirar a Conval y después al Rey de los Muertos.

“¡Entonces cambio mi petición!” gritó Conven. “¡Pido que se me permita quedarme aquí, con mi hermano!”

Thorgrin dio un grito ahogado, igual que los demás, horrorizado.

“Conven, no puedes pedir una cosa así” se apresuró a decir Thor, mientras todos se acercaban a él.

“¡No debes!” añadió Reece.

Conven les dio la mano, sin embargo, y dio un paso adelante con orgullo.

“Si mi hermano no puede ser libre”, dijo, “entonces tampoco lo seré yo. ¡Lo pido de nuevo!”

Conval agarró a Conven del brazo.

“Conven”, dijo, “no lo hagas. Estaremos juntos otra vez, algún día”.

Conven lo miró fijamente, sin dejarse intimidar.

“No, hermano mío”, dijo. “Estaremos juntos de nuevo ahora”.

El Rey los miró fijamente durante un buen rato y, finalmente, dijo: “El amor por un hermano no se rompe fácilmente. Si deseas quedarte aquí antes de tu hora, entonces tu deseo te es concedido. Eres bienvenido aquí”.

El Rey asintió y, de repente, la enorme puerta se levantó. Lentamente, más y más arriba, descubrió el aire libre, el cielo, rojo como la sangre. Cuando estaba lo suficientemente alta, los siete demonios, como sombras, salieron volando hacia el cielo abierto, soltando un horroroso chillido a la vez. Inmediatamente, se dispersaron en siete direcciones diferentes.

Thor y los demás anduvieron hasta el límite, observaron el mundo delante de ellos, el cielo abierto del crepúsculo, el aire fresco. Miró hacia abajo y vio el océano desplegarse ante ellos, escuchó las olas rompiendo allá abajo a lo lejos.

A su lado estaba Reece, cogiendo a Selese de la mano, junto a los demás. Se dio la vuelta y vio a Conven detrás suyo, de pie junto a su hermano, mirándolos con tristeza; aunque a la vez, de alguna manera, finalmente, Conven parecía satisfecho, parecía tener la paz que le había esquivado en la tierra.

Thor se dio la vuelta y abrazó a Conven, lo abrazó muy fuerte, y Conven lo abrazó a él.

Uno a uno, todos abrazaron a Conven, con los ojos llorosos, sintiendo el

dolor de dejar atrás a su hermano de la Legión, este hombre que había estado con ellos desde el principio.

Thor lo miró a los ojos, agarrándolo del hombro.

“Un día, nos volveremos a reunir”, dijo Thorgrin.

Conven asintió.

“Sí, lo haremos”, respondió. “Pero espero que este día no esté cerca”.

Thor se giró y miró al cielo abierto, vio su barca meciéndose en las olas allá abajo y supo que pronto estaría de vuelta en el mar, navegando a través del océano, buscando a Gwendolyn, Guwayne y a toda su gente. Pronto volverían a reunirse.

Miró hacia arriba y, al hacerlo, vio a los siete demonios, sombras negras en la distancia, mezclándose con el crepúsculo, esparcidos en siete direcciones, preparándose para envolver el mundo. Finalmente, los perdió de vista. Thor escuchó el último de sus chillidos y se preguntó: *¿Qué hemos soltado en el mundo?*

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Guwayne miraba hacia arriba al cielo mientras volaba por el aire, a través de las nubes, sintiendo cómo lo agarraban las suaves garras de un dragón bebé, un bebé como él mismo. El chillido del dragón de alguna manera consolaba a Guwayne, como lo había hecho durante días. Sentía que podía volar así para siempre.

Guwayne había perdido toda noción del tiempo y el espacio, su mundo entero era este dragón, miró hacia arriba, hacia su barriga, su barbilla, sus mandíbulas, mesmerizada por sus alas batiendo, por el modo en que sus escamas reluciendo a la luz. Sentía que podía elevarse con él para siempre, a donde fuera que lo llevara.

Guwayne sintió que el dragón descendía gradualmente, más y más abajo, por primera vez desde que lo había elevado por los aires. Mientras giraban ligeramente, Guwayne vio el interminable océano desplegándose allá abajo.

El dragón volaba más y más bajo, a través de las nubes, y por primera vez desde que partieron, Guwayne vio tierra: una pequeña isla circular y solitaria, rodeada de nada tan lejos como la vista alcanzaba. La isla se levantaba en el océano, hacia arriba, alta y vertical, rodeada de alcantilados erguidos, como un géiser saliendo disparado desde el mar. En su cima había una amplia esplanada de tierra, hacia la que descendieron.

El dragón chillaba mientras bajaba más y más y entonces, finalmente, fue más despacio, batiendo sus alas mientras reducían su velocidad.

Cuando el dragón estaba cerca de detenerse, Guwayne miró hacia abajo y gritó al ver la cara de un extraño, un hombre solitario allí de pie, con ropajes de un amarillo brillante, una larga barba amarilla, que sujetaba un reluciente bastón de oro, con un diamante brillando en el centro. Guwayne no gritaba de miedo, sino de amor. Solo viendo al hombre, ya se sentía confortado.

El dragón se detuvo, batiendo sus alas, extendiéndolas, mientras el hombre se acercaba y el dragón le colocaba a Guwayne con cautela en sus brazos.

El hombre cogió a Guwayne dulcemente en sus brazos, envolviéndolo con su túnica y, lentamente, Guwayne dejó de llorar. Se sentía seguro en brazos de este hombre, sentía que irradiaba un tremendo poder y sentía que era más que

solo un hombre. El hombre tenía unos ojos rojos brillantes y estaba de pie erguido y levantó su bastón hacia los cielos.

Cuando lo hizo, el mundo tronó.

El hombre misterioso cogía a Guwayne con fuerza y, mientras Guwayne lo miraba a los ojos, tuvo la sensación de que estaría aquí durante un tiempo muy, muy largo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Gwendolyn marchaba a la cabeza de su enorme convoy de gente mientras el amanecer rompía sobre el desierto, llevándolos lejos de la aldea, hacia el Gran Desierto. Kendrick, Steffen, Aberthol, Brandt y Atme marchaban tras ella, Krohn a sus pies, mientras lentamente hacían su camino lejos de las cuevas, hacia la cima de las montañas, y miraban al oeste y al norte, hacia un vasto desierto vacío.

Cuando llegaron a la cima, Gwendolyn se detuvo un momento y observó el cielo lila y rojo, el primer sol que salía, el interminable camino que tenían por delante hacia un slugar que podía ser que no existiera. Se dio la vuelta y echó una mirada a la aldea de allá abajo, en dirección contraria, tranquila y silenciosa de buena mañana. Sabía que pronto vendría el Imperio. La aldea sería rodeada. Los exterminarían a todos.

Gwen se dio la vuelta y miró a su pueblo, lo único que le quedaba del Anillo, aquella gente a la que tanto quería. No lejos de ella estaba Illepra, sujetando a la bebé que Gwen había rescatado de las llamaradas del dragón. El bebé lloraba por la mañana, rompiendo el silencio y Gwen se preguntaba: *¿para qué salvé a la vida a esta niña si no la protejo ahora?* Sin embargo, un pensamiento contradictorio surgió inmediatamente después: *¿cuál es el propósito de la vida de esta niña si no puede ser una vida de valor?*

Gwen había estado despierta toda la noche, atormentada por la decisión. Los aldeanos la habían animado a seguir su camino; su pueblo querían que siguiera su camino. El momento había llegado. No podía, con buena conciencia, llevar a su pueblo a una muerte segura. Esto no era lo que hacían las Reinas.

pero mientras Gwendolyn estaba en lo alto del acantilado, obsevando, algo se removía en su interior. Algo la llamaba. Sentía que era su linaje, sus antepasados, la sangre que bombeaba en sus venas. Sabía que las siete generaciones de reyes MacGil estaban con ella, susurrándole al oído. No dejarían que se marchara.

Tenía un deber y una obligación con su pueblo, guiarlos hacia la seguridad. Esto es lo que significaba gobernar como una Reina.

Sin embargo, entendía que una Reina también tenía otra obligación. Por honor. Por valor. Sacar lo mejor de su gente. Definir quién era su pueblo. Incluso frente a la muerte-quizás *la mayoría* frente a la muerte. Después de todo, era cuando más importaba.

Gwendolyn oía la voz de su padre resonando en sus oídos:

Un día te enfrentarás a una elección que te atormenta. Cada parte de tu mente racional te empujará en una dirección; sin embargo tus ideales te tirarán hacia otro. Este tormento, esto es de lo que se trata. Aquí es cuando sabrás qué significa gobernar como una Reina.

Gwen se dio la vuelta y miró hacia abajo, viendo la pequeña aldea en el vasto paisaje de allá abajo, observando como todos los aldeanos empezaban a levantarse, a enfrentarse al amanecer, para enfrentarse a una muerte segura. Se levantaban con orgullo. Sin miedo.

Miró en la distancia, hacia el horizonte, como una tormenta que se avecina, podía ya detectar a las fuerzas del Imperio, extendiéndose tan lejos como el ojo alcanza.

Mientras miraba una vez más a los aldeanos, reflexionando sobre su elección, sintiendo a su pueblo detrás de ella, esperando aquí en este cruce de caminos, comprendió: sí, es el deber de una Reina guiar a su pueblo; sin embargo, también es su deber guiar su espíritu. personificar su espíritu. Y el espíritu de su pueblo era no correr jamás. No retroceder nunca. No dar nunca la espalda a aquellos que lo necesiten.

La seguridad no significaba nada cuando llega a costa del mal de otra persona.

Gwendolyn miró la aldea, el horizonte, la reunión del ejército del Imperio y supo que no existía otra elección que pudiera hacer:

“Haz que nuestro pueblo dé la vuelta”, le ordenó a Kendrick.

Gwen dio la vuelta y marchó hacia delante en dirección contraria, bajando por la cuesta hacia la aldea, hacia el ejército del Imperio. Ella dirigía a su pueblo y sabía, como un pastor conoce a su rebaño, que seguirían.

Sabía que se estaban dirigiendo hacia sus muertes. Sin embargo, eso poco importaba ahora. Todo el mundo moriría-pero no todo el mundo vivía realmente.

Sabía que lo que más importaba era que estaban marchando hacia la gloria.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Darius estaba con todos sus hermanos y aldeanos mientras empezaba a amanecer en la aldea. Loti a su lado, dray a sus pies, todos los ancianos a su alrededor y él observaba la vista que había ante él: allí estaba la fuerza del Imperio, centenares de soldados que volvían, en fila encima de los zertas, de cara a ellos. El día de la pena había llegado.

darius estaba allí de pie, con la espalda todavía en carne viva, matándole, sintiéndose vacío. Sabiendo lo que su aldea le pedía, no había dormido en toda la noche, atormentado. Ahora estaba allí, semidormido, sabiendo que le pedían que entregara a Loti para que su pueblo pudiera seguir con vida.

Pero darius sabía que si lo hacía, si hacía lo que le pedían, entonces él mismo no podría seguir viviendo. Algo dentro de él moriría; algo dentro de todos ellos moriría. Esta, esta autopreservación, podría ser el temperamento de sus mayores, pero no era el suyo. *Nunca* lo sería.

El comandante del Imperio se acercó en su zerta, a la cabeza de un séquito de doce soldados, sus centenares de soldados en fila detrás de él a la luz del amanecer y se detuvo a unos quince metros de Darius. Se bajó del zerta y caminó hacia delante por el barro, haciendo sonar sus espuelas, directo hacia Darius.

Dray empezó a gruñir y Darius le colocó una mano en la cabeza, se dio la vuelta, se puso de cuclillas y lo miró a los ojos.

“Dray”, le ordenó con insistencia. “Recuerdo lo que hablamos. Debes quedarte aquí. ¿Comprendes?”

Finalmente, Dray se quedó en silencio y, al mirar a Darius a los ojos, sintió que en efecto lo entendía.

Darius se giró y miró a Loti y pudo ver el miedo en su rostro cuando ella lo miró. Ella le hizo una señal con la cabeza y apretó su mano con firmeza.

“Está bien”, dijo ella. “Entrégame a ellos. Quiero morir. Por ti. Por todos vosotros”.

Él negó con la cabeza rápidamente, se inclinó y besó su mano.

Entonces se dio la vuelta y empezó a andar, solo, un hombre frente al Imperio.

El comandante se detuvo, esperando, mientras Darius caminaba hacia él y se detenía delante de él. Darius lo miró con odio, sintiendo los latigazos en su espalda, sintiendo la fresca brisa en su nuca, donde le habían cortado el pelo. Sentía odio. Sin embargo, también se sentía un hombre nuevo, renacido.

Estaba a pocos metros del comandante del Imperio, que lo miraba mal, sin piedad.

“Este es un nuevo día”, gritó fuerte a Darius y a los aldeanos. “Ahora tienes una oportunidad. Nombrarás al culpable de este crimen, os mutilaremos a todos y todos viviréis”.

El comandante hizo una pausa.

“O”, gritó el comandante, “puedes permanecer en silencio y os mataremos a todos, os torturaremos a cada uno, empezando por ti”.

Darius estaba allí, mirando fijamente, decidido. Sintió el suave viento del desierto mientras su mundo se estrechaba, se convertía en el centro, su corazón retumbaba en sus oídos. Mientras todo quedaba en silencio, en la distancia vio un pequeño rollo de arbusto por el suelo del desierto. Sintió su trqueteo, un sonido extrañamente balsámico. El tiempo se ralentizaba mientras percibía cada detalle del mundo. Cada detalle que, él sabía, sería el último.

Darius hizo una señal con la cabeza al comandante lentamente.

“Voy a darle exactamente lo que vino a buscar”, dijo él.

Darius sabía que si no entregaba a Loti, si los desafiaba, esta sería una batalla que podría no ganar. Daría su vida por la lealtad, por el honor. Por la justicia. Desafiaría la ley de sus mayores. Los desafiaría a todos.

El comandante del Imperio hizo una amplia sonrisa, preparándose.

“¿Entonces quién fue de entre vosotros?” pidió. “¿Quién de vosotros mató a nuestro capataz?”

Darius lo miró fijamente, el corazón le latía con fuerza, sin expresión, sin embargo, temblaba por dentro.

“Acérquese, Comandante, y le diré su nombre”.

El comandante se acercó un paso y, en aquel momento, el mundo de Darius entero se heló. Con las manos temblorosas, sacó una daga de su cinturón, una daga de acero, de acero real, que el herrero le había dado y él había escondido. Se abalanzó hacia delante y pudo oír el grito ahogado de horror de sus mayores, su pueblo, cuando le clavaba el cuchillo, hasta la empuñadura, en lo profundo del pecho del comandante.

El comandante, con los ojos abiertos como platos por la impresión, cayó

sobre sus rodillas, sin dar crédito a que una cosa así pudiera suceder.

“El nombre del culpable es un nombre que nunca, jamás, olvidarás”, dijo Darius, con mofa. “Su nombre es Darius”.

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

- EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)
- EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)
- EL PESO DEL HONOR (Libro #3)
- UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)
- UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)
- LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

- LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)
- UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)
- UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)
- UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
- UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
- UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)
- UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)
- UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)
- UN REINO DE ACERO (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)
- UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)
- UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)
- UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)
- UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)
- EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

- ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)
- ARENA DOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

- TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)
- AMORES (Libro # 2)
- TRAICIONADA (Libro # 3)
- DESTINADA (Libro # 4)
- DESEADA (Libro # 5)
- COMPROMETIDA (Libro # 6)
- JURADA (Libro # 7)
- ENCONTRADA (Libro # 8)
- RESUCITADA (Libro # 9)
- ANSIADA (Libro # 10)
- CONDENADA (Libro # 11)

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de cuatro libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita www.morganricebooks.com para unirte a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!